



SIMON BECKETT

**El
susurro
de los
muertos**

Lectulandia

David Hunter, el mejor antropólogo forense de Gran Bretaña, regresa al lugar donde aprendió la esencia de su trabajo: la Granja de Cuerpos, en Tennessee, el único lugar del mundo donde los forenses practican con cadáveres reales. Allí, junto a su mentor, el doctor Tom Lieberman, se enfrenta a un asesino sin precedentes. Un monstruo que no solo mata sin piedad, sino que tiene un conocimiento exacto de la ciencia forense. Atraparlo va a ser la tarea más difícil a la que jamás se ha enfrentado Hunter.

Lectulandia

Simon Beckett

El susurro de los muertos

David Hunter - 3

ePub r1.0

Edusav 16.12.13

Título original: *Whispers of the Dead*

Simon Beckett, 2009

Traducción: David Paradela

Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mis padres,
Sheila y Frank Beckett

1

La piel.

El mayor de los órganos del cuerpo humano y también el más inadvertido. Representa una octava parte del total de masa corporal y en la mayoría de los adultos cubre un área de aproximadamente dos metros cuadrados. Desde el punto de vista estructural, la piel es una obra de arte, un nido de capilares, glándulas y nervios que nos regula y protege. Es nuestro interfaz sensorial con el mundo exterior, la barrera donde acaba nuestra individualidad, nuestro ser.

Parte de esa individualidad pervive incluso tras la muerte.

Al morir el cuerpo, las enzimas que la vida mantenía a raya encuentran vía libre, devoran las paredes de la célula y derraman su contenido acuoso. El fluido aflora a la superficie, se acumula en las capas dérmicas y hace que éstas se destensen. Piel y cuerpo, que hasta entonces formaban dos partes integrales de un conjunto, empiezan a separarse. Se forman ampollas. Porciones enteras se deslizan y se desprenden del cuerpo como un abrigo indeseado en un día de verano.

Aun tras convertirse en una cutícula muerta, la piel conserva rasgos de su estado anterior. Es capaz de contar historias y encubrir secretos.

Siempre y cuando sepamos cómo mirar.

Earl Bateman estaba tendido boca arriba, con el rostro vuelto hacia el sol. En lo alto, los pájaros revoloteaban en el cielo azul de Tennessee, despejado a excepción de la vaporosa estela de un avión, que poco a poco iba disipándose. Earl siempre había tenido debilidad por el sol. Le encantaba notar su ardor sobre la piel tras un largo día de pesca y la manera en que su brillo mudaba el aspecto de todo cuanto tocaba. Si de algo no iban escasos en Tennessee, era de sol; Earl, sin embargo, era originario de Chicago, y los fríos inviernos habían impreso en sus huesos un escalofrío permanente.

Al trasladarse a Memphis en los años setenta, Earl encontró aquella humedad cenagosa más de su agrado que las ventosas calles de su ciudad natal. Naturalmente, un dentista con una pequeña consulta, mujer y dos hijos pequeños que cuidar no podía pasar fuera de casa todo el tiempo que hubiera querido. Con todo y con eso, se sentía a gusto. Disfrutaba hasta el calor sofocante de los veranos de Tennessee, en los que las brisas parecían de franela caliente y las noches se apagaban en el irrespirable bochorno del viejo apartamento donde Kate y él vivían con los chiquillos.

Las cosas habían cambiado desde entonces. La consulta había prosperado y hacía tiempo que habían cambiado el apartamento por hogares mejores y más grandes. Desde hacía dos años, él y Kate vivían en una casa de nueva planta con cinco habitaciones en un barrio acomodado, con una amplia y espesa parcela de césped

donde su creciente prole de nietos podía jugar a salvo de cualquier peligro y en la que los primeros rayos de sol de la mañana se fragmentaban en diminutos arco iris bajo el rocío de los aspersores.

Fue ahí, en el césped, mientras sudaba y maldecía intentando cortar una rama muerta del viejo laburno, donde tuvo el infarto. Dejó la sierra clavada en la rama y acertó a dar unos cuantos pasos en dirección a la casa antes de derrumbarse de dolor.

En la ambulancia, con una máscara de oxígeno sujeta sobre la cara, estrechó con fuerza la mano de Kate e intentó sonreír para tranquilizarla. Una vez en el hospital, el consabido ir y venir de personal médico, el frenético sonido de las agujas al romper el precinto y el pitido intermitente de las máquinas. Fue un alivio comprobar que por fin se hacía el silencio. Poco después, tras firmar los formularios preceptivos, esa inevitable burocracia que nos acompaña desde que nacemos, Earl fue dado de alta.

En ese momento se encontraba tendido bajo el sol primaveral. Estaba desnudo, tendido sobre un bastidor de madera que sobresalía por encima de la alfombra de césped y hojas. Llevaba ahí más de una semana, lo suficiente para que la carne se hubiera derretido, dejando huesos y cartílagos a la vista bajo la piel momificada. Unos cuantos mechones de cabello seguían pegados a la parte posterior del cráneo, cuyas cuencas vacías contemplaban el cielo azul cerúleo.

Terminé de tomar medidas y salí de la jaula de malla que protegía el cuerpo del dentista de pájaros y roedores. Me sequé el sudor de la frente. Era última hora de la tarde y, aunque la estación apenas principiaba, hacía calor. Este año la primavera se estaba tomando su tiempo, los brotes pesaban y estaban hinchados. En una semana o dos, su aspecto sería espectacular, pero por el momento los abedules y arces de los bosques de Tennessee seguían aferrados a sus retoños, como si se resistieran a soltarlos.

La ladera de la colina donde me encontraba no tenía nada de especial. Aunque no carente de atractivo, resultaba mucho menos espectacular que las imponentes crestas de las Smoky Mountains, que se alzaban en la distancia. Sin embargo, lo que despertaba estupor entre la gente que visitaba la zona era un aspecto totalmente distinto de la naturaleza. Por todas partes se repartían cuerpos humanos en distintos estados de descomposición. Los había en el sotobosque, a pleno sol y tendidos a la sombra; los más recientes, hinchados debido a los gases de la descomposición; los más antiguos, resecos como el cuero. Algunos yacían ocultos a la vista, sepultados o encerrados en el portamaletas de un coche. Otros, como el que yo acababa de pesar, estaban cubiertos con mallas o redes metálicas y dispuestos como las piezas de muestra de una macabra instalación artística. Sólo que la razón de ser de ese lugar era mucho más seria y mucho menos pública.

Guardé el equipo y el bloc de notas en la bolsa y flexioné la mano para evitar el agarrotamiento. Una delgada línea blanca me cruzaba la palma de la mano ahí donde

la carne había quedado abierta hasta el hueso, seccionando limpiamente la línea de la vida. Muy apropiado, pues aquel cuchillo que por poco había acabado con mi vida el año anterior había dado un vuelco a mi existencia.

Me cargué la bolsa al hombro y me enderecé. Al levantar el peso noté una levísima punzada en el abdomen. La cicatriz de las costillas estaba curada y dentro de unas cuantas semanas podría dejar ya los antibióticos que había estado tomando los nueve últimos meses. Si bien seguiría siendo proclive a infecciones el resto de mi vida, podía darme con un canto en los dientes por haber perdido tan sólo el bazo y una sección del intestino.

Lo más difícil estaba siendo acostumbrarme a la otra pérdida.

Dejé que el dentista siguiera pudriéndose lentamente, rodeé un cuerpo hinchado y oscuro medio oculto entre los matorrales y tomé un estrecho sendero de tierra que serpenteaba entre los árboles. Agachada al lado de un cadáver medio escondido junto al tronco de un árbol caído había una joven mujer negra vestida con una bata y unos pantalones grises de cirujano. Con la ayuda de unas pinzas recogía larvas del cuerpo y las colocaba en una serie de frascos con cierre de rosca.

—Hola, Alana —dije.

Ella levantó la vista y me sonrió, sujetando las pinzas en el aire.

—Hola, David.

—¿Tom está por aquí?

—La última vez que lo vi estaba donde las placas. Vigila por donde pisas —añadió cuando ya me iba—. Hay un fiscal de distrito en el prado.

Levanté la mano en señal de agradecimiento y seguí adelante por el sendero. Este corría paralelo a una verja metálica que circundaba aquella hectárea de bosque. La verja estaba rematada con alambre de espino y protegida por una segunda valla de madera. La única forma de entrar o salir era a través de una gran cancela sobre la que había un letrero en el que se leía «Centro de Investigación Antropológica» en austeras letras negras, pero el lugar era más conocido por otro nombre menos protocolario.

Para la mayoría era sencillamente la Granja de Cuerpos.

La semana anterior estaba aún en el vestíbulo embaldosado de mi piso de Londres con las maletas hechas. Fuera, el pálido amanecer primaveral dejaba oír un dulce coro de pájaros. Aun estando seguro de haberlo dejado todo listo, repasé mentalmente la lista de cosas que debía comprobar: ventanas cerradas, cartero avisado, hervidor de agua desconectado. Estaba tenso e intranquilo. No era ni mucho menos la primera vez que emprendía un viaje, pero aquél era distinto.

Al término de ese viaje no habría nadie esperándome.

El taxi se estaba retrasando, y aunque disponía de tiempo de sobra para tomar el avión, consultaba una y otra vez el reloj. Mi atención se desvió unos metros, hacia el

suelo de baldosas victorianas. Aparté la mirada, pero no a tiempo de impedir que el ajedrezado suscitase en mi recuerdo una asociación de ideas recurrente. Hacía tiempo que ya no había sangre en la zona de la entrada ni en la pared. El recibidor había sido pintado de blanco mientras yo aún permanecía en el hospital. Ningún indicio físico recordaba lo que ahí había ocurrido el año anterior.

De repente sentí claustrofobia. Me llevé las bolsas afuera, intentando no forzar demasiado el abdomen. El taxi llegó justo cuando cerraba la puerta principal. Esta se cerró tras de mí dando un sólido portazo que resonó como una sentencia irrevocable. Me di la vuelta sin echar la vista atrás y me encaminé hacia el taxi, que esperaba despidiendo bocanadas de humo de gasóleo.

Dejé el taxi en la estación de metro más cercana y tomé la línea de Piccadilly hasta Heathrow. Todavía no era hora punta, pero en el vagón ya había personas que se evitaban mutuamente la mirada con esa indiferencia instintiva de los londinenses.

«Me alegro de marcharme», pensé impaciente. Era la segunda vez en mi vida que sentía la necesidad de irme de Londres. A diferencia de la primera, cuando huí con la vida hecha pedazos tras la muerte de mi mujer y mi hija, esta vez sabía que volvería. Sólo necesitaba escaparme una temporada, poner tierra de por medio con los últimos acontecimientos. Además, llevaba meses sin trabajar y tenía la esperanza de que ese viaje me sirviera para volver a adaptarme al ritmo de las cosas.

Y para averiguar si seguía siendo capaz de desempeñar mi trabajo.

No había mejor lugar para averiguarlo. Hasta poco antes, el centro de Tennessee era único en su especie, el único laboratorio de campo al aire libre en todo el mundo donde los antropólogos forenses utilizaban cadáveres reales para estudiar la descomposición y registrar las pistas esenciales que en un momento dado pudieran señalar cuándo y cómo se había producido una muerte. Recientemente se habían abierto centros de factura similar en Carolina del Norte y también en Texas, una vez superadas las reticencias iniciales por miedo a los buitres. Incluso había oído hablar de uno en la India.

Pero daba igual cuántos pudiera haber: para la mayoría de la gente el centro de investigación de Tennessee seguía siendo la Granja de Cuerpos. Se encontraba en Knoxville, era una sección del Centro de Antropología Forense de Universidad de Tennessee y yo había tenido la fortuna de formarme ahí al comienzo de mi carrera. Habían pasado varios años desde mi última visita. Demasiados, a juicio de Tom Lieberman, su director y antiguo profesor mío.

Sentado en la sala de embarque de Heathrow, mientras observaba la lenta y silente danza de los aviones a través de los ventanales de cristal, me preguntaba cómo sería volver ahí. Durante los meses de dolorosa recuperación tras salir del hospital — y durante el período subsiguiente, más doloroso si cabe— la promesa de ese mes de viaje se había convertido en mi meta, en un nuevo comienzo, tan necesario como el

aire.

Emprendido el camino, por primera vez me preguntaba si acaso no habría depositado demasiadas esperanzas en él.

Después de hacer una escala de dos horas en Chicago, tomé mi vuelo de enlace; los últimos coletazos de una fuerte tormenta rezongaban aún cuando el avión aterrizó en Knoxville. Enseguida clareó, y para cuando hube recogido el equipaje el sol empezaba a abrirse paso entre las nubes. Al salir de la terminal del aeropuerto para recoger el coche que había alquilado, respiré hondo, paladeando aquella desconocida humedad que impregnaba el ambiente. Las carreteras exhalaban vapor y desprendían ese penetrante olor a asfalto húmedo. En contraste con los cumulonimbos negriazulados que poco a poco se iban retirando, la lluvia confería una viveza deslumbrante a la verde exuberancia de los campos que rodeaban la carretera.

A medida que me acercaba a la ciudad me sentía más animado. «Todo saldrá bien».

Apenas transcurrida una semana, ya no estaba tan seguro. Seguí la pista, que rodeaba un claro en el que se levantaba un gran trípode de madera semejante al armazón de un tipi. Debajo había una plataforma con un cuerpo tendido a la espera de ser levantado y pesado. Abandoné el sendero y —recordando la advertencia de Alana— crucé el claro hasta un lugar donde había, clavadas en el suelo, varias placas de hormigón que por su geometría destacaban en medio del bosque. Debajo había sepultados restos humanos que formaban parte de un experimento destinado a comprobar la eficacia de los georradars en tareas de localización de cuerpos.

Unos metros más adelante había un tipo alto y larguirucho vestido con pantalones chinos y sombrero de explorador que fruncía el ceño mientras examinaba de rodillas el indicador de un tubo que sobresalía del suelo.

—¿Qué tal va? —pregunté.

En vez de levantar la vista, el tipo siguió observando el tubo a través de sus gafas de montura metálica, dándole golpecitos con el dedo.

—¿A que parece fácil detectar un olor tan fuerte? —dijo a modo de respuesta.

El timbre de las vocales revelaba que sus raíces estaban en la Costa Este y no en Tennessee, donde el acento sureño tiende a arrastrarlas. Desde que lo conocía, Tom Lieberman vivía consagrado a la búsqueda de su Santo Grial particular, consistente en analizar molécula a molécula los gases resultantes de la descomposición con el fin de identificar el olor de la putrefacción. Cualquiera que haya encontrado un ratón muerto bajo el armario de su casa sabe que ese olor existe, y de hecho permanece por largo tiempo aun cuando el olfato humano ya ha dejado de detectarlo. Es posible adiestrar a perros para que sigan el rastro de un cadáver al cabo incluso de años de que éste haya sido enterrado. Tom partía de la hipótesis de que debía de ser posible desarrollar un instrumento que cumpliera esa misma función, facilitando así la

localización y recuperación de los cuerpos. Pero como todo en esta vida, una cosa era la teoría y otra la práctica.

Se levantó soltando un gruñido que tanto podía indicar frustración como satisfacción.

—Muy bien, ya he terminado —dijo, haciendo un gesto de dolor al oír el crujido de las rótulas.

—Voy a la cafetería a comer algo. ¿Me acompañas?

Tom compuso una sonrisa de envidia y empezó a guardar el equipo.

—Hoy no. Mary me ha preparado unos bocadillos. Pollo con brotes de judías o alguna de esas porquerías tan saludables. Antes de que me olvide, estás invitado a cenar este fin de semana. Se le ha metido en la cabeza que necesitas una comida como Dios manda —dijo haciendo una mueca—. Dice que tienes que alimentarte. En cambio a mí sólo me da comida de conejo. ¿Te parece justo?

Sonreí. Su mujer era una cocinera excelente, y él lo sabía.

—Dile que acepto encantado. ¿Te echo una mano con el equipo? —pregunté mientras se colgaba la bolsa de lona al hombro.

—No, no hace falta.

Sabía que Tom no quería que hiciera esfuerzos. Mientras caminábamos despacio hacia la cancela vi que el peso de la bolsa lo dejaba sin aliento. Cuando lo conocí, Tom tenía ya unos cincuenta años y estaba encantado de poder ayudar a un joven antropólogo forense británico. Pero de eso hacía más tiempo del que hubiera querido, y los años transcurridos habían dejado huella. Esperamos que la gente sea siempre tal cual la recordamos, pero eso, por supuesto, es un imposible. Aun así, había sido chocante ver cómo había cambiado Tom en ese tiempo.

Aún no había hecho público cuándo dejaría su cargo de director del Centro de Antropología Forense, pero todo el mundo sabía que lo más probable era que renunciara antes de finales de año. Dos semanas antes el periódico local había publicado un artículo sobre él que tenía más de homenaje que de entrevista. Si bien aún conservaba aquel aspecto de antiguo jugador de baloncesto, la edad traicionera había añadido cierta decrepitud a una constitución ya de por sí delicada. Tenía las mejillas hundidas, lo cual, sumado a las entradas, le daba un aire ascético y preocupantemente frágil.

Lo que no había cambiado era el brillo de su mirada ni su humor ni su fe en la naturaleza humana, intacta pese a llevar toda una vida escarbando en su lado más oscuro. «Tampoco tú has salido incólume», pensé acordándome de la profunda estría oculta debajo de mi camisa.

Tom tenía su coche familiar en el aparcamiento junto al centro. Nos detuvimos frente a la cancela y antes de salir nos quitamos los guantes protectores y los chanclos que todavía llevábamos puestos. Al cerrarse la barrera detrás de nosotros, nada

parecía sugerir lo que había del otro lado. Los árboles que la brisa hacía susurrar detrás de la verja parecían normales e inocuos con sus ramas desnudas teñidas de verde con renovada vida.

Ya en el aparcamiento, saqué el móvil del bolsillo y lo encendí. Aunque ninguna normativa me lo impedía, me incomodaba perturbar la paz y la calma del interior del centro con llamadas telefónicas. De todos modos tampoco esperaba ninguna. Todos los que podrían haberse puesto en contacto conmigo sabían que estaba fuera del país, y la persona con la que más deseaba hablar no iba a llamarme.

Guardé el teléfono mientras Tom abría el maletero y colocaba la bolsa dentro. Hacía ver que respiraba sin dificultad, y yo fingía no darme cuenta.

—¿Te acerco hasta la cafetería? —preguntó.

—No, gracias, iré andando. Necesito hacer un poco de ejercicio.

—Tu disciplina es admirable. Me avergüenzas. —Se interrumpió al sonarle el móvil. Lo sacó y miró la pantalla—. Perdona, tengo que atender esta llamada.

Lo dejé que contestara y me dirigí hacia la salida del aparcamiento. Aunque las instalaciones se encontraban en el campus del Centro Médico de la Universidad de Tennessee, eran completamente independientes de ésta. Camufladas tras los bosques de los alrededores, constituían un mundo aparte. Los modernos edificios y las zonas verdes del concurrido hospital eran un hervidero de pacientes, estudiantes y personal médico. En un banco había una enfermera que se reía junto a un joven con vaqueros; una madre regañaba a una niña que lloraba, y un hombre de negocios mantenía una animada discusión telefónica por el móvil. La primera vez que estuve ahí me costó asimilar el contraste entre la sigilosa putrefacción del interior de la verja y la bulliciosa normalidad del exterior. Ahora apenas lo notaba.

El tiempo hace que nos acostumbremos a casi todo. Subí unas escaleras y tomé el camino que llevaba hasta la cafetería, notablemente satisfecho al constatar que el ritmo de mi respiración normal prácticamente no se había alterado. Apenas había avanzado cuando oí unos pasos corriendo detrás de mí.

—¡David, espera!

Me di la vuelta. Un hombre de mi misma edad y estatura venía corriendo por el camino. Paul Avery era uno de los miembros prominentes del centro y en muchos círculos se lo consideraba ya el sucesor natural de Tom. Especialista en biología ósea humana, poseía unos conocimientos enciclopédicos, y sus enormes manos de gruesos dedos eran tan hábiles como las de un cirujano.

—¿Vas a almorzar? —preguntó al llegar junto a mí. Tenía el pelo ensortijado, de un color entre negro y azulado, y la sombra de la barba le oscurecía el mentón—. ¿Te importa si te acompaño?

—En absoluto. ¿Cómo está Sam?

—Está bien. Esta mañana ha quedado con Mary para ir de tiendas de bebés. Me

temo que la tarjeta de crédito debe de estar sacando humo.

Sonreí. No conocía a Paul antes de mi llegada aquí, pero tanto él como Sam, su mujer, que estaba embarazada, se habían desvivido por que me sintiera como en casa. Sam estaba casi al final del tercer trimestre; era su primer hijo, y aunque Paul se empeñaba en mostrarse impasible, ella no hacía el menor amago de ocultar su emoción.

—Me alegro de que hayamos coincidido —continuó—. Uno de mis doctorandos acaba de comprometerse, así que esta noche saldremos unos cuantos a celebrarlo. Será una cosa tranquila, cena y unas copas. ¿Por qué no vienes?

Vacilé. Apreciaba el ofrecimiento, pero la idea de salir con un grupo de desconocidos no me seducía.

—Sam también viene, y Alana, no todos serán extraños —añadió Paul al advertir mis reticencias—. Vamos, será divertido.

No se me ocurrían motivos para negarme.

—Pues... de acuerdo. Gracias.

—Estupendo. Te recogeré a las ocho en tu hotel.

Desde la carretera un coche hizo sonar el claxon. Nos dimos la vuelta y vimos que el vehículo de Tom se detenía junto al bordillo. Bajó la ventanilla y nos hizo señas para que nos acercásemos.

—Acaban de llamarme de la Oficina de Investigación de Tennessee. Han encontrado un cuerpo en una cabaña de montaña cerca de Gatlinburg. Parece interesante. Paul, si no estás ocupado, había pensado que tal vez querrías acompañarme a echarle un vistazo.

Paul sacudió la cabeza.

—Lo siento, esta tarde tengo un compromiso. ¿No puede ayudarte alguno de los estudiantes de posgrado?

—Supongo que sí. —Tom me miró con un brillo de entusiasmo en los ojos. Antes de que despegara los labios ya sabía lo que iba a decir—. ¿Qué me dices, David? ¿Te apetece hacer un poco de trabajo de campo?

2

La carretera de salida de Knoxville estaba bastante congestionada. Aunque el año aún no estaba muy avanzado, el calor apretaba lo suficiente como para necesitar el aire acondicionado. Tom había programado el GPS para que nos guiara al llegar a las montañas, pero por el momento no lo habíamos utilizado. Mientras conducía, iba murmurando para sí, y lo interpreté como un signo de impaciencia. Pese al macabro realismo del centro, las personas que legaban su cuerpo habían fallecido de muerte natural. Aquello era distinto. Era real.

—¿Así que podría tratarse de un asesinato?

«Homicidio», corregí para mis adentros. Era evidente, de lo contrario la Oficina de Investigación de Tennessee, el TBI^[1], no se habría implicado. El TBI era la versión estatal del FBI, para el que Tom ejercía como asesor oficial. Puesto que lo habían llamado ellos en lugar del departamento de policía local, lo más probable era que el caso fuera serio.

—Eso parece —respondió Tom sin apartar los ojos de la carretera—. No me han dicho gran cosa, pero por lo visto el cuerpo se encuentra en mal estado.

Empezaba a sentirme más nervioso de lo habitual.

—¿No habrá ningún problema porque te acompañe?

—¿Por qué iba a haberlo? —preguntó Tom sorprendido—. A menudo me llevo a alguien para que me ayude.

—Lo digo por el hecho de ser británico.

Antes de entrar en el país había tenido que pasar por los consabidos trámites de visados y permisos de trabajo, pero no había previsto una situación como aquella. No estaba seguro de hasta qué punto iba a ser bien recibido en una investigación oficial.

—No veo dónde está el problema —dijo Tom encogiéndose de hombros—. No es un asunto de seguridad nacional, y si alguien pregunta, yo respondo de ti. La otra opción es quedarte callado y esperar que nadie se fije en tu acento.

Sonrió y encendió el reproductor de CD. La música era para Tom lo que para otros los cigarrillos o el whisky; según él, le ayudaba a despejar la mente y a concentrarse. Su droga era el jazz de los años cincuenta y sesenta, y a esas alturas ya me había hecho escuchar la media docena de álbumes que llevaba en el coche con la frecuencia suficiente como para reconocer la mayoría de ellos.

Exhaló un leve suspiro y, con un gesto instintivo, se recostó en el asiento mientras por los altavoces empezaba a sonar un tema de Jimmy Smith.

Observé cómo el paisaje de Tennessee iba deslizándose al paso del coche. Las Smoky Mountains se alzaban frente a nosotros, envueltas en la neblina azulosa a la que deben su nombre. Sus laderas boscosas se extendían hasta el horizonte como un verde océano ondulante, en acusado contraste con el bullicio comercial de las tiendas

que nos rodeaban. La carretera estaba flanqueada por hileras de espantosos y funcionales establecimientos de comida rápida, bares y almacenes, y el cielo parecía una parrilla de líneas de alta tensión y cables telefónicos.

Londres y el Reino Unido parecían muy lejos. Aquel viaje había sido la manera de recuperar el tono y resolver algunas de las cuestiones que me causaban desasosiego. Sabía que a la vuelta tendría que tomar decisiones difíciles. El contrato temporal que tenía con una universidad en Londres había expirado durante mi convalecencia, y aunque me habían ofrecido un puesto permanente, había recibido otra oferta del departamento de antropología de una de las mejores universidades de Escocia. También se había puesto en contacto conmigo el Grupo Asesor de Búsqueda Antropológica, un organismo multidisciplinar cuyo cometido era ayudar a la policía a localizar cuerpos. Todo aquello resultaba muy halagador, y debería haber sido motivo de satisfacción, pero yo me veía incapaz de sentir entusiasmo por nada. Se suponía que volviendo a la Granja de Cuerpos las cosas cambiarían.

Pero hasta el momento no había sido así.

Suspiré y, en un acto irreflexivo, me froté la cicatriz de la palma de la mano con el pulgar.

—¿Va todo bien? —preguntó Tom lanzándome una mirada.

—Todo bien —respondí cerrando la mano de la cicatriz.

Aceptó mi respuesta sin hacer comentarios.

—En la bolsa que hay en el asiento de atrás llevo unos cuantos bocadillos. Podríamos comer algo antes de presentarnos. —Y con una sonrisa sardónica agregó—: Espero que te gusten los brotes de judías.

Según nos aproximábamos a las montañas, las arboledas se volvían más espesas. Dejamos atrás Pigeon Forge, un disparatado centro vacacional cuyos bares y restaurantes ocupaban todo el lateral de la vía. Uno de los bares que pasamos estaba decorado al estilo del oeste, troncos de plástico incluidos. Pocos kilómetros más adelante llegamos a Gatlinburg, una localidad turística cuyo carnavalesco ambiente, en comparación, parecía recatado. La población había emergido justo al pie de las montañas, y aunque sus moteles y tiendas se esforzaban por llamar la atención, no podían competir con el esplendor natural que se alzaba un poco más adelante.

Dejamos atrás la ciudad y entramos en otro mundo. La carretera serpenteaba entre pronunciadas pendientes boscosas que se cerraban sobre ella sumiéndola en las sombras. Las Smoky forman parte de la formidable cadena de los Apalaches, cubren una superficie de dos mil kilómetros cuadrados y se extienden a lo largo de la frontera entre Tennessee y Carolina del Norte. Aunque han sido declaradas parque nacional, mientras las observaba desde la ventanilla pensé que la naturaleza vive felizmente ajena a tales distinciones. Para quien viene de una isla tan poblada como Gran Bretaña resulta imposible no sentirse insignificante ante esa imponente mole.

El tráfico había disminuido. En pocas semanas habría mucha más circulación, pero todavía era primavera y apenas se veían coches. Pocos kilómetros más adelante Tom giró por una carretera de gravilla.

—Ya no debería faltar mucho —dijo tras consultar la pantalla del GPS colocada sobre el salpicadero, y levantando la vista añadió—: Ah, ya hemos llegado.

Junto a una pequeña pista había un letrero que rezaba: «Cabañas Schroeder, números 5-13». Tom embocó la vía, y la transmisión automática protestó ligeramente intentando compensar la pendiente. Distinguí los tejados de las cabañas, resguardadas entre los árboles a buena distancia unas de otras. Frente a nosotros, aparcados a ambos lados de la pista, había varios coches de policía y unos cuantos vehículos sin distintivo que supuse debían de pertenecer al TBI. Al acercarnos nos salió al paso un agente de policía de uniforme con la mano apoyada sobre la pistola que llevaba enfundada al cinto.

Tom se detuvo y bajó la ventanilla, pero el agente no le dejó hablar.

—Caballero, no se puede entrar. Tendrá que dar media vuelta y marcharse.

Su acento sureño era inconfundible, y su severa e implacable cortesía funcionaba como una segunda arma. Tom mantuvo la calma y sonrió.

—De acuerdo. ¿Puede decirle a Dan Gardner que ha llegado Tom Lieberman?

El agente retrocedió unos pasos y comunicó algo por la radio. No sé qué le dirían, pero al volver parecía más tranquilo.

—Conforme. Aparque ahí, junto al resto de vehículos.

Tom obedeció. Para cuando hubimos aparcado, mi nerviosismo había mutado a una especie de malestar indefinible. Me dije a mí mismo que era normal sentir mariposas en el estómago: todavía estaba oxidado de la convalecencia y no entraba en mis planes intervenir en una investigación por homicidio, si bien en el fondo sabía que ése no era el auténtico motivo.

—¿Estás seguro de que he hecho bien al venir? —pregunté—. No quiero meterme donde no me llaman.

Tom no parecía preocupado.

—Descuida. Si alguien pregunta, tú vienes conmigo.

Bajamos del coche. Comparado con el de la ciudad, el aire tenía un aroma fresco y limpio, impregnado del olor de las flores silvestres y el limo. El sol de última hora de la tarde veteaba las ramas y daba a los verdes retoños, enrollados aún, la apariencia de gruesas esmeraldas. Teniendo en cuenta que a esa altitud y a la sombra de los árboles hacía relativo fresco, el aspecto del hombre que vino hacia nosotros parecía tanto más extraño. Vestía traje y corbata, llevaba una americana colgada del brazo y en la camisa azul pálido lucía unas oscuras manchas de sudor. Cuando le estrechó la mano a Tom, me fijé en que tenía el rostro congestionado.

—Gracias por venir. No sabía si aún estabas de vacaciones.

—Ya no. —Tom y Mary habían regresado de Florida una semana antes de mi llegada. Según decían, nunca en su vida se había aburrido tanto—. Dan, quisiera presentarte a David Hunter. Está de visita en el centro. Se me ha ocurrido que sería una buena idea traerlo conmigo.

Sus palabras no denotaban inflexión interrogativa alguna. El tipo se volvió hacia mí. A primera vista le habría echado cincuenta y muchos, tenía el rostro curtido y estriado por hondas arrugas; el pelo era canoso y corto, y a un lado lucía una raya que parecía tirada con regla. Extendió la mano. Tenía un apretón fuerte y desafiante, y la palma de la mano seca y callosa.

—Dan Gardner, agente especial de supervisión. Encantado de conocerle.

Supuse que ése debía de ser el cargo equivalente al de oficial de investigación en el Reino Unido. Hablaba con el peculiar acento nasal de Tennessee, pero su aparente desenfado resultaba engañoso. Su mirada era penetrante e inquisitiva. «Desconfía».

—Dime, ¿qué tenemos? —preguntó Tom al tiempo que sacaba el maletín del maletero del coche.

—Yo lo cojo —dije, cargándolo yo en su lugar. Con o sin cicatrices, estaba más en forma que Tom. Por una vez no protestó.

El agente del TBI empezó a deshacer camino por el sendero hasta los árboles.

—El cuerpo está en una de estas cabañas de alquiler. El encargado lo ha encontrado esta mañana.

—¿Seguro que es homicidio?

—Oh, sí.

No se extendió. Tom le lanzó una mirada de curiosidad, pero no insistió.

—¿Alguna identificación?

—Tenemos una billetera de hombre con tarjetas de crédito y un permiso de conducir, pero no podemos asegurar que pertenezca a la víctima. El cuerpo está en tan avanzado estado de descomposición que la fotografía no sirve.

—¿Sabemos cuánto tiempo lleva ahí? —pregunté sin pensar.

Gardner frunció el ceño, y entonces recordé que yo sólo estaba ahí en calidad de ayudante.

—Esperaba que eso me lo dijerais vosotros —respondió el agente del TBI, dirigiéndose a Tom más que a mí—. El patólogo todavía está aquí, pero no ha podido decirnos gran cosa.

—¿Quién es el patólogo? ¿Scott? —preguntó Tom.

—No, Hicks.

—Ah.

Fue muy significativo el modo en que Tom dijo eso último, pero en ese momento lo que a mí me preocupaba era su forma de resollar mientras subía la cuesta.

—Un momento —dije.

Dejé el maletín en el suelo y fingí atarme las botas. Gardner parecía molesto, pero Tom respiró aliviado y disimuló limpiándose las gafas.

—Espero que no te importe la pregunta, Dan, pero ¿te encuentras bien? —dijo Tom lanzando una mirada elocuente a la camisa del agente, oscurecida por el sudor—. Te noto... un poco sofocado.

Gardner se miró la húmeda camisa como si no se hubiera dado cuenta hasta entonces.

—Digamos que hace un poco de calor ahí dentro. Ahora lo verás.

Reemprendimos la marcha. La cuesta se nivelaba donde el bosque se abría formando un pequeño claro de hierba con un camino de grava del que sobresalía un poco de maleza. De él partían más senderos que conducían a otras cabañas apenas visibles entre los árboles. La cabaña a la que nos dirigíamos quedaba en la parte más alejada del claro, apartada del resto. Era pequeña y estaba revestida con una madera desgastada por los años. Una cinta de color amarillo brillante en la que se leía: «policía, no pasar», en grandes capitulares negras, impedía acceder al camino que conducía hasta la puerta; en torno a la casa había el ajeteo habitual en estos casos.

Era el primer escenario de crimen que visitaba en Estados Unidos. En cierto modo, no era distinto de cualquier otro, pero había unas cuantas diferencias sutiles que le daban una apariencia irreal. Junto a la cabaña había un grupo de forenses del TBI vestidos con petos blancos; tenían el rostro enrojecido, sudaban y bebían con avidez de unas botellas de agua. Gardner nos acompañó hasta una mujer joven que estaba hablando con un tipo obeso cuya calva cabeza relucía como una cáscara de huevo. No tenía un solo pelo, ni siquiera cejas ni pestañas, lo cual le confería un aspecto a medio camino entre un recién nacido y un reptil.

Cuando nos acercamos se dio la vuelta y, al ver a Tom, sus finos labios esbozaron una sonrisa. Una sonrisa desganada.

—Me preguntaba cuándo ibas a llegar, Lieberman.

—He venido en cuanto me han llamado, Donald —dijo Tom.

—Me sorprende que haya hecho falta. Seguro que la peste llega hasta Knoxville.

Soltó una risita, indiferente al hecho de que nadie más pareciera encontrarle la gracia. Supuse que ése sería Hicks, el patólogo que había mencionado Gardner. La mujer con la que estaba hablando era esbelta, de cuerpo atlético, como de gimnasta. Mantenía una postura casi marcial, acentuada por la chaqueta, la falda de color azul marino y el pelo oscuro, muy corto. No llevaba maquillaje, ni lo necesitaba. Sólo su boca desentonaba con su aséptica apariencia: carnosos y sinuosos, sus labios insinuaban una sensualidad que el resto de su aspecto apenas lograba disimular.

Sus ojos grises se clavaron en mí un instante, inexpresivos y a la vez calculadores. En contraste con el ligero bronceado de su cutis, el blanco de sus ojos parecía refulgir saludablemente.

Gardner procedió a presentarnos.

—Tom, te presento a Diane Jacobsen. Acaba de incorporarse a la Unidad de Investigaciones de Campo. Este es su primer homicidio. Le he hablado maravillas de ti y del centro, así que no me decepciones.

La mujer extendió la mano, a todas luces indiferente a la supuesta gracia de Gardner. La cálida sonrisa de Tom fue recibida con una escueta mueca por parte de ella. Yo no acababa de saber si su reserva era natural o respondía a un exceso de profesionalidad.

La boca de Hicks se torció en un gesto de fastidio al mirar a Tom. Al percatarse de que yo lo estaba observando, señaló con la barbilla en mi dirección, visiblemente irritado.

—¿Quién es éste?

Lo dijo como si yo no estuviera ahí.

—Soy David Hunter —dije, aunque la pregunta no iba dirigida a mí. De alguna forma, supe que no tenía sentido ofrecerle mi mano.

—David colabora con nosotros temporalmente en el centro. Ha tenido la amabilidad de venir a ayudarme —dijo Tom.

«Colaborar» tal vez era excesivo, pero no iba a ser yo quien discutiera sus hipérboles.

—¿Un británico? —exclamó Hicks, que había notado mi acento. La mujer volvió a clavar su fría mirada en mí y advertí que me ruborizaba—. ¿De qué va esto, Gardner? ¿Ahora invitamos a los turistas?

Sabía que mi presencia había de suscitar alguna que otra controversia —lo mismo habría ocurrido de haber aparecido un extranjero en una investigación británica—, pero su actitud me irritó de todos modos. Me recordé a mí mismo que estaba ahí como invitado de Tom y me mordí la lengua. Como tampoco Gardner parecía muy contento, Tom decidió intervenir.

—El doctor Hunter está aquí a invitación mía. Es uno de los mejores antropólogos forenses del Reino Unido.

Hicks resopló incrédulo.

—¿Qué pasa, acaso no tenemos bastantes aquí?

—Lo que digo es que valoro su experiencia —dijo Tom con calma—. Y ahora, si hemos terminado, quisiera empezar a trabajar.

Hicks se encogió de hombros con una cordialidad exagerada.

—Adelante. Mi más sincera bienvenida.

Y tras decir esto, se retiró con aire ofendido hacia los coches. Tom y yo dejamos a los dos agentes del TBI en el exterior de la cabaña y nos dirigimos hacia una mesa de caballete sobre la que había unas cajas con petos, guantes, botas y mascarillas de usar y tirar. Esperé hasta asegurarme que nadie pudiera oírnos.

—Escucha, Tom, tal vez no sea buena idea. Esperaré en el coche.

Tom sonrió.

—No te preocupes por Hicks. Trabaja delante de la morgue, en el Centro Médico de la universidad, y de vez en cuando nos cruzamos. Le repatea tener que recurrir a nosotros en situaciones como ésta. En parte es envidia profesional, pero sobre todo porque es un perfecto gilipollas.

Sabía que lo decía para tranquilizarme, pero yo seguía sintiéndome incómodo. Estaba acostumbrado a pisar escenarios de crímenes, pero me daba perfecta cuenta de que ése no era mi lugar.

—No sé... —murmuré.

—No pasa nada, David. Me estás haciendo un favor. De verdad.

Dejé de discutir, pero seguía albergando mis dudas. Sabía que debía estarle agradecido a Tom, pues son pocos los expertos forenses británicos que tienen la oportunidad de trabajar en la escena de un crimen en Estados Unidos. Pero por algún motivo me sentía más nervioso que nunca. Ni siquiera podía echarle la culpa a la hostilidad de Hicks; cosas peores había tenido que soportar. No, el problema era yo. En los últimos meses lo había perdido todo, incluida la confianza en mí mismo.

«Vamos, contrólate. No puedes fallarle a Tom».

Gardner apareció junto a la mesa justo cuando estábamos abriendo las bolsas de plástico de los petos.

—Yo que tú me quitaría los pantalones antes de ponerme eso. Hace un calor espantoso.

—No me he desnudado en público desde que estaba en la escuela —dijo Tom dejando escapar un bufido—. Y no voy a hacerlo ahora.

Gardner le dio un manotazo a un insecto que revoloteaba por delante de su cara.

—No digas que no te he avisado.

Yo no compartía el sentido del pudor de Tom, pero seguí su ejemplo de todos modos. Ya me sentía lo bastante fuera de lugar sin necesidad de quedarme en calzoncillos delante de todo el mundo. Además, todavía era primavera y el sol había empezado a bajar. ¿Cuánto calor podía hacer dentro de la cabaña?

Gardner revolvió entre las cajas hasta que encontró un tarro de bálsamo mentolado. Se untó una buena cantidad bajo la nariz y a continuación se lo tendió a Tom.

—Vas a necesitar esto.

—No, gracias —rechazó Tom—. Mi olfato ya no es lo que era.

Gardner me tendió el tarro sin decir nada. Normalmente yo tampoco lo utilizo; al igual que Tom, no era la primera vez que olía un cuerpo en descomposición, y después de pasar la última semana en el centro había vuelto a acostumbrarme, pero por precaución decidí tomar el tarro y untarme un poco de bálsamo sobre el labio

superior. El olor era tan penetrante que al momento comenzaron a llorarme los ojos. Respiré hondo, intentando aplacar los nervios. «¿Qué diantre te pasa? Te comportas como si fuera tu primera vez».

Esperé a que Tom terminase mientras el sol, bajo y deslumbrante, me calentaba la espalda y acariciaba las copas de los árboles durante su descenso hacia el ocaso. Me dije a mí mismo que, pasara lo que pasase, a la mañana siguiente volvería a brillar.

Tom terminó de abrocharse el peto y me dedicó una sonrisa vivaz.

—Veamos qué es lo que tenemos.

Nos enfundamos los guantes de látex y nos dirigimos por el camino invadido de hierbas hasta la cabaña.

3

La puerta de la cabaña estaba cerrada. Gardner se detuvo delante. Había dejado la americana con las cajas de los petos y se había puesto un par de chanclos y guantes de plástico. Acabó de colocarse una mascarilla quirúrgica de color blanco, inspiró hondo antes de abrir la puerta y entramos.

He visto cadáveres en toda clase de estados. Sé lo mal que huelen las distintas fases de la putrefacción e incluso soy capaz de distinguirlas. Me he encontrado con cuerpos quemados hasta los huesos y con otros reducidos a una especie de limo jabonoso tras varias semanas bajo el agua. Como imágenes no tienen nada de placenteras, pero forman parte ineludible de mi trabajo, y hasta entonces creía que estaba acostumbrado.

Sin embargo, nunca había visto algo como aquello. El hedor casi podía palparse. Pese al bálsamo mentolado, la fetidez de la carne en descomposición, dulzona y nauseabunda, como de queso rancio, se introducía en mis narinas como si la hubieran destilado y concentrado. La cabaña estaba infestada de moscas que pululaban excitadas en torno a nosotros, pero su presencia pasaba casi inadvertida en comparación con el calor.

El interior de la cabaña era como una sauna.

—Santo cielo... —exclamó Tom torciendo el gesto.

—Te he dicho que te quitaras los pantalones —dijo Gardner.

La estancia era pequeña y parcamente amueblada. Al vernos entrar, varios de los miembros del equipo forense interrumpieron su labor para mirarnos. Las persianas estaban subidas para permitir que entrara el sol por las ventanas que había a lado y lado de la puerta. El suelo era de tablones pintados de negro y estaba cubierto con unas alfombras raídas. En la pared de encima de la chimenea había colgadas un par de polvorientas cornamentas, y en la de enfrente había un fregadero sucio, una cocina y una nevera. El resto del mobiliario —televisor, sofá y sillones— había sido retirado para despejar el centro de la habitación, a excepción de una pequeña mesa de comedor. El cuerpo estaba tendido encima.

Estaba desnudo, tendido boca arriba con los brazos y piernas extendidos colgando junto a los bordes de la mesa. El torso, hinchado por los gases, parecía un petate que hubiera reventado por estar demasiado lleno. Una hilera de gusanos iba del torso al suelo, había tantos que parecían un reguero de leche hirviendo. Junto a la mesa había un calefactor de infrarrojos, cuyas tres barras tenían un color amarillo brillante. Mientras lo observaba, uno de los gusanos cayó sobre una de ellas y desapareció produciendo un chisporroteo sordo.

Completaba el retablo una silla de respaldo duro situada junto a la cabeza de la víctima. Su presencia parecía trivial hasta que uno pensaba por qué estaba ahí.

Alguien no había querido perderse un detalle de la escena.

Ninguno de nosotros había traspuesto el umbral. Hasta Tom parecía desconcertado.

—Está tal y como lo hemos encontrado —dijo Gardner—. He pensado que querrías tomarle la temperatura tú mismo.

Gardner acababa de apuntarse un tanto. La temperatura constituye un factor importante a la hora de determinar el tiempo transcurrido desde la muerte, pero eso es un detalle en el que la mayoría de los investigadores con los que me he encontrado no reparan siquiera. De todos modos, ese día casi habría deseado menos meticulosidad por su parte. La combinación de fetidez y calor era insoportable.

Tom asintió con aire ausente, sin apartar la mirada del cuerpo.

—¿Te importa hacer los honores, David?

Depositó el maletín en una zona de suelo despejada y lo abrió. Tom seguía utilizando muchos de los viejos instrumentos que usaba cuando lo conocí; aunque se veían gastados, todos y cada uno de ellos estaban dispuestos en su lugar correspondiente. Aunque en el fondo era un amante de todo lo clásico, no desdeñaba los beneficios que aportaban las nuevas tecnologías. Seguía llevando su viejo termómetro de mercurio, una elegante pieza de ingeniería hecha de cristal soplado a mano y acero trabajado, pero junto a éste había un nuevo modelo digital. Lo saqué, lo encendí y observé que los números de la pantalla empezaban a aumentar rápidamente.

—¿Tus hombres van a tardar mucho todavía? —preguntó Tom a Gardner al tiempo que echaba un vistazo a las figuras vestidas de blanco que estaban trabajando en la sala.

—Un poco. Hace demasiado calor para estar mucho tiempo dentro. Ya se me ha desmayado un agente.

Tom se inclinó sobre el cuerpo, evitando pisar la sangre reseca del suelo. Se ajustó las gafas para ver mejor.

—¿Tienes la temperatura, David?

Comprobé la pantalla. Ya estaba sudando.

—Cuarenta y tres grados coma cinco.

—¿Podemos apagar ya el maldito calefactor? —preguntó uno de los miembros del equipo forense, un tipo corpulento con una barriga que sobresalía del peto como un tonel. La parte de su cara visible bajo la mascarilla quirúrgica estaba roja e impregnada en sudor.

Miré a Tom en busca de su consentimiento. Asintió con un gesto de la cabeza.

—Y abramos las ventanas. Que entre un poco de aire.

—Por Dios bendito, menos mal —suspiró el tipo corpulento, y corrió a desconectar el calefactor. Cuando las barras de infrarrojos se apagaron, abrió las

ventanas de par en par. En cuanto el aire fresco entró en la cabaña, hubo suspiros y murmullos de alivio.

Fui a donde estaba Tom, que contemplaba el cuerpo con abstraída concentración.

Gardner no había exagerado un ápice; no cabía duda de que se trataba de un homicidio. Alguien había colocado las extremidades de la víctima a los lados de la mesa y se las había atado a las patas de madera con cinta de embalaje. La piel estaba tensa como un tambor y presentaba el color del cuero envejecido, aunque resultaba imposible saber su grupo étnico. Las pieles blancas se oscurecen después de la muerte, mientras que las pieles oscuras a menudo se aclaran, lo cual impide reconocer su color y ascendencia. Lo más significativo eran las fisuras abiertas visibles a simple vista. Es natural que la piel se resquebraje a medida que el cuerpo se descompone y se hincha de gases, pero aquello tenía bien poco de natural. La sangre se había coagulado sobre la mesa y había manchado la alfombra de debajo. La causa no podía ser otra que una herida abierta, o acaso más de una, lo cual sugería que al menos parte de las lesiones de la epidermis habían sido infligidas mientras la víctima seguía con vida. Quizás eso explicaba también la presencia de tantas larvas de moscarda, ya que las moscas ponen sus huevos en cualquier abertura que encuentran.

Con todo, no recordaba haber visto nunca tantos gusanos en un solo cuerpo. De cerca, el olor a amoníaco era insufrible. Habían colonizado los ojos, la nariz, la boca y los genitales, eliminando toda huella del sexo de la víctima.

Mis ojos quedaron atrapados en los gusanos que se agitaban en la fisura abierta en el vientre, haciendo que la piel de alrededor se moviera como si hubiera cobrado vida. En un acto reflejo, me llevé la mano a la cicatriz del abdomen.

—¿David? ¿Te encuentras bien? —preguntó Tom con voz queda.

—Sí —respondí apartando la vista y empezando a sacar los frascos de muestras de la bolsa.

Podía sentir los ojos de Tom sobre mí, pero él, en vez de insistir, se dirigió a Gardner.

—¿Qué se sabe?

—No gran cosa —dijo Gardner con la voz amortiguada por la mascarilla—. Quienquiera que haya hecho esto es una persona metódica. No hay huellas en la sangre, lo que indica que el asesino sabía muy bien por dónde tenía que pisar. La cabaña fue alquilada el jueves a nombre de un tal Terry Loomis. No tenemos ninguna descripción. Tanto la reserva como el pago con cargo a la tarjeta de crédito se hicieron por teléfono. Tenía voz masculina, acento local y pidió que le dejaran la llave bajo el felpudo de la entrada. Dijo que iba a llegar tarde.

—Un tipo práctico —dijo Tom.

—Mucho. Aquí, con tal de que uno pague, no se preocupan demasiado del papeleo. El alquiler de la cabaña expiraba esta mañana, así que al ver que no le

devolvían la llave, el encargado ha venido para echar un vistazo y asegurarse de que no faltase nada. Viendo esto, no sé por qué debía preocuparse —añadió echando un vistazo alrededor de la cabaña.

Tom no prestó atención al comentario.

—¿Dices que alquilaron la cabaña el jueves? ¿Estás seguro?

—Es lo que ha dicho el encargado. La fecha encaja con el registro y el recibo de la tarjeta de crédito.

Tom arrugó el ceño.

—Tiene que haber un error. Sólo hace cinco días.

Yo estaba pensando lo mismo. La descomposición estaba demasiado avanzada para un período tan corto de tiempo. La carne empezaba a presentar una consistencia cerosa resultado de la fermentación y el deterioro, y la piel curtida se desprendía como un traje arrugado. El calefactor podía haber acelerado el proceso hasta cierto punto, pero por sí solo no explicaba los elevados niveles de actividad larvaria. Aun con el calor y la humedad del verano de Tennessee habrían hecho falta unos siete días para alanzar ese estado.

—¿Estaban cerradas las puertas y ventanas cuando lo han encontrado? —le pregunté a Gardner sin pensar. «Menos mal que debías quedarte callado».

Éste frunció el labio, molesto, pero me contestó.

—Bajadas, cerradas y trabadas.

Espanté las moscas que volaban por mi cara. A estas alturas debería haberme acostumbrado a ellas.

—Demasiado insecto para una habitación cerrada —le comenté a Tom.

Asintió. Con cuidado, recogió con las pinzas uno de los gusanos del cuerpo y lo levantó para examinarlo a la luz.

—¿Qué me dices de esto?

Me acerqué para verlo más de cerca. Las moscas tienen tres fases larvarias o estadios, durante las cuales el tamaño de la larva aumenta de forma progresiva.

—Tercer estadio —observé, lo cual quería decir que debía de tener al menos seis días, probablemente más.

Tom asintió e introdujo la larva en un pequeño tarro con formaldehído.

—Y algunas ya se han convertido en pupas. Eso sitúa el momento de la muerte seis o siete días atrás.

—Pero no cinco —dije. La mano se me fue de nuevo al abdomen. La aparté. «Vamos, concéntrate». Hice un esfuerzo por centrarme en lo que estaba viendo—. Supongo que podrían haberlo matado en otro lugar y haberlo traído aquí post mórtem.

Tom vaciló. Vi que dos de los hombres vestidos de blanco intercambiaban una mirada y al momento me percaté de mi error. Sentí que me ruborizaba. «Menuda

estupidez acabas de soltar...»

—Si la víctima hubiese estado muerta, no habría habido motivo para amarrarla a la mesa de manos y pies —dijo el criminalista corpulento, mirándome con suspicacia.

—Puede que en Inglaterra los cadáveres estén más animados que los de aquí —soltó Gardner impertérrito.

Hubo una oleada de carcajadas. La cara me ardía, pero ya no podía hacer nada para arreglarlo. «Idiota. ¿Se puede saber qué te pasa?»

Tom cerró la tapa del tarro con una estudiada impasibilidad en su rostro.

—¿Quién crees que es el tal Loomis, la víctima o el asesino? —le preguntó a Gardner.

—En la billetera hemos encontrado el permiso de conducir de Loomis y sus tarjetas de crédito, aparte de sesenta dólares en metálico. Lo hemos comprobado: treinta y seis años, blanco, empleado de seguros en Knoxville. Soltero, vive solo y no ha aparecido por el trabajo en los últimos días.

La puerta de la cabaña se abrió y entró Jacobsen. Como Gardner, se había puesto chanclos y guantes, pero incluso así estaba casi elegante. No llevaba mascarilla, y cuando se acercó a su compañero vi que estaba pálida.

—De modo que, a menos que el asesino reservara este lugar a su nombre y tuviera la consideración de haber olvidado aquí sus documentos, lo más probable es que éste sea Loomis o cualquier otro varón de quien nada sabemos —dijo Tom.

—Más o menos —dijo Gardner, a quien en ese instante interrumpió un agente que apareció por la puerta.

—Señor, aquí fuera hay alguien que quiere verle.

—Vuelvo enseguida —le dijo Gardner a Tom, y salió.

Jacobsen se quedó en la cabaña. Todavía estaba pálida, pero se mantenía de brazos cruzados como disimulando todo asomo de debilidad.

—¿Cómo saben que se trata de un varón? —preguntó. En un acto reflejo, sus ojos se dirigieron a la ingle del cadáver, pero los apartó al instante—. Yo no veo nada que lo demuestre.

Su acento no era tan fuerte como otros, pero sí lo bastante pronunciado como para saber que era de la zona. Miré a Tom, pero estaba absorto en el cuerpo. O al menos lo simulaba.

—Bien, aparte de la complexión... —dije.

—No todas las mujeres son pequeñas.

—No, pero así de altas no hay muchas. Además, por corpulenta que fuera, una mujer tendría una estructura ósea más delicada, sobre todo en el cráneo. Eso es...

—Ya sé lo que es un cráneo.

«Señor, qué susceptible».

—Lo que iba a decir es que generalmente eso es un buen indicador del sexo —

terminé.

Ella levantó la barbilla con obstinación, pero se abstuvo de hacer ningún comentario más. Tom, que hasta entonces había estado examinando la boca, se levantó.

—David, échale un vistazo a esto.

Se apartó y fui hacia ahí. Gran parte del tejido blando de la cara había desaparecido; los ojos y la cavidad nasal eran un nido de gusanos. Los dientes podían verse casi enteros, y donde deberían haber estado las encías la dentina presentaba un tono rojizo.

—Dientes rosados —dije.

—¿Lo habías visto antes? —preguntó Tom.

—Una vez, tal vez dos.

Pero no era algo habitual. Y menos en una situación como aquélla.

—¿Dientes rosados? —preguntó Jacobsen, que nos había oído.

—Se produce cuando la hemoglobina de la sangre penetra en la dentina —expliqué—. Los dientes adquieren un color rosado bajo el esmalte. A veces aparece en víctimas de ahogamiento que han permanecido un tiempo en el agua, ya que tienden a flotar cabeza abajo.

—La verdad, dudo mucho que estemos ante un caso de ahogamiento —dijo Gardner, cerrando de golpe la puerta de la cabaña.

Con él iba otro hombre. El recién llegado también llevaba chanclos y guantes, pero no me dio la impresión de que fuera un agente de policía ni del TBI. Andaría sobre la cuarentena y, sin ser del todo gordo, tenía una complexión redonda, de persona bien alimentada. Vestía unos chinos y una chaqueta de gamuza ligera sobre una camisa de color azul pálido, y una sombra que no alcanzaba del todo a ser barba cubría sus abultadas mejillas.

No obstante, ese aspecto aparentemente desenfadado resultaba demasiado artificial, como copiado de un anuncio de revista. La ropa era demasiado cara y excesivamente bien cortada, la camisa llevaba desabrochado un botón de más. Y la barba, como el pelo, era tan uniforme que por fuerza tenía que habérsela arreglado con esmero.

Entró en la cabaña rezumando seguridad en sí mismo. Su media sonrisa no desapareció ni siquiera al observar el cuerpo amarrado a la mesa.

Gardner se había quitado la mascarilla, acaso por deferencia hacia el recién llegado, que no llevaba.

—Profesor Irving, supongo que no conoce a Tom Lieberman, ¿verdad?

El recién llegado se volvió sonriendo hacia Tom.

—No, me temo que nuestros caminos no se han cruzado. Discúlpeme si no le doy la mano —dijo enseñando los guantes con exagerado ademán.

—El profesor Irving es experto en perfiles de personalidad criminal y ha colaborado con el TBI en varias ocasiones —explicó Gardner—. Queríamos someter este caso a una perspectiva psicológica.

Irving esbozó una sonrisa modesta.

—En realidad, prefiero llamarme «behaviorista». Pero no vamos a discutir por un título.

«Acabas de hacerlo», pensé, pero me dije que no debía pagar con él mi mal humor.

La sonrisa de Tom fue de pura indiferencia, sin perder la calma.

—Encantado de conocerle, profesor Irving. Este es mi amigo y colega, el doctor Hunter —añadió, corrigiendo la omisión de Gardner.

Irving me saludó con un gesto cordial, pero era obvio que no me prestaba gran atención. De hecho, tenía ya los ojos puestos en Jacobsen, a quien dedicó una amplia sonrisa.

—Creo que no recuerdo su nombre.

—Diane Jacobsen —dijo ella un tanto nerviosa, y al dar un paso adelante a punto estuvo de derrumbarse la fachada de impavidez de que había hecho gala hasta entonces—. Un placer conocerle, profesor Irving. He leído muchos de sus trabajos.

La sonrisa de Irving se ensanchó más si cabe. No pude evitar fijarme en la artificial blancura y simetría de sus dientes.

—Espero que sean merecedores de su aprobación. Pero, por favor, llámame Alex.

—Diane se especializó en psicología antes de incorporarse al TBI —apuntó Gardner.

El profesor enarcó las cejas.

—¿De verdad? En ese caso tendré que poner especial énfasis en no meter la pata.

Al final no le dio una palmadita en la cabeza, pero poco le faltó. Al fijarse en el cuerpo, su sonrisa mudó en una mueca de desagrado.

—Este tipo ha visto días mejores, ¿eh? ¿Podéis acercarme un poco más de bálsamo?

La petición no iba dirigida a nadie en particular. Al cabo de un instante, una mujer del equipo forense salió a buscarlo a regañadientes. Irving juntó las manos y escuchó sin hacer comentarios la información que le daba Gardner. Cuando la agente volvió, el profesor cogió el bálsamo sin ni siquiera un gesto de agradecimiento, se lo untó sobre el labio superior y se lo tendió de nuevo a la mujer.

La agente se quedó mirando el tarro antes de aceptarlo.

—A su disposición.

Si Irving captó el sarcasmo, no dio muestras de ello. Tom me miró divertido mientras cogía otro frasco de muestras de la bolsa y volvía al cuerpo.

—Preferiría que esperase a que yo termine, si hace el favor.

Irving había hablado sin mirarlo, como dando por hecho que todos los presentes estábamos ahí para acatar sus deseos. Vi un destello de irritación en los ojos de Tom y por un momento creí que iba a contestarle, pero antes de que pudiera hacerlo su rostro se contrajo con un espasmo repentino. Fue tan fugaz que bien podría habérmelo imaginado, de no ser por su palidez.

—Creo que voy a tomar un poco de aire fresco. Hace demasiado calor en esta cabaña del demonio.

Me pareció que le costaba llegar a la puerta, así que fui detrás de él, pero me detuvo con un movimiento de la cabeza.

—No hace falta que vengas. Puedes empezar a sacar fotografías cuando el profesor Irving haya terminado. Sólo voy a beber un poco de agua.

—Hay botellas en frío en una nevera al lado de las mesas —dijo Gardner.

Aunque aún me sentía preocupado, lo dejé salir; estaba claro que a Tom no le apetecía llamar la atención. Nadie más parecía haberse dado cuenta de que algo no iba bien. Excepto Irving y yo, los demás lo tenían de espaldas, aunque el profesor, que escuchaba las explicaciones de Gardner con la mano en la barbilla, no se había percatado, abstraído como estaba observando el cadáver tendido encima de la mesa. Cuando el agente del TBI hubo terminado no se movió ni dijo nada, sino que se mantuvo en esa pose de contemplación profunda. «Pose, ésa es la palabra». Me dije que no debía ser tan duro con él.

—Te habrás dado cuenta de que estamos ante un asesino en serie —comentó moviéndose por fin.

—No lo sabemos con certeza —dijo Gardner con voz lastimera.

—Oh, pues yo creo que sí —rebatí Irving con una sonrisa de suficiencia—. Fíjate en la disposición del cuerpo. Lo han preparado para cuando llegáramos: desnudo, inmovilizado y muy probablemente torturado. Y boca arriba. No hay signos de incomodidad ni de arrepentimiento, ni siquiera han intentado cerrarle los ojos a la víctima ni colocarla boca abajo. Todo indica que el tipo que ha hecho esto lo tenía todo calculado y que se recreó. El asesino se sentía satisfecho con lo que había hecho, por eso quería que lo viéramos.

Gardner aceptó la noticia con resignación. Seguramente en el fondo se lo temía.

—Entonces ¿crees que el asesino es un varón?

—Por supuesto —respondió Irving, riendo como si Gardner acabara de hacer un chiste—. Al margen de cualquier otra prueba, está claro que la víctima era corpulenta. ¿Crees que una mujer habría sido capaz de hacer esto?

«Se sorprendería si supiera de lo que son capaces algunas mujeres». Noté que la cicatriz volvía a picarme.

—Tenemos ante nuestros ojos un derroche de arrogancia enorme, monumental —continuó Irving—. El asesino debía de saber que encontrarían el cuerpo en cuanto

terminase el período del alquiler. Por Dios, pero si hasta ha dejado la billetera para que pudierais identificar a la víctima. No, esto no es un caso aislado. Nuestro amigo acaba de empezar.

Parecía complacerse con el pronóstico.

—Puede que la billetera no pertenezca a la víctima —dijo Gardner sin entusiasmo.

—Discrepo. El asesino es demasiado reflexivo como para dejar este cabo suelto. Apuesto a que incluso fue él mismo quien reservó la cabaña. No me creo que pasara por aquí y liquidase al primero que encontró. Todo esto está demasiado bien planeado, demasiado bien orquestado. No, fue él quien hizo la reserva a nombre de la víctima y luego la trajo aquí. Un lugar tranquilo y aislado, sin duda escogido de antemano, donde podía torturar a su víctima a placer.

—¿Cómo está tan seguro de que han torturado a la víctima? —preguntó Jacobsen. Era la primera vez que hablaba desde la petulante entrada en escena de Irving.

El profesor parecía estar pasándolo en grande.

—Si no, ¿por qué iba a atarlo a la mesa? No sólo está inmovilizado, está sometido. El asesino quería tomarse su tiempo, disfrutar. Supongo que no hay manera de comprobar si hay restos de esperma o pruebas de agresión sexual, ¿verdad?

Tardé unos instantes en darme cuenta de que esa última pregunta iba dirigida a mí.

—No, cuando el cuerpo está tan descompuesto es imposible.

—Lástima —dijo como quien no está invitado a una cena—. De todos modos, por la cantidad de sangre que hay en el suelo, es evidente que la herida fue infligida mientras la víctima aún estaba viva. Además, creo que la mutilación genital es altamente significativa.

—No necesariamente —repuse al momento—. Las moscardas ponen sus huevos en cualquier abertura corporal, incluidas las ingles. Que haya insectos en actividad no implica que hubiera una herida. Claro que para determinarlo sería necesario realizar un examen completo.

—Cierto —dijo Irving sin perder la sonrisa—. Pero convendrá conmigo en que la sangre tuvo que salir de algún sitio, ¿no es así? ¿O es que el charco de debajo de la mesa se debe a un vertido de café?

—Lo único que digo... —empecé, pero Irving había dejado de escucharme. Al ver que se volvía hacia Gardner y Jacobsen cerré la boca furioso.

—Como iba diciendo, tenemos a una víctima atada y desnuda a la que han inmovilizado y muy probablemente mutilado. La pregunta es si las heridas fueron el resultado de un acceso de furia poscoital o de una tensión sexual frustrada. En otras palabras, ¿se las infligieron por lo que hizo o por lo que no hizo?

Sus palabras fueron acogidas con silencio. Hasta el equipo de técnicos forenses

había interrumpido sus labores para escuchar.

—¿Cree que hay una motivación sexual? —preguntó Jacobsen, transcurrido un instante.

Irving fingió una expresión de sorpresa. Mi antipatía hacia él aumentaba por momentos.

—Lo siento, pensaba que era evidente teniendo en cuenta que la víctima estaba desnuda. Por eso la herida es importante. Nos enfrentamos a alguien que, o bien rechaza su sexualidad, o bien se siente incómodo con ella y desplaza hacia la víctima el desprecio que siente hacia sí mismo. En cualquier caso, no es un homosexual declarado. Podría estar casado y ser un individuo perfectamente integrado en la sociedad. Quizás es uno de esos que se las dan de conquistadores. Esto lo ha hecho alguien que se odia a sí mismo y que exterioriza ese autodesprecio agrediendo a sus víctimas.

Jacobsen escuchaba con aire inexpresivo.

—Creía que había dicho que el asesino estaba orgulloso de lo que había hecho. Que no había signos de vergüenza ni de arrepentimiento.

—En este caso no los hay. Este asesinato es una forma de sacar pecho, un intento de convencer a todo el mundo, incluido él mismo, de lo grande y fuerte que es. En cuanto a la razón que le ha llevado a hacer algo así, eso ya es otro asunto. Es eso lo que lo incomoda.

—La víctima podría estar desnuda por otros motivos —dijo Jacobsen—. Podría ser una forma de humillarla o de ejercer control sobre ella.

—En cualquier caso, en última instancia el control remite al sexo —dijo Irving, cuya sonrisa empezaba a parecer forzada—. No se dan muchos casos de asesinatos en serie homosexuales, pero existen. Y a juzgar por lo que veo, me parece que eso podría ser lo que tenemos aquí.

Pero Jacobsen no estaba dispuesta a ceder.

—No sabemos lo suficiente acerca de los motivos del asesino como para...

—Discúlpeme, no sabía que era una experta en asesinatos en serie —dijo Irving congelando su sonrisa.

—Y no lo soy, pero...

—En tal caso puede ahorrarse toda esa psicología barata.

Esta vez ni siquiera se molestó en sonreír. Jacobsen no reaccionó, pero el rubor de sus mejillas la delataba. Me dio pena por ella. A lo mejor se había extralimitado, pero no se merecía ese trato.

Se hizo un silencio incómodo que Gardner se encargó de romper.

—¿Y qué hay de la víctima? ¿Crees que el asesino la conocía?

—Puede que sí, puede que no. —Irving parecía haber perdido todo interés. Se abrió un poco el cuello de la camisa; su rostro rubicundo estaba congestionado y

perlado de sudor. La cabaña se había aireado desde que habían abierto las ventanas, pero el calor seguía siendo agobiante—. He terminado. Necesitaré copias de los informes y fotografías de los forenses, y también toda la información que encontréis sobre la víctima.

Se volvió hacia Jacobsen con lo que imagino pretendía ser una sonrisa seductora.

—Espero que no se haya disgustado a causa de nuestra pequeña discrepancia de opiniones. Tal vez en algún momento podríamos seguir discutiéndolo frente a una copa.

Jacobsen no contestó, pero por su mirada me dio la impresión de que más valía que Irving no se hiciera ilusiones. Si pretendía seducirla, estaba perdiendo el tiempo.

El ambiente dentro de la cabaña se relajó en cuanto Irving hubo salido. Fui a buscar la cámara al maletín de Tom. Una de las reglas cardinales era tomar nuestras propias fotografías del cuerpo, con independencia de que ya hubiera otras del mismo escenario. Antes de empezar, se oyó un grito de uno de los agentes.

—Creo que tengo algo.

Era el tipo corpulento. Estaba de rodillas en el suelo frente al sofá, intentando coger algo que había debajo. Sacó un pequeño cilindro gris, que sostuvo con sorprendente delicadeza entre sus dedos enguantados.

—¿Qué es eso? —preguntó Gardner llegándose a él.

—Parece la cajita de un carrete —dijo resollando por el esfuerzo—. Para una cámara de treinta y cinco milímetros. Habrá rodado hasta aquí.

Eché un vistazo a la cámara que tenía en mi mano. Digital, como las que usan la mayoría de los investigadores forenses hoy en día.

—¿Todavía queda alguien que utiliza cámaras de carrete? —preguntó la agente que había ido a buscar el bálsamo para Irving.

—Sólo los carcamales y los puristas —dijo el tipo corpulento—. Mi primo mataría por ellas.

—¿Acaso se dedica a la fotografía de moda como tú, Jerry? —preguntó la mujer, suscitando una carcajada.

Gardner permanecía impasible.

—¿Hay algo dentro?

El agente corpulento quitó la tapa.

—No, sólo aire. Un momento...

Colocó el brillante cilindro a contraluz y entrecerró los ojos para mirarlo.

—¿Y bien? —preguntó Gardner.

La sonrisa del agente Jerry era perceptible aun a pesar de la mascarilla. Agitó la cajita en el aire y dijo:

—No puedo ofrecerle fotografías, pero ¿se conforma con una buena huella dactilar?

El sol se estaba poniendo cuando Tom y yo regresamos a Knoxville. La carretera serpenteaba al pie de unas laderas escarpadas cubiertas de árboles que bloqueaban los últimos rayos de luz, razón por la que, aunque el cielo estuviera azul, reinaba la oscuridad. Cuando Tom encendió los faros, la noche se cerró de repente en torno a nosotros.

—Estás muy callado —dijo pasado un rato.

—Estaba pensando.

—Me he dado cuenta.

Había sido un alivio ver que tenía mucho mejor aspecto al volver a la cabaña. Realizamos el resto del trabajo sin mayores complicaciones. Fotografiamos el cuerpo, dibujamos un croquis con su posición y procedimos a sacar muestras de tejidos. Con el análisis de los aminoácidos y de los ácidos grasos volátiles liberados por la disolución de las células podríamos establecer el momento de la muerte con un margen de error de doce horas. Hasta hora, todo indicaba que la víctima llevaba al menos seis días muerta, muy posiblemente siete. No obstante, según Gardner la cabaña sólo había estado ocupada cinco. Algo no encajaba, y por más que hubiera perdido confianza en mis habilidades, había algo de lo que sí estaba seguro.

La naturaleza no miente.

Me di cuenta de que Tom esperaba una respuesta.

—Esta tarde no me he cubierto de gloria precisamente, ¿no es cierto?

—No seas tan duro contigo mismo. Todo el mundo comete errores.

—No como éstos. He quedado como un aficionado. No sé en qué estaba pensando.

—Vamos, David, no hay para tanto. Además, incluso puede que tengas razón. Hay algo que no está claro con respecto al momento de la muerte. Es posible que la víctima ya estuviera muerta al llevarla a la cabaña. Quizás ataron el cuerpo a la mesa para que pareciera que lo habían matado ahí.

Hubiera querido creérmelo, pero no podía.

—Eso significaría que el escenario del crimen es un montaje, incluida la sangre del suelo. Cualquiera lo bastante inteligente para prepararlo tan bien sabe que no puede engañarnos por mucho tiempo. ¿Qué sentido tendría?

Tom no tenía respuesta a eso. La carretera avanzaba entre las silenciosas sombras de los árboles, cuyas ramas se destacaban crudamente al paso de los faros.

—¿Qué opinas de la teoría de Irving? —preguntó al cabo de un rato.

—¿Te refieres a eso de que era el principio de una serie o a lo de que obedecía a una motivación sexual?

—Ambas cosas.

—Tal vez tenga razón en lo del asesino en serie —dije.

La mayoría de los asesinos procuran ocultar sus crímenes, prefieren esconder los

cadáveres de sus víctimas a dejarlos a la vista de todo el mundo. Eso parecía ponernos sobre la pista de un perfil de asesino distinto, con un modo de proceder diferente.

—¿Y lo demás?

—No lo sé. Estoy seguro de que Irving es bueno en lo suyo, pero... —dije encogiéndome de hombros—. En fin, me parece que estaba demasiado ansioso por sacar conclusiones. Creo que ha visto lo que ha querido y no lo que en realidad había allí.

—La gente que no entiende nuestro trabajo podría pensar lo mismo de nosotros.

—Por lo menos lo que nosotros hacemos se basa en pruebas palpables. Me ha dado la impresión de que Irving especulaba más de la cuenta.

—¿O sea que tú nunca escuchas a tu instinto?

—Sí que lo escucho, pero no dejo que interfiera con los hechos. Y tú tampoco.

—Creo recordar que ya hemos tenido antes esta discusión —dijo Tom sonriendo—. No, no estoy diciendo que debemos confiar demasiado en el instinto, pero empleado de forma sensata puede ser una herramienta más a nuestra disposición. El cerebro es un órgano misterioso; a veces establece conexiones de las que no somos conscientes. Tú tienes buen instinto, David. Deberías aprender a confiar más en él.

Después de la metedura de pata en la cabaña, aquello era lo último que me apetecía hacer. Aparte de eso, no estaba dispuesto a convertirme en el centro de la discusión.

—El enfoque de Irving es muy subjetivo. Parecía tener mucho interés en ofrecer una imagen del asesino como un homosexual reprimido, una solución llamativa y sensacionalista. Me da la impresión de que ya está preparando su próximo artículo.

Tom soltó la carcajada.

—Su próximo libro, diría yo. Saltó a las listas de los más vendidos hace un par de años y desde entonces ha pasado por el plató de todo aquél dispuesto a pagarle sus honorarios. Es un autopropagandista sin vergüenza, pero hay que admitir que sabe obtener buenos resultados.

—Supongo que los malos no llegan a oídos de nadie.

Tom me miró de soslayo y la luz de los faros se reflejó en sus gafas.

—Estás muy cínico últimamente.

—Estoy cansado. No me hagas caso.

Tom volvió a mirar a la carretera. Casi vi venir su pregunta.

—No es asunto mío, pero ¿qué ocurrió con la chica con la que salías? Jenny, ¿verdad? No quería sacar el tema, pero...

—Se acabó.

Mis palabras sonaron terriblemente rotundas, con una contundencia que parecía ajena tanto a Jenny como a mí.

—¿Por lo que te ocurrió?

—En parte por eso.

Por eso y por otras cosas: «Porque siempre antepones el trabajo. Porque casi te matan. Porque no quería quedarse en casa esperando, preguntándose si volverá a sucederme».

—Lo lamento —dijo Tom.

Asentí con la cabeza, con la mirada perdida delante de mí. «Yo también».

El intermitente parpadeó y giramos para tomar otra carretera. Parecía más oscura que la anterior.

—¿Desde cuándo tienes problemas cardíacos? —pregunté.

Por un momento Tom no dijo nada, luego soltó un bufido.

—Siempre me olvido de que eres un médico de las narices.

—¿Qué es? ¿Angina?

—Eso dicen. Pero me encuentro bien, no es nada serio.

A mí esa tarde me había parecido bastante serio. Pensé en todas las veces que lo había visto detenerse a tomar aire desde que había llegado. Debí haberme dado cuenta antes. De no haber estado tan ensimismado en mis problemas, quizá me habría percatado.

—Deberías darte un descanso en vez de andar triscando por la montaña —dije.

—No pienso tolerar tratos de favor a estas alturas —dijo irritado—. Además, tomo medicación, lo tengo controlado.

No me lo creía, pero sé cuándo retirarme. Proseguimos viaje en silencio durante un trecho, pensando ambos en los sobreentendidos que la conversación había puesto de relieve. Los deslumbrantes faros del vehículo que circulaba detrás de nosotros iluminaban el habitáculo del coche.

—¿Qué te parecería echarme una mano mañana con el examen? —preguntó Tom.

El cuerpo sería enviado a la morgue del Centro Médico de la Universidad de Tennessee (CMUT) en Knoxville. Descartado el examen visual como método de identificación, la prioridad era averiguar a quién pertenecía el cadáver. El Centro de Antropología Forense disponía de sus propios laboratorios —curiosamente situados en el estadio polideportivo de Neyland—, pero se utilizaban más para investigación que para casos reales de homicidio. El TBI tenía su propio laboratorio en Nashville, pero en este caso era más cómodo utilizar la morgue del CMUT. En circunstancias normales habría dado brincos de alegría de poder ayudar a Tom, pero en ese momento no las tenía todas conmigo.

—No sé si estoy preparado.

—Bobadas —dijo Tom con una rotundidad poco acostumbrada en él—. Escucha, David, sé que has pasado una mala época. Pero has venido aquí a ponerte en forma, y no se me ocurre mejor modo de hacerlo.

—¿Y qué pasa con Gardner? —dije desviando la conversación.

—A veces Dan es un poco capullo con la gente a la que no conoce, pero aprecia el talento tanto como el que más. Además, no tengo por qué pedir permiso para que alguien me ayude. Generalmente se lo pido a alguno de mis estudiantes, pero prefiero que lo hagas tú. A menos, claro, que seas tú el que no quiera trabajar conmigo.

Yo no sabía lo que quería, pero me resultaba difícil negarme.

—Si tú estás seguro, entonces te lo agradezco.

Satisfecho, volvió a centrar toda su atención en la carretera. De repente, el coche de atrás redujo distancias y el habitáculo quedó inundado de luz. Tom pestañeó, deslumbrado por el reflejo de los faros en el retrovisor. Los teníamos a escasos metros, y por la altura y el brillo debían de pertenecer a una camioneta o un camión de pequeño tamaño.

Tom chasqueó la lengua enfadado.

—Pero ¿qué coño hace este imbécil?

Redujo la velocidad y se ciñó al lateral de la calzada para dejar paso al otro vehículo, pero éste aminoró también y se mantuvo detrás de nosotros.

—Muy bien, has tenido tu oportunidad —musitó Tom acelerando de nuevo.

Los faros se adaptaron a nuestro ritmo y siguieron pegados al coche. Me di la vuelta para ver qué era lo que nos seguía, pero el resplandor me impedía ver nada a través de la luneta trasera.

En ese momento se oyó un chirriar de caucho y los faros viraron bruscamente a la izquierda. Me dio tiempo a ver una camioneta alta con los cristales tintados que nos adelantaba emitiendo un rugido gutural. Nuestro coche se zarandeó a causa del aire desplazado, y al momento vimos que las luces traseras del vehículo desaparecían en la oscuridad.

—Paleto del demonio —murmuró Tom.

Luego encendió el reproductor de CD y las melodiosas notas de Chet Baker nos acompañaron de vuelta a la civilización.

Tom me dejó en el hospital, donde yo tenía el coche. Acordamos encontrarnos a primera hora de la mañana en la morgue y, cuando se hubo marchado, por fin pude volver al hotel. Sólo me apetecía darme una ducha, comer algo e intentar dormir.

Más o menos lo que venía haciendo todas las noches desde que había llegado.

Me encontraba de camino a la habitación cuando recordé que esa noche tenía una cita. Miré el reloj y vi que faltaba menos de media hora para que Paul pasase a recogerme.

Me dejé caer en la cama soltando un gemido. Maldita la gracia que me hacía ver a nadie. Había perdido la costumbre de establecer relaciones sociales, y lo último para lo que estaba de humor era para mantener conversaciones de compromiso con extraños. A punto estuve de telefonar a Paul e inventarme alguna excusa, aunque no se me ocurría ninguna. Aparte de eso, habría sido una grosería no aceptar su hospitalidad.

«Vamos, Hunter, haz un esfuerzo. Dios te libre de divertirme». Me levanté de la cama de mala gana. Si me apresuraba, tenía el tiempo justo de darme una ducha, de modo que me desnudé y me metí en la cabina y puse el chorro al máximo. La cicatriz de mi estómago se me antojó extraña y ajena, como si en realidad no formara parte de mí. Aunque aquella repugnante raya de carne rosada ya no estaba tierna, su tacto seguía desagradándome. Era de suponer que con el tiempo me acostumbraría a su presencia, pero ese momento aún no había llegado.

Levanté la cara hacia el chorro de agua e inspiré el aire lleno de vapor a grandes bocanadas, en un intento de alejar de mí un torbellino de recuerdos inesperados: «La empuñadura del cuchillo sobresaliendo entre mis costillas, el tacto caliente y pegajoso de la sangre acumulándose a mi alrededor, sobre las baldosas blancas y negras...». Sacudí la cabeza como un perro, como si eso bastara para desprenderme de esas imágenes no deseadas. Había estado de suerte. Grace Strachan era una de las mujeres más bellas que había conocido, pero también la más peligrosa, la responsable de la muerte de al menos media docena de personas. Si Jenny no me hubiera encontrado a tiempo, mi nombre se habría sumado a la lista, y aunque sabía que debía dar gracias por estar vivo, me costaba mucho superar aquel episodio^[2]. Sobre todo porque Grace seguía libre.

La policía me había asegurado que sólo era cuestión de tiempo que dieran con ella, que una mujer tan inestable no podía seguir en libertad eternamente. Pero Grace era una mujer rica, consumida por una sed de venganza tan irracional como mortífera. No se entregaría tan fácilmente. Por lo demás, yo no era su único objetivo. Ya había intentado asesinar a una madre joven y a su hija una vez, y sólo había sido posible evitarlo a cambio de otra vida. Desde mi ataque, Ellen y Anna McLeod vivían bajo

protección policial y con nombre supuesto. Y si bien era cierto que seguirles la pista a ellas era más difícil que dar con un científico forense cuyo nombre figuraba en el listín telefónico, la verdad era que ninguno de nosotros se hallaría a salvo hasta que Grace fuera detenida.

No era fácil vivir con eso. No cuando uno lleva consigo las cicatrices que le recuerdan lo cerca que ha estado esa mujer.

Puse la temperatura al máximo y dejé que el agua escaldara mis oscuros pensamientos. Chorreando, me sequé con la toalla hasta que la piel me escoció, me vestí y bajé a toda prisa. La ducha caliente me hizo sentir mejor, pero mi entusiasmo no aumentó en el trayecto entre la habitación y el vestíbulo del hotel. Paul ya estaba ahí, garabateando cosas en un pequeño bloc mientras esperaba en el sofá.

—Lo siento, ¿hace mucho que esperas? —pregunté.

Paul se levantó y se guardó el bloc en el bolsillo trasero.

—Acabo de llegar. Sam está en el coche.

Había aparcado en la acera de enfrente. En el asiento del copiloto aguardaba una hermosa mujer de treinta y pocos años. Tenía el cabello largo y muy rubio; cuando entré en el asiento trasero, volvió su rostro hacia mí sin apartar las manos de su abultado vientre.

—Hola, David, me alegro de volver a verte.

—Yo también —dije con sinceridad. Hay personas con las que enseguida te sientes a gusto, y Sam era una de ellas. Sólo nos habíamos visto en una ocasión, esa misma semana, pero era como si nos conociéramos desde hacía años—. ¿Cómo te encuentras?

—Bueno, me duelen la espalda y los pies, y el resto ni te cuento. Pero aparte de eso, no puedo quejarme.

Sonrió dando a entender que no lo decía en serio. Sam era una de esas mujeres afortunadas que llevan el embarazo sin muchas dificultades. Se la veía radiante de salud, e incomodidades aparte, saltaba a la vista que para ella cada momento era motivo de felicidad.

—Últimamente, la cría está juguetona —dijo Paul, incorporándose al tráfico—. Yo le digo a Sam que eso es signo de que será niña, pero no me hace caso.

Ninguno de los dos había querido saber el sexo del bebé. Sam decía que eso les habría estropeado la sorpresa.

—Las niñas no son tan revoltosas. Es un niño.

—Hagamos la prueba de la caja de cervezas y verás cómo te equivocas.

—¿La prueba de la caja de cervezas? ¿No se te ocurre nada mejor? —Y dirigiéndose a mí añadió—: David, ¿qué clase de apuesta es ésa para hacer con una mujer embarazada?

—Es un espabilado, así se la bebe aunque pierda.

—Oye, se supone que tú estás de mi parte —protestó Paul.

—Es un chico con sentido común —dijo Sam, soltándole un manotazo.

Gracias a sus bromas empecé a relajarme. Era agradable verlos tan felices, aunque eso me hizo sentir una ligera envidia. Fue una pena que Paul tuviera que aparcar el coche y poner fin a aquel breve trayecto.

Estábamos en la Ciudad Vieja, el corazón de Knoxville, antaño una zona industrial. Algunas de las fábricas y almacenes seguían en pie, pero la zona había experimentado una elegante reconversión y la industria había ido cediendo terreno a bares, restaurantes y apartamentos. Paul había aparcado un poco más arriba en la misma calle del asador donde habíamos quedado con los demás, un antiguo edificio de ladrillo cuyo cavernoso interior albergaba ahora mesas y música en directo. El local estaba bastante concurrido y tuvimos que abrirnos paso hasta un numeroso grupo sentado junto a una de las ventanas. Los vasos de cerveza medio vacíos y las risas anunciaban que el grupo llevaba ahí un rato, y por un segundo titubeé y deseé no haber ido.

Enseguida me hicieron un hueco en la mesa y fue demasiado tarde. Se procedió a las presentaciones, pero tan pronto como oía un nombre lo olvidaba. Aparte de Paul y Sam, la única persona a la que conocía era Alana, la antropóloga forense que me había dicho dónde encontrar a Tom en el centro esa misma tarde. A su lado estaba un tipo musculoso que supuse sería su marido; el resto eran profesores o estudiantes a quienes no conocía.

—David, tienes que probar la cerveza —dijo Paul inclinándose por delante de Sam para verme—. En este local elaboran la suya propia. Está deliciosa.

Llevaba meses sin apenas probar el alcohol, pero en ese momento sentí que necesitaba un trago. La cerveza era oscura, la servían fría y sabía de maravilla. Me bebí casi la mitad de un solo trago y deposité el vaso dejando escapar un suspiro.

—Parece que era justo lo que necesitabas —dijo Alana desde el otro extremo de la mesa—. Un día movidito, ¿eh?

—Algo así —asentí.

—Yo también he tenido unos cuantos.

Levantó el vaso en ademán de brindis irónico. Di otro trago de cerveza y empecé a relajarme. En la mesa se respiraba una atmósfera informal y amistosa, y no fue difícil mezclarme en las conversaciones que se entablaban a mi alrededor. En cuanto llegó la comida, me abalancé sobre el plato. Había pedido un filete con ensalada verde, y hasta ese momento no me había dado cuenta de lo hambriento que estaba.

—¿Te diviertes?

Sam me sonreía por encima de su vaso de agua mineral. Asentí con la cabeza, al tiempo que intentaba tragar un bocado de filete.

—¿Tanto se me nota?

—Ajá. Es la primera vez que te veo tan relajado. Deberías intentarlo más a menudo.

—Entonces ¿no soy un caso desesperado? —dije riéndome.

—Oh, no, sólo estás un poco tenso —dijo con una cálida sonrisa—. Sé que has venido aquí a poner un poco de orden en tu cabeza. Pero nada te prohíbe divertirse un poco de vez en cuando. Estás entre amigos, lo sabes, ¿no?

Bajé la mirada, más conmovido de lo que quería admitir.

—Lo sé. Gracias.

Sam se revolvió en su asiento y, llevándose la mano al vientre, hizo un gesto de dolor.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Está un poco movido —dijo con una sonrisa de dolor.

—¿Movido?

—Movido —repitió con firmeza, lanzando una mirada hacia Paul—. No cabe duda de que es un niño.

Nos retiraron los platos y pedimos los postres y más bebida. Tomé un café, consciente de que si pedía otra cerveza, por la mañana iba a lamentarlo. Me apoyé en el respaldo de la silla, saboreando ese etéreo momento de bienestar.

De repente, mi buen humor se esfumó.

Como de la nada, detecté una vaharada de almizcle, aromática, inconfundible. Al cabo de un segundo se evaporó entre el intenso olor de la comida y la cerveza, pero estaba seguro de que no habían sido imaginaciones mías. El recuerdo de aquel olor me atravesó como una descarga eléctrica. Por un instante volví a ver el suelo embaldosado de mi vestíbulo, el hedor metálico de la sangre mezclado con un aroma delicado y sensual.

El perfume de Grace Strachan.

«Está aquí». Me di la vuelta sobre la silla y miré frenéticamente a mi alrededor. El restaurante era un pandemónium de ruidos y colores. Miré los rostros de la gente en busca de un rasgo revelador, un detalle mal disimulado. «Tiene que estar en alguna parte. ¿Dónde está?»

—¿Café?

Me quedé mirando con ojos azorados a la camarera que acababa de aparecer a mi lado. Debía de tener menos de veinte años y era algo rolliza. Su perfume volvió a mí a través de los olores de la comida y el bar: almizcle barato, pesado y dulzón. A esa distancia no tenía nada que ver con el sutil perfume de Grace Strachan.

Su ligero parecido había bastado para confundirme durante un segundo.

—¿Ha pedido café? —insistió la camarera, mirándome recelosa.

—Perdón. Sí, gracias.

Me lo sirvió y se fue. Sentí un picor en brazos y piernas, temblorosos a

consecuencia de la subida de adrenalina. Me di cuenta de que estaba apretando tanto la mano de la cicatriz que me dolía. «Mira que eres estúpido. Como si Grace pudiera haberte seguido...» La comprobación de que continuaba teniendo los nervios a flor de piel me dejó un regusto amargo en la boca. Hice cuanto pude por relajarme, pero el corazón me palpitaba sin control. De pronto era como si en la sala faltase aire. El ruido y los olores eran insoportables.

—¿David? —dijo Sam, mirándome preocupada—. Te has quedado blanco como la leche.

—Estoy un poco cansado, sólo eso. Creo que ya es hora de que me vaya.

Tenía que salir. Empecé a sacar billetes de la cartera, sin saber de cuánto eran.

—Espera, te llevamos.

—¡No! —dije colocando la mano sobre su brazo antes de que pudiera llamar a Paul—. Por favor. Me encuentro bien, de verdad.

—¿Estás seguro?

—De verdad —dije forzando una sonrisa.

No la convencí, pero yo ya había apartado la silla y había dejado el puñado de billetes sobre la mesa sin saber si alcanzaba o no. Paul y los demás estaban ocupados charlando, y yo no me quedé a ver si alguien más se daba cuenta de que me iba. Fue lo más que pude hacer para no salir corriendo hacia la puerta. Ya en la calle, inspiré el fresco aire primaveral a grandes bocanadas, pero tampoco entonces me detuve. Seguí caminando, sin saber y sin importarme adonde me dirigía. Lo único que quería era seguir caminando.

Bajé el bordillo y retrocedí de un salto atrás al oír a mi izquierda un claxon ensordecedor. Volví a subir a la acera en el momento justo en que un tranvía pasaba a pocos centímetros de mi cara; sus ventanillas eran como un estallido de luz en medio de la oscuridad. Cuando hubo pasado crucé la calle corriendo, mirando a un lado y a otro al azar. Habían transcurrido varios años desde mi última estancia en Knoxville, así que no tenía la menor idea de dónde estaba ni de adónde me dirigía.

Tampoco me importaba.

No me detuve hasta distinguir una línea negra pasadas las farolas que tenía enfrente. Pude sentir la presencia del río incluso antes de verlo; el aire cargado de humedad me ayudó por fin a recuperar mis sentidos y volver a la realidad. Me apoyé en la barandilla empapado en sudor. Los puentes que cruzaban las riberas flanqueadas de árboles eran arcos espectrales salpicados de luces en medio de la oscuridad. Debajo de éstos, el río Tennessee discurría en un fluir reposado como llevaba haciendo desde hacía miles de años. Y como probablemente seguiría haciendo durante miles de años más.

«¿Qué coño te pasa? Salir corriendo de miedo por un poco de perfume barato...» Todavía estaba demasiado alterado como para sentir vergüenza. Me sentía solo como

nunca antes en mi vida, así que saqué el teléfono y busqué entre mis contactos. El nombre y el número de Jenny aparecieron en la pantalla iluminada. Coloqué el pulgar en la tecla de llamada, impaciente por hablar con ella, por oír su voz. Pero en el Reino Unido era primera hora de la madrugada, y además, aunque la llamase, ¿qué iba a decirle?

Ya nos lo habíamos dicho todo.

—¿Tiene hora?

Me sobresalté al notar que la voz venía de al lado. Yo estaba en una zona oscura entre dos farolas y todo cuanto acertaba a ver del tipo que había hablado era el brillo rojizo de su cigarrillo. En ese momento, también me di cuenta de que la calle estaba desierta. «Idiota. No hacía falta ir tan lejos para dejarte atracar».

—Las diez y media —respondí, preparándome para el ataque subsiguiente.

Sin embargo, el sujeto en cuestión se limitó a mover la cabeza en gesto de agradecimiento y siguió su camino, perdiéndose en la oscuridad pasada la farola siguiente. Empecé a temblar, y no sólo a causa de la fría humedad que subía desde el río.

Por la calle solitaria vi aproximarse la reconfortante luz amarilla de un taxi. Lo paré y volví al hotel.

El gato es tu primer recuerdo.

Debe de haber otros anteriores, seguro, pero ninguno tan vivido. Ninguno que seas capaz de aislar y revivir una y otra vez. Es tan real que todavía hoy puedes sentir el sol sobre la nuca y ver tu sombra en el suelo, frente a ti, mientras te inclinas.

La tierra es blanda y fácil de remover. Utilizas un madero desprendido de la valla, un trozo de estaca blanco que ha empezado a reblandecerse y a pudrirse. Amenaza con romperse de nuevo, pero no tienes que cavar mucho.

No está a mucha profundidad.

Al principio lo hueles. Un hedor empalagoso y dulzón que se te antoja familiar y, a la vez, distinto a cualquier cosa que hayas olido con anterioridad. Te detienes un instante, olfateas la tierra húmeda, nervioso pero, sobre todo, excitado. Sabes que no deberías hacerlo, pero la curiosidad te puede. Ya entonces te hacías preguntas, muchas preguntas. Pero no hallabas respuestas.

Sigues cavando y, de repente, el madero choca contra algo. La tierra cambia de textura. Empiezas a apartar la última capa de tierra y reparas en que el olor ha ganado intensidad. Por fin aparece: una caja de zapatos de cartón con las paredes húmedas y podridas.

La caja parece desintegrarse cuando intentas levantarla y se comba debido a la humedad y el peso del interior. Vuelves a dejarla en el suelo. Notas una torpeza y un tacto extraño en los dedos al ir a retirar la tapa, algo te oprime el pecho. Sientes

miedo, pero la excitación sobrepasa tus temores.

Lentamente, quitas la tapa de la caja.

El gato se ha convertido en un sucio bulto de color rojizo. Tiene los ojos entornados, de un blanco apagado, como los globos deshinchados al final de una fiesta. Los insectos se arrastran por su pelaje, los escarabajos rehuyen la luz del día. Observas embelesado cómo de la oreja sale un grueso gusano que se enrolla y se contrae. Golpeas el gato con el madero. No ocurre nada. Vuelves a golpearlo, esta vez con más fuerza. Nada. Una palabra se forma en tu mente, una palabra que ya has oído antes, pero que nunca hasta entonces has acabado de comprender.

Muerto.

Recuerdas cómo era el gato. Un animal gordo y malhumorado, una bestia rencorosa y de zarpazo fácil. Y ahora... nada ¿Cómo es posible que el animal de tus recuerdos se haya convertido en esa bola de pelo putrefacta? La pregunta da vueltas en tu cabeza, pero su trascendencia te supera. Te agachas y te acercas como si observándolo mejor hubieras de hallar la respuesta...

... Y de pronto una mano que te sacude. El rostro del vecino expresa cólera, pero también una emoción que no reconoces. Con los años aprenderás a identificarla con el asco.

—Por Dios, pero ¿se puede saber qué coño estás...? ¡Maldito degenerado!

Se suceden los gritos, que prosiguen en cuanto llegas a casa. No intentas justificar lo ocurrido porque tampoco tú lo entiendes. Sin embargo, ni las regañinas ni el castigo lograron atenuar el recuerdo de la imagen presenciada. Ni tampoco esa sensación, que de hecho sientes todavía, en las paredes del estómago. Una incontenible sensación de asombro y una ardiente e insaciable curiosidad.

Tienes cinco años. Y esto es el principio.

Cuando el cuchillo vino hacia mí, fue como si todo empezara a moverse a cámara lenta. Intenté aferrarlo, pero era demasiado tarde. El filo se deslizó por mi mano, rebanándome la palma y los dedos hasta el hueso. Pude sentir la cálida humedad de la sangre manchándome la mano justo antes de que mis piernas cedieran. La sangre me empapó el pecho de la camisa, se acumuló sobre las baldosas blancas y negras del suelo y yo resbalé por la pared hasta el suelo.

Bajé la vista, vi la empuñadura del cuchillo sobresaliendo de forma obscena de mi abdomen y abrí la boca para gritar...

—¡No!

Me incorporé de un salto, resollando. Podía sentir la sangre sobre mí, cálida y húmeda. En un arrebato de frenesí, me sacudí las sábanas de encima para verme el abdomen a la tenue luz de la luna, pero en mi piel no había nada. Ni rastro del cuchillo ni de la sangre. Sólo una película de sudor pegajoso y la cicatriz cual furioso ribete bajo mis costillas.

«Por Dios». Al reconocer la habitación del hotel y darme cuenta de que estaba solo, me dejé caer aliviado.

«Sólo era un sueño».

El corazón empezó a latir con más normalidad y el pulso dejó de oprimirme los oídos. Saqué las piernas por el lateral de la cama y, temblando todavía, me senté junto al borde. El reloj de la mesita de noche marcaba las cinco y treinta minutos. La alarma estaba programada para al cabo de una hora, pero, aunque hubiera querido, no habría valido la pena intentar conciliar otra vez el sueño.

Entumecido, me levanté y encendí la luz. Empezaba a arrepentirme de haber aceptado la propuesta de Tom de ayudarlos a examinar el cadáver de la cabaña. «Una ducha y a desayunar. Luego lo verás todo mejor».

Dediqué quince minutos a realizar mis ejercicios para fortalecer los músculos abdominales, luego fui al cuarto de baño y abrí la ducha. Puse la cara bajo el chorro caliente y dejé que los aguijonazos del agua arrastrasen consigo los persistentes efectos del sueño.

Cuando salí, los últimos vestigios del sueño habían desaparecido por el desagüe. En la habitación había una cafetera, la puse en marcha mientras me vestía y encendía el ordenador. Debía de ser última hora de la mañana en el Reino Unido. Sorbí el café solo mientras comprobaba el correo. Nada urgente; respondí los mensajes que lo requerían y dejé el resto para más tarde.

El restaurante de abajo ya estaba abierto para el desayuno, pero yo era el único huésped. Dejé atrás los gofres y los panqueques y opté por una tostada con huevos revueltos. Al entrar estaba hambriento, pero luego me pareció demasiado y no

conseguí comerme ni la mitad. Tenía un nudo en el estómago, aunque no acertaba a saber por qué. Tan sólo iba a ayudar, a Tom a hacer algo que yo mismo había hecho un sinnúmero de veces y en circunstancias francamente peores que éstas.

Pero por más que me lo repitiera, no me sentía mejor.

Cuando salí a la calle empezaba a amanecer. El aparcamiento todavía estaba oscuro, pero el profundo azul del cielo comenzaba a palidecer, cruzado por deslumbrantes rayos de oro en el horizonte.

Había alquilado un Ford, cuyas sutiles diferencias de diseño y transmisión automática eran una prueba más de que me encontraba en un país distinto. Pese a lo temprano de la hora, las calles ya estaban concurridas. Hacía una mañana magnífica. Teniendo en cuenta el grado de urbanización de Knoxville, aquella parte de Tennessee Este seguía conservando un verdor exuberante. El sol primaveral no era tan intenso como para que las camisas se pegaran al cuerpo como ocurre en pleno verano, y a esa hora del día el aire conservaba aún el frescor nocturno, virgen aún de los gases del tráfico.

El trayecto hasta el Centro Médico de la Universidad de Tennessee apenas duraba veinte minutos. La morgue no se encontraba en la misma zona del campus que el centro, pero conocía el camino por las otras veces que había estado ahí.

El tipo de la recepción de la morgue era tan corpulento que a su lado la mesa parecía de juguete. Su volumen de carne era tal que parecía que no tuviera huesos y, en su muñeca, la correa del reloj se hundía como un hilo de cortar en una barra de queso. Al identificarme, advertí un leve resuello nasal.

—Sala de autopsias número cinco. Pase la puerta y tome el pasillo —dijo con una voz incongruentemente aguda para alguien de su corpulencia. Me tendió un pase electrónico y, con una sonrisa angelical, añadió—: No tiene pérdida.

Abrí la puerta con el pase y accedí al recinto de la morgue. Me recibió un familiar latigazo olfativo a base de formaldehído, lejía y desinfectante. Tom estaba ya en la sala de autopsias, vestido con un pijama quirúrgico y un delantal de caucho. Sobre una mesa de trabajo cercana había un reproductor de CD portátil en el que sonaba a volumen moderado un ritmo de tambores que no supe reconocer. Junto a Tom había otro hombre que, con un atuendo similar, estaba lavando un cuerpo tendido sobre la mesa de aluminio para limpiarlo de insectos y larvas de moscarda.

—Buenos días —dijo Tom de buen humor mientras la puerta se cerraba detrás de mí.

—¿Buddy Rich? —pregunté haciendo un gesto con la cabeza en dirección al CD.

—Ni te has acercado. Louie Belson —dijo Tom apartándose de la chorreante cavidad torácica—. Llegas pronto.

—No tanto como tú.

—Quería radiografiar el cuerpo y enviar los dientes al TBI. —Y señalando al

joven que seguía lavando el cuerpo, dijo—: David, te presento a Kyle, uno de los ayudantes de la morgue. Le he pedido que me ayudara hasta que llegases, pero no se lo digas a Hicks.

Los ayudantes de la morgue dependían de la oficina del examinador médico, lo cual quería decir que, técnicamente, Hicks era el jefe de Kyle. Me había olvidado de que el patólogo tenía ahí su despacho y no envidiaba a nadie que tuviera que estar a sus órdenes. Kyle, no obstante, no parecía preocupado. Era alto, de estructura robusta sin llegar a gordo. Bajo una mata de pelo revuelto escondía una cara sonriente y de gruesos cachetes.

—Hola —saludó levantando una mano enguantada.

—También vendrá una de mis estudiantes a echarnos una mano —continuó Tom—. En realidad no se necesitan tres personas, pero le prometí que la dejaría ayudar en el próximo examen que realizara.

—Pues si no me necesitas...

—Hay mucho que hacer. Aunque eso sí, terminaremos antes. —La sonrisa de Tom daba a entender que no lograría escabullirme con tanta facilidad—. Encontrarás la ropa y lo demás en el vestuario que hay al fondo del pasillo.

Tenía el vestuario entero para mí. Dejé la ropa en una taquilla y me puse el pijama quirúrgico y el delantal de caucho. Nos disponíamos a acometer la que acaso fuera la parte más desagradable del oficio y sin duda una de las más sucias. Las pruebas de ADN pueden durar hasta ocho semanas, y las huellas dactilares sólo permiten identificar a la víctima si ésta tiene antecedentes. Sin embargo, por descompuesto que esté un cuerpo, la identidad de la víctima y, en ocasiones, también la causa de su muerte pueden determinarse a partir del propio esqueleto. Claro que para ello hay que retirar hasta la última capa de tejido blando.

Y no es un trabajo agradable.

Cuando volví a la sala de autopsias, me detuve un momento ante la puerta. Se oía a Tom tarareando ritmos de jazz sobre el sonido del agua corriente. «¿Y si cometes otro error? ¿Y si resulta que esto ya no es lo tuyo?»

Pero no podía permitirme pensar de esa manera. Abrí la puerta y entré. Kyle había terminado de lavar el cuerpo. Chorreantes de agua, los restos del cadáver relucían como si los hubieran barnizado.

Tom estaba junto a un carrito de instrumental. Tomó un par de tijeras quirúrgicas y mientras yo me acercaba colocó la deslumbrante lámpara de operaciones encima del cuerpo.

—Muy bien, manos a la obra.

Vi mi primer cadáver cuando era estudiante. Era una mujer joven, de no más de

veinticinco o veintiséis años, que había muerto durante el incendio de una casa. El humo la había asfixiado, pero las llamas no habían alcanzado su cuerpo. Estaba tendida sobre una fría mesa, iluminada por la deslumbrante y reveladora luz del depósito. Tenía los ojos entreabiertos, a través de los párpados se apreciaban dos rendijas de color blanco mate, y la punta de la lengua sobresalía ligeramente entre los labios exangües. Lo que más me sorprendió fue lo quieta que estaba: congelada e inmóvil como una fotografía. Sus acciones, su existencia y sus deseos habían tocado a su fin. Para siempre.

Aquella constatación supuso para mí una sacudida casi física. En ese momento supe que por más que hiciera, por más que aprendiera, siempre habría un misterio que sería incapaz de explicar. Durante los años siguientes eso no hizo sino aumentar mi determinación para resolver otros enigmas más tangibles.

Luego llegaría la muerte de Kara y Alice, mi mujer y mi hija de seis años, en un accidente de coche. De pronto la muerte dejaba de ser una cuestión académica.

Durante un tiempo me recliné en mi profesión inicial como médico, creyendo que así lograría hallar, ya que no respuestas, sí al menos cierta paz. Pero me engañaba: como Jenny y yo averiguamos a nuestra costa, no podía rehuir mi oficio. No sólo era mi trabajo, sino que formaba parte de mí. O por lo menos eso pensaba hasta que aquel cuchillo se hundió en mi abdomen.

Después de eso perdí toda certeza.

Intenté dejar a un lado mis dudas mientras trabajaba con los restos de la víctima. Tras recoger muestras de tejido y fluidos para mandar al laboratorio, corté con cuidado el músculo, el cartílago y los órganos internos con un escalpelo, despojando literalmente el cuerpo de los últimos vestigios de humanidad. Quienquiera que fuese, era un tipo corpulento. Habría que realizar una medición más precisa a partir del esqueleto, pero deduje que al menos medía metro ochenta y cinco y era de constitución fuerte.

Ni mucho menos un alfeñique.

Trabajamos casi en silencio, Tom era el único que tarareaba con aire ausente las canciones de Dina Washington mientras Kyle enrollaba la manguera y limpiaba la bandeja donde habían caído los insectos y demás detritos del cuerpo tras el lavado. Empezaba a enfascarme en mi tarea cuando la doble puerta de la sala de autopsias se abrió de forma abrupta.

Era Hicks.

—Buenos días, Donald —saludó Tom con voz agradable—. ¿A qué se debe este placer?

El patólogo no se dignó contestar. Su calva cabeza refulgía como el mármol bajo la luz brillante.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Webster? —espetó fulminando a Kyle con

la mirada—. Llevo rato buscándote.

—Yo sólo... —dijo Kyle sonrojándose.

—Ya casi ha terminado —terció Tom con calma—. Le he pedido que me ayude. Dan Gardner quiere un informe cuanto antes. Claro que si tienes alguna objeción...

Si la tenía, Hicks se la calló y volvió a arremeter contra Kyle.

—Tengo una autopsia esta mañana. ¿Está lista la sala?

—Ehm, no, pero le he pedido a Jason que...

—Te dije que te encargaras tú, no Jason. Estoy seguro de que el doctor Lieberman y su ayudante pueden arreglárselas solos mientras tú haces el trabajo por el que te pagan.

Tardé un par de segundos en darme cuenta de que se refería a mí.

—Seguro que sí —dijo Tom con una fina sonrisa.

Hicks se sorbió la nariz, contrariado por el hecho de que Tom no entrara en la confrontación.

—Lo quiero todo listo para dentro de una hora. Asegúrate de que sea así.

—Sí, señor. Lo lamento... —dijo Kyle, pero el patólogo ya había dado media vuelta.

La pesada puerta se cerró de un portazo detrás de él.

—Bueno, supongo que ahora todos nos sentimos mejor —dijo Tom para romper el silencio—. Lo siento, Kyle, no era mi intención meterte en un lío.

El joven sonrió, pero sus mejillas aún ardían.

—No pasa nada. Pero el doctor Hicks tiene razón. Debería ir a...

La puerta se abrió de golpe antes de que pudiera terminar. Por un segundo pensé que debía tratarse de Hicks otra vez, pero en lugar del patólogo apareció en la sala una mujer de aspecto acongojado.

Supuse que sería la estudiante que Tom había mencionado, la que había de venir a ayudarnos. Tendría algo más de veinte años e iba vestida con una camiseta rosa descolorida y unos pantalones de montaña gastados; debido a su robusta complexión, ambas prendas le quedaban ajustadas. Llevaba el pelo teñido de rubio y ceñido con una diadema blanca a topos, y las gafas redondas le conferían una apariencia asustadiza pero afable. Su atuendo debería haber desentonado con las bolas de acero y los aros que le tachonaban orejas, nariz y cejas, pero por alguna razón no era así. Una vez superada la sorpresa inicial, todo aquel despliegue de metalistería parecía favorecerle.

Antes de que la puerta se hubiera cerrado empezó a hablar de forma atropellada.

—¡Madre mía, no puedo creer que llegue tarde! ¡He salido temprano para que me diera tiempo de pasar por el centro a echar un vistazo a mi proyecto, pero se me ha ido el santo al cielo! Lo siento muchísimo, doctor Lieberman.

—Bueno, ahora ya estás aquí —dijo Tom—. Summer, creo que no conoces al

doctor David Hunter. Es británico, pero no se lo tengas en cuenta. Y él es Kyle. Ha defendido el fuerte hasta tu llegada.

—Encantado —dijo Kyle al tiempo que desplegaba una sonrisa aturdida.

—Hola —dijo Summer, sonriendo a su vez y revelando una ortodoncia de aspecto industrial. Echó un vistazo al cuerpo, con interés más que con revulsión. La imagen habría sido chocante para cualquiera, pero en el centro los estudiantes se preparan para enfrentarse a realidades tan desagradables como ésa—. Todavía no me he perdido nada, ¿verdad?

—No, aún está muerto —dijo Tom para tranquilizarla—. Ya sabes dónde están las cosas, ve a cambiarte.

—Enseguida —dijo, y al dar media vuelta el bolso se le enganchó con un carrito de acero inoxidable repleto de instrumental—. Lo siento —añadió estabilizándolo antes de desaparecer por la puerta.

En la sala de autopsias volvió a reinar una extraña calma.

—Summer es nuestro torbellino residente —dijo Tom con media sonrisa.

—Me he dado cuenta —respondí.

Kyle seguía mirando la puerta con expresión absorta. Tom me lanzó una mirada burlona y se aclaró la garganta.

—¿Las muestras, Kyle?

—¿Las qué? —dijo el técnico sobresaltado, como si hubiera olvidado que estábamos ahí.

—Ibas a empaquetarlas para el laboratorio.

—Ah, sí. Claro, enseguida.

Tras echar una última mirada de esperanza hacia las puertas, Kyle recogió las muestras y se marchó.

—Creo que podemos decir que a Summer le ha salido un admirador —comentó Tom con socarronería.

Acto seguido se dio la vuelta de espaldas a la mesa y, con un repentino gesto de dolor, empezó a palparse el esternón como si le costara tomar aire.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—No es nada. Hicks provoca acidez a cualquiera —dijo él.

No tenía buen color. Acercó la mano a la bandeja del instrumental y ahogó un grito de dolor.

—Tom...

—Estoy bien, ¡maldita sea! —dijo levantando la mano como para apartarme, pero acto seguido lo convirtió en un gesto de disculpa—. Estoy bien, de verdad.

No le creí.

—Llevas de pie desde antes de que yo llegara. ¿Por qué no te tomas un descanso?

—Porque no tengo tiempo —dijo irritado—. Le he prometido a Dan un informe

preliminar.

—Y lo tendrá. Summer y yo podemos ocuparnos de terminar de retirar el tejido blando.

Aunque a regañadientes, aceptó.

—Quizá unos minutos tan sólo.

Me quedé mirándolo mientras se iba, sorprendido por su frágil aspecto. Nunca había sido un hombre con un físico imponente, pero era como si las carnes se le hubiesen derretido. «Se está haciendo viejo». Era ley de vida, pero no por eso era más fácil aceptarlo.

Hacía rato que el disco de Tom había terminado, sumiendo la sala de autopsias en silencio. Fuera se oyó un teléfono. Como nadie lo cogía, al final dejó de sonar.

Volví con los restos de la víctima. El esqueleto ya estaba casi totalmente despojado de carne, apenas quedaba tejido blando residual, que había que retirar hirviéndolo con detergente. Puesto que era imposible sumergir el esqueleto entero en un tanque, era necesario proceder a una operación previa algo macabra.

Desarticularlo.

Había que amputar cráneo, pelvis, piernas y brazos, y para ello se requería tanto tacto como fuerza bruta. Debía consignarse cualquier daño que sufrieran los huesos a fin de no confundirlo con traumatismos peri mórtem. Cuando Summer volvió, yo ya había emprendido la laboriosa operación de separar el cráneo, para lo cual había que seccionar el cartílago entre la segunda y la tercera vértebra cervical.

Con el pijama quirúrgico y el delantal, Summer desentonaba menos con la morgue, excepción hecha de los pendientes en nariz y orejas. Su pelo teñido quedaba oculto bajo un gorro desechable.

—¿Dónde está el doctor Lieberman? —preguntó.

—Ha tenido que salir —dije sin entrar en detalles.

Lo último que Tom habría querido era que sus estudiantes supieran que estaba enfermo.

Summer asintió y dijo:

—¿Quiere que empiece con el detergente?

No estaba seguro de cómo habría querido proceder Tom, pero me pareció tan buena idea como cualquier otra. Empezamos a llenar grandes cubas de acero inoxidable con una solución de detergente y las pusimos a hervir sobre unos quemadores de gas. A pesar de que la potente campana extractora situada encima de los quemadores absorbía la mayor parte del vapor y el humo, el olor resultante de la combinación de la lejía con el tejido blando hirviendo recordaba de manera desconcertante tanto al de la colada como al de un mal restaurante.

—¿Conque es usted británico? —preguntó Summer mientras trabajábamos.

—Así es.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Una estancia de investigación.

—¿No hay centros de investigación en el Reino Unido?

—Sí, pero no como éste.

—Ya, la verdad es que este sitio es genial. —Sus grandes ojos me miraron a través de las gafas—. ¿Cómo trabajan los antropólogos forenses ahí?

—En general, con frío y humedad.

Se echó a reír.

—Aparte de eso. ¿Hay alguna diferencia?

En realidad no me apetecía hablar de ese tema, pero la muchacha sólo pretendía ser agradable.

—Bueno, la base es la misma, pero hay algunas diferencias. No tenemos tantas agencias de orden público como aquí. —A ojos de un extranjero, Estados Unidos se caracterizaba por un número inconcebible de sheriffs y departamentos de policía autónomos, por no hablar de los cuerpos estatales y federales—. Pero la principal diferencia es el clima. A menos que sea un verano insólito, normalmente los cuerpos no se secan tanto como aquí. Las descomposiciones suelen ser húmedas, con más moho y limo.

—Qué asco —dijo ella torciendo el gesto—. ¿Nunca ha pensado en trasladarse?

Al oír esto no pude evitar soltar una carcajada.

—¿Y venir a trabajar al Cinturón del Sol, quieres decir? No, me temo que no. —Pero ya había hablado bastante de mí mismo—. ¿Y qué hay de ti? ¿Cuáles son tus planes?

Summer se lanzó a una animada descripción de cómo había sido su vida hasta el momento, de sus ambiciones para el futuro, de cuando había trabajado en un bar de Knoxville para reunir el dinero suficiente para comprarse un coche. Yo no hablé mucho, prefería dejarla que siguiera con su monólogo. Aparte de no entorpecer su trabajo, aquel torrente de palabras me ayudó a relajarme, tanto es así que cuando Tom volvió advertí para mi sorpresa que habían transcurrido casi dos horas.

—Veo que habéis adelantado —dijo en tono de aprobación.

—Ha sido bastante sencillo.

No quise preguntarle cómo se encontraba en presencia de Summer, pero a simple vista advertí que estaba mejor. Esperó a que la muchacha volviera a los recipientes que borboteaban sobre los quemadores y entonces me llevó a un lado.

—Siento haber tardado tanto, he estado hablando con Dan Gardner. Han encontrado algo interesante. No hay ningún registro de huellas que corresponda a Terry Loomis, el tipo cuya billetera encontraron en la cabaña, de modo que necesitan que les confirmemos si éste es su cuerpo —dijo señalando los restos—. Lo que sí han encontrado son resultados para la huella de la cajita del carrete. Corresponde a un tal

Willis Dexter. Blanco, treinta y seis años y mecánico en Sevierville.

Sevierville es una pequeña localidad no muy lejos de Gatlinburg, a una treintena de kilómetros de la cabaña de montaña donde había aparecido el cuerpo.

—Buenas noticias, ¿no?

—Eso parece —asintió Tom—. Dexter estaba fichado desde hace tiempo por conducir bajo los efectos del alcohol. En la cabaña encontraron otras huellas que también corresponden a él. Una de ellas estaba en un recibo de tarjeta de crédito expedido hace una semana que hallaron en la billetera de Loomis.

Todos aquellos datos apuntaban a que Terry Loomis era la víctima y Willis Dexter el asesino. Pero algo en la manera de hablar de Tom me decía que la cosa no era tan simple.

—Entonces, ¿lo han detenido?

—Bueno, aquí radica el problema. Por lo visto Willis Dexter se mató en un accidente de coche hace seis meses.

—Tiene que haber algún error —dije.

O bien las huellas no eran suyas o bien el nombre del certificado de defunción estaba equivocado.

—Digo yo que sí —dijo Tom colocándose otra vez las gafas—. Por eso mañana a primera hora iremos a exhumar su tumba.

Tienes nueve años cuando ves el primer cadáver. Llevas la ropa de los domingos y alguien te acompaña hasta una sala con unas cuantas sillas de madera encaradas hacia un féretro reluciente. El ataúd descansa sobre unos caballetes cubiertos con un viejo paño de terciopelo negro. De una de las esquinas cuelga un trozo de tela trenzada de color rojo sangre. Te distraes al ver que la trenza describe un ocho casi perfecto, por eso hasta que no estás prácticamente encima no se te ocurre mirar en el interior del féretro.

Dentro yace tu abuelo. Tiene un aspecto... distinto. Su rostro parece como de cera, tiene las mejillas hundidas, como cuando se le olvida ponerse la dentadura. Aunque tiene los ojos cerrados, notas que también en ellos hay algo anormal.

Te quedas quieto como un muerto y sientes una opresión en el pecho que te resulta familiar. Una mano te toca la espalda y te empuja hacia delante.

—Vamos, míralo.

Reconoces la voz de tu tía. No era necesario que te animara a acercarte. Te sorbes la nariz y, de repente, alguien te suelta un pescozón.

—¡El pañuelo! —murmura tu tía.

Pero por una vez no estabas intentando contener el goteo casi permanente de tu nariz. Lo único que querías era distinguir qué olores se ocultaban bajo el perfume y las velas aromáticas.

—¿Por qué tiene los ojos cerrados? —preguntas.

—Porque está con el Señor —responde tu tía—. ¿Verdad que parece estar en paz? Es como si estuviera dormido.

Pero a ti no te parece que duerma. Es como si lo que yace en el féretro nunca hubiera estado vivo. Lo observas, tratando de dilucidar qué es exactamente lo que ha cambiado, hasta que por fin alguien te aparta.

Durante los años siguientes cada vez que recuerdas el cadáver de tu abuelo vuelves a sentir el mismo asombro, la misma opresión en el pecho. Es uno de tus recuerdos más valiosos. Pero no es hasta los diecisiete años que tiene lugar el acontecimiento que te cambia la vida.

Estás leyendo en un banco durante la pausa del almuerzo. El libro es una traducción de la Summa Theologiae de santo Tomás de Aquino que has robado de la biblioteca. Es un libro difícil e ingenuo, pero cuenta cosas interesantes. «La existencia de algo y su esencia son distintas». Te gusta esa idea, casi tanto como el aserto de Kierkegaard según el cual «la muerte es la luz en que las grandes pasiones, así las buenas como las viles, se vuelven transparentes». Todos los teólogos y filósofos que has leído se contradicen los unos a los otros y ninguno aporta auténticas respuestas. Con todo, dan más en el clavo que las pedantescas osadías de Camus y Sartre, quienes ocultan su ignorancia tras una máscara de ficción. A tu lado se quedan pequeños, igual que ocurrirá bien pronto con Aquino y los demás. En realidad, empiezas a pensar que no hallarás la respuesta en ningún libro. ¿Dónde, pues?

Últimamente en casa se ha hablado mucho de dónde sacar el dinero para mandarte a la universidad. A ti no te preocupa. De alguna parte saldrá. Sabes desde hace años que eres especial, que el destino te depara grandes metas.

Es inevitable.

Masticas y tragas el bocadillo de forma mecánica mientras lees, sin disfrutar ni saborearlo. La comida no es más que combustible. En la última operación lograron curarte el goteo nasal que te arruinó la infancia, pero a qué precio: tu olfato está completamente quemado; a excepción de las comidas más condimentadas, todo te sabe insípido como el algodón.

Terminas el insulso bocadillo y guardas el libro. Acabas de levantarte del banco cuando se oye un chirrido de frenos seguido de un ruido sordo, carnoso. Alzas la vista y ves a una mujer que sale despedida. Parece sostenerse en el aire durante un momento antes de estrellarse casi a tus pies con las extremidades descoyuntadas. Se queda tendida con la espalda retorcida y la cara vuelta al cielo. Por un segundo sus ojos se encuentran con los tuyos, abiertos y llenos de espanto. Su mirada no transmite dolor ni miedo, sólo desconcierto. Desconcierto y algo más.

Conciencia de lo ocurrido.

En ese momento los ojos se apagan y el instinto te dice que la fuerza que animaba ese cuerpo ha desaparecido. Lo que yace a tus pies es una saca de carne y huesos rotos, nada más.

Estupefacto, te quedas ahí de pie mientras el resto de la gente se agolpa en torno al cuerpo, echándote a un lado hasta que lo pierdes de vista. No importa. Ya has visto lo que el destino quería que vieras.

Pasas la noche en vela, intentando recordar todos los detalles. Los nervios no te dejan respirar, presientes que algo extraordinario está a punto de ocurrir. Sabes que te ha sido dado asistir a un momento decisivo, a un hecho tan cotidiano como trascendental. Lo que te contraría es que por alguna razón el rostro de la mujer, esos ojos que parecían arder en los tuyos, te elude de forma desesperante. Quieres —es más, necesitas— recuperar ese momento para comprender lo ocurrido. Pero la memoria no está de tu parte, como no lo estuvo el día que miraste en el interior del féretro de tu abuelo. Es demasiado subjetiva; demasiado imprecisa. Algo tan importante precisa de un enfoque más clínico.

Más permanente.

Al día siguiente, retiras hasta el último centavo de tus ahorros para la universidad y te compras tu primera cámara.

6

Cuando partimos para el cementerio, el amanecer apenas era una pálida franja en el horizonte. El cielo todavía estaba oscuro, pero las estrellas iban desapareciendo una a una a medida que avanzaba el nuevo día. A ambos lados de la carretera el paisaje empezaba a cobrar forma, emergiendo de la oscuridad como una fotografía en una bandeja de revelado. Detrás de los almacenes y restaurantes de comida rápida, la oscura masa de las montañas se alzaba como para resaltar la fragilidad de las obras del hombre.

Tom conducía en silencio. Por una vez no puso ninguno de sus discos de jazz, aunque no sé muy bien si debido a lo temprano de la hora o a su estado de ánimo. Me había recogido en el hotel, pero tras saludarme con una lánguida sonrisa no había dicho gran cosa. Nadie está como unas pascuas a esas horas de la mañana, pero en su rostro se detectaba una reserva que parecía no tener que ver en absoluto con la falta de sueño.

«Tú tampoco debes de tener muy buen aspecto». Había pasado la noche anterior en vela, inquieto por lo que pudiera esperarnos. No era mi primera exhumación, y desde luego no había de ser la peor. Años atrás había trabajado en una fosa común de la guerra en Bosnia, en la que había enterradas familias enteras. Aquello sería distinto, y además sabía que Tom me hacía un gran favor al pedirme que fuera con él. Para ser justos, debería haber estado brincando de ilusión por tener la oportunidad de tomar parte en una investigación estadounidense.

Así pues, ¿por qué no mostraba más entusiasmo?

La confianza y certeza de antaño se habían convertido en inseguridad. Las energías, la capacidad de concentración a la que estaba acostumbrado, parecían haberse derramado en el suelo del vestíbulo un año antes. Si me sentía así ahora, ¿qué pasaría cuando regresara al Reino Unido y tuviera que trabajar yo solo en una investigación por homicidio? La verdad era que no lo sabía.

Cuando Tom dejó la carretera, hacia el este se veía el horizonte veteado de oro. Nos dirigíamos a los suburbios de la periferia este de Knoxville, una zona que yo no conocía. Era un barrio pobre: calles de casas con la pintura desconchada y patios descuidados llenos de cachivaches. Los faros enfocaron los refulgentes ojos de un gato, que al punto dejó de comer lo que fuera que estaba comiendo junto a una alcantarilla para quedarse mirándonos al pasar.

—Ya no falta mucho —dijo Tom rompiendo el silencio.

Tras recorrer otro kilómetro y medio, las casas dejaron paso a los matorrales y al poco llegamos al cementerio, que quedaba separado de la carretera por unos pinos y un alto muro de ladrillos deslucidos. Un rótulo de hierro forjado rezaba: «Cementerio y funeraria de Steeple Hill». Lo remataba un ángel estilizado con la cabeza agachada

en ademán devoto. A pesar de la penumbra pude ver que el metal estaba oxidado y la pintura descascarillada.

Franqueamos la reja con el coche. A lado y lado se extendían hileras de tumbas, en su mayoría descuidadas y llenas de hierbajos. Al fondo se distinguía un oscuro y opresivo pinar, y en lo alto de éste, la funeraria propiamente dicha: una construcción baja de aspecto industrial coronada con un pequeño campanario.

A un lado, un grupo de vehículos estacionados anunciaba que habíamos llegado a nuestro destino. Aparcamos junto a ellos y bajamos del coche. Las manos me temblaban por culpa del frío de primera hora de la mañana, así que me las hundí en los bolsillos. Al ponernos en marcha hacia el lugar de trabajo, vi que la bruma aún se aferraba a la hierba plateada de rocío.

Delante de la tumba se habían colocado unos plafones, si bien a esas horas no había nadie que pudiera verla. Temblando entre estertores, una pequeña excavadora levantaba paladas de tierra que depositaba en una pila dejándola caer a terrones. El aire olía a limo y humo de gasóleo, y la tumba, como una herida negra en la hierba, ya estaba casi desenterrada.

Gardner y Jacobsen se encontraban entre el puñado de agentes y operarios que esperaban a que la excavadora levantara la última palada de tierra. Allí estaba también Hicks, ligeramente apartado. La cabeza calva del patólogo sobresalía de un impermeable que le otorgaba una semejanza sorprendente con una tortuga. Su presencia era poco más que una formalidad, pues con toda certeza el cuerpo pasaría a manos de Tom para su examen.

Por su expresión era obvio que eso no le hacía ninguna gracia.

Cerca de él había otro hombre, un tipo alto y elegante vestido con un abrigo de pelo de camello y traje y corbata oscuros. Observaba los movimientos de la excavadora con una expresión atribuible tanto a la indiferencia como al tedio. Al vernos pareció ponerse en guardia y según nos acercamos no apartó los ojos de Tom.

—Tom —dijo Gardner.

El agente del TBI estaba ojeroso y tenía los ojos inyectados en sangre. Jacobsen, por el contrario, parecía fresca como si hubiera dormido nueve horas de corrido, y su impermeable con cinturón estaba bien planchado e inmaculado.

Tom sonrió pero no dijo nada. Pese a lo ligero de la cuesta, observé que el breve trecho desde el coche lo había dejado sin aliento. Hicks le dirigió una mirada cargada de envidia, pero no lo saludó. Ignorándome completamente, se sacó un pañuelo mugriento del bolsillo y se sonó las narices con estruendo.

—Te presento a Eliot York —dijo Gardner refiriéndose al hombre del abrigo de pelo de camello—. Es el propietario de Steeple Hill. Nos ha ayudado a organizar la exhumación.

—Encantado de poder ser de ayuda —dijo York precipitándose hacia delante para

estrechar la mano de Tom—. Doctor Lieberman, es un honor.

El tufo de su colonia eclipsaba incluso el humo de gasóleo de la excavadora. Le habría echado cuarenta y bastantes años, pero se hacía difícil precisarlo con exactitud. El tipo era corpulento y rollizo, de esos cuyos rasgos carentes de arrugas parecen ganar peso en lugar de envejecer. Su cabello oscuro, no obstante, presentaba un tono mate que sugería que era teñido, y cuando se dio la vuelta vi que lo llevaba peinado con cuidado para ocultar un claro en la coronilla.

Advertí que Tom retiró la mano tan rápido como pudo antes de presentarme.

—Éste es mi colega, el doctor Hunter. Está de visita procedente del Reino Unido.

York me dedicó un saludo superficial. De cerca, los puños del abrigo de pelo de camello se veían gastados y deshilachados, y por lo que pude apreciar, también al traje oscuro le habría venido bien un lavado. A juzgar por las marcas de sangre y los restos de bigote, se había afeitado apresuradamente o con una cuchilla desafilada. Aparte de eso, ni siquiera el ofensivo olor de su colonia conseguía disimular el aliento a tabaco ni las amarillas manchas de nicotina de sus dedos.

Antes de soltarme la mano ya estaba dirigiéndose a Tom:

—He oído hablar mucho sobre su trabajo, doctor Lieberman. Y sobre su centro, por supuesto.

—Gracias, pero no es exactamente «mi» centro.

—Claro que no. Pero de todos modos es un honor para todo Tennessee —dijo mostrando una sonrisa empalagosa—. No es que compare mi, por decirlo de algún modo, vocación con la suya, pero a mi manera me gusta pensar que también yo desempeño un servicio público. No siempre es agradable, pero aun así es necesario.

—Desde luego —dijo Tom sin perder la sonrisa en ningún momento—. ¿Así que usted organizó este entierro?

—Tuvimos ese honor, señor —respondió York inclinando la cabeza—, aunque me temo que en este momento en concreto no recuerdo gran cosa al respecto. Debe comprenderlo, organizamos tantos... Steeple Hill ofrece servicios integrales de pompas fúnebres, lo cual incluye tanto la cremación como la sepultura en este magnífico lugar —añadió abarcando con un gesto el descuidado cementerio cual si fuera un jardín majestuoso—. Mi padre fundó la empresa en 1958 y desde entonces hemos estado siempre al servicio de los deudos. Nuestro lema es: «Dignidad y comodidad», y me agrada creer que lo cumplimos.

A la prédica comercial siguió un embarazoso silencio. Tom pareció aliviado cuando intervino Gardner.

—No puede faltar mucho. Ya casi está —dijo.

La sonrisa de York se desvaneció en una mueca de decepción al ver que Tom se alejaba de él.

Como para darle la razón a Gardner, la excavadora depositó otra palada de tierra

sobre la pila y se alejó soltando un último quejido por el tubo de escape. Un hombre de aspecto cansino al que tomé por un funcionario de salud pública hizo un gesto de asentimiento a uno de los operarios. Vestido con peto protector y mascarilla, éste se acercó al agujero abierto y lo roció con desinfectante. Las enfermedades no siempre desaparecen con la muerte del huésped. Igual que las bacterias, que proliferan en la carne en descomposición, la hepatitis, el VIH y la tuberculosis son sólo algunos de los patógenos que los muertos pueden transmitir a los vivos.

Otro operario con mascarilla y peto introdujo una pequeña escalera en la tumba y terminó de desenterrar el féretro con la ayuda de una pala. Cuando finalmente le ató las correas para así poder extraerlo, el cielo ya había adquirido una tonalidad azul pálido y el pinar proyectaba sombras alargadas sobre la hierba. Una vez el operario salió del hoyo, él y los demás se colocaron a ambos lados de la tumba y empezaron a tirar del féretro dando pie a una macabra escena de funeral a la inversa.

Poco a poco apareció la caja manchada de barro, dejando caer terrones de tierra. Los operarios la colocaron sobre unos tablones que habían dispuesto junto a la tumba y acto seguido se retiraron.

—¡Madre mía, apesta! —murmuró uno de ellos.

Razón no le faltaba. La fetidez de la putrefacción viciando el aire matutino podía percibirse incluso desde nuestra posición. Arrugando la nariz, Gardner se acercó y se puso en cuclillas para examinar el féretro.

—La tapa está rota —dijo señalando una grieta debajo de la capa de tierra—. No creo que sea intencionado, más bien parece que la madera sea muy delgada.

—¡Está hecha del mejor pino del país! ¡Es un féretro excelente! —bramó York, pero nadie le hizo caso.

Tom se inclinó sobre el féretro y lo olisqueó.

—¿Dices que lo enterraron hace seis meses? —le preguntó a Gardner.

—Así es. ¿Por qué?

Tom no contestó.

—Qué raro. ¿Tú qué opinas, David?

Procuré no sentirme intimidado al ver que todas las miradas convergían sobre mí.

—No debería oler así —dije a regañadientes—. No es normal después de seis meses.

—Por si nadie lo ha notado, el féretro no está en perfectas condiciones —dijo Hicks—. Con un agujero como ése, ¿qué se puede esperar?

Esperé a que Tom respondiera, pero parecía absorto en el estudio del féretro.

—Con o sin agujero, estaba a casi dos metros bajo tierra. A esa profundidad la descomposición es mucho más lenta que a nivel de superficie.

—No estaba hablando con usted, pero aun así le agradezco la aclaración —dijo Hicks rezumando sarcasmo—. Estoy seguro de que siendo británico lo sabe todo

acerca de las condiciones de Tennessee.

—En realidad David tiene razón —dijo Tom levantándose de encima del féretro—. Al margen de si la tapa está rota o no, y aunque no lo hubieran embalsamado, la descomposición no debería oler tan mal.

—Entonces ¿por qué no echamos un vistazo? —dijo el patólogo lanzándole una mirada, y tras hacer un gesto brusco a los operarios añadió—: Ábranlo.

—¿Aquí? —se sorprendió Tom. Por norma general, el féretro se traslada hasta la morgue antes de abrirlo.

Hicks empezaba a disfrutar con la situación.

—El féretro ya está abierto. Si el cuerpo está tan podrido como decís, prefiero averiguarlo ahora. Ya he perdido bastante tiempo.

Conocía a Tom lo suficiente como para detectar su desaprobación a partir del leve fruncimiento de sus labios, pero no dijo nada. Hasta que el cuerpo pasara oficialmente a sus manos, el responsable era Hicks.

Quien sí puso objeciones fue Jacobsen.

—Señor, ¿no cree que deberíamos esperar? —le dijo a Hicks mientras éste le indicaba a uno de los operarios que abriera el féretro.

El patólogo le dirigió una sonrisa feroz.

—¿Está cuestionando mi autoridad?

—Oh, por el amor de Dios, Donald, si quieres abrirlo, ábrelo de una vez —dijo Gardner.

Tras lanzarle una última mirada a Jacobsen, Hicks hizo una señal a un operario que llevaba un destornillador eléctrico. Un chirrido agudo quebró el silencio, y uno a uno los tornillos del féretro fueron retirados. Observé a Jacobsen, pero su rostro no dejaba intuir sus sentimientos lo más mínimo. Debió de percatarse de que la estaba mirando, porque sus ojos grises se encontraron brevemente con los míos. Por un segundo pude percibir su rabia, pero enseguida apartó la mirada.

Tras extraer el último tornillo, un segundo operario ayudó al primero a retirar la tapa. Estaba combada, de modo que les costó un poco soltarla.

—¡La madre que me parió! —exclamó uno de los operarios, apartando la cara.

Del féretro emanaba un hedor insoportable, un olor nauseabundo a putrefacción concentrada. Los operarios se alejaron de un salto.

Yo me coloqué al lado de Tom para echar un vistazo.

Una inmundada sábana blanca cubría la mayor parte de los restos, dejando tan sólo el cráneo al descubierto. La mayor parte del cabello se había desprendido, aunque quedaban unos cuantos mechones finos pegados como telarañas sucias. El cuerpo había empezado a pudrirse, la carne parecía deshacerse sobre los huesos de resultas de la licuefacción del tejido blando provocada por las bacterias. Dado que el féretro estaba cerrado, el fluido resultante no había podido evaporarse; es lo que se conoce

como licor de ataúd, era negro y viscoso y había dejado totalmente apelmazado el sudario de algodón que envolvía el cadáver.

—Felicidades, Lieberman —dijo Hicks echando una ojeada en el interior—. Todo tuyo.

Sin siquiera dirigir la mirada atrás, se fue hacia donde estaban los coches. Gardner se quedó mirando con asco el repugnante contenido del féretro, tapándose la boca y la nariz con un pañuelo en un fútil intento por sustraerse al olor.

—¿Es normal?

—No —dijo Tom, clavando una mirada furiosa en Hicks.

—¿Alguna idea de cómo ha podido ocurrir algo así? —preguntó Gardner volviéndose hacia York.

El propietario de la funeraria se había ruborizado.

—¡Por supuesto que no! ¡Y me molesta que sugiera que la culpa es mía! ¡Steeple Hill no se responsabiliza de lo que le ocurre a un féretro una vez enterrado!

—No he dicho que fuera culpa suya. —Y haciendo unas señas a los operarios agregó—: Tápenlo. Nos lo llevamos a la morgue.

Yo no había dejado de observar el macabro contenido del ataúd.

—Tom, fíjate en el cráneo —dije.

Tom seguía con los ojos fijos en el patólogo. Tras dirigirme una mirada interrogativa, hizo lo que le pedía y se le mudó el gesto.

—Dan, esto no te va a gustar.

—¿Qué es lo que no me va a gustar?

Antes de contestar, Tom dirigió una mirada significativa a York y los operarios.

—Señores, ¿nos perdonan un minuto? —dijo Gardner volviéndose hacia ellos.

Los operarios se fueron hacia la excavadora y encendieron unos cigarrillos. York se cruzó de brazos.

—Éste es mi cementerio. No me voy a ninguna parte.

Gardner exhaló un suspiro tal que se le ensancharon las aletas de la nariz.

—Señor York...

—¡Tengo derecho a saber qué pasa!

—Ni siquiera nosotros lo tenemos muy claro aún. Ahora, si no le importa...

Pero York no había terminado.

—He colaborado en todo lo que me han pedido —dijo levantando un dedo hacia Gardner—. Y no voy a permitir que se me culpe por esto. ¡Quiero que conste que Steeple Hill no es responsable de esto!

—¿Responsable de qué? —preguntó Gardner en un tono peligrosamente suave.

—¡De lo que sea! ¡De esto! —dijo York gesticulando como un loco en dirección al féretro—. Éste es un negocio respetable. No he hecho nada malo.

—Entonces no tiene de qué preocuparse. Le agradezco su ayuda, señor York.

Enseguida enviaremos a alguien a hablar con usted.

York tomó aliento para protestar, pero el agente del TBI lo hizo desistir con una simple mirada. El enterrador cerró la boca de mala gana y se marchó con aire ofendido. Mientras se alejaba, Gardner se quedó mirándolo con la misma expectación que un gato que acecha a un pájaro; luego se volvió hacia Tom.

—¿Y bien?

—¿No dijiste que se trataba de un varón blanco?

—Así es. Willis Dexter, treinta y seis años, mecánico, fallecido en accidente de coche. Vamos, Tom, ¿qué es lo que has visto?

—David es quien se ha dado cuenta —dijo Tom dedicándome una sonrisa irónica—. Dejaré que sea él quien te dé la gran noticia.

«Muchas gracias». Me volví hacia el féretro sintiendo los ojos de Gardner y Jacobsen clavados en mí.

—Fíjense en la nariz —dije. El tejido blando se había descompuesto dejando a la vista una apertura triangular atravesada de restos de cartílago—. ¿Ven la parte inferior de la cavidad nasal, donde se une con el hueso que sujeta los dientes superiores? Debería haber un saliente, una afilada protuberancia ósea. Pero no hay nada; la cavidad se une progresivamente con el hueso subyacente. La forma de la nariz tampoco es normal. El puente es bajo y ancho, y la cavidad en sí, demasiado amplia.

Gardner soltó un improperio en voz baja.

—¿Está seguro? —preguntó, dirigiéndose a Tom más que a mí.

—Me temo que sí —respondió Tom chasqueando la lengua con fastidio—. Yo mismo me habría dado cuenta de haber tenido tiempo. Por sí solo, cualquiera de estos rasgos craneales sería un importante indicador de ascendencia. Cuando concurren, no dejan mucho lugar a dudas.

—¿Dudas sobre qué? —preguntó Jacobsen, intrigada.

—El saliente óseo que ha mencionado David es una característica facial de los blancos —dijo Tom—. Quienquiera que sea éste, no la presenta.

Jacobsen frunció el ceño al comprender lo que eso suponía.

—¿Quiere decir que es negro? Yo creía que Willis Dexter era blanco.

Gardner soltó un bufido de exasperación.

—Así es —dijo observando el cuerpo del féretro como si le echara la culpa de aquel desengaño—. Éste no es Willis Dexter.

El sol, alto y brillante, deslumbraba al reflejarse en los cristales y la pintura de los coches que circulaban por la carretera. Pese a no ser mediodía aún, el aire se elevaba ondeando del asfalto por efecto del calor y los gases de escape. Al frente, el tráfico se ralentizaba casi hasta detenerse y pasaba gruñendo junto a las luces de los vehículos de emergencia que cortaban uno de los carriles. En éste, cruzado de medio lado, había un Lexus nuevo que desde atrás se veía inmaculado y cristalino, pero cuya parte delantera estaba hecha un desastre. A pocos metros había algo que hasta poco antes había sido una motocicleta y que se había convertido en un amasijo de partes de motor, cromo y caucho. La superficie de la vía presentaba unas manchas que parecían de aceite, pero que probablemente no lo fueran.

Mientras pasábamos al lado, exhortados por un agente de policía de expresión pétrea, me fijé en que sobre un puente que cruzaba la carretera se había congregado un grupo de mirones asomados a la barrera. En cuanto lo dejamos atrás, el tráfico recuperó el ritmo habitual como si nada hubiera ocurrido.

Durante el trayecto de regreso del cementerio, me pareció que Tom volvía a ser el de siempre. Había en sus ojos un brillo de intriga suscitado por el giro que había tomado el caso. Primero se descubren las huellas dactilares de un muerto en el escenario de un crimen; luego, en su tumba aparece un cuerpo que no es el suyo. Enigmas como aquél hacían las delicias de Tom.

—Todo apunta a que los partes sobre el fallecimiento de Willis Dexter fueron algo prematuros, ¿no te parece? —dijo como quien piensa en voz alta, mientras tamborileaba sobre el volante al ritmo de la pista de Dizzy Gillespie que sonaba en el CD—. Fingir tu propia muerte es una coartada de narices, si te sale bien.

—Entonces ¿quién crees que es el del féretro? ¿Otra víctima?

—No pienso aventurar conclusiones hasta que conozcamos la causa de la muerte, pero yo diría que sí. También cabe la posibilidad de que algún empleado de la funeraria intercambiara los cuerpos por error, pero dadas las circunstancias me parece poco probable. No, aunque odie admitirlo, creo que Irving llevaba razón en lo del asesino en serie. —Y mirándome de lado añadió—: ¿Qué?

—Nada.

—Como actor se te da fatal, David —dijo sonriendo.

En condiciones normales me habría encantado lanzarme a especular con Tom, pero en los últimos tiempos me había vuelto muy cauto a la hora de lanzar hipótesis.

—Quizá me pase de desconfiado, pero ¿no te parece sospechoso que la huella del coche condujera directamente al cuerpo de otra víctima?

—Los criminales se equivocan como todo el mundo —respondió Tom encogiéndose de hombros.

—Así pues, ¿crees que Willis Dexter puede estar vivo? ¿Que es el asesino?

—¿A ti qué te parece?

—Me había olvidado de cuánto te gusta hacer de abogado del diablo.

Tom se echó a reír.

—Sólo intento contemplar todas las posibilidades. En realidad estoy de acuerdo contigo, me parece un tanto sospechoso. Pero Dan Gardner no es tonto. Tal vez no tenga mucho don de gentes, pero me alegro de que sea él quien lleva el caso.

Gardner y yo no habíamos congeniado, pero Tom no era de los que prodigan alabanzas a la ligera.

—¿Y qué me dices de York? —pregunté.

—Aparte de que me han entrado ganas de lavarme la mano después de estrechársela, no sé qué decirte —sentenció con aire pensativo—. Puede que le den el premio a la funeraria del año, pero no parecía preocuparle la exhumación. Al menos hasta que vio las condiciones del féretro. Sin duda tendrá que contestar a unas cuantas preguntas desagradables, pero dudo que se hubiera mostrado tan flemático de haber sabido lo que íbamos a encontrar.

—Sea como sea, no entiendo cómo se puede enterrar el cuerpo equivocado sin que nadie de la funeraria se dé cuenta.

Tom asintió.

—Es casi imposible, pero por el momento me reservo mi juicio sobre York. —Desaceleró para indicar un cambio de carril y adelantar a una autocaravana—. Por cierto, felicidades. No me había fijado en la cavidad nasal.

—Te habrías fijado si Hicks no te hubiera crispado los nervios.

—Que Hicks te crispe los nervios son gajes del oficio. Ya debería estar acostumbrado. —En ese momento me miró y se le borró la sonrisa—. Bueno, y ahora en serio, ¿qué es lo que te preocupa?

No era mi intención hablar de ello, pero no tenía sentido seguir escondiendo la cabeza bajo el ala.

—No creo que venir aquí haya sido una buena idea. Te agradezco lo que estás haciendo, pero... En fin, seamos sinceros, la cosa no funciona. Creo que debería irme.

Hasta entonces ni yo mismo era consciente de que la decisión ya estaba tomada. En ese momento fue como si todas mis dudas cristalizaran y me obligasen a aceptar lo que llevaba tiempo evitando. Aun así, una parte de mí se sentía contrariada, pues sabía que la decisión tenía otras implicaciones. Si me iba en ese momento, no sólo estaría acortando mi viaje.

Estaría rindiéndome.

Tom guardó silencio unos instantes.

—Todo esto no es tan sólo por lo que ocurrió en la cabaña, ¿verdad?

—En parte, pero no del todo —dije encogiéndome de espaldas y haciendo un esfuerzo por hallar las palabras—. Me da la impresión de que todo esto ha sido un error. No sé, quizás era demasiado pronto.

—La herida está cerrada, ¿no?

—No me refería a eso.

—Ya lo sé —dijo suspirando—. ¿Puedo ser franco contigo?

Asentí con la cabeza; no me fiaba de las palabras que pudieran salir de mi boca.

—Ya intentaste huir una vez y no te salió bien. ¿Qué te hace suponer que esta vez te irá mejor?

Noté que me sonrojaba. «¿Huir?» ¿Ésa era su impresión?

—Si te refieres a la muerte de Kara y Alice, de acuerdo, supongo que intenté huir —dije con voz áspera—. Pero esta vez es distinto. Es como si me faltara algo y no supiera qué es.

—Una crisis de confianza.

—Llámalo como quieras.

—Entonces vuelvo a preguntarte: ¿de qué te servirá huir?

Esta vez fui yo quien guardó silencio.

Tom no apartaba la mirada de la carretera.

—No voy a insultarte intentando animarte con sermones, David. Si crees que es lo correcto, márchate lo antes posible. Creo que te arrepentirás, pero la decisión es tuya. Sea lo que sea, ¿harás antes algo por mí?

—Desde luego.

Tom se ajustó las gafas.

—No le he contado esto a nadie, excepto a Mary y Paul. Me jubilo a finales de verano.

Lo miré desconcertado. Creía que iba a seguir hasta la finalización del curso.

—¿Por tu salud?

—Digamos que se lo he prometido a Mary. La cuestión es que tú has sido uno de mis mejores alumnos y ésta será la última ocasión que tengamos de trabajar juntos. Me harías un gran favor si te quedases una semana más.

Por un momento permanecí admirado ante la habilidad con que me había tendido la celada.

—Me lo he buscado yo solo, ¿verdad?

—Así es —respondió sonriendo—. Pero no serías capaz de faltar a tu palabra con un anciano, ¿a que no?

No pude sino echarme a reír. Curiosamente, eso me hizo sentir mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo.

—De acuerdo, entonces. Una semana.

Tom asintió satisfecho. Sus dedos volvieron a tamborilear justo cuando la

trompeta atacaba por los altavoces del coche.

—¿Qué te parece la nueva ayudante de Dan?

—¿Jacobsen? —pregunté mirando por la ventanilla—. Parece muy entusiasta.

—Hmm. —Sus dedos seguían bailando por el volante como si resiguieran un tatuaje—. Y atractiva, ¿no crees?

—Sí, supongo. —Tom permanecía callado. Noté que me ruborizaba—. ¿Qué?

—Nada —dijo esbozando una sonrisa.

Tom había llamado a la morgue para avisar de que los restos exhumados estaban en camino. Habría que examinarlos en otra sala de autopsias para evitar que se contaminaran con el cuerpo de la cabaña. La mera existencia de esa posibilidad podía convertirse en una pesadilla a la hora de presentar pruebas cuando atrapasen al asesino.

Suponiendo que lo atraparan.

Cuando llegamos, Kyle estaba hablando con otros dos ayudantes. Interrumpió la conversación para acompañarnos a la sala que había preparado; durante el trayecto no dejó de mirarnos como si esperara —o deseara— ver a alguien más. Al descubrir que sólo éramos nosotros se quedó un poco alicaído.

—¿Summer no viene hoy? —preguntó con indiferencia mal fingida.

—Oh, me imagino que vendrá más tarde —dijo Tom.

—Bien, sólo era curiosidad.

Tom aguantó impasible hasta que Kyle salió de la sala de autopsias.

—Será la primavera —comentó sonriendo—. Van todos con la sangre alterada.

El féretro de Steeple Hill llegó justo cuando acabamos de ponernos el atuendo quirúrgico y los delantales de caucho. Para el traslado lo habían introducido en un contenedor de aluminio; un ataúd dentro de otro, como las muñecas rusas. Antes de nada había que radiografiar el cuerpo, así que Kyle se llevó el ataúd a la sala de radiología con la ayuda de un carrito.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó.

—No, gracias, nos las arreglaremos.

—Tom... —dije. Para radiografiar los restos, era necesario sacarlos del féretro. La descomposición había reducido la masa corporal, pero no quería que hiciera grandes esfuerzos.

Tom, que había adivinado mi pensamiento, bufó exasperado.

—Podemos esperar a que venga Summer. Kyle ya se ha metido en problemas una vez por mi culpa.

—Oh, no pasa nada. Martin y Jason pueden cubrirme —dijo Kyle, que se había animado al oír mencionar a Summer—. Además —agregó sonriendo con timidez—, el doctor Hicks no está aquí ahora mismo.

Aunque a regañadientes, Tom accedió.

—Muy bien, de acuerdo. Ayudarás a David a levantar el cuerpo en cuanto lo hayamos fotografiado. —Justo en ese momento le sonó el teléfono. Miró la pantalla—. Es Dan. Será mejor que conteste.

Mientras Tom salía al pasillo para hablar con Gardner, Kyle y yo desenganchamos los cierres que aseguraban la tapa de aluminio.

—Conque británico, ¿eh? —preguntó—. ¿De Londres?

—Sí.

—Guau. ¿Y cómo es Europa?

Me tomé un instante para pensar cómo responder a semejante pregunta mientras me peleaba con un cierre difícil.

—Bueno, la verdad es que hay de todo.

—¿Ah, sí? Me encantaría ir algún día. Ver la torre Eiffel y esas cosas. He viajado por Estados Unidos, pero siempre me he quedado con ganas de salir al extranjero.

—Pues deberías hacerlo.

—Con lo que cobro está difícil —dijo con una sonrisa triste—. Entonces... ¿Summer va para antropóloga forense, como el doctor Lieberman?

—Supongo que ésa es su intención.

El muchacho hablaba con aparente despreocupación, con la atención puesta en desabrochar los cierres.

—¿Eso quiere decir que se quedará en Tennessee?

—¿Por qué no se lo preguntas?

Kyle me miró aterrado y enseguida bajó la mirada.

—Oh, no, no podría. Yo sólo... Pues eso, curiosidad.

Conseguí no sonreír.

—En cualquier caso supongo que se quedará todavía una temporada.

—Claro.

Kyle asentía haciendo movimientos bruscos con la cabeza gacha. Se hacía incómodo verlo tan tímido. No tenía la menor idea de si Summer correspondería a sus atenciones, pero esperaba que por lo menos reuniera valor para averiguarlo.

Cuando Tom volvió estábamos a punto de levantar la tapa de aluminio del contenedor. Traía cara de pocos amigos.

—No os molestéis. Dan no quiere que toquemos el cuerpo por el momento. Por lo visto Alex Irving quiere echarle un vistazo in situ.

—¿Para qué?

Era hasta cierto punto comprensible que el profesor hubiera querido ver el cuerpo de la primera víctima en la cabaña, pero ése estaba tendido en un ataúd. No entendía qué esperaba averiguar que no pudiera apreciarse en las fotografías.

—Vete a saber —dijo Tom rebufando de frustración—. Hicks e Irving en una

misma mañana. Señor, menudo día nos espera. Y por cierto, Kyle, tú no has oído nada.

—No, señor —dijo el ayudante de la morgue sonriendo—. ¿Hay algo más que pueda hacer?

—Por ahora no. Te llamaré cuando llegue Irving. Me ha dicho que no tardará.

Deberíamos haber sabido que Irving no era de los que tienen empacho en hacer esperar a alguien. Pasó media hora, una hora, y seguía sin honrarnos con su presencia. Tom y yo matamos el tiempo lavando y secando los restos de la cabaña que habían pasado la noche sumergidos en detergente. Al cabo de casi dos horas el profesor se presentó en la sala de autopsias como si tal cosa, sin llamar a la puerta siquiera. Llevaba una costosa americana de gamuza y una camisa lisa de color negro, y su barba era poco más que una sombra oscura sobre las mejillas redondas y la blanda línea de la mandíbula.

Lo acompañaba una muchacha bonita, de no más de diecinueve o veinte años, que permaneció en todo momento detrás de él, como a su amparo.

Irving fingió una sonrisa.

—Doctor Lieberman, doctor... —dijo haciendo un vago gesto en dirección a mí—. Supongo que Dan Gardner les ha avisado de que venía.

Tom no le devolvió la sonrisa.

—Sí, nos ha avisado. También ha dicho que llegaría enseguida.

Irving levantó las manos en gesto de sumisión y ensayó lo que para él, supongo, debía de ser una sonrisa conciliadora.

—Mea culpa. Cuando Gardner ha telefoneado, estaba a punto de grabar una entrevista para la televisión que se ha alargado más de la cuenta. Ya se sabe cómo son estas cosas.

Tom dio a entender con el gesto que lo sabía muy bien. A continuación miró fijamente a la chica y preguntó:

—¿Y ella es...?

—Ah, es Stacie —respondió Irving colocando una mano posesiva sobre el hombro de la muchacha—, una de mis alumnas. Está escribiendo una tesis sobre mi obra.

—Debe de ser fascinante —dijo Tom—, pero me temo que tendrá que esperar fuera.

El profesor hizo un gesto displicente con la mano.

—No pasa nada. Ya la he advertido de lo que podemos encontrarnos.

—Aun así debo insistir.

A Irving se le congeló la sonrisa mientras él y Tom intercambiaban miradas.

—Le he dicho que podía venir conmigo.

—Pues no debería haberlo hecho. Esto es una morgue, no un salón de

conferencias. Lo lamento —añadió Tom con delicadeza, dirigiéndose a la muchacha.

Irving se quedó mirándolo un instante, y luego dirigió una sonrisa amarga a la joven.

—Me temo que aquí no mando yo, Stacie. Tendrás que esperar en el coche.

La muchacha salió a paso ligero con la cabeza gacha de vergüenza. Lo sentí por ella, pero Irving debería haber sabido que no podía llevarla sin consultar antes con Tom. La sonrisa del profesor se evaporó no bien se hubo cerrado la puerta.

—Es una de mis alumnas. Si creyera que puede dejarme en evidencia, no la habría traído.

—Estoy seguro de que no, pero el caso es que no es usted quien decide eso —dijo Tom en un tono categórico—. David, ¿te importaría ir con Kyle a la sala de radiología, por favor? Yo le enseñaré al doctor Irving dónde puede cambiarse.

—No será necesario. No tengo intención de tocar nada.

La voz del profesor se había vuelto fría como un témpano.

—Puede que no, pero somos muy quisquillosos con estas cosas. Además, sería una lástima que se manchase la americana.

Irving echó un vistazo a su cara americana de gamuza.

—Oh. Bien, quizá tenga razón.

Tom me lanzó una sonrisa furtiva mientras salían. Cuando logré dar con Kyle, Tom e Irving estaban ya listos en la sala de radiología, esperando en silencio junto a la caja de aluminio que contenía el féretro.

Irving se había puesto una bata de laboratorio sobre la ropa. Su rostro denotaba preocupación, y con el índice y el pulgar, protegidos con un guante, se masajeara las narinas. Kyle y yo empezamos a levantar la tapa del contenedor.

—Espero que esto no dure mucho, porque tengo rinitis y con el aire acondicionado se me inflaman los... ¡Dios!

Al apartar la tapa y propagarse el hedor del interior, el profesor dio un paso atrás tapándose la nariz con la mano. En su favor hay que añadir que se recuperó enseguida y que, mientras abríamos el féretro propiamente dicho, apartó la mano y dio un paso adelante.

—¿Pero esto... es esto normal?

—¿Se refiere al estado del cuerpo? —Tom se encogió de espaldas—. Depende de lo que entienda por normal. El tipo de descomposición es normal para un cuerpo sepultado. Sólo que no para uno que ha sido enterrado hace sólo seis meses.

—Me imagino que tendrá alguna explicación.

—Todavía no.

—De modo que tenemos dos cuerpos —dijo Irving forzando cara de asombro— que por razones misteriosas están más descompuestos de lo normal. Yo diría que esto es un patrón. Entiendo además que éste no es el inquilino legítimo de la tumba.

—Por lo visto, no lo es. Éste es un varón negro. Willis Dexter era blanco.

—Le tocaría al daltónico de la funeraria —murmuró Irving, y señalando la mugrienta sábana de algodón que lo cubría todo menos la cabeza del cadáver, añadió —: ¿Serían tan amables de...?

—Un momento. David, ¿te importa sacar unas cuantas fotografías?

Saqué las fotografías del cuerpo con la cámara de Tom y en cuanto hube terminado Tom le hizo una señal con la cabeza a Kyle para que retirase la sábana. El ayudante de la morgue agarró el borde del improvisado sudario. Los fluidos emanados durante la descomposición la habían adherido al cuerpo de tal modo que no fue fácil separarla.

Cuando el muchacho vio lo que había debajo se detuvo y lanzó una mirada interrogativa a Tom.

El cuerpo estaba desnudo.

—Oh, sin duda tenemos un patrón —dijo Irving, divertido.

—Continúa —dijo Tom, haciéndole un gesto a Kyle.

El ayudante retiró el resto de la sábana. Irving se frotó la barba mientras observaba el cuerpo. Me pareció un gesto de una afectación deliberada, pero tal vez eran prejuicios míos.

—Bien, dejando de lado por el momento la... hmm... cuestión de la desnudez, a primer golpe de vista hay unas cuantas cosas que resultan obvias —afirmó—. El cuerpo ha sido dispuesto con cuidado. Las manos unidas sobre el pecho a la manera convencional, las piernas estiradas como si se tratara de un enterramiento al uso. Cosa que, por supuesto, no es. Es evidente que el cuerpo ha sido tratado con respeto, lo cual constituye una diferencia clara con la primera víctima. Cosas como ésta son las que hacen la vida más interesante, ¿no?

«No para ellos». Noté que la actitud de Irving irritaba también a Tom.

—El cuerpo que encontramos en la cabaña no fue la primera víctima —dijo.

—¿Perdón?

—En el supuesto de que este individuo haya sido asesinado, cosa que no podemos asegurar hasta que conozcamos la causa de la muerte, llevaría muerto mucho más tiempo que el hombre al que encontramos ayer —dijo Tom—. Fuera quien fuera, éste murió antes.

—Rectifico, pues —concedió Irving con una sonrisa vítrea—. De hecho eso respalda mi teoría. Hay una progresión clara. Y si ese tal Dexter fingió su propia muerte hace seis meses, como parece probable, estaríamos ante un hecho altamente simbólico. Al principio creía que tal vez el asesino negara su sexualidad y sublimase sus necesidades sexuales reprimidas por la vía de la violencia. Sin embargo, lo que tenemos aquí nos da una perspectiva distinta. La primera víctima aparece enterrada y envuelta en un sudario, escondida casi de pura vergüenza. Ahora, seis meses después,

el cuerpo de la cabaña queda a la vista de todo el mundo. Está gritándonos: «¡Miradme! ¡Mirad lo que he hecho!». Tras «enterrar» a su yo anterior, ahora el asesino sale del armario, por decirlo de alguna manera. Y a la vista del distinto trato dispensado a cada una de las víctimas, no me extrañaría que entre medio hubiera otras de las que nada sabemos.

Parecía muy entusiasmado ante esa posibilidad.

—De modo que sigue creyendo que son asesinatos homosexuales —dijo Tom.

—Casi seguro. Esto no hace sino confirmarlo.

—Parece usted muy seguro. —No quería implicarme, pero la conducta de Irving me estaba sacando de mis casillas.

—Tenemos dos cuerpos desnudos, varones ambos. Todo parece apuntar en esa dirección, ¿no le parece?

—A veces los cuerpos salen desnudos de la morgue. Si no hay familia que facilite la ropa, los entierran tal cual.

—Entonces ¿este segundo cuerpo de varón desnudo es mera coincidencia? Interesante teoría —dijo dirigiéndome una sonrisa condescendiente—. Tal vez también quiera explicarnos por qué la huella que Dexter dejó en la cajita del carrito estaba pringada de aceite de bebé.

Mi sorpresa halló correspondencia en el rostro de Tom.

—Oh, lo siento, ¿Gardner no se lo había dicho? —preguntó con fingido estupor—. Supongo que no tenía por qué. El caso es que a menos que al asesino le vayan los humectantes, sólo se me ocurre una razón por la que pudiera untarse aceite de bebé en la cabaña.

La insinuación quedó en el aire, pero antes de seguir se aseguró de que la hubiéramos cazado.

—En cualquier caso, la motivación sexual explicaría también el distinto perfil racial de las víctimas: el denominador común crucial aquí no es el color de la piel, sino el hecho de que sean hombres. Sí, señores, nos enfrentamos a un depredador sexual, y teniendo en cuenta la ausencia notoria del tal Willis Dexter en su propia tumba, yo diría que es el candidato más plausible.

—Por lo que Dan me ha dicho, creo que, a excepción de los cargos de conducción bajo los efectos del alcohol, Dexter no tenía antecedentes ni un historial violento —dijo Tom.

Irving reaccionó sonriendo con petulancia.

—Siempre es así con los depredadores más inteligentes. Permanecen en la sombra, a menudo como miembros respetables de la sociedad, hasta que cometen un error o salen a la palestra de forma deliberada. El narcisismo patológico no es un rasgo infrecuente entre los asesinos en serie. Se hartan de que su luz se quede en un cajón y deciden actuar en público, si es necesario. Por suerte, la mayoría terminan

tropezando con su propia vanidad. Como éste.

Irving señaló con ademán teatral el cadáver del féretro. A todo esto, había empezado a adoptar cierto tono profesoral, como si Tom y yo fuéramos dos alumnos de primer año no muy brillantes.

—Considerando las implicaciones logísticas, resulta imposible que Dexter haya podido hacer esto sin la ayuda, por lo menos, de alguien de la funeraria —continuó con resolución—. O bien Dexter trabajaba ahí, cosa que a la vista de su experiencia como mecánico o lo que fuera se antoja poco probable, o bien tiene un cómplice. Acaso un amante. Cabe la posibilidad de que trabajaran en equipo; un dominante y un sumiso. Eso sí sería interesante.

—Fascinante —murmuró Tom.

Irving le lanzó una mirada cortante, como si sólo entonces empezara a sospechar que quizás estaba ofreciendo perlas a los cerdos. La llegada de Summer nos privó de cualesquiera otras observaciones que el profesor estuviera dispuesto a compartir con nosotros.

Entró en la sala de radiología pero se paró en seco cuando nos vio reunidos en torno al féretro.

—¡Oh! Perdón, ¿quieren que espere fuera?

—Por mí no es necesario —dijo Irving exhibiendo una amplia sonrisa—. Aunque esa decisión atañe al doctor Lieberman, por supuesto. El doctor parece más bien partidario de mantener a los estudiantes al margen de la vida real.

—Summer es una de mis estudiantes de posgrado —dijo Tom haciendo caso omiso de la pulla—. Viene a ayudarnos.

—Desde luego —dijo Irving ensanchando la sonrisa al ver las tachuelas y anillos que adornaban el rostro de Summer—. Debo decir que siempre me ha fascinado el arte corporal. Yo mismo consideré la posibilidad de hacerme un tatuaje en cierta ocasión, pero la gente de mi entorno no ve esas prácticas con buenos ojos. No obstante, me fascina la vertiente pagana de los *piercings*, esa idea de lo moderno primitivo. Resulta refrescante encontrar esta clase de individualismo en los tiempos que corren.

Summer se ruborizó, pero de satisfacción más que de vergüenza.

—Gracias.

—No se merecen —replicó Irving dando rienda suelta a sus encantos—. Tengo un par de manuales sobre arte corporal primitivo que acaso podrían interesarte. Quizá...

—Si ha terminado, profesor Irving, deberíamos ir empezando —interrumpió Tom.

Por un instante, la sonrisa de Irving se vio empañada por una sombra de fastidio.

—Por supuesto. Encantado de conocerla, señorita...

—Summer.

—Mi estación favorita —dijo Irving exhibiendo de nuevo los dientes.

El profesor se quitó los guantes y miró en derredor, buscando dónde dejarlos. A falta de un sitio apropiado, se los alargó a Kyle. El joven ayudante de la morgue puso cara de extrañeza, pero los aceptó sin protestar.

Tras dirigir una última sonrisa a Summer, Irving se marchó. Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él, se hizo el silencio. Summer sonreía, y al hacerlo se le formaban hoyuelos y se le arbolaban las mejillas bajo el cabello teñido de rubio. Kyle, alicaído, todavía no se había deshecho de los guantes del profesor.

—Bien, ¿por dónde íbamos...? —dijo Tom tras aclararse la garganta.

Mientras yo tomaba unas cuantas fotografías más de los restos desnudos, él salió a telefonar a Gardner. El equipo forense tendría que inspeccionar el féretro, pero, según el procedimiento, antes había que retirar el cuerpo. El hecho de que estuviera desnudo seguramente no alteraba el protocolo, pero no podía culpar a Tom por querer verificarlo antes con el agente del TBI.

Kyle se quedó en la sala de radiología. A decir verdad no era necesario que permaneciera allí más tiempo, pero viendo cómo miraba a Summer me incomodaba decirle que su presencia ya no era requerida. Su expresión invitaba a pensar en un cachorro abandonado.

Tom no tardó mucho y volvió lleno de brío.

—Dan dice que adelante. Saquemos el cuerpo.

Al intentar acercarme al contenedor, Tom me detuvo.

—Kyle, ¿te importaría ayudar a Summer?

—¿Yo? —preguntó el ayudante ruborizándose. Y lanzando una mirada fugaz hacia ella agregó—: Oh, esto, claro... No hay problema.

Tom me guiñó un ojo, y Kyle y Summer se colocaron junto al contenedor de aluminio.

—Te falta el arco y la flecha —musité mientras se preparaban para levantar el cuerpo.

—A veces estas cosas requieren un empujoncito. —Su sonrisa se esfumó—: Dan quiere que nos pongamos en marcha. Si las circunstancias fueran otras, dejaría estos restos para cuando hubiera terminado con los de la cabaña, pero tal y como están las cosas...

De repente se oyó una exclamación. Levantamos la vista y vimos a Kyle junto al féretro mirándose una de las manos enguantadas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tom, acercándose.

—Algo me ha picado al tocar el cuerpo.

—¿Ha salido de debajo de la piel?

—No estoy seguro...

—Trae, déjame ver —dije.

Los guantes eran de caucho grueso y llegaban casi hasta el codo. El de Kyle estaba pringado de fluidos del cuerpo en descomposición, pero en la palma se apreciaba claramente un agujero de contornos irregulares.

—De verdad, no es nada —dijo Kyle.

Haciendo oídos sordos, empecé a bajarle el guante. Tenía la mano arrugada y pálida por el calor del caucho. En el centro de la palma había una mancha de sangre oscura.

—Vamos a lavar esto. ¿Tenemos botiquín? —pregunté.

—Debería haber uno en la sala de autopsias. Summer, ¿te importa ir a buscarlo? —dijo Tom.

Kyle se dejó llevar hasta el grifo. Puse su mano bajo un fuerte chorro de agua fría y le lavé la sangre. La herida era pequeña, poco más que una punzada de alfiler. Pero no por eso era menor el peligro.

—¿Qué tal? —preguntó al volver Summer con el botiquín.

—Si estás vacunado no tiene por qué pasar nada —dije con toda la confianza que pude—. ¿Estás vacunado?

Kyle asintió mientras observaba con ansiedad cómo yo le iba lavando la herida con antiséptico. Tom estaba junto al féretro.

—¿Por dónde has agarrado el cuerpo?

—Por el hombro. El derecho.

Tom se inclinó para verlo más de cerca, pero sin llegar a tocar el cadáver.

—Aquí hay algo. Summer, ¿me acercas los fórceps?

Bajó la tenaza y asió lo que fuera que estuviera incrustado en la carne putrefacta. Dando un ligero tirón, consiguió extraerlo.

—¿Qué es? —preguntó Kyle.

—Parece una aguja hipodérmica —respondió Tom con estudiada neutralidad.

—¿Una aguja? —exclamó Summer—. Ay, Dios mío, ¿acaba de clavarse una aguja?

Tom la fulminó con la mirada, pero en realidad a todos nos había asaltado la misma idea. Como trabajador de la morgue, Kyle debía de estar inmunizado contra algunas de las enfermedades susceptibles de transmitirse a través de los cadáveres, pero existen otras para las que no existe protección posible. En general, si se obra con cuidado, los riesgos son mínimos.

A menos que haya una herida abierta.

—Estoy seguro de que no hay por qué preocuparse, pero de todos modos lo mejor será ir a urgencias —dijo Tom aparentando serenidad—. ¿Por qué no te cambias y te espero fuera?

Kyle se había quedado pálido.

—No, yo... de verdad, estoy bien.

—Claro que sí, pero vamos a que te examinen para asegurarnos. —Su tono no admitía discusión. Aturdido, Kyle obedeció. Tom esperó hasta que la puerta se hubo cerrado detrás de él—. Summer, ¿estás totalmente segura de que tú no has tocado nada?

Ella, pálida también, asintió con la cabeza.

—No he tenido tiempo. Iba a ayudar a Kyle a levantar el cuerpo cuando... Ay, Señor, ¿cree que puede ser grave?

Tom no respondió.

—Será mejor que te cambies tú también. Si te necesito para algo más, ya te avisaré.

La muchacha no protestó. Mientras salía, Tom depositó la aguja en un frasco de muestras.

—¿Quieres que acompañe a Kyle? —pregunté.

—No, eso es responsabilidad mía. Tú de momento ocúpate de los otros restos. No quiero que nadie se acerque a este féretro hasta que yo en persona haya radiografiado el cuerpo.

Habló con una gravedad poco acostumbrada. Cabía la posibilidad de que la aguja hipodérmica se hubiera separado y clavado en el cuerpo por accidente, pero parecía poco probable. No sabía qué me inquietaba más: si la idea de que la aguja hubiera sido colocada ahí de forma premeditada o lo que eso implicaba.

Que alguien esperaba que el cuerpo fuera exhumado.

La primera vez fue una mujer. Te doblaba la edad e iba bebida. La viste en un bar, el alcohol se le había subido tanto a la cabeza que apenas lograba mantenerse sentada. Su rechoncha y ordinaria figura se balanceaba en la punta del taburete mientras con los dedos manchados de nicotina sujetaba una colilla encendida junto a su rostro ojeroso y congestionado. En un momento dado, echó la cabeza hacia atrás en dirección al televisor que había encima de la barra y soltó una carcajada flemosa que sonó como una sirena. La deseaste de inmediato.

La observaste desde el otro lado del local, dándole la espalda pero sin apartar en ningún momento tus ojos del espejo donde se reflejaba. Envuelta en humo de cigarrillos, se acercaba tambaleando a los hombres del bar y los rodeaba con el brazo a modo de invitación. Cada vez que lo hacía notabas la tensión y los celos quemándote como ácido el estómago. Todos y cada uno de ellos, no obstante, eludieron su abrazo y rechazaron sus provocaciones. Dando tumbos, volvió a su taburete y pidió otra bebida en voz alta para ahogar su frustración. Tus nervios iban en aumento porque sabías que ésa era tu noche.

Era inevitable.

Te tomaste tu tiempo y esperaste a que al camarero se le agotase la paciencia.

Saliste del local sin que nadie se diera cuenta mientras ella seguía gritándole obscenidades mezcladas con patéticas súplicas. Fuera, te levantaste el cuello y corriste a resguardarte bajo un portal cercano. Era otoño, y la lluvia había llenado las calles de niebla y rodeado las farolas de penumbra amarilla.

La noche no podía ser más propicia.

Tardó más de lo que esperabas en aparecer. Esperaste, temblando del frío y la adrenalina. La impaciencia y los nervios te roían por dentro, pero te mantuviste firme. Llevabas demasiado tiempo postergando el momento. Temías que si no lo hacías entonces, tal vez no lo harías nunca.

Entonces la viste salir del bar con paso vacilante mientras intentaba ponerse un abrigo demasiado delgado para la estación. Pasó por delante del portal sin reparar en tu presencia. Saliste corriendo tras ella con el corazón latiendo en contrapunto con tus pasos y la seguiste por las calles desiertas.

Cuando viste la luz del letrero de un bar supiste que el momento había llegado. Te colocaste a su altura y te pusiste a caminar a su lado. Habías planeado decir algo, pero la lengua, entumecida, no te obedecía. No hizo falta: sus ojos empañados te miraron con sorpresa y sus labios pintarrajeados dejaron escapar una risita sin deshacerse del cigarrillo.

Hola, cariño. ¿Invitarías a una chica a tomar algo?

La furgoneta estaba aparcada a unas cuantas manzanas, pero no podías esperar. Al llegar a la altura de un callejón, la empujaste hacia sus negras fauces y con mano temblorosa sacaste el cuchillo.

Después de eso todo fue caos y confusión, una penetración rápida seguida de un torrente de fluidos. Fue tan breve que terminó antes de empezar de verdad. Te quedaste sobre ella jadeando y de pronto la excitación empezó a transformarse en algo gris y flácido. ¿Eso era todo? ¿En eso consistía todo?

Saliste huyendo del callejón acosado por el asco y la decepción. Sólo más tarde, ya con la cabeza más despejada, analizaste en qué te habías equivocado. Estabas demasiado impaciente, demasiado acelerado. Esas cosas hay que hacerlas despacio; hay que saborearlas. ¿Cómo, si no, ibas a aprender? Con las prisas, ni siquiera te había dado tiempo de sacar la cámara de debajo del abrigo. Y en cuanto al cuchillo, pensaste, recordando la celeridad con que había ocurrido todo...

No, sin duda lo del cuchillo fue un error.

Desde entonces mucha agua ha corrido bajo el puente. Has refinado tu técnica y perfeccionado tu estilo hasta convertirlo en una forma de arte. Ahora sabes exactamente qué es lo que quieres y qué debes hacer para conseguirlo. Con todo, recuerdas aquel torpe intento del callejón con algo semejante al afecto. Fue tu primera vez, y las primeras veces son siempre un desastre.

La perfección llega con la práctica.

—¿Trece?

Gardner tomó uno de los frascos de muestras que había sobre el carrito de acero inoxidable y lo levantó para examinar lo que había en su interior. Al igual que el resto, contenía una de las agujas hipodérmicas extraídas del cuerpo exhumado, un fino alfiler de acero manchado de una sustancia oscura.

—Hemos encontrado doce más —dijo Tom. Tenía aspecto y voz de cansado; la tensión por los hechos ocurridos durante el día era patente—. La mayoría estaban clavadas en el tejido blando de los brazos, las piernas y los hombros, las zonas por donde generalmente se agarra un cuerpo para moverlo.

Gardner, con el rostro hastiado y hendido de arrugas de repulsión, volvió a colocar el frasco en su sitio. Había llegado solo, y yo había intentado no sentirme contrariado por el hecho de que Jacobsen no lo acompañase. Nos encontrábamos los tres en una sala de autopsias vacía adonde Tom y yo habíamos trasladado los restos después de radiografiarlos. Las agujas hipodérmicas habían resaltado en forma de líneas blancas contra las zonas grises y negras. Tom había rechazado mi ayuda y había insistido en retirarlas él solo. Si hubiera podido sacar el cuerpo del féretro sin ayuda, también lo habría hecho. Antes de permitirnos que lo tocáramos, lo examinó a conciencia con un detector de metales portátil.

Después de lo de Kyle, no estaba dispuesto a correr riesgos.

El ayudante se había ido a casa después de pasarse toda la tarde en urgencias. Le habían inyectado antibióticos de amplio espectro, aunque dependiendo de los patógenos que la aguja hubiera inoculado en su flujo sanguíneo el daño podía ser irreversible. En pocos días tendría el resultado de algunas de las pruebas; el resto tardarían mucho más. Podían pasar meses antes de saber si estaba infectado.

—Las agujas han sido introducidas con la punta hacia fuera para asegurarse de que cualquiera que manipulase el cuerpo se pinchara —continuó Tom con el remordimiento reflejado en su cara—. Ha sido culpa mía. No debería haber permitido que nadie excepto yo manipulase los restos.

—No puedes culparte —dije intentando tranquilizarle—. No podías prever lo que iba a ocurrir.

Gardner me miró dando a entender que mi presencia seguía resultándole molesta, pero se abstuvo de hacer ningún comentario. Tom ya había dejado claro que yo tenía tanto derecho como él a estar ahí, señalando que bien podía haber sido yo quien hubiera tenido el accidente.

De no ser por la deferencia de Tom hacia Kyle, bien podía haber sido así.

—Aquí sólo hay un culpable: la persona que ha hecho esto —dijo Gardner—. Es una suerte que nadie más haya resultado herido.

—Eso díselo a Kyle —replicó Tom, mirando el frasco de muestras con ojos cansados—. ¿Se sabe ya la identidad del cuerpo del féretro?

Garnder desvió la mirada hacia el cadáver que yacía sobre la mesa de aluminio. Lo habíamos lavado con cuidado a fin de retirar la mayor parte de los fluidos de descomposición antes de que Tom extrajera las agujas. El olor ya no era tan intenso como al abrir el féretro, pero de todos modos aún era perceptible.

—Estamos en ello.

—¿En la funeraria tiene que haber alguien que sepa algo! —protestó Tom—. ¿Qué dice York de todo esto?

—Todavía estamos interrogándolo.

—¿Interrogándolo? Por todos los cielos, Dan, lo de menos es que confundieran el cuerpo, ¡lo grave es que alguien le clavó trece agujas hipodérmicas mientras estaba en Steeple Hill! ¿Cómo demonios puede ocurrir algo así sin que York sepa nada?

—No lo sé, Tom —respondió impávido el agente del TBI—. Por eso estamos interrogándolo.

Tom inspiró una profunda bocanada de aire.

—Perdóname. Ha sido un día muy largo.

—Olvídalo. —Gardner parecía arrepentido de sus reticencias anteriores. Parte de la tensión que llenaba la sala de autopsias pareció desvanecerse cuando se recostó contra la mesa de trabajo que tenía detrás y se frotó la nuca. La potente luz cenital le borraba los colores de la cara—. York afirma haber contratado a un tal Dwight Chambers hace unos ocho meses. Según él, llegó como caído del cielo; trabajaba duro, tenía ganas de aprender y no le importaba hacer horas. Hasta que un día no se presentó, y desde entonces York no ha vuelto a verlo. Dice que fue Chambers quien supervisó el funeral de Willis Dexter y quien preparó y selló el féretro.

—¿Y tú le crees?

Gardner esbozó una fina sonrisa.

—Yo no creo a nadie, y lo sabes. York está preocupado, pero no creo que sea por los asesinatos. Steeple Hill está patas arriba. Por eso se muestra tan servicial, porque quiere que terminemos cuanto antes. Da la impresión de que lleva años intentando que no se hunda. Aplica una política de reducción de costes y contrata a trabajadores temporales para recortar gastos. Así se ahorra impuestos, seguros médicos y preguntas. Lo malo es que tampoco lleva un registro de empleados.

—Entonces ¿hay alguna prueba de la existencia del tal Dwight Chambers?

Nada más hacer la pregunta recordé que yo sólo estaba ahí de comparsa. Gardner no parecía dispuesto a contestarme, pero Tom intervino.

—Es una pregunta legítima, Dan.

Gardner suspiró.

—Los empleados de la funeraria llegan y se van cada dos por tres, Chambers sólo

es uno de tantos. No ha sido fácil encontrar a alguien que haya trabajado ahí el tiempo suficiente como para recordarlo, pero al final hemos dado con un par que quizá puedan ayudarnos. Su descripción es bastante vaga, pero encaja con la de York. Raza blanca, cabello oscuro, entre veinticinco y cuarenta años.

—¿Encaja con la descripción de Willis Dexter? —pregunté.

—Encaja con la mitad de los hombres de Tennessee —dijo jugueteando distraídamente con una caja de portaobjetos hasta colocarla junto al borde de la mesa. Cuando reparó en lo que estaba haciendo, retiró las manos y se cruzó de brazos—. Pero estamos considerando la posibilidad de que Dexter y Chambers sean la misma persona, y de que Dexter fuera lo bastante avisado como para presidir su propio funeral y fingir su propia muerte. Según el informe de la autopsia, murió de un traumatismo craneoencefálico masivo al estrellar su coche contra un árbol. No hubo más vehículos implicados, y en su organismo encontraron alcohol suficiente para matar a un caballo. Se supuso que simplemente había perdido el control.

—¿Pero? —intervino Tom.

—Pero... el coche se incendió. El cuerpo sólo pudo ser identificado a partir de los efectos personales. Es posible que una autopsia ordinaria pasara por alto los rasgos raciales. Por lo demás, Dexter no tenía familia, de modo que el funeral fue una pura formalidad. Cerraron el féretro sin embalsamarlo siquiera.

No habría sido la primera vez que alguien incendiaba un coche para ocultar la identidad de un cadáver, pero en aquel caso seguía habiendo piezas que no encajaban.

Tom, como es natural, pensaba lo mismo. Lanzo una mirada al cuerpo tendido sobre la mesa y dijo:

—Por lo que he podido ver, no me parece el cuerpo de un quemado. ¿Tú qué opinas, David?

—A mí tampoco me lo parece.

Aunque la descomposición podía haberlos disimulado hasta cierto punto, el cuerpo no presentaba indicios de calor extremo. Las extremidades no se habían contraído en la postura del púgil, característica de las muertes por fuego, y si bien cabía la posibilidad de que alguien las hubiera enderezado posteriormente, siempre habrían quedado signos externos.

—Puede que sólo sufriera quemaduras superficiales, lo justo para abrasar la piel —dijo Gardner—. La cuestión es que Willis Dexter sigue en paradero desconocido, y hasta que tengamos pruebas de que está muerto, lo consideraremos sospechoso.

—No tiene sentido que sea Dexter —dije sin pensar.

—¿Perdón?

«Continúa. Ya es demasiado tarde para echarse atrás».

—Si Dexter quería que lo dieran por muerto, ¿por qué no dispuso que incineraran su cuerpo en vez de enterrarlo? ¿Por qué tomarse tantas molestias para al final

colocar en el féretro un cadáver que a todas luces no era el suyo?

Gardner se quedó de piedra.

—Tal vez creería que daba lo mismo si ya se había quemado en el accidente. De no ser por las huellas que encontramos en la cabaña, no habría habido ninguna diferencia.

—Pero quienquiera que colocase las agujas en el cuerpo, es evidente que esperaba, es más, quería, que lo exhumaran.

Gardner se quedó mirándome, como intentando decidir si responderme o echarme a patadas.

—Me doy cuenta de ello. Y por si lo dudaba, también a nosotros se nos ha ocurrido que la huella pudo dejarse de forma deliberada. Quizá lo hiciera el propio Dexter, o quizás esté muerto y enterrado en otra tumba de Steeple Hill y alguien conserva su mano en un congelador. El caso es que hasta que salgamos de dudas, se le seguirá considerando un sospechoso. ¿Le parece bien, doctor Hunter?

No respondí a sus palabras. Noté que se me tensaban los músculos de la cara.

—David sólo intenta ayudar, Dan —terció Tom, lo cual en realidad empeoraba las cosas.

—Seguro que sí —dijo Gardner en un tono de voz que podía dar a entender cualquier cosa. Se levantó para marcharse, pero entonces se detuvo y se dirigió a Tom como si yo no estuviera ahí—. Una cosa más. Las radiografías del cuerpo de la cabaña encajan con el historial dental de Terry Loomis. Puede que no seamos Scotland Yard, pero por lo menos hemos identificado a una de las víctimas.

Y saludando a Tom con la cabeza, se dirigió hacia la puerta.

—Seguimos en contacto.

La jornada casi había terminado para cuando nos pusimos de nuevo a trabajar. Llevábamos mucho retraso, y el hecho de ser sólo dos no mejoraba las cosas. Y es que después de lo ocurrido con Kyle, Tom había decidido prescindir de la ayuda de Summer.

—Puede que el mal ya esté hecho, pero no es más que una estudiante. No quiero más cargas en la conciencia —dijo, y mirándome solemne por encima de las gafas añadió—: Si quieres retirarte, lo entenderé.

—¿Qué hay de aquello de «nuestra última ocasión de trabajar juntos»? —bromeé.

Mi intento de quitarle hierro al asunto no surtió efecto. Tom empezó a frotarse el esternón con el pulpejo de la mano, pero dejó de hacerlo en cuanto se dio cuenta de que lo estaba mirando.

—No sabía dónde te estaba metiendo.

—Tú no me has metido en nada. He sido yo mismo quien se ha ofrecido.

Se quitó las gafas y se puso a limpiarlas evitando mirarme.

—Sólo porque yo te lo pedí. Tal vez sería mejor que le pidiera a Paul o a alguno de los otros que me echase una mano.

La magnitud de mi desilusión me sorprendió.

—Seguro que Gardner se llevaría una alegría.

Por fin había logrado arrancarle una sonrisa.

—Dan no tiene nada contra ti. Lo que pasa es que le gusta ceñirse al procedimiento. Se trata de una investigación importante, y como él es el supervisor lo presionan para que obtenga resultados. Por lo que a él respecta, eres un factor extraño, eso es todo.

—La impresión que me da es que a él eso ya le va bien.

La sonrisa se convirtió en una risa entre dientes, pero enseguida se desvaneció.

—Míralo desde mi punto de vista, David. Después de lo que te ocurrió el año pasado...

—El año pasado era el año pasado —dije con más vehemencia de la deseada—. Escucha, ya sé que estoy aquí a invitación tuya, y si prefieres recurrir a Paul o a quien sea para que te ayude, me parece perfecto. Pero no puedo esconder la cabeza y huir cada vez que las cosas se complican. Tú mismo lo has dicho. Además, ahora ya hemos encontrado las agujas. ¿Qué más puede ocurrir?

Tom se miró las gafas inquieto; aunque a esas alturas las lentes debían de estar relucientes seguía frotándolas. Guardé silencio para no interferir en su decisión. Por fin se recolocó las gafas y dijo:

—Volvamos al trabajo.

El alivio que sentí no tardó en verse desplazado nuevamente por las dudas. Empecé a pensar si, después de todo, no era mejor delegar en Paul o cualquier otro de los colegas de Tom. Al fin y al cabo yo no había viajado ahí para tomar parte en ninguna investigación, y era evidente que mi presencia estaba ocasionando fricciones con Gardner. Tom era tan terco como el agente del TBI, sobre todo tratándose de sus colaboradores, pero no me apetecía crearle dificultades.

Con todo, me resistía a arrojar la toalla. Fuera por lo que le había ocurrido a Kyle o tan sólo porque me daba cuenta de que mi instinto profesional por fin había resurgido, algo en mi interior había cambiado. Durante mucho tiempo me había sentido como si una parte esencial de mí hubiera desaparecido, amputada por el cuchillo de Grace Strachan. Mi obstinación de antaño, la necesidad de hallar la verdad tras el destino de una víctima, estaba despertando. Quizá sólo fuera el ayudante de Tom, pero de todos modos me sentía partícipe de aquella investigación. Me negaba a claudicar sin más.

A menos que no me dejaran alternativa.

Mientras Tom empezaba a reconstruir el esqueleto identificado como Terry Loomis en una de las salas de autopsias, yo me dediqué a procesar el cuerpo anónimo

encontrado en el féretro de Willis Dexter en otra. Estaba lavado, pero todavía había que arrancarle los restos de tejido blando. No llevaba mucho rato haciéndolo cuando Tom asomó la cabeza desde detrás de la puerta.

—Creo que te gustará echarle un vistazo a esto.

Lo seguí por el pasillo hasta la otra sala. Los huesos de brazos y piernas estaban dispuestos sobre la mesa de examen según su correspondiente posición anatómica. El resto de los huesos se irían añadiendo uno a uno hasta ensamblar el esqueleto entero; una labor meticulosa y necesaria.

Tom se acercó al extremo de la mesa donde se encontraba el cráneo y lo levantó.

—¿A que es una preciosidad? El ejemplo más perfecto de dientes rosados que he visto en mi vida.

Despojado de cualquier resto de tejido blando en descomposición, el tono rosado resultaba inconfundible. Algo había provocado la entrada de sangre en la pulpa de los dientes de Terry Loomis en el momento de su muerte o poco después.

La pregunta era qué.

—La cabeza no estaba lo suficientemente echada hacia atrás como para deberse a la gravedad —dijo Tom, poniendo voz a mis propios pensamientos—. De no ser por la cantidad de sangre que había en la cabaña, apostarí a que murió estrangulado.

Asentí. A juzgar por lo visto, Terry Loomis se había desangrado. El único problema era que, en tal caso, no habría presentado dientes rosados. En cuanto a las heridas halladas en el cuerpo, cabía la posibilidad de que hubieran sido infligidas post mórtem, pero en ese supuesto la hemorragia no habría sido tan profusa. Había signos de estrangulación y de apuñalamiento, pero la causa de la muerte tenía que ser una y no ambas. Tanto la una como la otra se excluían mutuamente.

De modo que ¿cuál era la cierta?

—¿Hay signos de cortes en los huesos? —pregunté, ya que de haberlos, sería indicio de un ataque frenético, lo cual apuntaría a las heridas como causa de la muerte.

—Yo no he visto ninguno.

—¿Y el hioides?

—Intacto. Ahí tampoco hay nada.

Si ese huesecillo situado en torno a la laringe se hubiera roto, eso habría indicado casi con absoluta certeza que Loomis había sido estrangulado. Pero no viceversa. Un error frecuente consiste en creer que la estrangulación provoca siempre la ruptura del hioides. Pese a su aspecto delicado, es más resistente de lo que parece, por lo que el hecho de que el de Loomis estuviera intacto no demostraba nada ni en un sentido ni en el otro.

Tom esbozó una sonrisa de cansancio.

—Nos lo está poniendo difícil. Sería interesante saber si el cuerpo del féretro

también tiene los dientes rosados. Si es así, yo voto por la estrangulación, haya cortes o no.

—Para saber eso habrá que esperar a que el cráneo esté limpio —dije—. Los dientes están muy podridos y, por su aspecto, diría que la víctima era un fumador empedernido. Hay demasiadas manchas de nicotina como para distinguir otras decoloraciones.

—Bien, entonces supongo que tendremos que...

Antes de que pudiera terminar, la puerta de la sala de autopsias se abrió de un empujón y apareció Hicks. Tenía el rostro congestionado de quien ha bebido, e incluso desde el otro lado de la sala pude oler su ácido aliento a vino y cebolla. Por lo visto se había regalado un buen almuerzo.

Se acercó a Tom, ignorándome por completo. Su calva relucía bajo la luz de los fluorescentes.

—¿Quién coño te has creído que eres, Lieberman?

—Si lo dices por Kyle, discúlpame...

—¿Que te disculpe? De nada me valen tus malditas disculpas. ¡Usa a tus alumnos, no a mis auxiliares! —En su boca el título de auxiliar sonaba a insulto—. ¿Tienes la más mínima idea de la que puede caernos como a Webster le dé por interponer una demanda?

—En este momento es Kyle quien me preocupa.

—Lástima que no lo hayas pensado antes. ¡Más vale que reces para que esa aguja no esté infectada, porque como lo esté te juro que te pesará la conciencia!

Tom bajó la mirada. Parecía no tener ganas ni fuerzas para discutir.

—Ya me pesa.

Hicks estaba a punto de lanzar otro ataque cuando reparó en que yo lo estaba mirando.

—¿Algo que decir? —preguntó mirándome visiblemente irritado.

Sabía que Tom habría preferido que me mantuviera al margen. «Muérdete la lengua. No digas nada».

—Que tiene salsa en la corbata —dije sin poder contenerme.

Entrecerró los ojos. Creo que hasta entonces no me había considerado más que como un mero apéndice de Tom. A partir de ese momento supe que me tenía entre ceja y ceja, pero me traía sin cuidado. Los Hicks de este mundo necesitan pocas excusas para comportarse como energúmenos. A veces lo mejor es no hacerles mucho caso.

Hicks asintió con gesto pensativo, como haciendo una promesa para sus adentros.

—Esto no acaba aquí, Lieberman —dijo lanzándole una última mirada a Tom antes de salir.

Tom esperó hasta que la puerta se hubo cerrado tras él.

—David... —suspiró.

—Lo sé, lo siento.

Y echándose a reír dijo:

—De hecho, me parece que era salsa de tomate. Pero en adelante...

Lo interrumpió un jadeo y se llevó la mano al pecho. Fui hacia él, pero me detuvo con un gesto.

—Estoy bien.

Era evidente que no. Se quitó los guantes, se sacó un pastillero del bolsillo y se puso una píldora bajo la lengua. Al instante, la tensión empezó a desaparecer.

—¿Nitroglicerina? —pregunté.

Tom asintió con un movimiento de cabeza; su respiración era cada vez menos forzada. La nitroglicerina es un tratamiento corriente en casos de angina, pues dilata los vasos sanguíneos y ello permite una mayor afluencia de sangre al corazón. Cuando se guardó las pastillas ya tenía mejor color, pero de todos modos la intensa luz de la morgue le confería un aspecto exhausto.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

—Estabas a punto de irte a casa —dije yo.

—No es necesario. Ya me encuentro mejor.

Me quedé mirándolo.

—Eres peor que Mary —murmuró—. Está bien. Me voy...

—Yo me encargo. Tú vete a casa. Esto seguirá aquí mañana.

Debía de estar francamente agotado, porque ni siquiera protestó. No pude evitar sentir un aguijón de preocupación al verlo salir. Parecía débil y encorvado, claro que había sido un día agotador. «Se encontrará mejor después de comer algo y dormir toda la noche».

Casi conseguí creérmelo.

No había gran cosa que recoger en la sala de autopsias de Tom. Cuando hube terminado volví a mi sala, donde había estado trabajando con los restos del féretro exhumado. Quería terminar de extirpar el tejido blando para dejarlos en detergente toda la noche, pero cuando estaba a punto de comenzar di un bostezo que por poco me desencaja la mandíbula. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo cansado que estaba. El reloj de la pared marcaba las siete pasadas, y yo llevaba en danza desde antes del alba.

«Una hora más. Tú puedes». Me volví hacia la mesa de examen donde estaban los restos. Había enviado unas cuantas muestras de tejido al laboratorio para acotar un poco más la hora de la muerte, pero no me hizo falta esperar a los resultados de ácidos grasos volátiles y aminoácidos para saber que algo no casaba.

«Dos cuerpos, ambos más descompuestos de la cuenta». Ahí había un patrón, en eso coincidía con Irving, pero un patrón al que no conseguía encontrarle sentido. La

brillante luz cenital se reflejó débilmente sobre el aluminio rayado de la mesa al ir a coger el bisturí. A medio descarnar, el cuerpo que tenía ante mí parecía un pedazo de carne mal trinchado. Me incliné para ponerme a trabajar, pero al hacerlo vi algo por el rabillo del ojo.

Había algo enganchado en la cavidad auditiva.

Era un objeto marrón en forma de medio óvalo, no más grande que un grano de arroz. Dejé el bisturí, tomé un par de pinzas pequeñas y lo extraje con cuidado de la espiral de tejido cartilaginoso. Lo levanté para examinarlo, y cuál fue mi sorpresa al ver qué era. «¿Qué diantre...?»

Tardé unos segundos en entender que las sacudidas que sentía en el pecho se debían a la emoción.

Busqué con los ojos un frasco de muestras y de pronto di un respingo al oír unos golpes en la puerta. Me di la vuelta y vi que era Paul.

—No te molesto, ¿verdad?

—En absoluto.

Se acercó para ver el cuerpo y lanzó una mirada profesional a aquella forma sin tejido. Al igual que yo, debía de haber visto cosas peores. A veces necesitamos ver la reacción de alguien —o la ausencia de ésta— para darnos cuenta de hasta qué punto somos capaces de acostumbrarnos a los espectáculos más grotescos.

—Acabo de ver a Tom. Me ha dicho que todavía estabas trabajando, así que he pensado en venir a ver qué tal te iba.

—Todavía llevamos retraso. Tú no sabrás dónde están los frascos de muestras, ¿verdad?

—Sí —dijo acercándose a un armario—. Tom no tenía muy buen aspecto. ¿Se encuentra bien?

Como ignoraba si estaba al corriente del estado de salud de Tom, me quedé sin saber qué contestar. Paul interpretó mi titubeo de la forma correcta.

—Tranquilo, ya sé lo de la angina. ¿Ha tenido otro ataque?

—No ha sido grave, pero le he convencido para que se vaya a casa —dije, aliviado por no tener que fingir.

—Me alegro de que le haga caso a alguien. Generalmente no da el brazo a torcer así como así —dijo Paul tendiéndome un frasco de muestras—. ¿Qué es eso?

Introduje el pequeño objeto marrón y levanté el frasco para enseñárselo.

—Un capullo vacío. De moscarda, por el aspecto. Debe de haberse alojado en la cavidad auditiva al lavar el cuerpo.

Paul lo observó con curiosidad; de pronto reaccionó y desplazó la mirada del frasco de muestras al cuerpo.

—¿Lo has sacado del cuerpo que habéis exhumado esta mañana?

—Sí.

Soltó un silbido y me quitó el frasco de la mano.

—¿Y cómo demonios se ha metido ahí dentro?

Eso mismo me preguntaba yo. En nuestro oficio, la moscarda es omnipresente, ya que pone huevos en cualquier abertura del cuerpo. Es capaz de adentrarse en la mayoría de lugares, ya sea en cubierto o al aire libre.

Sin embargo, nunca había oído decir que pudiera poner huevos a dos metros bajo tierra.

—Lo único que se me ocurre —dije enroscando el tapón del frasco— es que el cuerpo quedara abandonado en la superficie antes de enterrarlo. ¿Te ha dicho algo Tom sobre la descomposición?

—¿Que estaba más avanzada de lo que debería estar a los seis meses? —Asintió—. La cápsula está vacía, de modo que el cuerpo debió de quedar expuesto durante al menos diez u once días para dar tiempo a la eclosión. Y si retrocedemos seis meses, el momento de la muerte se sitúa en el otoño pasado. Cálido y húmedo, para que el cuerpo no se momificara, que es lo que habría ocurrido en verano.

Todo empezaba a cobrar sentido. Ya fuera por accidente o de forma deliberada, alguien había dejado que el cuerpo se pudriera antes de que fuera introducido en el féretro, lo cual explicaba el avanzado estado de descomposición. Paul guardó silencio un instante. Vi que estaba pensando, y cuando se volvió hacia mí supe que su emoción tenía el mismo origen que la mía.

—¿El féretro todavía está aquí?

Salimos de la sala de autopsias y fuimos al almacén, donde el féretro y el contenedor de aluminio esperaban a que los forenses fueran a recogerlos. Al abrirlo comprobé que el olor a podredumbre no se había atenuado. Dentro estaba el sudario, rígido, arrugado, repugnante.

Paul lo abrió con la ayuda de un par de pinzas.

Hasta entonces lo que había acaparado la atención de todo el mundo había sido el cuerpo, no lo que lo envolvía. No obstante, cuando supimos qué buscar, fue fácil encontrarlo. En la sábana de algodón había unos cuantos capullos más camuflados entre el viscoso líquido negro procedente del cadáver. Algunos estaban rotos y vacíos, eclosionados como el que acababa de encontrar, pero otros seguían enteros. No había larvas, claro que después de seis meses sus tiernos cuerpos debían de haberse desintegrado hacía tiempo.

—Bien, fin del misterio —dijo Paul—. Pase que se hubiera colado una, pero no tantas. El cuerpo debía de estar bastante descompuesto antes de proceder al sellado.

Paul se disponía a cerrar el féretro, pero lo detuve.

—¿Qué es eso?

Entre los pliegues de algodón se escondía algo más. Le quité las pinzas a Paul y lo extraje con cuidado.

—¿Qué es eso, un grillo? —preguntó.

—Me parece que no.

Se trataba de algún tipo de insecto, eso era obvio. Su esbelto cuerpo medía algo más de dos centímetros y medio y tenía el caparazón segmentado. Estaba parcialmente aplastado y al morir las patas se le habían quedado dobladas, acentuando la forma de lágrima que presentaba ese organismo.

Volví a colocarlo en la sábana. Sobre aquel fondo blanco, el insecto parecía aún más improbable y fuera de lugar.

Paul se inclinó para observarlo más de cerca.

—En mi vida había visto algo así. ¿Y tú?

Negué con la cabeza. Tampoco yo tenía la menor idea de qué era aquello.

Sólo sabía que su presencia ahí era de todo punto incomprensible.

Cuando Paul se marchó, seguí trabajando durante dos horas más. El hallazgo del insecto desconocido había desterrado todo atisbo del cansancio que sentía, así que no cejé hasta poner todos los restos exhumados a remojar en cubas de detergente. Cuando salí de la morgue, aún sentía los efectos de la subida de adrenalina. Paul y yo habíamos acordado no importunar a Tom con nuestro descubrimiento esa noche, pero yo estaba seguro de que habíamos dado un paso decisivo. No sabía cómo ni por qué, o al menos no por el momento, pero el instinto me decía que el insecto era importante.

Era una sensación placentera.

Ya en el aparcamiento, seguía dándole vueltas al asunto. Era tarde, y aquella zona del hospital estaba desierta. A excepción de mi coche, casi no quedaba ningún otro vehículo. Los faroles iluminaban el perímetro del aparcamiento, pero en la parte interior la oscuridad era casi absoluta. Me encontraba a medio camino, buscando las llaves en el bolsillo, cuando de repente se me erizaron los pelos de la nuca.

Sabía que no estaba solo.

Di media vuelta de golpe, pero no vi nada. El aparcamiento era un campo de penumbras en el que los coches destacaban como macizos bloques de sombra. Nada se movía, pero yo no podía quitarme de encima la sensación de que algo —alguien— acechaba.

«Estás cansado. Imaginas cosas». Seguí caminando hacia el coche. Mis pasos resonaban de forma inusual sobre la superficie de grava.

De repente oí como si alguien arrastrara una piedra detrás de mí.

Giré sobre mis talones y me cegó un brillante halo de luz. Haciendo visera con la mano logré vislumbrar una figura provista de linterna que surgía detrás de una camioneta del tamaño de un tanque.

Se detuvo a unos cuantos metros, sin apartar la luz de la linterna de mi cara.

—¿Le importa decirme qué hace aquí?

Su voz era bronca, entre cortés y amenazadora, y hablaba con acento marcadamente nasal. Distinguí unas charreteras detrás del haz de luz, y al comprender que sólo era el guardia de seguridad me tranquilicé.

—Me disponía a irme a mi casa —respondí.

Él seguía sin apartar la luz de mi cara. Su resplandor me impedía ver nada más aparte del uniforme.

—¿Tiene algún documento de identificación?

Busqué el pase que me habían dado en la morgue y se lo mostré. Él, en vez de cogerlo, se limitó a enfocar el haz de luz hacia la tarjeta de plástico para después volver a subírmelo a la cara.

—¿Le importaría enfocar hacia otro lado? —dije pestañeando.

—Trabajando hasta tarde, ¿eh? —preguntó él, bajando ligeramente la linterna.

—Usted lo ha dicho.

Mientras mis pupilas intentaban acostumbrarse de nuevo a la oscuridad, unos puntitos de luz se pusieron a bailar ante mis ojos.

—Menuda putada el turno del cementerio, ¿eh? —dijo acompañado de una risa ronca.

Dicho esto apagó la linterna. No pude ver nada, sólo oír el crujido de sus pasos sobre la grava. Su voz volvió a mí en medio de la oscuridad.

—Conduzca con cuidado.

Observas cómo se alejan las luces del coche y esperas hasta que hayan desaparecido para salir de detrás de la camioneta. Te duele la garganta de fingir la voz ronca, y el pulso te late a toda velocidad, aunque no sabes muy bien si por la excitación o por el chasco.

El muy idiota no sabe lo poco que le ha faltado.

Eres consciente de que te la has jugado al abordar al tipo de esa manera, pero no has podido evitarlo. Al verlo cruzar el aparcamiento has pensado que era una oportunidad llovida del cielo. No se veía un alma, y lo más probable es que nadie hubiera advertido su desaparición hasta la mañana siguiente. Sin pensarlo siquiera, has seguido sus pasos entre las sombras, acertando la distancia entre vosotros.

Pese a tu sigilo, debe de haber oído algo. Se ha detenido y se ha dado la vuelta, y aunque de habértelo propuesto podrías haberlo cazado, ese movimiento te ha hecho recapacitar. De hecho, aunque no hubieras tropezado con aquella maldita piedra, ya habías decidido dejarlo escapar. A fe que no eres de los que se arredran a la hora de correr riesgos, pero no valía la pena jugársela por un británico de quien nadie ha oído hablar nunca. Al menos por ahora, cuando hay tantas cosas en juego.

De no ser por tus planes para mañana, podrías haber seguido adelante.

Sonríes al pensar en ello, y la impaciencia te provoca cosquillas en el estómago. Será peligroso, pero la gloria no está hecha para quien juega sobre seguro. Tu intención es crear conmoción y pavor. Llevas demasiado tiempo viendo como tu luz se ahoga en el cajón mientras esos fantoches se llevan toda la gloria. Va siendo hora de obtener el reconocimiento que te mereces. A partir de mañana ya nadie pondrá en duda de qué eres capaz. Creen que saben a lo que se enfrentan, pero no tienen la menor idea.

Esto no ha hecho más que empezar.

Inspiras con profundidad el aire templado de la noche primaveral y saboreas el dulce aroma de las flores y el olor ligeramente meloso del asfalto. Subes a la camioneta derrochando fuerza y confianza. Es hora de irse a casa.

Te espera un día movido.

Los árboles que flanqueaban el camino del bosque retenían los últimos residuos de niebla de primera hora de la mañana. A través de la bóveda formada por las ramas y hojas nuevas se filtraban haces de luz baja que moteaban el suelo con una luz catedralicia.

Una figura solitaria leía el periódico sentado en un banco de picnic hecho de madera de pino sin pulir. No se oía más que el correr de las páginas y el sordo tamborileo de un pájaro carpintero en los árboles de las proximidades.

El lector levantó distraídamente la vista al oír un agudo silbido procedente del sendero que seguía hacia la izquierda, donde se perdía de vista a la vuelta de un recodo. Al momento apareció un hombre. Por su aspecto parecía enojado, y a cada paso que daba examinaba el sotobosque. En una mano llevaba una correa de perro cuya cadena vacía oscilaba al compás de su enérgico paso.

—*¡Jackson! ¡Ven aquí! ¡Jackson!*

Alternaba las llamadas con los silbidos. Tras dirigirle una mirada indiferente, el lector volvió a sus titulares. Al llegar a su lado, el hombre de la correa se detuvo y le preguntó:

—¿Ha visto pasar un perro? Un labrador negro.

El lector levantó la vista, sorprendido de verse interpelado.

—No, me temo que no.

El hombre de la correa bufó con fastidio.

—Dichoso perro. Seguro que anda persiguiendo ardillas.

El lector sonrió educadamente y volvió a su periódico. El tipo de la correa se mordió el labio y lanzó una mirada hacia el sendero.

—Le estaría muy agradecido si me ayudara a encontrarlo —dijo—. Si lo ve, no deje que se vaya. Es muy amistoso, no muerde.

—Desde luego —respondió el otro sin entusiasmo alguno. Pero mientras el preocupado hombre de la correa seguía mirando a su alrededor, el lector bajó el periódico de mala gana y agregó—: Hace un rato he oído un ruido entre los arbustos. No he visto qué era, pero podría haber sido un perro.

—¿Dónde? —preguntó el tipo de la correa estirando el cuello.

—Ahí —dijo el lector, señalando vagamente en dirección al sotobosque.

El tipo de la correa miró en esa dirección. En su mano seguía colgando la cadena.

—¿Junto al sendero? No veo nada.

El lector suspiró resignado y cerró el periódico.

—Supongo que será más fácil si se lo muestro.

—Muy amable —dijo sonriendo el hombre del perro mientras penetraban entre los árboles—. No hace mucho que lo tengo. Está adiestrado, pero de vez en cuando le

da por escaparse.

Se detuvo para silbar y gritar una vez más el nombre del perro. El lector observó con recelo la pesada cadena y luego miró hacia atrás en dirección al sendero. No había nadie a la vista.

De repente, el tipo de la correa dejó escapar un grito y echó a correr hasta dejarse caer de rodillas junto a unos matorrales. Detrás estaba el cuerpo de un labrador negro. La sangre apelmazaba la pelusa oscura del cráneo fracturado. El dueño tendió las manos hacia él, como si le diera miedo tocarlo.

—¿*Jackson*? Oh, mire cómo tiene la cabeza, ¿qué le ha pasado?

—Que le he partido el cráneo —dijo el lector, dando un paso al frente.

El tipo de la correa fue a levantarse, pero algo se le enrolló alrededor del cuello. La presión era implacable y logró ahogar sus gritos aun antes de que pudiera proferirlos. El hombre intentó ponerse en pie, pero le costaba mantener el equilibrio y ni los brazos ni las piernas le respondían. Cuando se acordó de la cadena del perro ya era tarde. El cerebro intentó transmitir las órdenes necesarias a los músculos, pero el mundo ya empezaba a oscurecerse. La mano se contrajo con un espasmo y, acto seguido, los dedos inertes dejaron caer la cadena.

En lo alto de la enramada, el pájaro carpintero agachó la cabeza para contemplar la escena que se desarrollaba a sus pies. Al ver que no corría peligro, siguió buscando comida.

El eco de su repiqueteo retumbaba por el bosque matinal.

Me desperté sintiéndome como no me había sentido en meses. Por una vez había dormido sin desvelarme y, a juzgar por el aspecto de la cama, sin moverme en toda la noche. Me desperecé y procedí a hacer mis ejercicios matinales. Por regla general me suponían un esfuerzo tremendo, pero ese día no me parecieron para tanto.

Después de ducharme encendí el televisor y mientras me vestía busqué un canal de informativos internacionales. Cambié los canales sin hacer caso de la avalancha de anuncios y de tertulias insulsas. Había dejado atrás la cadena de noticias local cuando reparé en lo que acababa de ver.

Volví atrás y el rostro vagamente barbado de Irving reapareció ante mí. Hablaba en tono de sinceridad estudiada con una entrevistadora dotada de la belleza postiza de los maniquís de escaparate.

«... como es natural. El término "asesino en serie" suele emplearse demasiado a la ligera. El verdadero asesino en serie, por oposición a la persona que simplemente asesina a varias víctimas, es un depredador puro y duro. Son los tigres de la sociedad moderna y, como ellos, se ocultan entre los matorrales. Cuando uno se las ha visto con tantos como yo, aprende a distinguirlos».

—Por el amor de Dios —gruñí.

Recordé que Irving había llegado tarde a la morgue el día anterior porque estaba grabando una entrevista, pero no había vuelto a pensar en ello. A medida que avanzaba el programa, mi mal humor iba en aumento.

Pero ¿es verdad que el TBI ha recurrido a usted para trazar un perfil criminal a raíz del descubrimiento de un cuerpo mutilado en una cabaña de alquiler en las Smoky Mountains? —preguntó la entrevistadora—. ¿Y que un segundo cuerpo ha sido exhumado en un cementerio de Knoxville en relación con el mismo caso?

Irving esbozó una sonrisa incómoda.

«Me temo que no estoy en condiciones de hacer declaraciones acerca de una investigación abierta».

La entrevistadora asintió con un gesto de comprensión; su cabello, lleno de laca, no se movió lo más mínimo.

«Pero dado que es usted un experto en trazar perfiles de asesinos en serie, podemos presumir que el TBI estará preocupado y tema tal vez que lo ocurrido no sea sino el principio de una espiral de muertes».

«Le repito que no puedo decir nada al respecto. Estoy seguro de que cada cual sacará sus propias conclusiones», agregó Irving con voz inocente.

La sonrisa de la entrevistadora dejó a la vista una hilera perfecta de dientes blancos entre los labios pintados de rojo sangre.

«¿Puede decirme al menos si dispone ya de un perfil del asesino?»

«Por favor, Stephanie, sabe que no puedo contestarle a eso —respondió Irving, con una risita educada—. Lo que sí puedo decir es que todos los asesinos en serie que he conocido (y créame, son unos cuantos) comparten un rasgo definitorio. Son personas vulgares y corrientes».

La entrevistadora inclinó la cabeza como si hubiera oído mal.

«Perdón, ¿ha dicho que los asesinos en serie son personas vulgares y corrientes?»

Su estupor era de una artificiosidad meridiana, como si supiera de antemano cuál iba a ser la respuesta.

«Correcto. Ellos, obviamente, no se ven así, al contrario. Pero en realidad son gente insignificante, casi por definición. Olvídense del psicópata glamuroso de las películas; en el mundo real se trata de personas inadaptadas y taciturnas para las cuales matar se convierte en una pulsión primaria. Son astutos y peligrosos, por supuesto, pero el rasgo que mejor los define es su capacidad para confundirse entre la multitud. Por eso resulta tan difícil detectarlos».

«Y sin duda eso hace que sea más difícil atraparlos». La sonrisa de Irving se ensanchó hasta adquirir rasgos casi voraces.

«Por eso mi trabajo es todo un desafío».

La entrevista concluyó y otra presentadora apareció en pantalla.

«Acabamos de escuchar al profesor Alex Irving, experto en behaviorismo y autor

del superventas *Egos fracturados*, que conversó ayer con...»

Apagué el televisor.

—El suyo, desde luego, no tiene nada de fracturado —murmuré tirando el mando a distancia.

No había justificación alguna para aquella entrevista. No perseguía ningún objetivo, excepto darle la oportunidad de aparecer en televisión. Me pregunté si Gardner estaría al corriente. No sé por qué pero me daba en la nariz que no le haría mucha gracia enterarse de que Irving estaba sirviéndose de la investigación para promocionar su nuevo libro.

Con todo, ni siquiera la petulancia del psicólogo pudo echar a perder la emoción que sentí de camino a la morgue. Por una vez llegué antes que Tom, aunque por escaso margen. Acababa de cambiarme cuando llegó.

Fue un alivio comprobar que tenía mejor aspecto que la noche anterior. Puede que algo de comida y una cura nocturna de sueño no sean la panacea, pero casi nunca perjudican.

—Detecto cierta impaciencia —dijo al verme.

—Paul y yo encontramos algo anoche.

Le mostré los capullos y el insecto misterioso y le expliqué cómo habíamos dado con ellos.

—Esto se pone interesante por momentos —dijo estudiando el insecto—. Creo que tienes razón en que el cuerpo debió de descomponerse en la superficie antes de enterrarlo. En cuanto a esto... —añadió dando un golpecito al frasco que contenía el insecto muerto—. No tengo la menor idea de qué puede ser.

—Oh. —Yo había dado por hecho que Tom sería capaz de identificarlo.

—Lamento decepcionarte. Las moscas y los escarabajos son una cosa, pero nunca me había encontrado con algo así antes. De todos modos, se me ocurre alguien que puede ayudarnos. No conoces a Josh Talbot, ¿verdad?

—Creo que no. —Había conocido a varios colegas de Tom, pero aquel nombre no me sonaba.

—Es el entomólogo forense residente. Es una enciclopedia entomológica ambulante. Si alguien puede decirnos qué es esto, ése es Josh.

Mientras Tom iba llamar a Talbot yo me puse a enjuagar los restos de huesos del cuerpo exhumado que había dejado en detergente durante la noche. Apenas los hube puesto a secar bajo la campana de extracción, Tom colgó el teléfono.

—Estamos de suerte. Está a punto de salir para un congreso en Atlanta, pero ha dicho que antes nos hará una visita. No creo que tarde —dijo mientras me ayudaba a colocar los huesos bajo la campana de extracción—. Por cierto, ¿viste a nuestro amigo Irving anoche en televisión?

—Si te refieres a la entrevista, no, pero la he visto esta mañana.

—Qué suerte. Han debido de repetirlo —dijo Tom sonriendo y sacudiendo la cabeza—. El tipo está a todas, eso hay que admitirlo.

Apenas acababa de decir esto cuando oímos que alguien llamaba suavemente a la puerta.

Tom frunció el ceño.

—Todavía no puede ser Josh —dijo mientras iba a abrir. No era Josh, sino Kyle.

Sobreponiéndose a la sorpresa inicial, Tom se apartó para dejarlo pasar.

—No esperaba volver a verte tan pronto. ¿Por qué no te tomas unos días?

—Me lo han ofrecido —dijo Kyle forzando una sonrisa—, pero no me parece justo que los compañeros tengan que hacer horas por mí. Me encuentro bien. Además, creo que prefiero trabajar que quedarme sentado en casa.

—¿Qué tal esa mano? —pregunté.

Kyle la levantó para que la viéramos. El único signo de lo ocurrido era una tirita.

—No parece gran cosa, ¿verdad? —dijo Kyle mirándola como si no fuera suya.

Se hizo un silencio incómodo.

—Bueno y... —dijo Tom carraspeando—, ¿qué tal lo llevas?

—Oh, bastante bien, gracias. Pasaré un tiempo antes de que me den los resultados, pero prefiero ver el lado bueno de todo este asunto. En el hospital me han dicho que si me interesa, existen tratamientos post exposición para el VIH y otras afecciones. Pero tal y como yo lo veo es posible que el cuerpo no estuviera infectado. Incluso si lo estuviera, sería posible que no me hubiera transmitido nada, ¿no?

—De todos modos deberías pensarlo —dijo Tom, y haciendo un gesto de impotencia añadió—: Escucha, lamento que...

—¡No diga eso! —La brusquedad de Kyle revelaba que estaba soportando una gran presión. Encogiéndose de hombros agregó—: Por favor, no se disculpe. Yo sólo estaba haciendo mi trabajo. Son cosas que pasan, ya lo sabe.

Hubo una pausa incómoda, que Kyle rompió.

—Bueno y... ¿dónde está Summer?

Se esforzó por que pareciera una pregunta de circunstancias, pero no resultó más convincente que la vez anterior. No era difícil adivinar cuál era el verdadero motivo de aquella visita.

—Me temo que Summer no va a seguir ayudándonos.

—Oh. —Su decepción era obvia—. ¿Y yo puedo ayudar?

—Te lo agradezco, pero nos las arreglaremos David y yo.

—De acuerdo —dijo Kyle asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Si necesita cualquier cosa, no deje de decírmelo.

—Lo haré. Cuídate —dijo Tom, aguantando la sonrisa hasta que la puerta se hubo cerrado—. Señor...

—Se encuentra bien —dije—. Estaba haciendo su trabajo. De nada sirve que te

culpes. Y si mucho me apuras, tendría que haber sido yo quien hubiera debido estar ayudando a Summer, no él.

—No fue culpa tuya, David.

—Tampoco tuya. Además, aún no sabemos si la aguja estaba contaminada. Quizá no.

Era una suposición bastante peregrina, pero de nada habría servido que Tom siguiera torturándose.

—Tienes razón —dijo, algo más animado—. A lo hecho pecho. Ahora concentrémonos en atrapar a ese hijo de la gran puta.

Tom rara vez juraba, y el hecho de que no se diera cuenta de que acababa de hacerlo era señal inequívoca del estado de agitación en que se encontraba. Se fue hacia la puerta y, deteniéndose delante de ella, dijo:

—Casi me olvido. Mary me ha pedido que te pregunte si comes pescado.

—¿Pescado? —El súbito cambio de tema me desconcertó—. Sí, ¿por qué?

—Porque esta noche venías a cenar a casa —dijo enarcando las cejas con deleite al notar mi malestar—. Sam y Paul también vienen. No me digas que te habías olvidado.

Se me había ido completamente de la cabeza.

—No, claro que no.

Tom sonrió. Parecía recuperar su habitual buen humor.

—Dios nos libre. Ni que tuvieras otras cosas en la cabeza ¿verdad?

El cuerpo humano adulto se compone de doscientos seis huesos. El tamaño de éstos va del fémur a los minúsculos huesecillos del oído interno, el menor de los cuales no supera en tamaño a grano de arroz. Desde el punto de vista estructural, el esqueleto es un dechado de ingeniería biológica cuya complejidad y sofisticación no tiene nada que envidiar a ninguno de los ingenios creados por el hombre.

Ensamblarlo no es coser y cantar precisamente.

Desprovistos de todo resto de tejido en descomposición, los huesos desnudos del hombre sepultado en el féretro de Willis Dexter hablaban por sí solos. Su ascendencia africana resultaba innegable atendiendo a la estructura ósea, ligera y rectilínea, y las órbitas, algo más rectangulares. Quienquiera que fuera, era estatura de mediana, complexión fuerte y, a juzgar por el desgaste de las articulaciones, de unos cincuenta o sesenta años. Presentaba fracturas cerradas en el fémur derecho y el húmero izquierdo probablemente resultado de algún accidente en la infancia, y signos de artritis en las articulaciones de la rodilla y el tobillo. El daño era más perceptible en el lado izquierdo que en el derecho, lo cual indicaba que tendía a cargar el peso sobre ese lado al caminar. La cadera izquierda también estaba más erosionada, con muescas y desgaste en la cabeza y la cavidad. De no haber muerto, tendría que haberse

sometido a una intervención de reimplante de cadera o a corto plazo se habría quedado tullido.

Claro que en su estado actual, daba lo mismo.

Como en el caso de Terry Loomis, el hioides estaba intacto. Por sí solo eso no era significativo, pero cuando saqué el cráneo de la cuba no pude reprimir una sonrisa macabra. Los dientes todavía estaban marrones y manchados, pero en la zona antes recubierta por las encías podía verse una línea de esmalte limpio.

La decoloración rosada era evidente.

Todavía estaba examinando el cráneo cuando Tom regresó acompañado de un tipo barrigón en la cincuentena. Su cabello pelirrojo empezaba a clarear y lo llevaba peinado de forma que le tapara tímidamente la coronilla enrojecida. En la mano llevaba un viejo maletín de piel abultado de libros.

—Josh, permíteme que te presente a David Hunter —dijo Tom mientras entraba—. David, te presento a Josh Talbot. Lo que él no sepa sobre bichos es que no vale la pena saberse.

—Sabe que detesto esa palabra —dijo Talbot en tono afable. Sus ojos, brillantes e impacientes, ya estaban rastreando la sala. Su mirada se detuvo por unos instantes en los huesos, pero enseguida la apartó. No era por eso que había venido.

—Y bien, ¿dónde está ese insecto misterioso?

Al ver el frasco de muestras se le iluminó el rostro. Se inclinó para realizar un primer examen visual.

—Bueno, bueno, ¡menuda sorpresa!

—¿Lo reconoces? —preguntó Tom.

—Oh, sí. Es todo un hallazgo. Sólo hay otro lugar en Tennessee donde se ha confirmado la existencia de esta especie de odonatos. Se dejan ver de vez en cuando, pero no todos los días uno se encuentra con una preciosidad como ésta.

—Me alegra oír eso —dijo Tom—. ¿Crees que podrías decirnos qué es?

Talbot sonrió.

—Los odonatos son las libélulas y los caballitos del diablo. Lo que tenemos aquí es una ninfa de libélula. Una libélula de pantano, una de las especies más grandes de Norteamérica. Es común en casi todos los estados del este, aunque no tanto en Tennessee. Un momento.

Se puso a revolver en el maletín y extrajo de él un grueso libro de texto con las páginas dobladas. Murmurando algo para sí, lo colocó sobre la mesa de trabajo y empezó a hojearlo.

Se detuvo y señaló una página.

—Aquí está. *Epiaeschna heros*, el halconero o libélula de pantano, como se la conoce a veces. Es un insecto migratorio, suele encontrarse junto a las vías de zonas boscosas y en las lagunas en verano y otoño, aunque en regiones cálidas el imago

puede surgir en primavera.

La página incluía una fotografía de un insecto de gran tamaño en forma de helicóptero. Poseía las típicas alas dobles y el abdomen segmentado de las libélulas que había visto en mi país, pero ahí terminaba la similitud. El de la imagen era tan largo como un dedo y casi del mismo grosor, y su cuerpo marrón estaba cruzado de rayas de color verde brillante. Pero el rasgo más destacable eran los ojos: enormes, esféricos y de un vivo color azul eléctrico.

—Sé de coleccionistas de Tennessee que se dejarían sacar la muela del juicio por ver a un adulto —comentó Talbot entusiasmado—. ¡Fíjense en los ojos! ¿A que son increíbles? Podrían verse a un kilómetro.

Tom seguía leyendo el libro.

—Entonces ¿hemos encontrado una ninfa de este insecto?

—O náyade, si se prefiere —dijo Talbot levantando el dedo entusiasmado—. Las libélulas no tienen fase larvaria. Ponen los huevos en aguas estancadas o lentas, las ninfas que nacen de ellos son acuáticas. O al menos lo son hasta que maduran. Entonces trepan a una planta o a una brizna de hierba para metamorfosearse en adultos.

—Pero generalmente las libélulas no acuden a la carroña, ¿verdad? —pregunté.

—Oh, no, nada de eso —dijo mirándome con asombro—. Son depredadoras. A veces se las llama halcón de mosquitos, porque ésa es su dieta principal. Por eso suele vérselas cerca del agua, aunque a las libélulas de pantano también les gustan las termitas aladas. ¿Y dicen que este ejemplar estaba en un ataúd?

—Sí, suponemos que entraría al introducir el cuerpo —dijo Tom.

—Entonces lo más probable es que el cuerpo se encontrara cerca de un estanque o un lago. Posiblemente en la orilla misma —dijo Talbot agarrando el frasco—. Cuando nuestra amiguita salió del agua para metamorfosearse debieron de cazarla. Por lo demás, aunque no la hubieran aplastado, al enterrarla en un lugar frío y oscuro habría muerto de todos modos.

—¿Y en qué zonas es más frecuente encontrar esta especie? —preguntó Tom.

—Lejos de ríos y cursos rápidos de agua, sobre todo en áreas boscosas con agua estancada. Por algo las llaman libélulas de pantano. —Talbot consultó el reloj y guardó de nuevo el libro en el maletín—. Lo siento, pero tengo que irme. Si encuentran un ejemplar vivo, no olviden avisarme.

Tom salió a acompañar a Talbot. Volvió a los pocos minutos, con gesto meditabundo.

—Al menos sabemos qué es lo que hemos encontrado —dije—. Y si el cuerpo estaba cerca de una balsa o una zona de aguas estancadas, Gardner ya tiene una pista más.

Tom parecía no escucharme. Tomó el cráneo entre las manos y se puso a

examinarlo con aire ausente, como si no se diera muy bien cuenta de lo que estaba haciendo. Le expliqué lo del hioides intacto y los dientes rosados, pero seguía totalmente abstraído.

—¿Va todo bien? —pregunté al fin.

—Dan Gardner ha llamado justo antes de que llegase Josh —dijo colocando de nuevo el cráneo en su lugar—. Alex Irving ha desaparecido.

Lo primero que pensé es que debía de tratarse de un error; esa misma mañana había visto al profesor en televisión. Luego recordé que la entrevista se había grabado el día anterior; lo que yo había visto era la repetición.

—¿Qué ha ocurrido?

—No se sabe. Por lo visto ha salido de casa a primera hora de la mañana y no ha regresado. Nadie lo ha visto desde entonces.

—¿No es un poco prematuro decir que ha desaparecido cuando sólo han pasado unas pocas horas?

—En otras circunstancias sí. Pero había salido a pasear al perro —dijo Tom con ojos preocupados—. Y lo han encontrado con la cabeza destrozada.

La sangre desaparece por la pila formando remolinos, el agua fría fluye rauda entre vetas de carmín. Un pedazo de carne, que al perder toda la sangre ha adquirido un color rosa pálido, obstruye el desagüe. Lo presionas con el dedo hasta que cae.

Silbas distraídamente mientras cortas chiles y los echas en una sartén con un puñado de sal de ajo. Cuando empiezan a chisporrotear añades la carne. Está húmeda, y al contacto con la manteca caliente silba, salpica y forma una nubecilla de vapor. Lo remueves un poco y dejas que se dore. Abres la nevera y sacas un cartón de zumo de naranja, queso y mahonesa. Eliges un vaso que parece razonablemente limpio y lo frotas con el dedo. Hay polvo por todas partes, pero no te das cuenta. Y si así fuera, no te importaría. De vez en cuando, como si se descorriera un telón, adviertes que a tu alrededor impera el desorden, que cachivaches acumulados durante años se agolpan en cada esquina, pero ni siquiera te inmutas. El deterioro forma parte del orden natural de las cosas, ¿y quién eres tú para llevarle la contraria a la naturaleza?

Apuras de un trago el vaso de zumo de naranja y te limpias la boca con el dorso de la mano, luego untas la mahonesa sobre dos rebanadas de pan de molde industrial y colocas encima dos tacos gruesos de queso. Te sirves otro vaso de zumo y te vas hacia la mesa grande que ocupa el centro de la cocina. No queda mucho espacio libre, de modo que colocas el plato en una esquina y acercas una silla. Como de costumbre, el bocadillo no sabe a nada, pero te llena el estómago. A decir verdad, no te molesta no poder apreciar el gusto o el olor de las cosas, ya no.

Y menos habiendo tantas otras cosas que saborear.

A partir de ahora todo empezará a desarrollarse deprisa, pero no pasa nada. Es lo que esperabas, y bajo presión trabajas mejor. Todo va exactamente como esperabas. Tal como habías planeado. Dejarlo todo en la cabaña de la montaña entrañaba un riesgo, pero un riesgo calculado. Fue extraño trabajar ahí, lejos de tu entorno. Lo de la cajita del carrito fue una jugada inspirada, pero abandonar el cuerpo ahí para que lo encontraran iba en contra de tus principios. Sin embargo, era necesario. Querías causar impacto, y para ello ¿qué mejor que entretenerlos sirviéndoles en bandeja el escenario de una muerte? Deja que se estrujen los sesos intentando prever tu próximo movimiento. No les va a servir de nada.

Cuando lo averigüen, será demasiado tarde.

Terminas el bocadillo y lo bajas con un trago de zumo de naranja que sólo sabe a frío. Cuando te levantas para ir a ver la sartén te das cuenta de que tienes mahonesa en la comisura de la boca. Quitas la tapa e inspiras la repentina vaharada de vapor. No hueles nada, pero los ojos te lloran y eso es buena señal. La carne se está dorando. Cerdo en lugar de ternera, como de costumbre. Es más barato, y además tú no notas la diferencia.

Tomas una cuchara y pruebas un poco. Aunque no puedes apreciar sabores, está tan sazonado que la boca te arde. Eso sí es un buen chile. Añades un par de latas de tomate, apartas la sartén del fuego y la tapas. A partir de ahora se guisará poco a poco con su propio calor; para cuando vuelvas estará listo.

Toda la vida has defendido que lo mejor es dejar que las cosas se hagan en su propio jugo.

Tomas la bolsa de plástico con la ropa sucia que tienes que dejar en la lavandería y te recuerdas que tienes que hacer la compra. Necesitas latas de tomate y se te están acabando las pilas y las tiras matamoscas. Echas un vistazo a las tiras pegajosas que cuelgan del techo. Cuando las colgaste, al menos, estaban pegajosas; ahora están forradas de moscas muertas y algún que otro insecto de mayor tamaño y colores más llamativos.

Por un momento te quedas mirando al infinito, como si por un instante hubieras olvidado para qué quieres las tiras. Luego parpadeas y vuelves al mundo real. Antes de salir te detienes junto a la mesa. El hombre que yace amarrado a ésta te mira con ojos aterrorizados, jadeando como puede a través de la mordaza que tiene en la boca.

—No te preocupes —dices sonriendo—. Vuelvo enseguida.

Levantas la pesada bolsa de la colada y te vas.

Poco a poco fuimos formándonos una idea de lo ocurrido. Irving vivía en Cades Cove, un precioso enclave al pie de las Smoky Mountains. Todas las mañanas antes del desayuno salía a pasear con su perro, un labrador negro, por el sendero del bosque que se extendía detrás de su casa. Formaba parte de la rutina de Irving, como él mismo había dicho en más de una ocasión durante las entrevistas que tan gustosamente concedía.

Como casi todas las mañanas, la asistenta había llegado a la casa hacia las nueve y había encendido la cafetera para que, a la vuelta de Irving, su café de tueste francés favorito estuviera a punto.

Sólo que esa mañana no había vuelto. La asistenta —la tercera en dos años— había intentado llamarlo al móvil, sin obtener respuesta. Viendo acercarse la hora del almuerzo y que seguía sin dar señales de vida, había decidido recorrer el sendero. A menos de un kilómetro de la casa se había cruzado con un agente de policía que estaba hablando con una pareja de ancianos con un Jack Russell que ladraba muy excitado. Al pasar a su lado oyó que le estaban diciendo al agente que su terrier había encontrado un perro muerto. Un labrador negro.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que, después de todo, tal vez el profesor no iba a volver para el almuerzo.

Al peinar la zona, se encontró una barra de acero manchada de sangre cerca del cuerpo del labrador, y las huellas halladas en el barro junto al perro apuntaban a un forcejeo. Sin embargo, a pesar de las múltiples huellas, ninguna de ellas estaba lo bastante bien definida como para sacar moldes.

En cuanto a Irving, seguía sin haber ni rastro.

—No sabemos con seguridad qué le ha ocurrido —admitió Gardner—. Creemos que en la barra sólo hay sangre del perro, pero hasta que no la procesen en el laboratorio no podremos estar seguros.

Estábamos en uno de los despachos de la morgue, al fondo del corredor de las salas de autopsias. La sala, angosta y sin ventanas, era de lo más anodina. Gardner había acudido a petición de Tom. Esta vez lo acompañaba Jacobsen, serena y distante como de costumbre, que lucía una falda gris carbón por la rodilla con chaqueta a juego. Menos por el color, el traje era igual al azul que llevaba la vez anterior. Me pregunté si tendría el armario lleno de trajes idénticos en todos los tonos neutros del espectro.

Nadie había mencionado el motivo real de la reunión, pero todos sabíamos exactamente por qué estábamos ahí. Pese a ese tácito silencio, la tensión en el exiguo despacho era palpable. Mi presencia ya no suscitaba irritación en Gardner, que se contentaba con lanzarme miradas de fastidio. Parecía más agobiado que de

costumbre, y las arrugas de su traje marrón parecían ir conjuntadas con las de su cara, como si la gravedad ejerciera una mayor presión sobre él que sobre el resto de los presentes.

—Alguna teoría tendrás —dijo Tom, sentado detrás del escritorio.

Por su expresión inquieta era evidente que él ya se había formado la suya. Era el único que estaba sentado. Había otra silla delante de la mesa, pero nadie la había ocupado. Los demás estábamos de pie, y la silla, libre como a la espera de un visitante rezagado.

—Puede que Irving haya sido víctima de un ataque fortuito, pero todavía es pronto para decirlo. Por el momento no podemos descartar nada —dijo Gardner.

Tom empezaba a exasperarse.

—En ese caso, ¿dónde está el cuerpo?

—Seguimos rastreando la zona. Puede ser que lo hayan herido y haya escapado. El perro ha sido encontrado en una zona boscosa a casi un kilómetro de la carretera más próxima. Es una distancia considerable para recorrerla con un adulto cargado al hombro, pero es la única manera en que podrían haberse llevado a Irving. Por ahora sólo hemos encontrado pisadas y surcos de bicicleta.

—Podría ser que lo hubieran obligado a ir por su propio pie a punta de pistola o de cuchillo.

—¿A plena luz del día? —dijo Gardner sacando la barbilla—. Poco probable. Pero como ya he dicho, no podemos descartar nada.

—Dan —dijo Tom mirándolo—, ¿cuánto hace que nos conocemos?

El agente del TBI se revolvió con un gesto incómodo.

—No lo sé. ¿Diez años?

—Doce. Y es la primera vez que intentas joderme.

—¡No es cierto! —replicó Gardner con gesto hosco—. Hemos venido como gesto de cortesía...

—¡Vamos, Dan, sabes lo que ha ocurrido tan bien como yo! ¿Esperas que me crea que si Irving ha desaparecido a la mañana siguiente de haber hablado pestes de un asesino en serie en televisión ha sido por pura coincidencia?

—A falta de pruebas, no pienso sacar conclusiones precipitadas.

—¿Y si desaparece otro miembro de la investigación? ¿Entonces también serán conclusiones precipitadas? —En todos los años que hacía que conocía a Tom nunca lo había visto tan alterado—. Por todos los demonios, Dan, una persona resultó herida aquí ayer, quien sabe si de gravedad, ¡y ahora esto! Soy responsable de mis colaboradores. ¡Si alguno de ellos está en peligro, quiero saberlo!

Gardner, en vez de contestar, me lanzó una mirada elocuente.

—Estaré en la sala de autopsias —dije dirigiéndome hacia la puerta.

—De eso nada, David, tienes tanto derecho como yo a oír lo que aquí se diga —

dijo Tom.

—Tom... —empezó Gardner.

—Le he pedido que sea mi ayudante, Dan. Si va a compartir el riesgo, tiene derecho a saber dónde se mete —replicó Tom cruzándose de brazos—. Sea lo que sea, se lo diré de todos modos, así que más vale que lo sepa por ti.

Ambos se quedaron mirándose. Gardner no parecía de los que se amedrentan, pero yo sabía que Tom tampoco iba a ceder. Miré a Jacobsen y comprobé que la situación la incomodaba tanto como a mí. Cuando se dio cuenta de que la estaba mirando, borró todo atisbo de emoción de sus facciones.

Gardner suspiró resignado.

—Diantre, Tom. Está bien, es posible que haya una conexión. Pero la cosa no es tan simple. Algunos de los alumnos de Alex hace tiempo que se quejan de su comportamiento. Alumnas, mejor dicho. La universidad siempre ha hecho la vista gorda porque es una celebridad en su campo y puede obtener una plaza en cualquier otro centro del estado. Hasta que una alumna lo acusó de acoso sexual y se desató la tormenta. La policía metió las narices, y por lo visto la universidad decidió deshacerse de él antes de verse salpicada por alguna denuncia.

Recordé el descaro con que Irving había flirteado con Summer e incluso con Jacobsen, pese a haberla dejado públicamente en evidencia. No me sorprendía saber que no eran las únicas. Por lo visto, no todas caían derretidas a sus encantos.

—¿Insinúas que ha puesto tierra de por medio? —preguntó Tom con incredulidad.

—Como ya he dicho, estamos considerando todas las posibilidades. El caso es que Irving no sólo tenía pendiente esa causa por acoso. El fisco lo estaba investigando por evasión de impuestos derivados de sus libros y apariciones en televisión. Se enfrentaba a una multa de un millón de dólares, puede que incluso a una pena de prisión. En cualquier caso, estaba al borde de la ruina profesional y económica. Podría ser una buena ocasión para desaparecer del mapa.

Tom se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo.

—Pero entonces ¿para qué matar al perro?

—La gente hace cosas peores por mucho menos. Además, hemos encontrado numerosas huellas en la barra con la que han matado al perro de Irving. Al procesarlas hemos comprobado que encajan con las de un ladrón de poca monta llamado Noah Harper. Un delincuente profesional, con un amplio historial de robos de coches y asaltos a viviendas.

—Y si tenéis un sospechoso, ¿por qué estáis tan preocupados? —preguntó Tom.

—Para empezar porque hasta ahora Harper sólo había cometido delitos menores. Aparte de eso, resulta que lleva casi siete meses desaparecido. Faltó a su última cita con el agente de la condicional y desde entonces nadie le ha visto el pelo. Sus cosas

estaban en el apartamento y dejó el alquiler pagado hasta final de mes.

—¿Era afroamericano? —pregunté—. ¿Entre cincuenta y sesenta años, medio cojo?

Fue difícil no sentir cierta satisfacción ante la sorpresa de Gardner.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque creo que está en la sala de autopsias.

Su rostro se arrugó aún más al oír esto.

—Tendría que habérmelo imaginado —dijo descontento consigo mismo.

Jacobsen nos miraba ora a uno ora al otro con gesto vacilante.

—¿Se refiere al cuerpo que estaba en la tumba de Willis Dexter? ¿Ese es Noah Harper?

—Las fechas cuadran —admitió Gardner—. Sólo que si Harper está muerto, ¿cómo han llegado sus huellas hasta el arma con que han matado al perro de Irving?

—Puede que de la misma manera que las de Willis Dexter llegaron a la cabaña —sugirió Tom.

Se hizo el silencio mientras reflexionamos sobre eso. Cabía la posibilidad de que, después de todo, Willis Dexter no hubiera fingido su muerte y que el asesino se hubiera apropiado de su cuerpo y sus huellas. Pero en el caso que teníamos entre manos eso era imposible.

—¿Le falta alguna de las manos al cuerpo que había en el ataúd de Willis Dexter? —preguntó Jacobsen.

—No —respondí—. Y tampoco los dedos.

—Podría ser que de buen principio alguien hubiera puesto las huellas de Dexter y Harper en la cajita y la barra de acero —apuntó Tom.

—En el caso de la cajita es posible. Las huellas de Dexter estaban manchadas con un aceite mineral con el que se fabrican la mayoría de aceites de bebé. No hay forma de saber cuánto tiempo llevaban ahí —dijo Gardner—. Pero las huellas de Harper estaban en la sangre de la barra, que sólo llevaba ahí unas horas.

—Entonces el cuerpo del ataúd no puede ser el de Noah Harper. Es imposible —insistió Jacobsen.

Nadie dijo nada. La lógica le daba la razón: si las huellas habían aparecido esa misma mañana, era imposible. Pero a juzgar por el rostro de los allí presentes, nadie las tenía todas consigo.

Tom se quitó las gafas y se puso a limpiarlas. No sabría decir por qué, pero sin ellas presentaba un aspecto más cansado y vulnerable.

—David, díles qué más hemos encontrado.

Gardner y Jacobsen escucharon en silencio mientras les hablaba de los capullos y la náyade de libélula que habíamos hallado en el féretro, y del hioides intacto y los dientes rosados del cuerpo exhumado.

—Todo apunta, pues, a que Terry Loomis y el tipo del ataúd fueron asesinados de la misma forma —dijo Gardner cuando hubiese terminado. Y dirigiéndose a Tom añadió—: ¿Crees que los dientes rosados pueden deberse a estrangulación?

—Considero más probable la hipótesis del ahogamiento —asintió Tom en tono ligeramente irónico, mientras yo intentaba contener la sonrisa. No aludió al comentario burlón que Gardner me había hecho en la cabaña, pero era evidente que no lo había olvidado—. De no ser por la abundante pérdida de sangre y las heridas del cuerpo de Loomis, no habría ninguna duda.

—Las salpicaduras de la cabaña parecían auténticas —dijo Gardner frotándose la nuca—. Pero no hay modo de saber si la sangre era de Loomis hasta que tengamos los resultados de ADN.

—Eso tardará semanas —dijo Tom.

—Dímelo a mí. Cuando pasan estas cosas añoro los tiempos en que sólo se comprobaba el grupo sanguíneo. Al menos sabríamos si los tipos de sangre coinciden. Bendito progreso —dijo en un tono que dejaba muy clara su opinión al respecto—. Llamaré al laboratorio. El caso tiene preferencia, pero veré si hay manera de acelerar un poco las cosas.

No parecía muy convencido. El examen de ADN permite realizar cotejos e identificaciones con mucha mayor precisión que el sistema antiguo, pero en contrapartida el proceso se alarga hasta la exasperación. Lo mismo ocurre al otro lado del Atlántico: en más de una ocasión me he encontrado con agentes de policía británicos quejándose de que los laboratorios se demoran mucho más de lo que se ve en las películas o en televisión. En el mundo real, aunque se tramiten por la vía rápida, los resultados pueden tardar varios meses.

Tom examinó las lentes de las gafas y se puso otra vez a limpiarlas.

—Todavía no has contestado a mi pregunta, Dan. ¿Deberíamos preocuparnos?

—¿Qué quieres que te diga, Tom? —exclamó Gardner levantando las manos—. No puedo leerle el pensamiento a este tipo; no sé qué es lo próximo que se propone. Ojalá lo supiera. De todos modos, aunque él sea el responsable de la desaparición de Irving, eso no significa que el resto de personas que están trabajando en el caso corran peligro. Lamento muchísimo lo de Irving, pero admitámoslo: le encantaba darse publicidad. Con sus apariciones en televisión podría haber atraído a una legión entera de psicópatas, no sólo al nuestro.

—Entonces ¿debemos seguir trabajando como si nada hubiese ocurrido?

—Sería lo más razonable. Si creyera que existe un peligro real, créeme, os pondría a todos escolta las veinticuatro horas. Tal como están las cosas estoy seguro de que, obrando con prudencia y sentido común, no hay motivo para preocuparse.

—¿«Prudencia y sentido común»? —repitió Tom crispado—. ¿Y eso qué quiere decir? ¿Que no aceptemos caramelos de desconocidos?

—Quiere decir que no salgas a pasear el perro por el bosque a solas —replicó Gardner—, que no pases solo de noche por calles oscuras. Vamos, Tom, ¿te lo deletreo?

«No, no hace falta», pensé, acordándome del susto que me había dado el guardia de seguridad la noche anterior. Quizás en el futuro sería mejor aparcar en lugares menos aislados.

—Muy bien, pues prudencia y sentido común —acató Tom, aunque por el tono cabía deducir que no estaba conforme. Luego se puso las gafas y añadió—: ¿Qué posibilidades crees que hay de encontrar a Irving?

—Tenemos a todos nuestros efectivos en ello —dijo Gardner, mostrándose de nuevo circunspecto.

Tom no lo presionó. Todos sabíamos de sobra cuáles eran las posibilidades de volver a ver a Irving.

—¿Vas a traermelo a otro experto en perfiles?

—Lo estamos considerando —dijo Gardner con cautela—. No hemos desestimado el perfil del asesino que nos dio Irving, pero también estamos considerando segundas opiniones. A Diane se le ha ocurrido una teoría muy interesante.

Los colores acudieron al rostro, por lo demás impasible, de Jacobsen. El rubor es uno de los reflejos más difíciles de dominar. Supongo que para alguien como ella, acostumbrada a fingir compostura, debía de resultar exasperante.

—Con el debido respeto hacia el profesor Irving, en mi opinión ni los asesinatos tienen una motivación sexual ni el asesino tiene que ser por fuerza homosexual —empezó—. Creo que el profesor Irving se dejó influenciar por el hecho de que ambas víctimas eran varones y estaban desnudas.

Eran las mismas observaciones que había hecho cuando el profesor había ido a ver el cuerpo de Terry Loomis en la cabaña, pero en aquella ocasión Irving la había reprendido por atreverse a discrepar. Por el bien del profesor, deseé que Jacobsen estuviera en lo cierto.

—Entonces ¿cuál es su explicación? —preguntó Tom.

—Todavía no la tengo. Pero los actos del asesino sugieren que su móvil no es sexual —dijo dirigiéndose a Tom en plano de igualdad, ya sin reticencias—. Tenemos dos escenarios y dos juegos de huellas pertenecientes a dos individuos que muy posiblemente estén muertos. Luego están las agujas hipodérmicas insertas en el cuerpo hallado en la tumba de Willis Dexter, a la espera de que lo exhumásemos. El asesino se vanagloria, nos ronda para demostrarnos quién es el que manda. No le basta con matar, quiere reconocimiento. Coincido con el profesor Irving en que los asesinatos son prueba de un narcisismo patológico, pero yo iría aún más allá. La psiquiatría no es mi territorio, pero me parece que el asesino reúne todos los rasgos

distintivos del narcisista maligno.

—Tendrá que perdonarme —dijo Tom, inexpresivo—, pero no tengo la menor idea de lo que eso significa.

Jacobsen se había desatado y ya no sentía vergüenza.

—Todos los narcisistas están obsesionados consigo mismos, pero los narcisistas malignos ocupan el escalafón más alto. La obcecación patológica consigo mismos les provoca delirios de grandeza y hace que necesiten ser reconocidos y admirados. Están convencidos de ser especiales y quieren que el resto de la gente también se dé cuenta. Y lo más importante: también son sádicos sin conciencia. No necesariamente sienten placer con el dolor que infligen, pero les fascina la sensación de poder y se muestran indiferentes al sufrimiento que provocan.

—Parece la descripción de un psicópata —observé.

—No del todo —dijo Jacobsen volviendo sus ojos grises hacia mí—, aunque comparten algunas características. Los narcisistas malignos son capaces de una crueldad extrema, pero también pueden sentir admiración e incluso respeto por otras personas, siempre y cuando el objeto de su respeto posea lo que ellos consideran unas características «idóneas», generalmente cierto nivel de éxito o de poder. Según Kernberg...

—Creo que podemos pasarnos sin las notas al pie, Diane —cortó Gardner.

A Jacobsen le molestó el comentario, pero continuó:

—Resumiendo, creo que nos las vemos con alguien que necesita demostrar su superioridad, tanto a sí mismo como a nosotros. Tiene una espina clavada y cree que su talento y su auténtica valía están subestimados. Esto explicaría los extremos a los que ha llegado y por qué ha reaccionado de esta manera a los comentarios del profesor Irving en televisión. Es posible que no sólo esté furioso porque lo han infravalorado en público, sino porque otra persona le está robando el protagonismo.

—Eso asumiendo que nuestro hombre sea el responsable de lo que le ha ocurrido a Irving —puntualizó Gardner, amonestándola con la mirada.

—Hablas como un abogado de las narices, Dan —dijo Tom sin perder la serenidad. Luego se quedó mirando a un punto indefinido y, golpeándose el mentón distraídamente con un dedo, preguntó—: ¿Y qué hay de los empleados de la funeraria? ¿Todos tienen coartadas para la desaparición de Irving?

—Lo estamos comprobando, pero para ser francos me cuesta creer que alguno de ellos esté detrás de todo esto. Sólo hemos encontrado a dos que trabajaran ahí cuando tuvo lugar el funeral de Willis Dexter, y ambos tienen más de setenta años.

—¿Y qué me dices de York?

—Asegura que estaba en su puesto de trabajo desde las cinco de la mañana. Y antes de que me lo preguntes: no, no hay nadie que pueda corroborarlo —dijo Gardner, en el tono de quien se halla acorralado en una esquina.

—Menuda sorpresa —murmuró Tom—. ¿Alguna pista del empleado misterioso al que decía haber contratado?

—¿Dwight Chambers? Seguimos buscándolo.

—O sea que no.

Gardner suspiró.

—York sigue siendo sospechoso. Pero sea quien sea quien anda detrás de todo esto, es demasiado listo para atraer toda la atención sobre sí mismo. Estamos registrando Steeple Hill de arriba abajo, y mañana a esta hora toda la prensa estará ahí. Pase lo que pase, el negocio de York está muerto y enterrado. —Sonrió al reparar en ese último comentario—. Y no pretendía hacer un juego de palabras.

—Por lo que he visto tampoco tenía mucho futuro. —La luz se reflejó en las gafas de Tom al levantarse éste de detrás de la mesa—. Puede que York prefiriera ahorrarse la agonía.

«O puede que tan sólo sea otra víctima», pensé para mis adentros.

Estaba oscureciendo cuando me puse en camino hacia la tranquila calle flanqueada de árboles donde vivían Tom y Mary. Aquella noche habría vuelto a quedarme trabajando hasta tarde de no ser por la invitación a cenar; después de las interrupciones que habíamos tenido, me pesaba tener que irme. La sensación no duró mucho; en cuanto salí de la morgue por la tarde y vi la luz del sol, sentí que la tensión soltaba sus dedos de acero de mi nuca. No había caído en ello hasta entonces, pero, después de lo ocurrido a Kyle el día anterior, la desaparición de Irving me había turbado más de lo que pensaba. La idea de cenar y tomar algo entre amigos se me antojaba el antídoto ideal.

Los Lieberman vivían en una encantadora casa de estructura de madera pintada de color blanco algo apartada de la calle. Parecía no haber cambiado desde la última vez que la había visto, a excepción del majestuoso roble centenario que dominaba el jardín delantero. En mi anterior visita estaba en la flor de la vida; esta vez, en cambio, estaba decaído, y la mitad de sus amplias ramas, muertas y desnudas.

Mary me recibió en la puerta y hasta se puso de puntillas para darme un beso en la mejilla.

—¡David! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

Había envejecido mucho mejor que su marido. El tono de su cabello rubio rojizo era más claro pero todavía conservaba parte de su color natural, y aunque tenía arrugas, su rostro irradiaba salud. No son muchas las mujeres que a los sesenta años todavía se ven bien en vaqueros, pero Mary era una de ellas.

—Gracias, qué detalle —dijo al tiempo que tomaba la botella de vino que traía—. Pasa al cuarto de estar. Sam y Paul aún no han llegado, y Tom está hablando por teléfono con Robert.

Robert era su único hijo. Trabajaba en una agencia de seguros y vivía en Nueva York. Nunca había llegado a conocerlo y Tom tampoco hablaba mucho de él, pero me daba la impresión de que no mantenían una relación muy plácida.

—Tienes buen aspecto —dijo Mary acompañándome al salón—. Mucho mejor que la semana pasada.

Había cenado con ellos la primera noche. Parecía haber pasado una eternidad.

—Será el sol —dije.

—Sea lo que sea te sienta bien.

Abrió la puerta del cuarto de estar. En realidad era una vieja galería llena de frondosas plantas y sillas de ratán con cojines. Mary me hizo sentarme en una de ellas con una cerveza y se excusó para terminar de preparar la cena.

El ventanal de la galería daba al jardín trasero. Con la oscuridad no acerté a ver más que la enhiesta silueta de los árboles, recortada contra las luces amarillas de la casa de al lado. Era un buen barrio. En una ocasión Tom me había dicho que él y Mary habían estado a punto de arruinarse con la adquisición de aquella propiedad semiabandonada en los años setenta, pero que nunca se habían arrepentido.

Di un sorbo a la cerveza fría y me sentí un poco más libre de la tensión. Recosté la cabeza y pensé en cómo había ido el día. Había sido otra jornada llena de contratiempos: primero la noticia de Irving y luego la visita de Gardner y Jacobsen, que no me habían dejado enfrascarme en mi labor. Por la tarde había tenido otra interrupción al recibir los análisis de aminoácidos y ácidos grasos volátiles de los tejidos de Terry Loomis. Tom había venido a la sala de autopsias donde yo estaba procesando los restos de la víctima del féretro.

—Bien, estábamos equivocados —había dicho sin preámbulos—. Según mis cálculos, la hora de la muerte confirma la declaración del encargado de la cabaña. Loomis sólo llevaba muerto cinco días, y no siete como pensábamos. Toma, dime qué te parece.

Me entregó un folio con números. A primera vista parecía que Tom tenía razón, claro que él nunca se equivocaba en ese tipo de cálculos.

—Parece correcto —dije devolviéndoselos—. Pero entonces no entiendo qué ha pasado.

—Yo tampoco —dijo; seguía revisando los cálculos con el ceño fruncido, como si los resultados lo hubieran disgustado—. Aun admitiendo que el calefactor estuviera encendido, nunca había visto un cuerpo en tan avanzado estado de descomposición después de sólo cinco días. ¡Pero si hasta había pupas, por el amor de Dios!

Las larvas de moscarda tardan seis o siete días en pasar al estadio de pupa. Aun cuando Tom y yo hubiéramos errado el cálculo de la hora de la muerte, las moscas no deberían haber alcanzado aquella fase de desarrollo al menos hasta el día siguiente.

—Sólo pueden haber llegado hasta ahí de una manera —dije.

—Veo que tú también has estado pensando. Dime.

—Alguien tiene que haber introducido los gusanos en el cuerpo. —Sólo así se explicaba el estado del cadáver de Terry Loomis. Con larvas adultas el proceso se habría acortado, ya que así se descontaba el tiempo que tardan los huevos en eclosionar—. El proceso no se habría acelerado mucho, quizá doce horas, veinticuatro a lo sumo. Pero teniendo en cuenta las heridas abiertas en el cuerpo quizá fuera suficiente.

Tom asintió.

—Sobre todo con el radiador encendido para aumentar la temperatura. Además, en el cuerpo había demasiadas larvas teniendo en cuenta que las puertas y ventanas de la cabaña estaban cerradas. Es evidente que alguien quiso acelerar el proceso natural. Una maniobra inteligente, aunque no veo con qué propósito, aparte del de enturbiar las aguas durante un par de días.

También yo me había planteado ese punto.

—Quizá le bastara con eso. ¿Recuerdas lo que ha dicho Diane Jacobsen? El tipo que ha hecho esto quiere demostrar algo. A lo mejor aprovechó la ocasión para enseñarnos lo listo que es.

—Podría ser —dijo Tom con una sonrisa meditabunda—. Aunque habría que preguntarse cómo ha aprendido estas cosas, ¿no crees?

La pregunta era inquietante.

Seguía dándole vueltas cuando Tom entró en la galería. Acababa de afeitarse y cambiarse de ropa, y su rostro conservaba todavía ese color engañosamente saludable que sigue a las duchas calientes.

—Lo siento. Era nuestra llamada mensual —dijo. Me sorprendió la amargura que había en su voz. Sonrió como dándose cuenta y se dejó caer sobre una de las sillas suspirando—. ¿Mary te ha ofrecido algo de beber?

—Sí, gracias —dije levantando la cerveza.

Asintió con la cabeza, pero todavía parecía tener la mente en otras cosas.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí —dijo golpeando de mala manera el brazo de la silla—. Es Robert. Tenía que venir de visita dentro de un par de semanas, pero parece que no va a tener tiempo. A mí me da un poco lo mismo, pero Mary tenía muchas ganas de verlo, y ahora... En fin. Ten hijos para eso.

Tom se dio cuenta de lo inoportuno del comentario al acordarse de mi situación. Había sido un desliz sin malicia, pero pareció aliviado cuando el timbre anunció la llegada de Sam y Paul.

—Perdón por el retraso —dijo Paul mientras Mary los acompañaba a la galería—. Se me ha pinchado una rueda de camino a casa y no había manera de lavarme el aceite de las manos.

—Bueno, ya estáis aquí. Samantha, te veo radiante —dijo Tom, levantándose para darle un beso—. ¿Cómo te encuentras?

Sam se sentó en una silla de respaldo alto, no sin dificultades debido al abultado vientre. Llevaba el cabello rubio recogido en una cola, y su rostro tenía un aspecto fresco y saludable.

—Impaciente. Como Junior no se dé prisa, pronto tendremos unas palabras.

—Antes de que te des cuenta estarás llevándolo al colegio —comentó Tom echándose a reír.

Su humor había mejorado con la llegada de la pareja, y cuando nos sentamos a cenar el ambiente era de lo más agradable y relajado. Fue una cena sencilla e informal —salmón al horno con patatas asadas y ensalada—, pero Mary cocinaba tan bien que parecía una fecha señalada. A la hora de servir los postres —tarta de melocotón caliente con helado—, Sam se inclinó hacia mí.

—¿Qué tal estás? Pareces menos tenso que la última vez que nos vimos —dijo en voz baja para que los demás no la oyeran.

Se refería a la noche del restaurante, cuando me había parecido oler el perfume de Grace Strachan. Había sido pocos días antes, pero era como si hubieran transcurrido semanas. Muchas cosas habían ocurrido desde entonces.

—No, supongo que estoy más tranquilo —dije sonriendo—. Para ser sincero, me encuentro bastante bien.

—Sí, eso parece —dijo ella tras observarme un instante, y dándome un apretón en el brazo volvió a enfrascarse en la conversación principal.

Terminada la cena, Mary y Sam desaparecieron en la cocina para preparar café, rechazando nuestros ofrecimientos para ayudarlas.

—Sabéis tan bien como yo que queréis hablar de trabajo, y Sam y yo tenemos cosas más interesantes de que discutir.

—Seguro que se ponen a hablar de bebés, ¿apostamos? —dijo Tom cuando ellas se hubieron marchado, y frotándose las manos añadió—: Bueno, yo voy a tomarme un bourbon. ¿Quién me acompaña? Tengo una botella de Blanton y necesito una excusa para abrirla.

—Un culín —dijo Paul.

—¿David? Si lo prefieres, también hay whisky escocés.

—Bourbon está bien, gracias.

Tom se dirigió al mueble bar y sacó unos vasos y una peculiar botella rematada con un caballo en miniatura y un *jockey*.

—Hay hielo, pero si voy a la cocina a buscarlo, Mary me cantará las cuarenta por beber. Tomo nota de que tú también lo desapuebas, David.

En realidad yo no iba a decir nada. A veces la abstinencia es más perjudicial que beneficiosa. Tom nos tendió un vaso a cada uno y levantó el suyo.

—A su salud, caballeros.

El bourbon era suave, con retrogusto de caramelo quemado. Bebimos, saboreándolo en silencio. De pronto, Tom carraspeó.

—Ya que estáis aquí los dos, hay algo que me gustaría que supierais. En realidad a ti no te concierne, David, pero prefiero que lo sepas tú también.

Paul y yo intercambiamos una mirada. Tom observaba su bourbon pensativo.

—Ambos sabéis que mi plan era jubilarme a finales de verano. Pues bien, he decidido no esperar tanto.

—Es una broma —dijo Paul dejando su vaso.

—Ya va siendo hora —se limitó a decir Tom—. Siento que tengáis que enteraros así, pero... En fin, no es ningún secreto que últimamente no ando bien de salud. Y tengo que pensar en qué es lo más justo para Mary. Se me ha ocurrido que finales de mes sería una buena fecha. Es sólo unas pocas semanas antes de lo previsto, y además, el centro no se va a paralizar sin mí. Me da la impresión de que el próximo director va a ser alguien muy capaz.

Ese último comentario iba dirigido a Paul, que pareció no darse por aludido.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—Sólo a Mary. La semana que viene se celebra una reunión del claustro de profesores. Pensaba anunciarlo entonces, pero quería que tú lo supieras antes.

Paul parecía desconcertado.

—Caramba, Tom. No sé qué decir.

—¿Qué tal: «feliz jubilación»? —dijo Tom con una sonrisa—. No es el fin del mundo. Aparte, seguro que seguiré haciendo labores de asesor. Quién sabe, quizás hasta me dé por el golf. Vamos, nada de caras largas. Hagamos otro brindis.

Tomó la botella de Blanton y rellenó nuestros vasos. Yo tenía un nudo en la garganta, pero sabía que Tom no quería que nos pusiéramos sentimentales, así que alcé mi copa y dije:

—Por los nuevos comienzos.

—Amén a eso —dijo entrechocando su vaso con el mío.

Su anuncio me dejó un regusto agrídulce para el resto de la velada. Cuando Mary y Sam se reunieron de nuevo con nosotros, la esposa de Tom sonreía pero en sus ojos brillaban las lágrimas. Sam, en vez de intentar ocultar las suyas, abrazó a Tom con tanta fuerza que éste tuvo que apartarse para no aplastarle el vientre.

—Me alegro por ti —dijo Sam enjugándose los ojos.

Tom exhibió una amplia sonrisa y empezó a explicarnos los planes que tenían él y Mary; mientras hablaba estrechó la mano de su esposa entre las suyas. Sin embargo, por debajo de aquel entusiasmo latía una tristeza que ninguna celebración podía disfrazar. Tom no sólo estaba a punto de dejar el trabajo.

Era el final de una época.

Me sentí más feliz que nunca de haber aceptado la oportunidad de ayudarlo en la investigación. Tom había dicho que sería nuestra última oportunidad de trabajar juntos, pero lo que yo no sabía era que no volvería a trabajar con nadie. Me pregunté si, al proponérmelo, él mismo debía de ser consciente de ello.

Mientras volvía al hotel, justo después de medianoche, lamenté no haber sabido apreciar la oportunidad que se me había presentado. Decidido a dejar de lado toda reticencia, resolví aprovechar al máximo la ocasión de trabajar con Tom mientras me fuera posible. Un día o dos más y todo habría terminado.

Al menos eso fue lo que pensé. Debí temerme que las cosas no iban a ser tan fáciles.

Al día siguiente hallaron otro cadáver.

Las imágenes se forman poco a poco y emergen como fantasmas sobre la hoja de papel en blanco. La lámpara derrama una luz de color rojo sangre por la estrecha habitación mientras esperas el momento adecuado; entonces retiras la hoja de contactos de la cubeta de revelado y la hundes en la de paro antes de pasarla por el líquido fijador.

Ya está. Perfecto. Aunque no te das cuenta, silbas suavemente, con una exhalación entrecortada y casi silenciosa que no se atiene a ninguna melodía en particular. Aunque falta algo de espacio, te gusta estar en el cuarto oscuro. Es como estar en la celda de un monje: todo es paz y meditación, un mundo en sí mismo. Cuando te bañas en su transformadora luz carmín te sientes lejos de todo y capaz de devolver a la vida las imágenes trasplantadas al brillante papel fotográfico.

Así es como debe ser. Jugar a que el TBI y sus supuestos expertos den vueltas como pescadillas que se comen la cola es un esparcimiento grato a tu ego, y Dios sabe que bien te mereces algún capricho después de todos los sacrificios que has hecho. Pero no debes perder de vista que eso no es más que un pasatiempo. Lo principal, el trabajo de verdad, tiene lugar en esta pequeña habitación.

Nada es más importante que esto.

Te ha costado años llegar hasta aquí, años aprendiendo por la vía del ensayo y el error. Adquiriste tu primera cámara en una casa de empeños, una vieja Kodak Instamatic que, a causa de tu inexperiencia, ignorabas que no se ajustaba a tus necesidades. Con ella podías capturar el instante, pero ni mucho menos los detalles. Era demasiado lenta, demasiado borrosa, demasiado poco fiable. Ni de lejos te permitía la precisión y el control necesarios para tus propósitos.

Desde entonces has probado otras. Durante una temporada te entusiasmaste con las cámaras digitales, pero, por cómodas que sean, sus imágenes carecen —y aquí sonrías para tus adentros— del alma de la película. Los píxeles no tienen la profundidad, la resonancia que tú buscas. No importa cuán alta sea la resolución o

lo reales que sean los colores, no son más que una aproximación impresionista a su asunto. La película, en cambio, capta parte de la esencia, una transferencia que va más allá del proceso químico. Una fotografía real es obra de la luz, pura y simple: un pincel de fotones que deja su impronta en el lienzo de la película. Existe entre fotógrafo y asunto un vínculo físico que requiere discernimiento y pericia. Si la imagen pasa demasiado tiempo en la solución química, se oscurece y se arruina. Si pasa demasiado poco, se queda en un pálido embrión, arrancado de forma prematura. Sí, sin duda la película es más problemática y exigente.

Pero nadie dijo que la búsqueda había de ser fácil.

Porque eso es lo que es: una búsqueda. Tu Santo Grial particular, sólo que en tu caso sabes a ciencia cierta que lo que buscas existe. Lo has visto. Y si lo has visto una vez, puedes volver a verlo.

Al retirar la hoja de contactos mojada de la cubeta de fijador —con cuidado, ya te salpicaste líquido en los ojos una vez— y enjuagarla con agua fría, sientes el nerviosismo habitual. Ha llegado el momento de la verdad. Cuando regresaste, tu hombre ya estaba listo; el miedo y la espera, como de costumbre, habían provocado en él una tensión asfixiante. Aunque tratas de no hacerte demasiadas ilusiones, no puedes reprimir cierta impaciencia al examinar las brillantes hojas para ver el resultado. La emoción mengua a medida que compruebas cada una de las imágenes en miniatura, desechándolas una tras otra.

Borrosa. No. No.

¡Inútil!

En un arrebato, rompes el contacto por la mitad y lo arrojas a un lado. Acto seguido arremetes contra las cubetas de revelado y las tiras al suelo derramando el líquido por todas partes. Levantas la mano dispuesto a barrer las estanterías repletas de botellas, pero en ese momento recuperas el control. Te encuentras en el centro del cuarto con los puños cerrados, y el esfuerzo que tienes que hacer para contenerte es tal que te entran palpitaciones.

El olor del líquido de revelado invade el pequeño cuarto. El ataque de furia se disipa al ver el desorden. Contra tu voluntad, empiezas a recoger algunos de los pedazos de papel, pero al final desistes. Eso puede esperar. Los reactivos que utilizas son muy potentes y parte del líquido te ha salpicado el brazo. Empieza a escocerte, y sabes por experiencia que si no te lo lavas, terminará quemándote.

Cuando sales del cuarto te sientes más calmado, el disgusto empieza a remitir. A estas alturas ya sabes lo que es y que de nada sirve atormentarse. Aún queda mucho por hacer, mucho por preparar. Al pensar en esto recuperas el brío. El fracaso siempre resulta frustrante, pero hay que ver las cosas con perspectiva.

Siempre hay una próxima vez.

Tom me llamó a la mañana siguiente, antes de salir del hotel.

—El TBI ha encontrado restos humanos en Steeple Hill. —Hizo una pausa—. Estos no estaban enterrados.

En lugar de coger dos coches, Tom pasó a recogerme por el hotel. Esta vez no discutimos sobre la conveniencia o no de acompañarlo, sino que acordamos de forma tácita que no intentaría hacerlo todo él solo. Me pregunté cuál debía de ser su estado de ánimo después de la noche anterior, si acaso se arrepentía de habernos anunciado su jubilación. De ser así, lo disimuló de forma ejemplar.

—Bueno... ¿Y qué tal te sientes? —pregunté cuando arrancaba.

—La jubilación no es el fin del mundo —dijo encogiéndose de hombros—. La vida sigue, ¿no? En eso estábamos de acuerdo.

Esta vez, cuando llegamos a la entrada con la pintura descascarillada de Steeple Hill el sol ya había salido. Los espesos pinares que rodeaban el recinto parecían impenetrables, como si la noche siguiera agazapada entre sus apretados troncos.

Frente a las puertas del cementerio había un grupo de policías de uniforme que impedía el paso a los periodistas reunidos en el exterior. Por lo visto se había corrido la voz del hallazgo. Sumado a la noticia de la exhumación, los medios habían acudido como tiburones a la sangre. Mientras Tom frenaba para mostrar su identificación, uno de los fotógrafos se agachó para sacarnos una foto a través de la ventanilla del coche.

—Dígale que por diez dólares también se la firmo —gruñó Tom, entrando en el recinto.

Pasamos junto a la tumba exhumada y aparcamos delante del edificio principal. El tanatorio de Steeple Hill parecía construido en la década de los sesenta, cuando el optimismo estadounidense se extendió incluso a la industria funeraria. El edificio, un bloque seudovanguardista de planta baja con el techo plano, aspiraba, sin mucho éxito, al estilo de Frank Lloyd Wright. Los ladrillos de vidrio de colores que formaban una de las paredes junto a la puerta estaban sucios y resquebrajados, y el edificio en general se veía desproporcionado, aunque sería incapaz de decir por qué. Del techo surgía una torre, incongruente como un sombrero de bruja puesto encima de una mesa. En lo alto se alzaba una cruz metálica que parecía hecha con dos vigas oxidadas soldadas la una con la otra.

Gardner estaba fuera del tanatorio, hablando con un grupo de forenses vestidos con petos blancos llenos de mugre. Al vernos, vino hacia nosotros.

—Por atrás —dijo sin preámbulos.

Al rodear el lateral del tanatorio cayó como de la nada una cortina de agua que llenó el aire de gotas plateadas. Cesó tan repentinamente como había empezado, y sobre las hojas y los arbustos se formaron pequeños prismas de luz que reflejaban el

arco iris. Seguimos a Gardner a través de un estrecho sendero de grava que, a medida que avanzaba, se hacía más angosto y se llenaba de maleza. Cuando llegamos al seto que ocultaba la parte trasera, el sendero era poco más que un surco en la hierba.

Si la parte delantera del tanatorio se veía descuidada, la parte trasera de Steeple Hill presentaba un estado lamentable. Una triste zona utilitaria conducía a un patio interior invadido de herramientas oxidadas y contenedores vacíos. Delante de la puerta trasera, el suelo estaba lleno de colillas de cigarrillo aplastadas que parecían gusanos de color blanco. Todo era abandono y decadencia, y presidiendo la escena, las moscas, que excitadas revoloteaban sobre los desechos.

—Es la entrada al depósito —dijo Gardner haciendo un gesto con la cabeza—. Los forenses todavía no han tocado nada, pero la Agencia de Protección Medioambiental no está muy contenta con las medidas higiénicas de York.

Cuando nos acercamos a la puerta, oímos voces. Dentro, pude ver a Jacobsen con la barbilla levantada en ademán desafiante junto a tres hombres que le sacaban una cabeza. Supuse que dos de ellos serían los funcionarios de la Agencia de Protección Medioambiental que Gardner acababa de mencionar. El tercero era York. Hablaba casi a gritos, con voz trémula de excitación y un dedo en el aire.

—¡... un atropello! ¡Este es un negocio respetable! No pienso tolerar sus insinuaciones...

—Nadie está insinuando nada, caballero —interrumpió Jacobsen, en tono educado pero firme—. Esto forma parte de una investigación por homicidio, así que por su propio bien es mejor que colabore.

Al director de la funeraria los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Es que está sorda? ¡Ya le he dicho que no sé nada! ¿Se da cuenta del daño que le está haciendo a mi reputación?

Era como si no fuera consciente del miserable estado del lugar. Al vernos, interrumpió su perorata.

—¡Doctor Lieberman! —gritó corriendo hacia nosotros—. Señor, le agradecería que me ayudara a deshacer un pequeño malentendido. De profesional a profesional: ¿puede explicarles a estos señores que yo no tengo nada que ver con todo esto?

Involuntariamente, Tom dio un paso atrás al verse abordado por el director de la funeraria.

—Señor York, el doctor Lieberman está aquí a petición del TBI —dijo Gardner colocándose entre ambos—. Vuelva adentro y la agente Jacobsen le...

—¡No, no pienso irme! ¡No voy a quedarme de brazos cruzados mientras ustedes arrastran por el barro el buen nombre de Steeple Hill!

La luz de la mañana permitía ver que York llevaba un traje arrugado y mugriento, así como restos de caspa grasienta en el cuello de la camisa. Iba sin afeitarse y un poco de pelo gris asomaba en la parte baja de los carrillos.

Jacobsen se colocó al otro lado, de modo que entre ella y Gardner tenían rodeado al director de la funeraria. En comparación con el desaseado aspecto de éste, la agente parecía fresca como la menta. Incluso logré apreciar un olor a jabón y a perfume ligero.

Su voz, sin embargo, era rotunda, y sus gestos, enérgicos.

—Tendrá que volver adentro, caballero. Los señores de la Agencia de Protección Medioambiental todavía tienen que hacer algunas preguntas.

York se dejó llevar hacia el interior del edificio, mirándonos por encima del hombro.

—¡Esto es una conspiración! ¡Una conspiración! Se creen que no sé lo que ocurre, ¿verdad? ¿Verdad?

Su voz llegó a nosotros como un eco, mientras Gardner se llevaba a Tom hacia un lado.

—Lamento el espectáculo.

Tom sonrió, aunque parecía algo sobresaltado.

—Está algo molesto.

—Nada comparado con lo que le espera.

Gardner nos llevó hacia unos árboles situados detrás del depósito del tanatorio. La funeraria daba a un pinar de notables dimensiones. Entre los troncos colgaba una cinta de precinto y entre las ramas acerté a ver a varias personas vestidas de blanco.

—Uno de los perros ha encontrado unos restos ahí —dijo Gardner—. Están esparcidos, pero todo apunta a que pertenecen a un mismo individuo.

—¿Humanos? —preguntó Tom.

—Eso parece. Al principio no estábamos seguros porque están bastante corroídos. Luego hemos encontrado un cráneo, de modo que parece que todo encaja. De todos modos, después de lo del Tri-State no pondría la mano en el fuego.

No era de extrañar. El crematorio Tri-State de Georgia había saltado a los titulares del mundo entero en 2002, al descubrirse un cráneo humano en sus terrenos en el transcurso de una inspección. El cráneo era la punta de un lúgubre iceberg. Por motivos que nunca llegaron a esclarecerse, el propietario llevaba tiempo conservando cadáveres destinados a la cremación. Más de trescientos cuerpos aparecieron hacinados en los sótanos del local o apilados unos sobre otros en los bosques de los alrededores. Algunos, incluso, se encontraron en la casa del propietario. Con todo, a pesar de la gravedad de lo ocurrido en el Tri-State, su caso presentaba una diferencia importante con respecto al nuestro.

Y es que ninguna de las víctimas del Tri-State había sido asesinada.

Gardner nos acompañó hasta la linde del bosque, donde había una mesa de caballete repleta de mascarillas y ropa de protección. Pocos metros más allá, los árboles formaban una muralla casi impenetrable.

El agente del TBI miró a Tom con gesto dubitativo, como si en ese momento se preguntase para qué lo había hecho venir.

—¿Seguro que quieres hacerlo?

—He estado en sitios peores.

Tom ya había empezado a abrir un paquete de petos desechables. Gardner no parecía muy convencido, pero en cuanto reparó en mí la preocupación desapareció de su rostro.

—Entonces adelante.

Esperé hasta que Gardner volvió al depósito.

—Tiene razón, Tom. Esto va a ser desagradable.

—No te preocupes por mí.

El énfasis en su tono de voz me hizo entender que no valía la pena perder el tiempo discutiendo. Me puse el peto, los guantes y los chanclos, y cuando Tom estuvo listo nos adentramos en el bosque.

Nos envolvió el silencio, como si de pronto el mundo exterior se hubiera esfumado. El temblor de las hojas de los pinos producía un sonido inquietante, como si los muertos del cementerio susurrasen. En el suelo, la pinaza formaba una espesa estera como de fibra de coco salpicada de pinas caídas. Después de ver las deplorables condiciones en que se encontraba la funeraria, el límpido olor a pino que penetraba a través de la mascarilla era un reconfortante alivio.

Pero duró poco. Bajo los pinos, el aire era espeso y parecía estancado, como si hasta ahí no llegase la brisa. Casi de inmediato, mientras nos abríamos paso entre las ramas bajas en dirección a los agentes vestidos de blanco, empecé a sudar.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Tom, intentando disimular los jadeos.

Se hacía difícil identificar a alguien bajo el grueso equipo protector y las mascarillas, pero aun así reconocí al tipo corpulento de la cabaña. «¿Lenny? No, Jerry». Tenía la cara roja y sudada, y el peto, sucio de hojas y corteza de pino.

—Menudo día nos espera —dijo resollando, al tiempo que se ponía en pie—. Tenemos un cráneo, restos de caja torácica y unos cuantos huesos más. Están muy dispersos, incluso los más grandes. Por ahí atrás hay una verja, pero en el estado en que está cualquiera podría atravesarla a dos o a cuatro patas. Además, estos putos árboles nos están haciendo la vida imposible.

—¿Han encontrado ropa?

—No, pero sí algo que parece una vieja sábana. Puede que envolviera un cuerpo.

Dejamos al agente y nos dirigimos hacia los restos que teníamos más cerca. Cual campo de golf mal cuidado, el suelo del bosque estaba sembrado de banderitas, cada una de las cuales señalaba un hallazgo distinto. La más cercana marcaba unos restos de pelvis. Se encontraban debajo de un árbol, por lo que para verlos tuvimos que agacharnos sobre la resbaladiza alfombra de la pinaza. Miré a Tom, esperando que

todo aquello no fuera demasiado para él, pero con la mascarilla tapándole buena parte de la cara no resultaba fácil saberlo.

La pelvis estaba roída hasta tal punto que se hacía difícil saber si correspondía a un varón o a una mujer, pero el fémur que había al lado podía darnos alguna pista, pues aunque ambos extremos del hueso estaban mordidos y desgastados por dientes de animal, por su tamaño era evidente que pertenecía a un hombre.

—Menudo hueso —dijo Tom, poniéndose en cuclillas para examinarlo—. ¿Qué estatura crees que debía detener su propietario?

—Más de metro ochenta. ¿Cuánto medía Willis Dexter?

—Metro ochenta y cinco. —Tom sonreía a través de la mascarilla, seguramente porque pensaba lo mismo que yo. Todo apuntaba a que habíamos encontrado al hombre que debía haber sido enterrado en Steeple Hill—. Bien, veamos qué más hay.

Al pasar entre los árboles nos llovían hojas, y más de una vez nos arañamos con las ramas. Tom no daba muestras de molestia, pero aquello le iba a pasar factura. El sudor me resbalaba por la cara, y de tanto andar agachado empezaba a sentir calambres. El olor a pino se había vuelto repulsivo, y debajo del peto la piel empezaba a picarme. A pocos metros de la pelvis se encontraban los restos de lo que en algún momento había sido una sábana. La tela, sucia y rasgada, estaba marcada con una banderita de color distinto para diferenciarla de los restos humanos. Al lado, parcialmente camuflada por la pinaza, estaba la caja torácica. Una columna de hormigas se afanaba sobre ella en busca de los últimos restos de carne, que era más bien poca. Los huesos hacía tiempo que habían sido descarnados, y le faltaban tanto el esternón como varias costillas menores.

—Parece que fue aquí donde arrojaron el cuerpo —comentó Tom mientras yo tomaba fotografías—. La dispersión sigue un patrón bastante típico. Yo diría que es obra de los animales y no de un desmembramiento.

La naturaleza no tolera el desperdicio, por eso cuando un cadáver queda expuesto se convierte enseguida en fuente de alimento para la fauna local. Perros, zorros, aves y roedores —incluso osos en algunas partes de Estados Unidos— acuden al banquete para arrancar y llevarse todo lo que pueden. El torso, sin embargo, suele ser demasiado grande para la mayoría de los carroñeros, por eso lo más habitual es que lo devoren in situ. De aquí que la caja torácica señale, por regla general, el lugar donde el cuerpo yacía en origen.

Tom observó la punta de una de las costillas y me indicó que me acercase.

—¿Ves esto? Marcas de sierra.

Como la mayoría de los otros huesos, la costilla había sido roída. Sin embargo, entre las marcas de los dientes se hacían visibles unas finas estriaciones que formaban líneas paralelas en el borde del hueso.

—Por el aspecto parece una sierra de arco. De las que se usan en las autopsias —

dije.

El procedimiento habitual en una autopsia consiste en serrar la caja torácica a ambos lados del esternón, para así retirarlo y acceder a los órganos que hay debajo. A veces se emplean sierras manuales, pero con una eléctrica suele ser más rápido.

Eso podía explicar aquellas marcas.

—Parece cada vez más claro que hemos dado con Willis Dexter, ¿no crees? —dijo Tom, incorporándose—. Varón, estatura correcta, cortes de autopsia en las costillas. Además, la ropa de Dexter se quemó en el accidente. A falta de familiares que proporcionaran ropa nueva, lo más probable es que lo envolvieran en la sábana con la que salió de la morgue. La escala temporal también encaja. Como los huesos no tienen musgo ni líquenes, deben de llevar aquí menos de un año. A mí me parece que...

De repente emitió un jadeo y se encorvó agarrándose el pecho. Enseguida le quité la mascarilla y tuve que contener mi miedo al ver la palidez cérea de su rostro.

—¿Dónde tienes las pastillas?

—Bolsillo lateral... —acertó a decir con la boca contraída en una mueca.

«¡No deberías haber dejado que lo hiciera!», me recriminaba en mi interior mientras le rompía el peto. Si perdía el conocimiento en un lugar como ése... En el muslo del pantalón había un bolsillo abotonado. Lo abrí pero no encontré las pastillas.

—No están aquí —dije con toda la calma de que fui capaz.

Tenía los párpados contraídos de dolor, y sus labios habían adquirido un tono azulado.

—Camisa...

Palpé el bolsillo de la camisa y noté una forma dura y plana. «¡Gracias a Dios!» Saqué el pastillero, desenrosqué la tapa y extraje una tableta. Tom la tomó con mano temblorosa y se la colocó debajo de la lengua. Durante unos segundos no ocurrió nada, luego empezaron a relajársele las facciones.

—¿Estás mejor? —pregunté. Tom asintió, demasiado exhausto para hablar—. Descansa un par de minutos.

Se oyeron unas pisadas y enseguida apareció Jerry, el forense corpulento.

—¿Va todo bien?

Antes de que me diera tiempo a contestar, sentí la mano de Tom apretándome el brazo.

—Sí. Sólo necesito tomar un poco de aire.

El agente no parecía muy convencido, pero de todos modos nos dejó solos. En cuanto se hubo marchado, Tom volvió a desplomarse.

—¿Puedes caminar? —pregunté.

—Creo que sí —dijo respirando de forma irregular.

—Vamos, te sacaré de aquí.

—Ya me apaño yo. Tú continúa.

—No voy a dejarte...

Volvió a aferrarme el brazo. Sus ojos reflejaban una silenciosa súplica.

—Por favor, David.

No me agradaba la idea de dejarlo salir del bosque por su propio pie, pero insistiendo sólo habría conseguido que su inquietud aumentara. Eché un vistazo a los troncos que nos separaban de la linde, intentando calcular la distancia.

—Iré despacio —dijo adivinándome el pensamiento—. Y te prometo que en cuanto salga descansaré.

—Tiene que verte un médico.

—Acaba de hacerlo —dijo esbozando una sonrisa—. No te preocupes. Tú acaba con esto.

Contemplé con el corazón en un puño cómo se dirigía hacia la salida del bosque, avanzando despaciosamente como un anciano. Esperé hasta que llegó a la linde y se perdió bajo la luz del día tras el espeso ramaje, y entonces fui con Jerry, que estaba examinando un objeto del suelo que podría haber sido o no un fragmento de hueso. Cuando me acerqué, levantó la vista.

—¿Se encuentra bien?

—Es el calor. Antes ha dicho que había encontrado un cráneo, ¿verdad? —dije cambiando de tema.

Me acompañó hasta el pie de una cuesta, donde había otra banderilla y, junto a ésta, la blanca curva de un cráneo humano medio enterrado entre la pinaza. Le faltaba la mandíbula y estaba del revés, como un cuenco de marfil sucio. Su estructura pesada sugería que pertenecía a un varón, y se observaban líneas de fractura que partían de la zona delantera del hueso frontal. La clase de herida que resulta del impacto con un objeto duro y plano.

Por ejemplo el parabrisas de un coche.

Con eso di por hecho que los restos pertenecían a Willis Dexter, en cuyo caso seguramente su examen no aportaría grandes novedades. Estaba casi seguro de que el mecánico había fallecido en un accidente de tráfico, y no asesinado. Su única conexión con los crímenes era que el asesino se había apropiado de su féretro y su tumba. Si hubiéramos podido determinar que le faltaba una de las dos manos, o incluso algún dedo, al menos habríamos podido explicar cómo habían llegado sus huellas a la cajita del carrete tanto tiempo después de su muerte. Pero no se habían encontrado carpos ni falanges y, dada la extensión del bosque, parecía poco probable hallarlos en el futuro. Los carroñeros se habían ensañado demasiado con los restos, y aunque no se hubieran comido los huesos más pequeños, éstos podían estar en cualquier parte.

—Se han dado el viaje en balde, ¿eh, jefe? —dijo Jerry con voz animada mientras yo fotografiaba el último hallazgo, una costilla devorada hasta la mitad de su tamaño original—. Aparte de que son restos humanos, no hay mucho que añadir. Y eso podríamos habérselo dicho nosotros. En fin, si ha terminado, nos gustaría empezar a meter todo esto en cajas y bolsas.

Qué indirecta tan poco sutil. Estaba a punto de marcharme cuando reparé en otra banderita.

—¿Qué hay ahí?

—Unos cuantos dientes. Debieron de caerse cuando le arrancaron la mandíbula.

No habría sido nada extraño. Los carroñeros suelen empezar por la cara, por lo que habría sido fácil que los dientes se hubieran desprendido de la mandíbula. Faltó poco para que ni siquiera me molestara en acercarme. Tenía calor, estaba cansado y quería ver qué tal estaba Tom. Pero la experiencia me ha enseñado a no dar nada por descontado.

—Será mejor que vaya a echar un vistazo —dije.

La banderita estaba clavada entre las raíces de un pino bajo, no muy lejos del lugar donde se hallaba la caja torácica. Hasta que no estuve prácticamente encima no vi las piezas de marfil sucio. Eran cuatro molares cubiertos de tierra y difíciles de distinguir entre la hojarasca. Que hubieran dado con ellos daba fe de la meticulosidad con que se había realizado la búsqueda. Sin embargo, al examinarlos me pareció como si algo no acabara de encajar.

Cuando descubrí lo que era me olvidé al instante del calor y la incomodidad.

—Ya le he dicho que sólo eran unos cuantos dientes. ¿Ha terminado ya? —preguntó Jerry mientras yo tomaba fotografías.

Sus indirectas eran cada vez más claras.

—¿También han sacado fotografías de esto?

Me miró como si el simple hecho de preguntarlo bastase para tomarme por idiota.

—Doctor, tenemos fotografías para parar un tren.

—Yo sacarías unas cuantas más de todos modos —dije levantándome—. Van a necesitarlas.

El agente se quedó mirándome y yo me fui hacia la salida del bosque. El sudor me corría por la espalda cuando dejaba atrás la claustrofóbica bóveda de pinos y me quitaba la mascarilla. Me desabroché el peto, me agaché para cruzar el precinto y miré en derredor buscando a Tom. Estaba un poco más allá, charlando con Gardner y Jacobsen a la sombra del seto. Tenía buen aspecto, pero mi alivio sólo duró hasta que vi que Hicks estaba con ellos. Entonces me di cuenta de que estaban discutiendo.

—¡... la investigación sin valor jurídico! Lo sabes tan bien como yo.

—Eso es ridículo. Estás haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Tom.

—¿Conque estoy haciendo una montaña? —dijo Hicks levantando la barbilla, y al

hacerlo el sol reverberó sobre la calva cabeza del patólogo—. Veremos si el juez también «hace una montaña» cuando desestime el caso de homicidio porque el perito ha dejado que su ayudante campee por la escena de un crimen sin supervisión. Un ayudante que posiblemente ni siquiera se encuentre en el país cuando esto llegue a los tribunales.

No era difícil deducir de quién estaban hablando. Cuando llegué se quedaron todos en silencio.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Tom. Lo primero era lo primero.

—Bien. Sólo necesitaba un poco de agua.

Ya de cerca, puede ver que todavía estaba pálido, aunque tenía mucho mejor aspecto que antes. Por su mirada entendí que era mejor no mencionar el ataque delante de los demás.

—¿Hay algún problema? —pregunté dirigiéndome a Gardner.

—¡Ya lo creo que hay un problema! —interrumpió Hicks, que pese a la indignación, parecía estar disfrutando.

—Creo que será mejor discutir esto en otro momento —sugirió Gardner con prudencia.

Pero el patólogo no estaba dispuesto a transigir.

—No, esto hay que arreglarlo ahora. Esta es una de las investigaciones de asesinato en serie más importantes que ha habido en este estado en años. No podemos arriesgarnos a que un aficionado lo eche todo por la borda.

«¿Aficionado?» Intenté mantener la boca cerrada y templar los nervios. Dijera lo que dijera, sólo conseguiría empeorar más las cosas.

—David es tan competente como pueda serlo yo —dijo Tom, a quien le faltaban energías para discutir.

—¡Eso es irrelevante! —repuso Hicks señalándolo con el dedo—. No debería haber estado merodeando a solas por el escenario del crimen. ¿Y usted qué, Gardner? ¿Piensa permitir la entrada al primero que pase a partir de ahora?

Gardner tenía apretados los músculos de la mandíbula, pero ese último comentario había hecho mella en él.

—Lleva parte de razón, Tom.

—¡A la mierda, Dan! ¡David nos está haciendo un favor!

Había oído suficiente. Era evidente cuál iba a ser el desenlace.

—Está bien. No quiero complicar las cosas.

Tom estaba dolido; Hicks, en cambio, apenas podía contener su satisfacción.

—Sin rencor, doctor... Hunter, ¿verdad? Estoy seguro de que es usted un profesional respetado en su país, pero estamos en Tennessee. Esto no es de su incumbencia.

No me atrevía a decir nada. Jacobsen observaba a Hicks con una expresión

inescrutable. Gardner, por su parte, parecía desear que la discusión terminase de una vez por todas.

—Lo siento, David —dijo Tom con impotencia.

—No importa —dije tendiéndole la cámara. Sólo quería irme de ahí. Desaparecer—. ¿Podrás encargarte de lo demás?

No quería decir más delante de los otros, pero Tom entendió a qué me refería. Asintió con un gesto rápido y compungido. Yo me di la vuelta y entonces recordé lo que tenía que decirle.

—Deberías echar un vistazo a los dientes que han encontrado. No casan con el resto del cuerpo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hicks.

—Porque son de cerdo.

Bastó para hacerlo callar. En los ojos de Tom se encendió una chispa de curiosidad.

—¿Premolares?

Asentí con la cabeza, sabiendo que me entendería. Pero fue el único. Hicks se quedó mirándome como si se oliera una estratagema.

—¿Está diciendo que han encontrado dientes de cerdo? ¿Y qué coño pintan ahí?

—¿Por qué me lo pregunta? Yo sólo soy un aficionado —respondí.

Como pulla no era especialmente mordaz, pero no pude reprimirme. Mientras me marchaba vi que Tom sonreía y que algo semejante a un atisbo de sonrisa se asomaba también a los labios de Jacobsen.

De todos modos eso no me hizo sentir mejor. Mientras deshacía mis pasos en dirección a la parte delantera del tanatorio, tiré con tanta fuerza de la cremallera del peto que terminé rasgándolo. Me despojé de él y lo lancé a una papelera de plástico medio llena de equipo usado. Cuando me quité los guantes resbalaron unas gotas de sudor que, al caer en la tierra, formaron unas salpicaduras de color oscuro semejantes a las de un cuadro vanguardista. Tenía las manos blancas y arrugadas por culpa del látex impermeable, y por un instante tuve una sensación de *déjà vu*.

«¿Qué es esto? ¿A qué me recuerda?»

Pero estaba demasiado furioso para darle vueltas. Además, acababa de venirme a la cabeza una preocupación más prosaica: había ido hasta ahí en el coche de Tom. Después de mi salida triunfal, me encontraba aislado.

«Oh, estupendo». Tiré los guantes a la papelera y saqué el móvil sin pensar que ni siquiera tenía el teléfono de ninguna agencia de taxis local. Y aunque lo hubiera tenido, no los habrían dejado entrar en el cementerio.

Maldije para mis adentros. Podía esperar a que Tom terminase, pero mi orgullo no me lo permitiría. «Muy bien. Caminaré». Sabía que era un exceso de obstinación por mi parte, pero estaba de tan mal humor que me daba lo mismo, así que me dirigí

hacia la entrada.

—¡Doctor Hunter!

Al darme la vuelta vi que era Jacobsen, que venía por el sendero en dirección a mí. El sol le daba de cara, obligándola a entrecerrar los ojos para no deslumbrarse. Al hacerlo, se le formaban pequeñas patas de gallo en los ángulos de sus ojos grises, lo cual le daba un aspecto burlón, casi humorístico, que suavizaba sus facciones.

—El doctor Lieberman ha dicho que no ha traído usted su coche. ¿Cómo piensa volver a la ciudad?

—Ya me las arreglaré.

—Lo llevo.

—No, gracias. —No estaba de humor para aceptar favores.

Jacobsen se apartó un mechón de cabello de la cara y se lo metió limpiamente tras la oreja mientras me miraba con una expresión indefinible.

—Yo que usted no iría caminando, y menos con toda la prensa apostada ahí fuera.

No había pensado en eso. El enfado remitió y empecé a sentir que estaba haciendo el ridículo.

—Voy por mi coche —dijo Jacobsen.

En el coche reinaba un silencio no del todo cordial, pero tampoco incómodo. No me apetecía hablar, y a Jacobsen no parecía importarle. Mi malhumor se había aplacado un poco, pero los últimos rescoldos aún no se habían apagado.

Me puse bien la camisa. Todavía sentía el calor y la incomodidad del pinar. El sol había convertido el habitáculo del coche en un horno, pero por fin el aire acondicionado estaba empezando a ganar la batalla. Me quedé mirando por la ventanilla con cara de pocos amigos mientras dejábamos atrás una sucesión de almacenes y locales de comida rápida: cristal, ladrillo y hormigón sobre el telón de fondo de las montañas. Me sentía más fuera de lugar que nunca. Ese no era mi sitio. «Y está claro que no eres bienvenido».

Después de todo, tal vez sería mejor adelantar el viaje de vuelta.

—Aunque no le guste, el doctor Hicks lleva parte de razón —dijo Jacobsen apartándose de mis cavilaciones—. El doctor Lieberman es asesor autorizado del TBI, y usted no.

—Sé cómo se trabaja en el escenario de un crimen —dije dolido.

—No lo dudo, pero no es su capacitación lo que aquí se discute. Si el caso va a los tribunales, no podemos arriesgarnos a que el abogado de la defensa alegue que no hemos seguido el procedimiento —dijo mirándose con franqueza con sus ojos grises—. Debería saberlo.

Sentí que mi soberbia se derrumbaba. Tenía razón. Estaba en juego algo más que mi orgullo.

—El doctor Lieberman está enfermo, ¿verdad?

La pregunta me pilló desprevenido.

—¿Por qué lo dice?

—Mi padre sufría del corazón —dijo sin apartar los ojos de la carretera—. Me recuerda a él.

—¿Qué le ocurrió?

—Murió.

—Lo lamento.

—Hace años —dijo zanjando el tema.

Su rostro revestía una inexpresividad estudiada, pero aun así me dio la impresión de que se arrepentía de haberme confiado ese dato. Me sorprendió su atractivo. Ya me había fijado antes, por supuesto, pero sólo desde un punto de vista académico, como quien admira la forma y factura de una estatua de mármol.

A solas con ella en el coche, sin embargo, pude apreciarlo a la perfección. Se había quitado la chaqueta, y su camisa de manga corta dejaba a la vista los músculos bien tonificados de sus brazos. La única nota discordante con su elegante traje de

ejecutiva era la pistola, que seguía enfundada al cinto. Podía oír el roce de la falda en las piernas al pisar los pedales, oler el fresco aroma de su piel. Debía de ser jabón aromático, porque era demasiado sutil para ser perfume.

Aquel descubrimiento repentino empezaba a ponerme nervioso. Aparté los ojos de sus labios carnosos y fijé la mirada al frente, en la carretera. Seguramente Jacobsen me habría partido un brazo si hubiera sabido lo que estaba pensando. «O te pegaría un tiro».

—¿Se sabe algo más de Irving? —pregunté intentando pensar en otra cosa.

—Seguimos buscando.

«En otras palabras: no».

—El doctor Lieberman dice que es probable que los restos del bosque correspondan a Willis Dexter —dijo recuperando el tono impersonal.

—Eso parece. —Describí las fracturas del hueso frontal y le dije que encajaban con las lesiones de Dexter—. Supongo que tiene sentido. Alguien intercambió los cuerpos y abandonó el cadáver de Dexter en el bosque, donde nadie lo encontraría a menos que peinaran el recinto.

—Pero quien lo hizo sabía que eso iba a ocurrir en cuanto encontráramos el cuerpo que había en la tumba. Es evidente que también quería que encontráramos a Dexter.

«Primero Loomis, luego los restos no identificados del féretro y ahora Dexter». Era como si el rastro de los cadáveres nos llevara de uno al otro.

—Tiene que ser alguien con acceso a Steeple a Hill —dije—. ¿Han averiguado algo más de ese tal Dwight Chambers que según York había trabajado para él?

—Seguimos en ello —dijo Jacobsen aminorando antes de detenernos ante un semáforo—. ¿Está seguro de que los dientes que ha visto eran de cerdo?

—Al cien por cien.

—¿Y cree que los dejaron ahí deliberadamente?

—No se me ocurre otro motivo. Estaban junto a la caja torácica, justo donde debía de estar la cabeza antes de que los carroñeros encontraran al cuerpo. Ninguno de los dientes presentaba marcas de daño o de desgaste, y si hubieran tenido tejido gingival los animales los habrían roído, lo que sugiere que ya estaban limpios cuando los dejaron ahí.

Jacobsen frunció ligeramente el entrecejo.

—Pero ¿qué sentido tiene?

—A mí no me lo pregunte. Puede que haya querido exhibirse otra vez.

—No le sigo. ¿Por qué exhibirse dejando dientes de cerdo?

—Los premolares del cerdo se parecen mucho a los molares humanos. A menos que uno sepa lo que está buscando, es fácil confundirlos.

—O sea que el asesino quiere demostrarnos que está al tanto de detalles de ese

tipo —dijo dejando de arrugar el ceño—. Como con las huellas que deja en los escenarios del crimen. No sólo nos está poniendo a prueba, sino que se jacta de lo listo que es.

Detrás de nosotros alguien hizo sonar el claxon para avisarnos de que el semáforo ya estaba en verde, y Jacobsen dio un respingo. Arrancó con nervios, y yo me giré hacia la ventanilla para que no se percatase de mi sonrisa.

—Parece saber tanto como un especialista. ¿Quién puede tener acceso a esa clase de información? —prosiguió recuperando la compostura.

—No es ningún secreto. Cualquiera con...

Me quedé callado.

—¿Con formación forense? —dijo Jacobsen, terminando por mí.

—Eso es —admití.

—¿Alguien que haya estudiado antropología forense?

—O arqueología forense, o patología. Cualquiera relacionado con una docena de disciplinas forenses distintas. Cualquiera que se tome la molestia de leer los manuales puede dar con esa clase de información. Eso no significa que haya que empezar a señalar a los profesionales del sector.

—Yo no señalo a nadie.

Esta vez se hizo un silencio de lo más incómodo. Busqué la manera de romperlo, pero Jacobsen desprendía un aura que anulaba toda posibilidad de retomar la charla. Me quedé mirando por la ventanilla. Me sentía agotado y abatido. Los coches pasaban por nuestro lado, brillando bajo el sol de primera hora de la tarde.

—Usted no se toma demasiado en serio la psicología, ¿verdad? —preguntó de repente.

Habría sido mejor no contestar, pero lo pensé demasiado tarde.

—Creo que en ocasiones se le da demasiada importancia. Es una herramienta útil, pero no infalible. El perfil de Irving lo demuestra.

—El profesor Irving se dejó llevar por el hecho de que ambas víctimas eran hombres y estaban desnudas —dijo ella levantando el mentón.

—¿Usted no lo considera significativo?

—Que sean varones, no. Y creo que usted y el doctor Lieberman dieron en el clavo al explicar por qué estaban desnudos.

El comentario me confundió, pero enseguida vi a qué se refería.

—Un cuerpo desnudo se descompone antes que uno vestido —dije, molesto conmigo mismo por no haber caído antes en ello.

Ella asintió y tuvo el detalle de no hacer comentarios acerca de mi azoramiento.

—Y tanto el cuerpo de Terry Loomis como los restos exhumados estaban más descompuestos de la cuenta. Parece razonable suponer que los desnudaron por motivos parecidos.

«Otra oportunidad para que el asesino siembre la confusión y saque a relucir su ingenio».

—De todos modos, tenía que desnudar el cuerpo exhumado para introducir las agujas —dije—. Una vez colocadas, seguro que no se arriesgó a manipularlo más de lo necesario, lo que explica por qué no se tomó la molestia de volver a vestirlo. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que todas las víctimas sean varones.

—Las que conocemos, quiere decir.

—¿Cree que aparecerán más?

Al principio pensé que había preguntado más de la cuenta. Jacobsen no respondió, y entonces recordé que tampoco tenía por qué; a fin de cuentas, yo ya no formaba parte de la investigación. «Vete acostumbrando. Ahora eres un simple turista».

Ya casi había renunciado a la pregunta cuando se decidió a responder.

—Estoy especulando, pero coincido con el profesor Irving en que sólo hemos encontrado las víctimas que el asesino quiere que encontremos. Viendo la brutalidad y la confianza con que actúa, parece casi seguro que debe de haber más. Nadie alcanza ese grado de... sofisticación, a falta de una palabra mejor, de buenas a primeras.

No se me había ocurrido antes. Era una idea preocupante.

Jacobsen bajó la visera del coche al tomar una curva en que el sol venía de cara.

—Sean cuales sean los planes del asesino, diría que no dependen de las características físicas de las víctimas —continuó—. Tenemos a un agente de seguros blanco de treinta y seis años, un negro de cincuenta y tantos y, probablemente, un psicólogo de cuarenta y cuatro sin relación aparente entre ellos. Eso sugiere que nos enfrentamos a un oportunista que caza a sus víctimas de forma aleatoria. No creo que haga distinciones por motivos de sexo.

—¿Qué me dice de Irving? A él no lo eligió al azar, fue premeditado.

—El profesor Irving fue la excepción. No creo que formara parte de los planes del asesino hasta que apareció en televisión, pero después de eso actuó de inmediato. Lo que nos dice algo importante.

—¿Aparte de que es un lunático peligroso?

Sus rasgos quedaron suavizados por una sonrisa fugaz.

—Aparte de eso. Todo lo que sabemos hasta ahora nos dice que se trata de alguien que medita y planea sus acciones de forma meticulosa. Las agujas fueron introducidas en el cuerpo seis meses antes de dejar las huellas de Dexter en la cabaña. Eso demuestra que es un ser metódico, ordenado. Pero lo que le ha ocurrido al profesor Irving demuestra que tiene otra faceta, una faceta impulsiva e inestable. Cuando le tocan el ego, no puede contenerse.

Noté que había dejado de fingir que Irving podía no ser otra víctima.

—¿Y eso es bueno o es malo?

—Ambas cosas. Quiere decir que es impredecible, lo que lo hace aún más peligroso. Pero si actúa de forma impulsiva, tarde o temprano cometerá un error —dijo Jacobsen entrecerrando los ojos por culpa del reflejo del sol en los coches de delante—. Tengo las gafas de sol en la chaqueta, ¿podría acercármelas?

La chaqueta estaba doblada con cuidado en el asiento trasero. Me di la vuelta y alargué el brazo para cogerla. El tejido estaba impregnado de un olor delicado, y al revolver sus bolsillos sentí una extraña sensación de intimidad. Encontré un par de gafas de aviador y se las acerqué. Nuestros dedos se rozaron al cogerlas; tenía la piel fresca y seca, pero debajo latía un calor oculto.

—Gracias —dijo poniéndoselas.

—Hace un momento ha mencionado los planes del asesino —dije retomando la conversación—. Si no recuerdo mal, dijo usted que busca reconocimiento, que es un... ¿cómo era? ¿Un «narcisista maligno»? ¿No explica eso sus motivos?

Jacobsen inclinó ligeramente la cabeza. Cuando no se le veían los ojos, su rostro se volvía aún más inescrutable.

—Eso explica hasta dónde está dispuesto a llegar, pero no por qué mata. Tiene que tener algún motivo, algún resquemor patológico que intenta aliviarse. Si no es el sexo, ¿qué puede ser?

—Quizá simplemente disfruta infligiendo dolor —sugerí.

Jacobsen sacudió la cabeza. Su ceño fruncido era visible otra vez por encima de las gafas.

—No. Tal vez disfrute con la sensación de poder que eso le da, pero es más que eso. Hay algo que lo impulsa a hacer lo que hace, pero todavía no sabemos qué es.

El sol desapareció de forma abrupta tras una camioneta negra que acababa de colocarse junto a nosotros. Aquel monstruo rodante con ventanillas tintadas permaneció a nuestro lado un instante y acto seguido nos adelantó. Apenas nos había rebasado cuando de pronto se cambió a nuestro carril. Llevado por el instinto, clavé los pies en el suelo y me encogí como si fuéramos a colisionar. En ese momento Jacobsen pisó levemente el freno y se desplazó al carril adyacente con la suavidad de quien ejecuta una coreografía.

Fue toda una exhibición de pericia al volante, tanto más impresionante cuanto que Jacobsen no pareció inmutarse. Lanzó una mirada de fastidio a la camioneta mientras ésta se alejaba, pero no le dio mayor importancia.

El incidente, sin embargo, rompió el encanto. Después de lo ocurrido, Jacobsen volvió a mostrarse distante, ya fuera porque meditara acerca de algo que se había dicho o por haber hablado más de la cuenta conmigo. Sea como fuere, no había tiempo de seguir conversando. Nos aproximábamos al centro de Knoxville. Mi ánimo iba decayendo a medida que nos acercábamos. Jacobsen me dejó en el hotel haciendo

gala una vez más de una reserva a prueba de bomba. Sin ni siquiera quitarse las gafas, hizo un leve movimiento de cabeza y arrancó dejándome sobre la acera con los músculos agarrotados de pasar tanto tiempo agachado en el pinar.

No sabía qué hacer. Ignoraba si quedaba excluido también de la morgue y no me apetecía llamar a Tom para preguntárselo. Tampoco estaba de humor para ir al centro, por lo menos no hasta haberme hecho a la idea de cómo estaban las cosas.

Estando ahí de pie bajo el reluciente sol de la primavera, rodeado por el ir y venir de la gente, cobré plena conciencia de lo que había ocurrido. Durante el tiempo que permanecí con Jacobsen había sido capaz de negar la evidencia, pero no podía posponer más el momento de afrontarlo.

Por primera vez en toda mi carrera, había sido expulsado de una investigación.

Después de ducharme y cambiarme de ropa, salí a comprar un bocadillo y me lo comí a la vera del río, mientras veía pasar los vapores cargados de turistas. El agua tiene algo que inspira serenidad. Es como si tañera una nota oculta en nuestro subconsciente, como si despertara la memoria genética del vientre materno. Tomé una bocanada de ese aire ligeramente pantanoso mientras observaba una bandada de gansos que volaba río arriba e intentaba convencerme de que no estaba harto de todo. En rigor, no debía tomarme como una afrenta personal lo ocurrido en el cementerio. Había tenido la desgracia de cruzarme en el camino de Hicks, había sufrido el daño colateral de un conflicto profesional que en nada me incumbía. Me dije a mí mismo que aquello no iba en detrimento de mi prestigio. No me hizo sentir mejor.

Una vez hube comido, vagué sin rumbo por las calles a la espera de que sonase el teléfono. Había pasado mucho tiempo desde la primera vez que había estado en Knoxville y la ciudad había cambiado, aunque seguía habiendo tranvías y la bola dorada del Sunsphere seguía destacando inconfundible en el perfil de la ciudad.

No estaba de humor para rutas turísticas. El teléfono, obstinado en su silencio, era como un peso muerto en mi bolsillo. Estuve tentado de llamar a Tom, pero sabía que no iba a servir de nada. En cuanto pudiera me llamaría.

Era última hora de la tarde cuando por fin hablé con él. Al disculparse por lo ocurrido por la mañana me pareció cansado.

—Es Hicks, que le ha dado por armar la pataleta. Mañana volveré a hablar con Dan. Cuando las aguas hayan vuelto a su cauce estoy seguro de que me dará la razón. En cualquier caso, no hay razón alguna para que dejes de trabajar conmigo en la morgue.

—¿Y qué vas a hacer mientras tanto? —pregunté—. No puedes asumir todo esto tú solo. ¿Por qué no dejas que Paul te ayude?

—Hoy Paul está fuera de la ciudad. Pero estoy seguro de que Summer podrá echarme una mano.

—No hagas esfuerzos. ¿Ya has ido al médico?

—No te preocupes —dijo, dándome a entender por el tono de voz que no valía la pena gastar saliva—. Siento mucho todo esto, David, pero todo se arreglará. Tú de momento procura descansar.

Poco más podía hacer. Decidí dedicar el resto de la tarde a intentar divertirme. «No te vas a morir por distraerte un poco». Los bares y cafés habían empezado a llenarse de oficinistas que paraban a tomar algo de camino a casa. El murmullo de las risas y las conversaciones resultaba tentador, y, dejándome llevar por un impulso, entré en un bar con una terraza de madera con vistas al río. Encontré una mesa junto a la balaustrada y pedí una cerveza. Disfrutando del último sol de la tarde, contemplé el Tennessee, cuyas invisibles corrientes formaban ondas y remolinos sobre la gélida superficie.

Poco a poco, sentí que empezaba a relajarme. Cuando terminé la cerveza no vi motivos que me impelieran a marcharme, así que pedí la carta. Pedí un plato de *linguine* con frutos de mar y una copa de *zinfandel* de California. Sólo una, me prometí, recordándome que al día siguiente debía levantarme temprano, fuera o no a ayudar a Tom. Sin embargo, para cuando me hube terminado el delicioso plato con ligero aroma a ajo, dejó de parecerme un argumento de peso.

Pedí otro vaso de vino. El sol se puso tras los árboles, pero el aire, pese al avance del atardecer, seguía siendo templado. Las luces eléctricas que iluminaban la terraza atrajeron a las primeras palomillas de la noche. Zumbaban y chocaban contra el cristal, su vaga silueta recortándose contra los globos blancos. Intenté recordar si había visitado ese tramo de río durante mi primera estancia en Knoxville años atrás. Era de suponer que sí, pero no lo recordaba. Por entonces vivía de alquiler en un sótano en otra zona —más barata— de la ciudad, en la frontera del barrio antiguo, cada vez más aburguesado. Cuando salía solía frecuentar los bares de la zona en vez de los de la orilla del río, más caros.

Al pensar en eso empecé a evocar recuerdos. De forma inopinada recordé el rostro de una muchacha con la que salí durante un tiempo: Beth, una enfermera del hospital. Llevaba años sin pensar en ella. Sonreí, preguntándome dónde andaría ahora, a qué se dedicaría, y si alguna vez se acordaría de aquel estudiante británico al que conoció.

Poco después volví a Inglaterra. Y semanas más tarde conocí a mi mujer, Kara. Su recuerdo y el de nuestra hija me produjo una inevitable sensación de vértigo, pero ya estaba acostumbrado y logré que no me afectase más de la cuenta.

Cogí el móvil, que estaba sobre la mesa, y abrí la lista de contactos. El nombre de Jenny saltó ante mis ojos aun antes de iluminarse en la pantalla. Pasé varias opciones hasta que apareció «Eliminar» y puse el pulgar sobre el botón. Luego, sin llegar a pulsarlo, cerré el teléfono y lo guardé.

Apuré la copa de vino e intenté que mis pensamientos se apartaran del derrotero que estaban tomando. Los sustituí por la imagen de Jacobsen sentada en el coche, con sus tonificados y bronceados brazos al descubierto bajo la camisa blanca de manga corta. Pensé que no sabía nada acerca de ella. Ni su edad, ni de dónde era, ni dónde vivía.

En lo que sí me había fijado era en que no llevaba alianza.

«Oh, déjalo ya», pensé.

Pero no pude reprimir una sonrisa al pedir otra copa de vino.

Fuera está anocheciendo. Tu hora favorita. El punto de transición entre dos extremos: el día y la noche. El cielo y el infierno. La cúspide de la rotación terrestre, ni una cosa ni otra, pero con el potencial de ambas. Si todo fuera tan fácil.

Cepillas con cuidado el objetivo de la cámara y a continuación lo frota suavemente con una gamuza hasta que el vidrio esmerilado luce como un espejo. Inclinas el objetivo hacia la luz para asegurarte de que no queda ni una mota de polvo que pueda empeñar su perfecta superficie. No ves nada, pero lo pules de todos modos, por si acaso.

La cámara es tu posesión más preciada. La vieja Leica ha trabajado a pleno rendimiento desde que la compraste y nunca te ha decepcionado. Sus imágenes en blanco y negro tienen siempre una claridad cristalina, una precisión y un grano tan fino que es como si pudieras entrar en ellas. Si aún no has encontrado lo que buscas, no es por culpa de la cámara.

Intentas convencerte de que esta noche será como las demás, pero sabes que no es cierto. Hasta ahora has trabajado siempre al amparo de la oscuridad, y si has podido actuar impunemente, es porque nadie sabía de tu existencia. Ahora eso ha cambiado. Por más que hayas sido tú quien ha decidido, quien ha elegido salir de las sombras, sabes que eso lo altera todo.

Para bien o para mal, te has comprometido. No hay vuelta atrás.

También es cierto que lo tienes todo planeado. Nunca habrías tomado este camino sin un plan de escape. Cuando llegue el momento podrás deslizarte de nuevo entre las sombras, como antes. Pero primero hay que ver qué ocurre. La recompensa puede ser incalculable, pero el riesgo también lo es.

No puedes permitirte cometer errores.

Te esfuerzas por creer que, ocurra lo que ocurra hoy, el plan general no cambia; que, al margen de lo que acontezca, tu trabajo continuará. Pero no es cierto. La verdad es que esta vez hay mucho en juego. Odias admitirlo, pero los fracasos anteriores te han pasado factura. Necesitas esto, necesitas confirmar que no has malgastado todos estos años.

Tu vida entera.

Terminas de limpiar el objetivo de la cámara y te sirves un vaso de leche. Deberías comer algo para aplacar los ácidos de tu estómago, pero tienes un nudo en las tripas. Hace un día o dos que la leche está abierta, y la telilla que se ha formado indica que posiblemente se haya cortado. Esta es una de las ventajas de no percibir el olor ni el gusto de nada. Te la bebes de un trago, mirando como la silueta de los árboles se recorta contra el cielo a través de la ventana. Cuando posas el vaso vacío sobre la mesa de la cocina, te fijas en que sus paredes manchadas de leche adquieren una traslucidez fantasmal bajo la creciente oscuridad.

La idea te agrada: un vaso fantasma.

El entusiasmo se diluye enseguida. Esta es la parte que más detestas: la espera. De todas formas, ya no queda mucho. Miras al otro lado de la habitación, donde el uniforme cuelga de la puerta, visible apenas entre las sombras cada vez más profundas. Visto de cerca, se nota que no es auténtico, pero por lo general la gente no se fija tanto. Repara en el uniforme apenas unos segundos.

No necesitas más.

Te sirves otro vaso de leche y miras a través del sucio cristal de la ventana mientras los últimos rayos de luz se desvanecen en el cielo.

El dentista estaba tendido exactamente en la misma posición que la última vez. Seguía tumbado boca arriba, con esa inmovilidad de la que sólo son capaces los muertos. En otros aspectos, sin embargo, sí había cambiado. La carne se había secado al sol, la piel y el pelo se desprendían del cuerpo como un abrigo indeseado. Unos cuantos días más y todo el tejido blando quedaría reducido a los pertinaces tendones; poco después no restarían más que los imperecederos huesos.

Me había despertado con un molesto dolor de cabeza y lamentando la última copa de vino de la noche anterior. El hecho de recordar lo que había ocurrido antes no me hacía sentir mejor. Mientras me duchaba me pregunté qué debía hacer hasta tener noticias de Tom. La respuesta estaba clara.

No me apetecía seguir haciendo turismo.

El aparcamiento estaba casi vacío cuando llegué al centro. Todavía estaba oscuro, y al ponerme el peto el frío matutino me provocó un escalofrío. Saqué el teléfono y pensé si era mejor apagarlo o dejarlo encendido. En general lo apagaba antes de cruzar la verja —se me antojaba algo así como una falta de respeto perturbar el silencio del interior con llamadas telefónicas—, pero si Tom llamaba, quería enterarme. Estuve a punto de ponerlo en vibración, pero entonces me habría pasado la mañana esperando su zumbido revelador. Además, siendo realistas, lo más lógico era que Tom no llamase hasta haber hablado con Gardner.

Resolví, pues, apagarlo y guardarlo.

Me eché la bolsa al hombro y me dirigí a la entrada. Pese a lo temprano de la hora, no era el primero. Dentro había ya una mujer vestida con el uniforme quirúrgico y un grupo, de estudiantes a juzgar por el aspecto, que iba charlando hacia la arboleda. Me saludaron amistosamente y siguieron su camino.

Cuando desaparecieron, el bosque quedó en silencio. Aparte del trino de los pájaros, era como si fuera el único ser vivo del lugar. El sol todavía no había atravesado los árboles, y hacía fresco. La parte baja del peto se manchó de rocío al subir la cuesta arbolada que conducía hasta el cuerpo del dentista. La jaula de malla protectora me permitía observar, entre otras cosas, cómo se descomponía el cuerpo sin la intervención de insectos ni carroñeros. Como investigación no era muy original, pero era un fenómeno que nunca antes había observado. Por lo demás, la observación directa siempre es preferible a fiarse del trabajo ajeno.

Como habían pasado unos cuantos días, se imponía comprobar los cambios ocurridos. Entré en la jaula por la puertecilla, saqué la cinta métrica, el calibrador, la cámara y el bloc de notas de la bolsa y me puse manos a la obra. Me costó lo mío; el dolor de cabeza me producía unos pinchazos molestos en los ojos y cada dos por tres me distraía pensando en el teléfono. En un momento dado me di cuenta de que había

tomado dos veces la misma medida. «Vamos, Hunter, concéntrate. Has venido para esto», pensé sacudiendo la cabeza irritado.

Intenté no pensar en otras cosas y me puse a trabajar en serio. Durante un rato me olvidé del dolor de cabeza y del teléfono y me sumí en el microcosmos de la putrefacción. Observada con frialdad, nuestra disolución física no es distinta a otros ciclos naturales. Y, al igual que cualquier otro proceso, para su plena comprensión se necesita estudio.

Poco a poco volvieron a surgir las molestias. Notaba cierta rigidez en el cuello, y cuando hice una pausa para flexionarlo me di cuenta de que tenía calor y estaba entumecido. El sol ya estaba lo bastante alto como para pasar entre los árboles, y sentí que empezaba a sudar bajo el peto. Consulté el reloj y comprobé, para mi sorpresa, que era casi mediodía.

Salí de la jaula y cerré la puerta detrás de mí. Al desperezarme, noté un crujido en el hombro que me hizo cerrar los ojos. Me quité los guantes y, justo cuando me disponía a sacar una botella de agua de la bolsa, me fijé en mis manos. Tenía la piel pálida y arrugada de tanto rato con los guantes de goma puestos. No era inusual, pero por alguna razón aquella imagen hizo aflorar algo en mi subconsciente.

Fue una sensación de reconocimiento idéntica a la que había tenido el día anterior en Steeple Hill, e igual de escurridiza. Decidí no concederle mayor importancia y bebí un trago de agua. Al guardar la botella me pregunté si Tom habría hablado ya con Gardner. Por un instante me rondó la tentación de conectar el teléfono para ver si tenía algún mensaje, pero logré resistir. «No te distraigas. Termina antes lo que estás haciendo».

Era más fácil decirlo que hacerlo. Sabía que era muy probable que Tom me hubiera llamado, y eso me impedía concentrarme. Negándome a desistir, realicé las últimas mediciones con una escrupulosidad casi perversa y no me marché sin antes verificarlas y anotarlas en mi cuaderno de campo. Cerré la jaula de malla detrás de mí y me encaminé hacia la salida. Cuando llegué junto al coche, me quité el peto y los guantes y lo guardé todo en el maletero antes de encender el teléfono.

Sonó al instante, advirtiéndome de que tenía un mensaje. Se me hizo un nudo en el estómago de pura impaciencia. Lo había recibido poco después de llegar al centro. Al pensar que me había perdido la llamada de Tom por apenas unos minutos sentí un golpe de rabia.

Sin embargo, el mensaje no era suyo. Era de Paul, que había llamado para decirme que Tom había sufrido un infarto.

No somos conscientes de lo mucho que confiamos en el contexto. Definimos a las personas en función de cómo las vemos habitualmente, pero cuando las sacamos de ese entorno para colocarlas en un ámbito y situación distintos, la mente se extravía.

Lo que antes era familiar se vuelve extraño y perturbador. Me costó reconocer a Tom.

Le habían introducido un tubo de oxígeno en la nariz y tenía una botella de suero conectada al brazo mediante un catéter sujeto con tiras de esparadrapo. De su cuerpo partían varios cables conectados a un monitor donde unas silenciosas líneas ondulantes indicaban su ritmo cardíaco. La bata del hospital dejaba al descubierto sus brazos pálidos y esqueléticos, de músculos gastados como los de los ancianos.

De anciano era también la cabeza de piel grisácea y facciones hundidas que reposaba sobre la almohada.

El infarto lo había sorprendido en la morgue la noche anterior. Se había quedado trabajando hasta tarde, intentando recuperar el tiempo perdido en Steeple Hill por la mañana. Summer había ido a ayudarlo, pero a las diez Tom le había dicho que se marchara a casa. La muchacha había ido a cambiarse cuando de repente oyó un ruido en una de las salas de autopsias. Entró corriendo y se encontró a Tom semiinconsciente en el suelo.

—Fue una suerte que Summer todavía estuviera ahí —me dijo Paul—. Podría haberse quedado horas tirado en el suelo.

Él y Sam salían de urgencias cuando llegué, pestañeando bajo la brillante luz del sol. Sam caminaba tranquila y seria, con ese andar solemne y pesado de las embarazadas. Paul, por el contrario, presentaba un aspecto ojeroso y abatido. Se había enterado de lo ocurrido tras una llamada de Mary desde el hospital esa misma mañana. A Tom le habían practicado un *bypass* de urgencia por la noche y seguía inconsciente en cuidados intensivos. La operación había ido todo lo bien que podía ir dadas las circunstancias, pero siempre quedaba el peligro de que el ataque pudiera repetirse. Los próximos días iban a ser decisivos.

—¿Se sabe algo más? —pregunté.

—Ha sido un infarto fulminante —dijo con un encogimiento de hombros—. Si no hubiera estado tan cerca de urgencias, quizá no se habría salvado.

—Pero se ha salvado —dijo Sam apretándole el brazo—. Están haciendo todo lo que pueden. Por lo menos el TAC ha sido satisfactorio, así que dentro de lo que cabe está bien.

—¿Le han hecho un TAC? —pregunté sorprendido, ya que los escáneres no forman parte del protocolo de diagnóstico en casos de infarto.

—En un principio los médicos pensaban que podía tratarse de una embolia —explicó Paul—. Cuando ingresó no sabía lo que le había pasado. Por lo visto creía que a quien le había ocurrido algo era a Mary y no a él. Estaba muy nervioso.

—Vamos, cariño, apenas estaba consciente —insistió Sam—. Además, ya sabes cómo es Tom. Seguramente estaba preocupado por cómo lo encajaría Mary.

Paul asintió, pero noté que seguía preocupado. Yo también lo estaba. La confusión podía deberse a una falta de oxígeno en el cerebro o a un coágulo

provocado por un fallo cardíaco. El TAC no había detectado indicios de embolia, pero aun así había motivos para preocuparse.

—Ojalá hubiese estado aquí ayer —dijo Paul con el rostro visiblemente lleno de arrugas.

—No habrías podido evitarlo —dijo Sam frotándole el brazo—. No se puede hacer nada. Son cosas que pasan.

«Pero esto no debería haber pasado». No dejaba de hacerme reproches desde que me había enterado de la noticia. Si me hubiera mordido la lengua en vez de provocar a Hicks, quizás el patólogo no se habría obstinado en excluirme de la investigación. Podría haber asumido parte del trabajo de Tom, quizás incluso podría haber detectado los indicios que presagiaban la inminencia del infarto y haber hecho algo.

Pero no había sido así, y ahora Tom estaba en cuidados intensivos.

—¿Cómo está Mary? —pregunté.

—Intentando asimilarlo —dijo Sam—. Ha pasado aquí la noche. Me he ofrecido para quedarme a hacerle compañía, pero creo que prefiere estar a solas con él. Puede que más tarde llegue su hijo.

—¿Puede?

—Si se permite dejar lo que está haciendo en Nueva York —dijo Paul con amargura.

—Paul... —cortó Sam a modo de advertencia, y esbozando una sonrisa en dirección a mí añadió—: Si quieres entrar a saludar, estoy segura de que Mary te lo agradecerá.

Sabía que Tom no estaba en condiciones de recibir visitas, pero quise verlo de todos modos. Al ir a entrar, sin embargo, Paul me detuvo y me dijo:

—¿Podrás pasarte después por la morgue? Tenemos que hablar.

Le dije que sí. Al instante caí en que en ese momento él era el director en funciones del Centro de Investigación Antropológica. La promoción había llegado como un balde de agua fría.

El olor a antiséptico me asaltó nada más entrar en la zona de urgencias. El corazón se me aceleró al recordar mi convalecencia en el hospital, pero intenté no pensar en eso. Mis pasos chirriaban sobre el suelo de resina de los corredores que conducían a la unidad de cuidados intensivos donde Tom estaba ingresado. Estaba en una habitación individual. En la puerta había un ventanuco a través del cual pude ver a Mary sentada junto a la cama. Golpeé suavemente en el cristal. Al principio pareció no oírme, pero luego levantó la vista y me vio.

Parecía haber envejecido varios años desde la cena de la otra noche, pero al levantarse de la cabecera de la cama vi que su sonrisa conservaba la calidez de siempre.

—David, no hacía falta que vinieras.

—Acabo de enterarme. ¿Cómo está?

Ambos hablábamos con susurros, aunque era difícil que pudiéramos molestar a Tom. Mary hizo un gesto vago en dirección a la cama.

—El *bypass* ha salido bien. Pero está muy débil. Y existe el peligro de un segundo ataque... —Se interrumpió. Tenía los ojos húmedos y relucientes. Armándose de valor, continuó—: Pero ya sabes de qué pasta está hecho Tom. Es fuerte como un roble.

Sonreí con una tranquilidad que en realidad no sentía.

—¿Ha recobrado la conciencia en algún momento?

—No del todo. Se ha despertado hace un par de horas, pero no ha aguantado mucho. Todavía parecía confundido sobre quién está en el hospital. He tenido que decirle que yo estaba bien —dijo con una sonrisa trémula que traslucía su nerviosismo—. Ha dicho algo sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Ha pronunciado tu nombre, y eres el único David que conozco. Creo que quería que te dijese algo, pero sólo he entendido una palabra. Algo así como: «español» —dijo esperanzada—. ¿Te dice algo?

«¿Español?» Parecía una prueba más de la confusión de Tom. Intenté que la consternación no se me notara en la cara.

—No se me ocurre qué puede ser.

—Quizá no lo he entendido bien —dijo Mary con tristeza. Luego miró hacia la cama, evidentemente con la esperanza de ver si su marido volvía en sí.

—Será mejor que me vaya —dije—. Si hay algo que pueda hacer...

—Cuento contigo. Gracias. —Hizo una pausa y arrugó el ceño—. Casi se me olvida. ¿Llamaste a Tom anoche?

—¿Anoche? No. Hablé con él por la tarde, pero serían las cuatro. ¿Por qué?

—Oh, nada, supongo —dijo con un gesto vago—. Summer dice que oyó sonar su móvil antes de padecer el infarto. Me preguntaba si habías sido tú, pero da igual. No sería nada importante. —Me dio un abrazo rápido—. Le diré que has venido. Se pondrá contento.

Volví sobre mis pasos y regresé afuera. Después del opresivo silencio de la UCI, un poco de sol sabía a gloria. Levanté la cara hacia la luz y tomé una bocanada de aire fresco para liberar mis pulmones del olor a enfermedad y antiséptico. Me avergonzaba admitirlo incluso ante mí mismo, pero no podía negar que era un gran alivio volver al aire libre.

De camino al coche, pensé en las palabras de Mary. ¿Qué era lo que Tom había dicho? «Español». Cavilé intentando hallarle algún sentido para descartarlo como un síntoma más de su desorientación, pero por más que lo intenté no se me ocurrió qué podía significar ni por qué habría querido que Mary me lo comunicase.

Hasta que arranqué el coche no dejé de darle vueltas al asunto y recordé la otra cosa que Mary me había dicho.

Me preguntaba quién podía haber telefoneado a Tom a esas horas de la noche.

La sartén se ha quedado sin agua. Ves las volutas de humo que salen de ella y oyes el silbido que indica que la comida empieza a quemarse. Hasta que el humo se acumula sobre los fogones no te levantas de la mesa. El chile está negro y silba del calor. Debe de oler a rayos, pero tú no hueles nada.

Ojalá fueras igual de inmune a otras cosas.

Levantas la sartén pero la dejas caer de nuevo al quemarte la mano con el mango. «¡La hostia puta!» Con la ayuda de un trapo viejo la apartas del fogón y la acercas al fregadero. El vapor deja escapar un pitido al contacto con el agua fría. Contemplas el estropicio, aunque en verdad te da absolutamente lo mismo.

Ya nada importa.

Todavía llevas puesto el uniforme, pero ahora está arrugado y manchado de sudor. Otra pérdida de tiempo. Otro fracaso. Y eso que has estado muy cerca. Por eso te cuesta tanto digerirlo. Hiciste la llamada vigilando oculto entre las sombras, mientras el corazón te latía desbocado. Te preocupaba que los nervios pudieran delatarte, pero por supuesto no fue así. El secreto está en caer sobre ellos de improviso, en hacerles perder el equilibrio y que no puedan pensar con claridad. Todo salió según lo planeado. Fue tan sencillo que resultó casi patético.

Pasaron los minutos pero seguía sin aparecer. Entonces llegó la ambulancia. Viste impotente cómo los paramédicos entraban en el edificio y salían con aquella figura inmóvil amarrada a la camilla. Luego la introdujeron en el vehículo y partieron.

Fuera de tu alcance.

No es justo. Precisamente cuando te hallas al borde de la conquista, en la apoteosis de tu superioridad, te arrebatan el triunfo. Tantos planes, tantos esfuerzos, y ¿para qué?

Para que Lieberman te la juegue.

«¡Joder!»

Arrojas la sartén, que se estrella contra la pared dejando un rastro de agua y tiras matamoscas que oscilan de un lado para otro. Te quedas de pie con los puños apretados, jadeante y deseoso de dar rienda suelta a tu furia, porque cuando se te pase sólo quedará el miedo. Miedo al fracaso, miedo al paso siguiente. Miedo al futuro. Porque, admitámoslo, ¿qué frutos han dado el sacrificio de todos estos años? Fotografías sin valor. Imágenes que únicamente prueban lo cerca que has estado, testimonios de uno y mil fiascos.

Lágrimas de impotencia te queman los ojos. Se suponía que esta noche debía

compensar de algún modo la desesperación acumulada tras tantas decepciones vividas junto a la cubeta de revelado. Hacerte con Lieberman habría sido un descargo en ese sentido. Habrías demostrado que eres mejor que esos falsos profetas que se las dan de sabelotodos. Te merecías eso al menos, pero también te lo han arrebatado. ¿Qué te queda? Nada.

Sólo el miedo.

Te asalta una imagen de la infancia y cierras los ojos. Todavía hoy puedes sentir el horror. El frío de aquella gran sala donde todo resuena calándote los huesos mientras caminas hacia la puerta. Y entonces el hedor. Tu sentido del olfato desapareció hace años, pero aún lo recuerdas, como el hormigueo fantasmal de una extremidad amputada. Te detienes; la imagen te sobrecoge. Hileras de cuerpos pálidos e inertes, desprovistos de sangre y de vida. Sientes en el cuello la presión de la mano del viejo, indiferente a tus lágrimas.

«¿No querías ver un muerto? ¡Toma, mira! No tiene nada de especial, ¿a que no? A todos nos llegará la hora, queramos o no. A ti también. Fíjate bien, porque así terminaremos todos. Al final no somos más que carne muerta».

El recuerdo de aquella visita te provocó pesadillas durante años. Te mirabas la mano, veías los huesos y tendones recubiertos por una fina capa de piel y empezabas a notar un sudor pegajoso. Te fijabas en la gente que te rodeaba y volvías a ver los cuerpos pálidos dispuestos en hilera. A veces te veías reflejado en el espejo del baño y te imaginabas que eras uno de ellos.

Carne muerta.

Creciste con el trauma de aquella certeza. Luego, a los diecisiete años, viste cómo la vida —la luz— se extinguía en los ojos de aquella mujer agonizante.

Fue entonces cuando advertiste que, después de todo, eras algo más que carne muerta.

Fue una revelación, pero con los años cada vez se te hizo más difícil sostener aquella creencia. Te empleaste a fondo por refrendarla con pruebas, pero cada fracaso no hacía más que socavarla. Después de tanto trabajo y de tantos preparativos, después de todos aquellos riesgos, te resulta demasiado difícil encajar el fiasco de esta noche.

Te limpias los ojos y te acercas a la mesa de la cocina, donde descansa la Leica a medio desarmar. Habías empezado a limpiarla, pero incluso ese placer ha quedado reducido a cenizas. Coges el objetivo con apatía y le das vueltas en la mano.

La idea surge de la forma más inesperada.

Según va cobrando forma, te invade una gran excitación. ¿Cómo es posible que hayas pasado por alto algo tan obvio? ¡Ha estado ahí todo el tiempo, plantado ante tus narices! No deberías haber olvidado que te guía un fin más alto. Te has olvidado de lo crucial, te has dejado distraer. Lo de Lieberman estaba destinado al fracaso,

pero era necesario intentarlo.

Y es que de no ser por eso, tal vez no habrías caído en que se te está brindando una ocasión única.

Vuelves a sentir el poder y la fuerza. Piensas en lo que debes hacer. Eso es, lo notas. Todo aquello por lo que has trabajado, todos los desencantos sufridos, todo obedecía a una razón. El destino arrojó a una mujer agonizante a tus pies, y ahora ha vuelto a intervenir.

Silbando una melodía desafinada, empiezas a quitarte el uniforme. Lo has llevado puesto toda la noche. No hay tiempo de llevarlo a la lavandería, pero puedes frotarlo y plancharlo.

Para lo que te propones, necesitas lucirlo en las mejores condiciones.

El recepcionista obeso ya estaba de servicio cuando llegué a la morgue.

—¿Se ha enterado de lo del doctor Lieberman? —me preguntó. Su voz cantarina desentonaba cruelmente con su voluminosa complexión. Cuando le dije que sí pareció llevarse una decepción, chasqueó la lengua y sacudió la cabeza, meneando la papada cual si fuera de gelatina—. Es una verdadera lástima. Espero que se encuentre bien.

Yo me limité a asentir con la cabeza, validar mi tarjeta y entrar.

Como no sabía si podría quedarme o no, ni me molesté en ponerme el pijama quirúrgico.

Encontré a Paul en la sala de autopsias donde hasta entonces había trabajado Tom. Estaba examinando el contenido de una carpeta abierta sobre la mesa de trabajo, pero en cuanto entré levantó la vista.

—¿Cómo está?

—Igual.

Me indicó los documentos de la carpeta. La brillante luz de los fluorescentes acentuaba sus ojeras y hacía mucho más evidente su cansancio.

—Estaba repasando las notas de Tom. Estoy más o menos al corriente de los hechos, pero te agradecería que me ayudaras a ponerme al día.

Paul escuchó con atención mis explicaciones de por qué parecía casi incuestionable que el cuerpo hallado en el cementerio fuera el de Willis Dexter y por qué era probable que los restos exhumados en la tumba de Dexter correspondieran a los de un ladronzuelo de poca monta llamado Noah Harper. Le hablé de los dientes rosados encontrados tanto en los restos de Harper como en los de Terry Loomis, la víctima de la cabaña de montaña, y observé que parecían contradecir la hipótesis de la hemorragia en el cuerpo de este último. Cuando le dije que los hioides de ambos cuerpos estaban intactos y que hasta el momento no habíamos descubierto signos de cuchilladas en los huesos, Paul esbozó una sonrisa fatigada.

—Tiene que ser una cosa o la otra. La causa de la muerte podría ser la estrangulación o el acuchillamiento, pero no ambas. Esperemos encontrar pruebas definitivas en un sentido u otro. —Bajó la mirada a la carpeta un segundo y de pronto pareció recuperar la vitalidad—. Bien, ¿entonces estás dispuesto a continuar?

Llevaba tiempo esperando esa pregunta, pero dadas las circunstancias, el ofrecimiento no me produjo satisfacción alguna.

—Sí, pero no quiero provocar más fricciones. ¿No sería mejor que alguien me sustituyera?

Paul cerró la carpeta.

—No hace falta que seas tan diplomático. Con Tom en el hospital, nuestro

personal va a trabajar a marchas forzadas. Haré lo que pueda, pero los próximos días se prevén frenéticos. Con franqueza, creo que necesitaremos ayuda, y sería de necios dejarte al margen cuando has estado implicado de buen principio.

—¿Qué hay de Gardner?

—La decisión no es suya. Esto es la morgue, no el escenario de un crimen. Si quiere nuestra ayuda, tendrá que fiarse de nuestro criterio o buscarse a otros. Y eso es algo que no hará, y menos ahora con Tom fuera de combate e Irving secuestrado.

Al oír el nombre del profesor sentí un ligero sentimiento de culpa. Con el infarto de Tom, casi me había olvidado de él.

—¿Y qué me dices de Hicks?

A Paul se le endureció el gesto.

—Hicks puede irse al infierno.

Era obvio que no estaba de humor para hacer concesiones. Se me ocurrió que tanto el patólogo como Gardner notarían una gran diferencia con respecto a Tom a la hora de trabajar con él.

—Muy bien —dije—. Entonces ¿puedo continuar ensamblando los restos exhumados?

—Olvídate de eso por ahora. Gardner quiere confirmar si los huesos del bosque son o no los de Willis Dexter. Summer ha empezado a desembalarlos, así que por ahora ésa es nuestra prioridad.

Di media vuelta para marcharme, pero justo entonces recordé que quería preguntarle algo.

—Mary me ha dicho que Tom ha intentado comunicarle alguna cosa. Ha dicho algo así como «español». ¿Alguna idea de qué puede ser?

—¿Español? —repitió Paul perplejo—. Ni idea.

Después de eso fui a cambiarme. Paul tenía una reunión urgente con el profesorado, pero prometió volver lo antes posible. Summer estaba ya en la sala de autopsias donde se habían depositado los restos de Steeple Hill, a punto de abrir la última bolsa de pruebas de la caja.

Por alguna razón no me sorprendió ver que Kyle estaba ayudándola.

Enfrascados en su conversación, ninguno de los dos se había percatado de mi presencia.

—Hola —dije.

Summer dejó escapar un grito y, al darse la vuelta, a punto estuvo de dejar caer la bolsa.

—¡Dios santo! —dijo resoplando aliviada al ver que era yo.

—Perdón. No pretendía asustaros.

La muchacha esbozó una sonrisa temblorosa. Debajo del cabello pude ver que tenía los ojos lagrimosos y el maquillaje corrido.

—No pasa nada. Es que no le he oído. Kyle estaba echándome una mano.

El ayudante de la morgue parecía algo cohibido pero, a la vez, satisfecho de sí mismo.

—¿Cómo va eso, Kyle?

—Oh, bastante bien —dijo saludándome con la mano enguantada, la misma que se había pinchado con la aguja—. Se ha curado bien.

Si la aguja estaba infectada, tanto daba que se hubiera curado bien o no. Pero eso él también lo sabía. Si quería afrontarlo con optimismo, no iba a ser yo quien le llevara la contraria.

—Summer me estaba contando lo que le ha pasado al doctor Lieberman —dijo—. ¿Cómo está?

—Estable.

Sonaba mejor que decir que no había cambios.

Summer parecía a punto de echarse a llorar.

—Ojalá hubiera podido hacer algo más por él.

—Hiciste lo que debías —la consoló Kyle con gesto grave—. Estoy seguro de que se recuperará.

Summer le dirigió una sonrisa temblorosa. Kyle le correspondió y, tras recordar que yo también estaba ahí, dijo:

—Bueno, me marchó, Summer, te veo luego.

Summer volvió a sonreír y se le marcaron los hoyuelos.

—Hasta luego, Kyle.

«Caramba, caramba». Después de todo, quizá lo suyo acabaría cuajando.

Cuando Kyle se hubo marchado, Summer y yo terminamos de desembalar los restos. Estaba apática, sin su exuberancia habitual.

—Kyle tiene razón. Fue una suerte que estuvieras aquí anoche —le dije.

Ella sacudió la cabeza, y al hacerlo las luces del techo destellaron en sus pendientes.

—No hice nada. Me siento como si tuviera que haber hecho algo más. Debería haber intentado reanimarlo.

—Hiciste que lo llevaran al hospital a tiempo. Eso es lo importante.

—Supongo que sí. Parecía encontrarse bien. Quizás un poco cansado, pero ya está. Bromeó diciendo que iba a invitarme a una pizza por quedarme hasta tan tarde.

—En su rostro se asomó la sombra de una sonrisa—. Cuando dieron las diez me dijo que me fuera a casa. Dijo que quería comprobar algo antes de marcharse.

—¿Dijo qué era? —pregunté dejándome llevar por la curiosidad.

—No, pero supongo que tenía que ver con los restos de la cabaña. Yo fui a cambiarme y ya me iba cuando oí que le sonaba el teléfono. Ese tono tan ñoño que tiene en el móvil.

Tom le habría dicho un par de cosas al oírla calificar de «ñoño» el «Take Five» de Dave Brubeck. Yo me limité a asentir con la cabeza.

—No le hice mucho caso, pero entonces fue cuando oí el ruido en la sala de autopsias. Entré corriendo y me lo encontré en el suelo. —Sollozó y se enjugó rápidamente los ojos—. Llamé a urgencias y lo tomé de la mano y estuve hablando con él hasta que llegaron los paramédicos. Le dije que se iba a poner bien y esas cosas. No sé si podía oírme, pero es lo que se supone que hay que hacer en estos casos, ¿no?

—Hiciste lo que debías —dije para consolarla—. ¿Estaba consciente?

—No del todo, pero tampoco inconsciente. Repetía el nombre de su mujer, como si estuviera preocupado por ella. Pensé que era porque no quería que ella se preocupara al saber lo que le había pasado, así que le dije que la llamaría. Creí que sería mejor que lo supiera por mí que por el hospital.

—Seguro que fue mejor para Mary —dije, aunque sé que esta clase de noticias nunca son bienvenidas, vengan de quien vengan.

Summer sollozó otra vez y se frotó la nariz. Un mechón de pelo se le descolgó de la diadema, lo que la hacía parecer más joven de lo que era.

—Guardé sus gafas y el teléfono en el armario que hay encima de la mesa de trabajo de la sala de autopsias donde trabaja usted. Espero que no le importe; estaban en el suelo y no sabía dónde guardarlos.

Estuve a punto de decir que me aseguraría de que Mary los recibiese, pero entonces caí en un detalle.

—¿Quieres decir que estaban en el suelo de mi sala de autopsias?

—Sí. ¿No se lo había dicho? Ahí es donde se desmayó el doctor Lieberman.

—¿Y qué hacía ahí?

Había dado por hecho que Tom se encontraba en su sala en el momento del infarto.

—No lo sé. ¿Es importante? —preguntó preocupada.

Dije que no para tranquilizarla, aunque me parecía extraño: Tom estaba ensamblando el esqueleto de Terry Loomis. ¿Para qué habría ido a la otra sala, donde estaban los restos exhumados?

Seguía dándole vueltas a la cuestión mientras preparábamos el cráneo y los demás huesos encontrados en el cementerio para radiografiarlos. Pasaría una hora antes de poder tener los resultados, así que dejé que Summer empezara a limpiar los huesos y me dirigí al lugar donde Tom se había desmayado.

La sala estaba tal y como yo la había dejado. La única diferencia era que el cráneo y los huesos de mayor tamaño se encontraban sobre la mesa de examen; el resto aguardaba su turno en cajas de plástico. Permanecí ahí un rato, intentando averiguar si había algo fuera de su sitio. Si ése era el caso, no me di cuenta.

Me acerqué al armario donde Summer había guardado las gafas y el teléfono de Tom. Sin su dueño, las gafas tenían un aspecto triste y a la vez familiar. O quizás era tan sólo que proyectaba en ellas mis propias emociones.

Las deslicé en mi bolsillo superior y a punto estaba de hacer lo propio con el teléfono cuando tuve una idea. Sopesé el aparato con la mano mientras intentaba decidir si lo que me proponía hacer suponía una violación de la intimidad demasiado flagrante.

«Depende de lo que encuentres».

El aparato llevaba ahí un día entero, pero la batería todavía estaba al máximo. No me costó mucho descubrir dónde se almacenaban las llamadas recibidas. La más reciente había llegado a las 22.03 de la noche pasada, tal y como Summer había dicho.

La hora a la que Tom había tenido el infarto.

Me dije que tal vez fuera una coincidencia, que no tenía por qué haber una conexión entre ambos sucesos. Pero sólo había una forma de averiguarlo.

El número correspondía a un teléfono fijo con prefijo de Knoxville. Lo marqué en mi móvil. Tenía demasiadas dudas acerca de lo que estaba haciendo como para llamar desde el de Tom.

Aun así, vacilé. «Inténtalo. Llegados a este punto, qué más da».

Llamé.

Hubo un silencio. Al instante, oí el tono de ocupado. Contrariado, decidí colgar. Dejé pasar un minuto antes de hacer un segundo intento. Esta vez dio tono de llamada. Mientras esperaba que alguien respondiera se me aceleró el pulso.

Nadie contestó. El teléfono siguió llamando, repitiéndose con monótona regularidad. Terminé aceptando que nadie iba a descolgar y corté la llamada.

Había mil motivos por los que un número pudiera estar ocupado en un momento dado y que al siguiente nadie contestase. La persona al otro lado de la línea podría haber salido o no querer responder a una llamada desconocida. Era inútil darle vueltas.

Con todo, al salir de la sala de autopsias supe que no descansaría hasta dar con el porqué.

El resto del día estuve tan ocupado que ni me acordé de volver a marcar el número. Todavía había que limpiar los restos de Steeple Hill, aunque esa parte era relativamente sencilla: los carroñeros y los insectos les habían arrancado ya todo el tejido blando, por lo que se trataba sobre todo de desengrasarlos en una solución de detergente.

Acabábamos de introducirlos en las cubas cuando los historiales médicos de Noah Harper y Willis Dexter llegaron a la morgue. Como sabía que Gardner querría

verificar sus identidades lo antes posible, dejé que Summer terminara de limpiar y secar los huesos y me puse a trabajar en ello.

La identidad de Dexter fue la más fácil de confirmar. Las radiografías tomadas esa misma mañana del cráneo hallado en el bosque presentaban unas fracturas idénticas a las de las radiografías realizadas durante el examen post mórtem del mecánico. Lo sospechábamos, pero ahora ya era oficial: Willis Dexter no podía ser el asesino porque había fallecido en un accidente de tráfico seis meses antes.

Quedaba en el aire la cuestión de a quién pertenecía el cuerpo hallado en su tumba.

Pocas cosas hacían dudar que fuera Noah Harper, pero para estar seguros necesitábamos algo más que coincidencias superficiales como la edad o la raza. Por desgracia, no había informe post mórtem ni historial dental para usar como referencia. Si bien la erosión de las articulaciones de la cadera y el tobillo que yo había detectado en el cadáver del féretro podían explicar la característica cojera de Harper, en su historial médico no había ninguna radiografía para confirmarlo. Obviamente, dentista y seguro médico eran lujos que un ladrón de medio pelo no podía permitirse.

Si al final logramos identificar a Harper fue gracias a las fracturas de infancia en el húmero y el fémur. De éstas sí había radiografías, y aunque el esqueleto estuviera envejecido y gastado, las líneas de falla producidas por el cierre de los huesos permanecían inalterables.

Para cuando hube confirmado las identidades de ambos conjuntos de restos, empezaba a ser tarde. Summer se había marchado un par de horas antes y Paul había llamado diciendo que la reunión se había alargado, por lo que al final no le daría tiempo a volver a pasar por la morgue. Sus prioridades estaban muy claras: volver a casa con su mujer encinta en vez de trabajar a deshoras. «Un hombre sabio».

Me hubiera gustado seguir trabajando, pero el día había sido agotador, tanto emocional como físicamente. Aparte, no había comido nada desde el desayuno. Por más que quisiera recuperar el tiempo perdido, el modo de conseguirlo no era muriendo de inanición.

Después de cambiarme llamé a Mary para saber cómo se encontraba Tom, pero tenía el teléfono apagado, así que supuse que todavía debía de estar con él. Llamé directamente a cuidados intensivos, donde una amable enfermera me informó de que seguía estable, es decir que no había habido cambios. Cuando estaba a punto de guardar el teléfono, me acordé del número que había copiado del móvil de Tom.

En todo ese rato no había vuelto a pensar en él. Tras desearle buenas noches al anciano negro que estaba de turno en la recepción, me dirigí hacia la salida de la morgue y volví a llamar.

El número estaba ocupado.

Por lo menos, aquello quería decir que había alguien en casa. Empujé las pesadas puertas de cristal y salí del edificio. La noche empezaba a caer sobre el recinto del hospital, esparciendo un brillo dorado sobre el cielo vespertino. Volví a intentarlo. Esta vez se oyó el tono de llamada. Reduje el paso, esperando que alguien contestase. «Vamos, descuelga».

Nadie descolgó. Frustrado, terminé la llamada. Al apartarme el móvil del oído, percibí una suerte de eco distante.

Un teléfono estaba sonando.

Dejó de sonar antes de que pudiera saber de dónde provenía. Esperé, pero no se oía más que el trino de los pájaros y el lejano rumor del tráfico. Convencido de estar dándole más importancia de la cuenta a algo que con toda probabilidad no era más que una coincidencia, marqué el número de nuevo.

Un timbre solitario quebró el silencio del atardecer.

A unos treinta metros, medio oculta tras unas matas sin podar, había una cabina de teléfono. No había nadie usándola. Como no acababa de creermelo que aquello no fuera pura casualidad, corté la llamada. El timbre cesó.

Volví a marcar mientras me dirigía hacia la cabina. El teléfono comenzó a sonar de nuevo. El timbre aumentó de volumen, medio tiempo por detrás del que sonaba en el auricular de mi móvil. Esta vez esperé a encontrarme a pocos pasos antes de colgar.

Se hizo el silencio.

Se trataba de una cabina abierta, expuesta a los elementos. Las matas habían crecido alrededor de tal modo que la cabina casi se confundía con el ramaje. Entonces comprendí por qué cada vez que llamaba me daba ocupado o no respondía nadie. Los hospitales son de los pocos lugares donde todavía hay teléfonos públicos; desde ellos los visitantes llaman a sus familiares o solicitan un taxi. Sin embargo, nadie se molestaría en descolgar si oyera sonar uno.

Entré en la cabina sin tocar el teléfono. Era indudable que alguien había telefoneado a Tom desde ahí la noche anterior, pero no acertaba a comprender por qué. No hasta que eché un vistazo al camino por el que había llegado. Entre las enmarañadas ramas de los matorrales se veía perfectamente la entrada de la morgue.

Y a todo el que saliera.

—Entonces cree que el asesino telefoneó al doctor Lieberman anoche.

La voz de Jacobsen no delataba inflexión alguna, de modo que me era imposible saber qué opinión le merecía la idea.

—Sí, creo que es posible —dije.

Estábamos en el restaurante de mi hotel; delante de mí, las sobras de la cena se enfriaban en el plato. Había llamado a Gardner desde el hospital tras buscar su número en la agenda del móvil de Tom. Como preveía que se mostraría escéptico, me había preparado toda una batería de argumentos. Lo que no había previsto era que no contestase y tener que confiarle mis explicaciones al buzón de voz.

En vez de entrar en detalles, me limité a decir que cabía considerar la posibilidad de que el asesino se hubiera puesto en contacto con Tom y dejé recado de que me devolviera la llamada. Supuse que el agente del TBI querría inspeccionar la cabina en persona, o incluso procesarla en busca de huellas dactilares, aunque considerando que había seguido en uso durante veinticuatro horas, sería difícil encontrar gran cosa.

No tenía sentido esperar ahí a que Gardner oyera mi mensaje y se decidiera a llamarme, así que para no sentirme estúpido fui a buscar mi coche y regresé al hotel.

Pasó casi una hora hasta que alguien se puso en contacto conmigo. Cuando sonó el teléfono acababa de pedir la cena. No era Gardner, sino Jacobsen. Me preguntó cuál era el número que había copiado del teléfono de Tom y me pidió que esperase. La línea quedó en silencio; supuse que estaría comunicándole la información a Gardner. Cuando descolgó de nuevo, me dijo que se reuniría conmigo al cabo de media hora.

Todavía no habían transcurrido los treinta minutos cuando la vi entrar en el restaurante. Aparté el plato; de pronto había perdido el apetito. Jacobsen vestía un traje chaqueta negro con una falda entallada que al caminar dejaba oír el roce de la tela. Podía haber pasado por una joven ejecutiva de no ser porque al sentarse vi la pistola que llevaba bajo la chaqueta. No me dio explicaciones de por qué no me había llamado Gardner en persona, pero podía imaginarme el motivo.

No quiso nada de comer ni de beber; en vez de ello, escuchó sin hacer comentarios mientras yo le explicaba con más detenimiento las circunstancias de la llamada recibida por Tom.

Enseguida deseé no haberlo hecho.

—¿Tiene aquí el teléfono del doctor Lieberman?

Lo saqué de la chaqueta y se lo entregué. Me lo había guardado en el bolsillo en el último momento, antes de salir de la habitación. Por si acaso.

—¿Se sabe algo de Irving? —pregunté mientras Jacobsen revisaba el registro de llamadas entrantes de Tom.

—Todavía no. —Era evidente que no iba a decirme más. Se copió el número en su teléfono y a continuación lo guardó sin hacer ningún comentario—. ¿Qué lo ha impulsado a examinar el teléfono del doctor Lieberman?

—Tenía curiosidad por saber quién le había telefoneado. Me preguntaba si podía tener algún tipo de relación con el infarto.

—¿No se le ha ocurrido que podía estar violando su intimidad? —preguntó con gesto inescrutable.

—Por supuesto, pero dadas las circunstancias no creo que a Tom le importe.

—En cualquier caso, no se ha molestado en pedirle permiso a nadie para hacerlo.

—¿A quién iba a pedírselo? ¿Qué debía hacer, llamar a su mujer, que está velándolo en el hospital?

—Pensaba más bien en Dan Gardner.

—Claro, porque él valora mucho mis opiniones...

Su sonrisa pareció pillarla tan de sorpresa como a mí. Toda su cara entera se iluminó, y sus facciones cambiaron su atractivo austero por un encanto digno de portada de revista. Al instante desapareció, y lamenté que no hubiese durado un poco más.

—Sólo son conjeturas —continuó, recuperando su talante profesional, aunque quizá no con tanta firmeza como antes—. Cualquiera podía haber hecho esa llamada.

—¿Desde una cabina justo a las puertas de la morgue? ¿A esas horas de la noche? No dijo nada.

—¿Han dicho los doctores cuándo podrá volver a hablar el doctor Lieberman?

—No, pero me imagino que todavía tardará un tiempo.

La conversación se interrumpió cuando la camarera vino a retirar mi plato y a ofrecerme la carta de los postres.

—Oiga, voy a pedir un café. ¿Por qué no me acompaña? —pregunté.

Jacobsen vaciló y consultó el reloj. Era la primera vez que detectaba en ella un atisbo de cansancio.

—Quizás un café rápido.

Pidió un café con leche largo de café y con espuma.

—¿Seguro que no le apetece nada más? —pregunté.

—Me basta con el café, gracias —respondió como si se arrepintiera de concederse incluso ese pequeño capricho. El nivel de glucosa de Jacobsen debía de ser comparable sólo con el de su disciplina.

Por acuerdo tácito dejamos la discusión en el aire mientras la camarera nos traía los cafés. Los dedos de Jacobsen repiqueteaban sin cesar sobre el banco en el que estábamos sentados. Llevaba las uñas cortas y sin pintar.

—¿Es usted de Knoxville? —pregunté para romper el silencio.

—De un pueblecito cerca de Memphis. Dudo que lo conozca.

Era evidente que, si dependía de ella, tampoco iba a conocerlo. Hice un segundo intento mientras la camarera nos servías las tazas.

—¿Qué la llevó a estudiar psicología?

Se encogió de hombros. Me pareció un gesto rígido y forzado.

—Era lo que me interesaba. Quería ser psicóloga.

—Pero entró en el TBI. ¿Cómo fue eso?

—Era un trabajo con posibilidades.

Dio un sorbo a su café, zanjando el tema. «Menuda forma de intimar». Pensé que no tenía mucho sentido preguntarle si estaba casada o tenía pareja.

—Retomando la conversación, supongamos que tiene razón en cuanto a la procedencia de la llamada —dijo, bajando la taza—. ¿Qué pretendía con ello? No estará sugiriendo que alguien le provocó el infarto al doctor Lieberman de forma deliberada.

—No, claro que no.

—Entonces ¿por qué lo hizo?

He ahí la cuestión.

—Para que saliera. Creo que Tom iba a ser la siguiente víctima.

Jacobsen sólo se permitió exteriorizar su sorpresa mediante un leve parpadeo.

—Continúe.

—Justo después del infarto, Tom parecía confuso, estaba convencido de que a Mary le había ocurrido algo. En el hospital tuvieron que insistirle en que su mujer se encontraba bien. Atribuyeron esa confusión al infarto, pero supongamos que no es ése el motivo. Supongamos que alguien le telefoneó diciendo que su mujer había sufrido un accidente.

—Para que saliera a buscarla —dijo Jacobsen arrugando el entrecejo.

—Exacto. Cuando uno recibe una llamada de ese tipo pierde el mundo de vista. No se preocupa de tomar precauciones ni de no ir solo a buscar el coche. Lo deja todo y se va. —Yo lo sabía muy bien. Todavía me rondaba el recuerdo de la voz del policía que me llamó para decirme que mi mujer y mi hija habían tenido un accidente—. A esa hora de la noche el hospital está casi desierto, y desde la cabina donde hicieron la llamada se ve perfectamente la entrada de la morgue. La persona que llamó habría visto salir a Tom.

—¿Por qué no esperar a que terminase de trabajar?

—Porque si alguien tenía planeado asaltar o secuestrar a Tom, no podría arriesgarse a que saliera acompañado. Era la forma de elegir el momento y de asegurarse que estaría solo e indefenso.

Jacobsen seguía sin estar convencida.

—Para eso deberían haber obtenido antes el número de móvil del doctor Lieberman.

—Tom no es muy cauto en ese sentido. Cualquiera podría haberlo obtenido de su secretaria de la universidad.

—De acuerdo, pero el doctor Lieberman no ha hecho nada para llamar la atención como el profesor Irving. ¿Por qué ir a por él?

—No tengo ni idea —admití—. Pero usted misma dijo que la persona que está detrás de todo esto tiene una muy elevada opinión de sí misma. Quizá crea que para obtener la atención que se merece no basta con un mecánico y un ladrón de tres al cuarto.

—Es posible —concedió pasado un momento—. Quizá se esté volviendo ambicioso. Pero si lo que buscaba era una víctima ilustre, el profesor Irving debería haber saciado su apetito.

—A menos que Tom hubiera sido su objetivo desde el principio.

Sabía que era un tiro al aire. Jacobsen frunció el ceño.

—No hay pruebas que respalden esa idea.

—Lo sé —concedí—. Pero he estado pensando en todo lo que el asesino ha hecho hasta el momento. Descomposiciones aceleradas, dientes de cerdo en lugar de dientes humanos, víctimas con causas de muerte excluyentes entre sí. Todo hace pensar que su plan era causar dolores de cabeza a los antropólogos forenses. Y ahora vemos que por poco Tom se convierte en su última víctima. ¿No considera plausible que el asesino tuviera esto en mente desde el principio?

Jacobsen seguía mostrándose escéptica.

—El doctor Lieberman no es el único antropólogo forense que colabora con el TBI. Nadie podía saber si iba a participar en esta investigación.

—Puede que el asesino le hubiera echado el ojo a cualquiera que participase en ella, no lo sé. De todos modos no es ningún secreto que Tom suele ser el primero en la lista del TBI, como tampoco lo era que tenía pensado jubilarse a finales de este mismo año. —«Incluso más pronto». Intenté no pensar en los frustrados planes de Tom y Mary y continué—: ¿Y si el asesino vio en ello la última oportunidad de medirse con uno de los mejores expertos forenses del país? Sabemos que lo dispuso todo para que el cuerpo de Terry Loomis fuera encontrado justo cuando expirara el alquiler de la cabaña, y Tom había regresado de un viaje de un mes la semana anterior. Eso significa que el asesino alquiló la cabaña un día o dos después del regreso de Tom. ¿También esto le parece una coincidencia?

Por el gesto hosco de Jacobsen supe que había ido demasiado lejos.

—¿No cree que está sacando las cosas de quicio?

Suspiré. Ni yo mismo estaba ya muy seguro.

—Puede. Pero a fin de cuentas nos las vemos con alguien capaz de introducir agujas hipodérmicas en un cadáver seis meses antes de hacer que lo exhumen. Comparado con eso, comprobar la fecha de regreso a la ciudad de su próxima víctima

es un juego de niños.

Jacobsen guardó silencio. Mientras ella sacaba sus propias conclusiones, yo tomé un sorbo de café.

—Una hipótesis algo atrevida tratándose de una simple llamada telefónica —dijo por fin.

—Sí —concedí.

—Aunque supongo que vale la pena tomarla en consideración.

Sentí aliviarse en mí una tensión de la que hasta entonces no había sido consciente. No sabía si obedecía a los ánimos renovados ante el hallazgo de una posible pista o a un sentimiento de gratitud por haber sido tomado en serio.

—Entonces ¿van a buscar huellas en la cabina?

—Los forenses ya están ahí, aunque después de veinticuatro horas dudo mucho que encuentren algo. —Jacobsen torció los labios al ver mi cara de sorpresa—. No creería que íbamos a hacer caso omiso de un descubrimiento como éste, ¿no?

Por suerte no tuve que responder porque su teléfono empezó a vibrar sobre la mesa.

—Discúlpeme —dijo al tiempo que respondía la llamada.

Mientras ella salía para hablar, yo acabé de tomarme el café. No me había sentido tan bien en todo el día. La observé a través de las puertas de cristal; ignoraba de qué debía de estar hablando, pero parecía concentrada en la conversación. La charla duró poco. Menos de un minuto más tarde, volvió adentro. Supuse que se disculparía y se marcharía, pero en lugar de eso volvió a sentarse a la mesa.

No hizo alusión alguna a la llamada, pero me pareció algo más fría. La distensión que creía haber detectado poco antes se había evaporado.

Giró un poco el asa de su taza de café y volvió a depositarla en el platito.

—Doctor Hunter... —empezó a decir.

—Llámeme David.

Eso pareció cogerla de improviso.

—Verá, hay algo que debería saber...

Esperé a que continuara, pero no lo hizo.

—¿Qué?

—No es importante. —Fuera lo que fuese lo que había estado a punto de decirme, lo reconsideró. Dirigió los ojos al vaso de cerveza medio vacío que la camarera no había retirado todavía—. Disculpe la pregunta, pero ¿le conviene beber alcohol? Me refiero a su salud.

—¿Mi salud?

—Su herida —dijo inclinando la cabeza con ademán burlón—. Por si no lo sabía, hemos indagado un poco sobre usted.

Me di cuenta de que tenía la taza en la mano. La deposité con cuidado en el

platito.

—No lo había pensado. Y en cuanto al alcohol, me apuñalaron, no estoy embarazado.

Sus ojos grises se clavaron en mí.

—¿Se siente incómodo hablando de esto?

—Hay temas más agradables.

—¿Recibió terapia tras el ataque?

—No, y no pretendo empezar ahora, gracias.

—Lo había olvidado —dijo enarcando una ceja—. Usted desconfía de los psicólogos.

—No es que desconfíe. Lo que pasa es que no creo que hablar de algo sea la mejor forma de superarlo, eso es todo.

—Ustedes y su flema inglesa.

Me limité a mirarla. Empezaba a notar el palpito de la sangre en las sienas.

—Su atacante no ha sido detenida, ¿verdad? —preguntó un instante después.

—No.

—¿Le preocupa que pueda volver a intentarlo?

—Procuro que no me quite el sueño.

—Pero se lo quita, ¿no es así?

Me di cuenta de que tenía los puños apretados debajo de la mesa. Cuando los abrí estaban sudados.

—¿Adónde quiere llegar?

—Mera curiosidad.

Nos quedamos mirándonos. Por alguna razón me sentía tranquilo, como si hubiera dejado atrás un umbral.

—¿Por qué intenta provocarme?

En ese momento su mirada flaqueó.

—Yo sólo...

—¿Le ha dicho Gardner que haga esto?

No sé qué me movió a hacerle aquella pregunta, pero al ver que apartaba la mirada supe que había acertado.

—Por Dios bendito, ¿de qué va esto? ¿Me está pasando revista?

—Por supuesto que no —dijo sin mucha convicción. Ahora era ella la que evitaba mi mirada—. Dan Gardner sólo quería asegurarse de su estado mental, sólo eso.

—¿Mi estado mental? —dije soltando una carcajada incrédula—. Me apuñalan, rompo con mi chica, uno de mis más viejos amigos está en el hospital y todos ustedes parecen tomarme por un incompetente. Mi estado mental está de fábula, gracias.

En las mejillas de Jacobsen asomó un ligero rubor.

—Disculpe si le he ofendido.

—No estoy ofendido, lo que estoy es... —Pero no sabía qué estaba—. Hablando de todo, ¿dónde está Gardner? ¿Por qué no ha venido?

—Está ocupado con otro asunto en estos momentos.

No sabía qué me irritaba más, que creyera necesario poner a prueba mi cordura o el hecho de que no se hubiera dignado a venir él en persona.

—De todos modos qué más da. Esto se ha acabado.

El sonrojo empezaba a remitir en sus mejillas. Se quedó mirando su café pensativa, acariciando distraídamente el borde de la taza con un dedo.

—Ha ocurrido algo en Steeple Hill —dijo.

Esperé. Sus ojos grises se cruzaron con los míos.

—York ha desaparecido.

A la vista de las ventanas encendidas y los vehículos del TBI aglomerados en la entrada, la casa de York tenía todo el aspecto de un decorado de cine surrealista. El domicilio se encontraba en el recinto de Steeple Hill, separado del cementerio mediante una cerca que pasaba por el pinar. Al igual que el edificio de la funeraria, consistía en un bloque de planta baja rectangular hecho en hormigón y vidrio que pretendía, sin mucho éxito, recrear en el profundo sur el estilo modernista californiano de los cincuenta. En tiempos debió de ser un edificio vistoso. Pasados los años, había sido engullido por las copas oscuras de los árboles y resultaba más bien triste y decadente.

Una senda mal pavimentada, con las losetas atestadas de hierbajos, conducía hasta la puerta principal. La cinta policial que sellaba la entrada añadía un extraño toque festivo, aunque la impresión se diluía nada más ver a los técnicos forenses que registraban el lugar, vestidos de blanco como fantasmas. En uno de los lados de la casa, atravesando un parterre de césped sin cuidar, había un tramo de asfalto que llevaba hasta el garaje. La puerta estaba levantada y en su interior se veía el suelo salpicado de manchas de aceite, pero ningún coche.

El vehículo había desaparecido junto con el dueño.

Jacobsen me había puesto al corriente de la situación por el camino.

—No considerábamos que York pudiera ser sospechoso del homicidio, de lo contrario lo habríamos detenido antes. —Hablaba a la defensiva, como si lo ocurrido fuera culpa suya—. Hasta cierto punto responde al clásico perfil del asesino en serie: mediana edad, soltero, solitario; su arrogancia, además, es un rasgo típicamente narcisista. Sin embargo, no tiene antecedentes, ni siquiera constan delitos de juventud. Ningún esqueleto guardado en el armario. Aparte de pruebas circunstanciales, no hay nada que lo relacione con las muertes que estamos investigando.

—Las pruebas circunstanciales me parecen bastante rotundas —comenté.

En el coche estaba demasiado oscuro como para ver si se sonrojaba, pero casi tuve la certeza de que sí.

—Eso presupone admitir que York se ha incriminado deliberadamente al dirigir nuestros pasos hacia la funeraria. No sería la primera vez que ocurre algo así, pero la historia del trabajador temporal parece cierta. Hemos encontrado a otro antiguo empleado que afirma recordar a Dwight Chambers. Todo empezaba a indicar que Chambers era el verdadero sospechoso.

—Entonces ¿por qué detener a York?

—Porque manteniéndolo bajo arresto por delitos contra la salud pública dispondríamos de más tiempo para interrogarlo —dijo Jacobsen, que parecía

incómoda—. Aparte de eso, parecía haber ciertas... ventajas en adoptar una actitud proactiva.

«Detener a un cualquiera siempre es mejor que no detener a nadie». La política y las relaciones públicas son iguales en todas partes.

Sólo que York no había esperado a que lo arrestasen. Los agentes del TBI que esa tarde habían ido a detenerlo no habían hallado el menor rastro de él ni en el cementerio ni en su domicilio. El coche tampoco estaba, y, al forzar la puerta de la casa, los agentes habían hallado signos de huida apresurada.

Aparte de restos humanos.

—Los habríamos descubierto antes de no ser por un follón con el papeleo — admitió Jacobsen—. La orden de registro original sólo cubría la funeraria y el recinto, pero no la residencia privada de York.

—¿Los restos son recientes? —pregunté.

—Creemos que no, pero Dan prefiere que los vea usted mismo.

Eso último me sorprendió aún más que la desaparición de York. Paul, por lo visto, no estaba disponible. Sam había pasado mala noche. Habían creído que estaba de parto, y aunque había sido una falsa alarma, no estaba dispuesto a dejarla sola.

De modo que le había sugerido a Gardner que se pusiera en contacto conmigo.

Cuando hablé con Paul parecía hecho polvo y con los nervios destrozados. No es que desconfiase de Jacobsen, pero no quería proceder sin antes consultar con él.

—Le he dicho a Gardner que iré a echar un vistazo mañana a primera hora, pero que si quiere una opinión esta noche debería hablar contigo. Espero que no te importe —dijo.

Le dije que no, sólo que me extrañaba que Gardner hubiera aceptado. Paul dejó escapar una risa amarga.

—No tenía mucha elección.

Era evidente que no le perdonaba a Gardner que hubiera cerrado filas con Hicks en contra de Tom. Paul era demasiado profesional para dejar que sus sentimientos personales interfirieran en la investigación, aunque eso no significaba que no pudiera apretarles un poco las tuercas.

Me pregunté qué pensaría Gardner al respecto.

Jacobsen no se quedó en Steeple Hill. Después de dejarme ahí se fue a supervisar el trabajo de los forenses en la cabina. Me dijeron que fuera a una furgoneta a cambiarme y luego me dirigí hacia la casa.

Gardner estaba delante de la puerta principal hablando con una mujer de pelo canoso vestida con un peto blanco. Llevaba chanclos y guantes. Al verme llegar me miró, pero no interrumpió la conversación.

Me quedé esperando al final de la senda.

Tras darle unas últimas instrucciones a la agente de blanco, Gardner vino por fin

hacia mí. Ninguno de los dos dijimos nada. Su malhumor casi podía palpase, pero fuera lo que fuese lo que estaba pensando se lo guardó para sí. Me saludó con un ligero movimiento de cabeza y dijo:

—Es arriba.

La distribución de la casa seguía los cánones del estilo de la época, con los dormitorios en la planta baja y el resto de la vivienda en el primer piso. Las paredes y techos que una vez fueran blancos, ahora tenían un tono amarillento, fruto del humo de tabaco acumulado durante años, y la misma pátina ocre cubría puertas y muebles como si fuera una capa de grasa. Por debajo del penetrante olor a tabaco podía detectarse un tufo mohoso procedente de las alfombras viejas y las sábanas sin lavar.

El desorden provocado durante el registro acentuaba el abandono y el deterioro del lugar. Los técnicos forenses vaciaban cajones y armarios para examinar hasta el último detalle de la vida de York. Mientras subíamos las escaleras, noté que todas las miradas convergían en mí. En el ambiente flotaba la impaciencia típica de los escenarios del crimen donde ha tenido lugar un descubrimiento importante, pero también había un componente de simple curiosidad.

Por lo visto, se había corrido la voz de que habían vuelto a admitirme.

Gardner me condujo por una escalera con las esquinas cubiertas de polvo. El piso superior constaba de un solo espacio compuesto de cocina, comedor y salón. Los accesorios eran casi todos originales: las estanterías y armarios de cristal esmerilado parecían sacados de un prospecto del sueño americano de los años cincuenta.

El mobiliario, sin embargo, era un popurrí de las décadas subsiguientes. Una nevera medio oxidada ronroneaba ostensiblemente en la cocina, y sobre la mesa rayada del comedor colgaba una araña de imitación con bombillas en forma de vela. El centro del salón lo ocupaba un sillón de cuero con demasiado relleno; los cojines rasgados estaban remendados con cinta aislante. Frente al sillón había un descomunal televisor de pantalla plana que debía de ser el único electrodoméstico nuevo de la casa.

Ahí también había forenses. La casa era un puro caos, aunque se hacía difícil decir en qué medida se debía a la investigación y en qué a las costumbres personales de York. Por el suelo había ropa esparcida y cajas de cachivaches y revistas viejas encontradas en los armarios. El fregadero y la barra de la cocina estaban ocultos bajo una montaña de platos sucios, y aquí y allá se veían cajas de comida para llevar que York debía de haber dejado tiradas.

Varios miembros del equipo dejaron lo que estaban haciendo para ver como Gardner me acompañaba hasta el fondo de la sala. Reconocí al corpulento Jerry, a gatas en el suelo rebuscando entre los cajones de un viejo aparador. Levantó la mano en señal de saludo.

—¿Qué tal, jefe? —Por el movimiento de los carrillos en torno a la mascarilla vi

que mascaba chicle de forma enérgica—. Bonito lugar, ¿eh? Échele un vistazo a la colección de películas. El paraíso del porno, todo por orden alfabético. Al elemento este le hacía falta salir más a menudo.

Gardner se llegó hasta un hueco junto al fregadero.

—Si es que todavía siguen ahí cuando hayáis terminado. —Hubo risas, pero no me quedó muy claro que estuviera bromeando—. Por aquí.

El hueco daba a una despensa cuya puerta había sido calzada. Los agentes habían extraído el contenido y lo habían dejado en el suelo: cajas de loza desportillada, un cubo de plástico agrietado, una aspiradora de vapor rota. Uno de los agentes se agachó junto a una caja de cartón que contenía material fotográfico antiguo: una cámara réflex de lente única que había visto días mejores, un flash y un fotómetro antiguos y viejas revistas de fotografía con las páginas descoloridas y arrugadas.

Uno o dos metros más allá, apartada del resto de artilugios en una zona despejada del polvoriento linóleo, había una maleta abollada.

La tapa estaba entreabierta, como si su contenido fuera demasiado voluminoso para ella. Gardner se quedó mirándola, pero sin intención de acercarse.

—La hemos encontrado en la despensa. Cuando hemos visto lo que contenía la hemos apartado hasta que alguien pudiera echarle un vistazo.

Parecía demasiado pequeña para meter en ella a un ser humano. Por lo menos a un adulto, aunque sabía muy bien que eso no quería decir nada. Años atrás me habían llamado para examinar el cuerpo de un adulto que había sido embutido en un bolsón aun más pequeño que aquél. Tenía las extremidades dobladas sobre sí mismas, los huesos rotos y retorcidos en una postura imposible hasta para el contorsionista más avezado.

Me agaché junto a ella. El cuero negro estaba rayado y gastado, pero no se veía el moho ni las manchas que habrían sido de esperar en caso de que en su interior se hubiera descompuesto un cuerpo. Eso encajaba con lo que había dicho Jacobsen: los restos no eran recientes.

—¿Puedo echar una ojeada? —pregunté a Gardner.

—Para eso ha venido.

Haciendo caso omiso de su tono cáustico, alargué la mano hacia la tapa, consciente de ser el centro de todas las miradas.

La maleta estaba llena de huesos. Un simple vistazo bastó para confirmar que eran humanos. Había lo que parecía ser una caja torácica al completo y, encima, un cráneo con la característica sonrisa de su mandíbula intacta. Al verlo me pregunté si el comentario de Jacobsen había sido intencionado: «Ningún esqueleto guardado en el armario».

Allí había uno.

Los huesos tenían el mismo color de tabaco que las paredes, si bien en este caso

la causa no parecía ser el humo de cigarrillo. Estaban limpios, sin rastro alguno de tejido blando. Me acerqué un poco más y olfateé, pero aparte del cuero húmedo de la maleta no se percibía ningún olor.

Tomé una de las costillas de encima del montón. Estaba combada como un arco en miniatura. En un par de puntos encontré unas láminas traslúcidas medio desprendidas de la superficie, como pequeñas escamas de pez.

—¿Noticias de York? —pregunté mientras las examinaba.

—Seguimos buscándolo.

—¿Creen que ha desaparecido por propia iniciativa?

—Si lo que quiere decir es si es posible que lo hayan secuestrado como a Irving, la respuesta es no. Irving no se llevó el coche ni hizo la maleta antes de desaparecer —dijo Gardner secamente—. Y bien, ¿qué puede decirme sobre esto?

Volví a dejar la costilla donde estaba y levanté el cráneo. Los huesos repicaron casi con musicalidad al moverse de lugar.

—Son de mujer —dije mientras le daba la vuelta al cráneo en mi mano—. La estructura ósea es demasiado delicada para corresponder a un hombre. Y la muerte no es reciente.

—Dígame algo que no sepa.

—Muy bien —asentí—. Para empezar, no la asesinaron.

Fue como si hubiera afirmado que la tierra es plana.

—¿Qué?

—No estamos ante una víctima de asesinato —repetí—. Fíjese en el tono amarillento de los huesos. Es producto del tiempo. Cuatro o cinco décadas, al menos. Quizá más. Como puede ver, le han aplicado algún tipo de estabilizador que ahora empieza a descascarillarse. Estoy casi seguro de que es laca, y hace años que no se usa. Además, mire esto...

Le enseñé una pequeña perforación practicada en la coronilla del cráneo.

—Aquí iba alguna clase de gancho para colgarlo. Lo más probable es que procediera de un laboratorio o que perteneciera a un estudiante de medicina. Hoy en día ya no se utilizan esqueletos reales, sino modelos de plástico, pero de vez en cuando todavía se encuentra alguno.

—Conque un esqueleto médico —dijo Gardner sin apartar los ojos del cráneo—. ¿Y qué coño pinta aquí?

Volví a guardar el cráneo en la maleta.

—York dijo que su padre había fundado Steeple Hill en los años cincuenta. Puede que fuera suyo. Sin duda es de esa época.

—La madre que me parió —dijo hinchando los carrillos—. De todos modos, quisiera que Paul Avery le echara un vistazo.

—Como quiera.

Supongo que Gardner ni siquiera se dio cuenta del desprecio que aquello implicaba hacia mí. Con una última mirada de asco a la maleta, se fue hacia la escalera. Tras cerrar la tapa de la maleta, me fui con él.

—Hasta luego, jefe —dijo Jerry, mascando todavía—. Otro viajecito en balde, ¿eh?

Al pasar junto al aparador me paré a observar unas fotografías de familia enmarcadas, una historia visual de la vida de York. Los retratos de estudio alternaban con las instantáneas de vacaciones, cuyos colores veraniegos habían quedado algo desvaídos. York aparecía en la mayoría: un muchacho sonriente en pantalón corto a bordo de un barco, un adolescente de aspecto apocado. En la mayoría de las imágenes aparecía junto a él una mujer mayor de aspecto afable que debía de ser su madre. En algunas, los acompañaba un individuo alto y bronceado con sonrisa de hombre de negocios a quien tomé por el padre de York. Como no aparecía en muchas, supuse que sería el autor del resto de las fotografías.

En las más recientes, sin embargo, aparecía solamente la madre de York, una réplica cada vez más contraída y encorvada de sí misma de joven. En la última se la veía posando a orillas de un lago con su joven hijo, frágil y gris, pero todavía sonriente.

Después de ésta no había ninguna más.

Alcancé a Gardner ya al final de la escalera. Hasta el momento no se había referido a la llamada telefónica que Tom había recibido la noche anterior, sin que yo supiera muy bien si era porque no lo consideraba relevante o tan sólo porque no le apetecía admitir que mi iniciativa había sido acertada. Por mi parte, yo no estaba dispuesto a marcharme sin sacar el tema.

—¿Le ha comentado Jacobsen lo de la cabina telefónica? —pregunté mientras recorríamos el pasillo.

—Sí, me lo ha comentado. Estamos en ello.

—¿Y qué pasa con Tom? Si la llamada tenía como intención hacerlo salir, podría ser que todavía estuviera en peligro.

—Le agradezco la observación —dijo con sarcástica frialdad—. Tomo nota.

Aquello fue la puntilla. Era tarde y estaba cansado.

—Mire —dije parándome en medio del pasillo—, yo no sé cuál es su problema, pero puesto que me ha hecho venir hasta aquí, ¿le importaría tener al menos un poco de educación?

Gardner dio media vuelta y me lanzó una mirada hosca.

—Lo he mandado venir porque no tenía otra maldita alternativa. Fue Tom quien lo metió en esta investigación, no yo. Y disculpe si mis modales no son de su agrado, pero por si no se había dado cuenta, ¡estoy intentando atrapar a un asesino en serie!

—¡Me parece estupendo, pero no soy yo! —espeté.

Nos quedamos mirándonos. Estábamos junto a la puerta principal y a través de ésta pude ver que los agentes del exterior nos estaban mirando. Pasado un instante, Gardner respiró hondo y bajó la mirada al suelo. Le costó horrores pero mantuvo la compostura.

—Para su información, en cuanto lo he sabido he ordenado reforzar la seguridad de Tom —dijo modulando con cuidado la voz—. Pura precaución. Aunque usted tuviera razón en lo de la llamada, dudo que el autor intente nada mientras Tom esté hospitalizado. Pero no quiero correr riesgos.

No era exactamente una disculpa, pero me pareció suficiente. Lo principal era que Tom estuviese a salvo.

—Gracias —dije.

—No se merecen —respondió, no sé si con sorna—. Y ahora, si eso es todo, doctor Hunter, haré que lo lleven de vuelta a su hotel.

Me disponía a marcharme, pero todavía no había alcanzado los peldaños de la entrada cuando alguien llamó a Gardner desde el interior de la casa.

—¡Señor! Debería echarle un vistazo a esto.

Un agente vestido con un peto sucio de gasóleo y polvo acababa de asomarse por una de las puertas del pasillo. Gardner me miró y yo adiviné lo que estaba pensando.

—No se marche todavía.

Se adentró en el corredor y cruzó la puerta. Tras un breve titubeo, fui con él. No pensaba quedarme ahí de pie como un colegial a la puerta del despacho del director hasta que Gardner decidiera si me necesitaba o no.

La puerta era un acceso interior al garaje. El aire olía a gasóleo y humedad. Una bombilla desnuda derramaba su débil luz por el garaje, reforzada por el intenso brillo de unos reflectores. El lugar estaba tan abarrotado de cosas como el resto de la casa: cajas de cartón dobladas, material de acampada mohoso y utensilios de jardín medio oxidados estaban repartidos por el suelo de hormigón que hasta poco antes había ocupado el coche de York.

Gardner y el agente estaban junto a un viejo archivador de acero. Uno de los cajones estaba abierto.

—... en el fondo, debajo de unas revistas viejas —decía el agente—. Al principio he pensado que serían simples fotografías, pero luego me he fijado mejor.

Gardner estaba examinándolas.

—Dios bendito.

Parecía desconcertado. El agente dijo algo más, pero no le presté atención. Había visto ya qué era lo que habían encontrado.

Se trataba de una cajita delgada de tamaño folio, de las que se utilizan para guardar papel fotográfico. Estaba abierta y el agente había desplegado en abanico la media docena de fotografías que contenía. Eran retratos en blanco y negro, primeros

planos de hombres y mujeres a quienes sólo se veía desde el mentón hasta la frente. Habían sido ampliadas casi a tamaño real y gracias a la nitidez del enfoque podía apreciarse hasta el último detalle del más leve rasgo, poro o imperfección; una fracción de segundo preservada con claridad diáfana. Los rostros estaban contraídos y oscuros, y a primera vista su expresión era casi cómica, como si los hubieran retratado en el preciso instante de ir a estornudar. Hasta que uno se fijaba en sus ojos.

Entonces se veía sin asomo de duda que en esas instantáneas no había el menor rastro de comicidad.

En todo momento habíamos sospechado que debía de haber más víctimas que las que ya conocíamos. Aquello lo confirmaba. York no se había contentado con torturarlas hasta la muerte.

También las había fotografiado en el momento de expirar.

Gardner parecía haberse olvidado de mi presencia. Me lanzó una mirada cortante, pero se ahorró los exabruptos para los que yo ya estaba preparándome. Creo que estaba demasiado aturdido.

—Ya puede marcharse, doctor Hunter.

Un agente del TBI me llevó al hotel en cuanto me hube cambiado, pero aquellos rostros contraídos no dejaron de perseguirme durante el silencioso trayecto por las calles en penumbra. Resulta difícil describir hasta qué punto resultaban perturbadores. No era tan sólo lo que mostraban, pues muertos he visto muchos a lo largo de mi vida. Anteriormente había trabajado en casos en que los asesinos se llevaban trofeos de sus víctimas: mechones de cabello o trozos de ropa, macabros *memento mori* de las vidas que se habían cobrado.

Pero aquello era distinto. York no era un demente homicida arrastrado por el furor de un arrebató intempestivo. Llevaba tiempo burlándose de nosotros, desde el principio había manipulado la investigación. Incluso había planeado su fuga en el momento adecuado. Aparte de eso, aquellas fotografías no eran un trofeo al uso, sino que habían sido tomadas con un grado de meticulosidad y destreza que daba fe de su premeditación y frialdad clínica. De su capacidad de control.

Eso las hacía mucho más escalofrantes.

Aunque no la necesitaba, cuando volví a mi habitación me di otra ducha. El paso por la casa de York me había hecho sentir sucio en un sentido que iba más allá de lo literal. Simbólica o no, el agua caliente me ayudó a desprenderme de esa sensación. Tanto es así que me quedé dormido nada más apagar la luz.

Me desperté justo antes de las seis al oír un pitido insistente. Aún medio adormilado, busqué el despertador antes de caer en la cuenta de que el ruido provenía de mi teléfono.

—¿Diga? —farfullé, sin acabar de despertarme. Los últimos vestigios del sueño desaparecieron nada más oír la voz de Paul.

—Malas noticias, David —dijo—. Tom ha muerto esta noche.

Justo a tiempo. Sabías que los agentes del TBI no tardarían en aparecer por la casa, pero has aguantado todo lo que has podido. Demasiado pronto y el impacto se habría diluido. Demasiado tarde y... En fin, se habría echado todo a perder.

Ha sido una lástima no disponer de más tiempo. Detestas hacer las cosas aprisa y corriendo, aunque esta vez no tenías alternativa. Sabías desde el principio que esto iba a ocurrir. La funeraria había cumplido con su cometido. Lo tenías todo planeado de antemano; lo que debías llevarte y lo que no. La elección requería discernimiento y una férrea disciplina. Pero ha valido la pena.

A veces hay que hacer sacrificios.

Está casi todo listo para dar el paso siguiente. Sólo necesitas paciencia. Ya no falta mucho. Un último esfuerzo para colocar las últimas piezas en su lugar y la espera habrá terminado.

Debes admitir que sientes cierto nerviosismo, pero eso es bueno. No puedes permitirte ser autocomplaciente. Cuando la ocasión se presente, tendrás que estar a punto para aprovecharla. No puedes dejar escapar una oportunidad como ésta. Lo sabes mejor que nadie.

La vida es demasiado corta.

Al final, todas las precauciones por la seguridad de Tom se habían demostrado inútiles. Los médicos y el personal de la UCI habían sido prevenidos de la necesidad de incrementar la vigilancia, si bien no de los motivos para ello, y se había apostado a un agente del TBI en el corredor de la habitación. Nadie podría haberse acercado a Tom de forma inadvertida, y aunque así hubiera sido, Mary había permanecido todo el tiempo a su lado.

Ninguna de esas precauciones había podido evitar que Tom sufriera un paro cardíaco apenas pasadas las cuatro de la madrugada.

Los médicos habían intentado reanimarlo, pero su corazón se había negado a seguir latiendo. «Terco hasta el final»: ese pensamiento daba vueltas a mi cabeza sin remedio.

Me sentía como ausente, incapaz todavía de asimilar lo ocurrido. Después de hablar con Paul había llamado a Mary y musitado las típicas e inútiles palabras que suelen decirse en estos casos. Luego me había quedado sentado al borde de la cama, sin saber qué hacer. Intenté convencerme de que por lo menos Tom había muerto en paz, teniendo a su mujer a su lado, y que se había librado de a saber qué fatídico suplicio debía de haber sufrido Irving. No era un gran consuelo. Puede que York no lo hubiera asesinado físicamente, pero Tom no dejaba de ser una víctima. Enfermo o no, tenía derecho a vivir en paz el resto de su vida, fueran los años que fueran.

Un derecho que York le había arrebatado.

Se me presentó la imagen de York, con su falsa y servil sonrisa, estrechando con entusiasmo la mano de Tom aquella mañana en Steeple Hill: «Doctor Lieberman, es un honor... He oído hablar mucho sobre su trabajo. Y sobre su centro, por supuesto». Ya entonces estaba riéndose de nosotros. Todo era un plan para camuflar la gravedad de sus actos tras las pequeñas irregularidades descubiertas en el cementerio.

No recuerdo haber odiado tanto a alguien como a York en ese momento.

Quedarme en mi habitación lamentándome no serviría ni para recuperar a Tom ni para ayudar a atrapar a su asesino, así que me duché, me vestí y me fui a la morgue. Cuando llegué todavía era muy temprano. Mis pasos resonaban en el pasillo vacío. Los fríos corredores embaldosados de la morgue parecían más solitarios que de costumbre. Me habría gustado encontrarme con una cara conocida, pero Paul me había dicho que tenía varias reuniones y era poco probable que Summer estuviera en condiciones de ayudar a nadie en cuanto se enterase de la noticia.

Kyle, por lo menos, sí estaba. Me lo encontré empujando un carrito por el pasillo al salir del vestuario, y me saludó con su acostumbrado entusiasmo.

—Hola, doctor Hunter. Esta mañana estoy de ayudante en una autopsia, pero si quiere, puedo echarle una mano cuando termine. Avíseme si me necesita.

—Gracias, lo haré.

Y antes de irse, preguntó:

—Esto... ¿Summer vendrá luego?

—No lo sé, Kyle.

—Oh, de acuerdo —dijo asintiendo con la cabeza para ocultar su desilusión—. ¿Qué tal se encuentra el doctor Lieberman?

Me imaginé que era demasiado temprano como para que hubiese corrido la voz, pero de todos modos habría preferido que no me lo hubiese preguntado. No me apetecía ser yo quien diera la noticia.

—Murió anoche.

A Kyle se le desencajó el rostro.

—¿Está muerto? Lo siento. No lo sabía...

—No tienes motivo para sentirlo.

Vi que hacía un esfuerzo por encontrar las palabras.

—Era un buen hombre.

—Sí, lo era —convine. Hay epitafios peores.

De camino a la sala de autopsias intenté no pensar en nada. Quería concentrarme en mi tarea, pero era imposible: para mí todo aquello estaba demasiado relacionado con Tom. Al pasar por delante de la sala donde él trabajaba, me detuve y entré.

Todo parecía igual que el día anterior. El esqueleto de Terry Loomis seguía tendido sobre la mesa de aluminio, ya casi totalmente ensamblado. Era como cualquier otra sala de autopsias, no había rastro alguno de la presencia de Tom. De pronto, cuando ya estaba a punto de salir, vi el reproductor de CD sobre una balda junto a una pila de álbumes de jazz. En ese momento cobré plena conciencia de lo ocurrido.

Tom estaba muerto.

Permanecí ahí unos instantes, intentando asimilar esa realidad inexorable. Luego, dejando que la puerta se cerrase detrás de mí, salí al pasillo en dirección a la sala donde esperaban los huesos del ladrón.

A esas alturas debería haber terminado ya con la reconstrucción y el examen del esqueleto de Noah Harper. No cabía culpar a nadie del retraso, pero el caso es que me habían encomendado a mí esa tarea y por lo tanto me sentía responsable de la tardanza. Resolví terminar ese mismo día, aunque para ello tuviera que trabajar toda la noche.

Además, necesitaba distraerme.

El cráneo y los huesos largos de brazos y piernas estaban dispuestos sobre la mesa, según su posición anatómica aproximada, pero el resto sólo estaban ordenados de forma somera. Lo primero era reconstruir la columna vertebral, tal vez la parte más compleja del proceso. La columna es, básicamente, una vaina articulada que

protege el haz de nervios que la atraviesa por el centro. Representa un ejemplo perfecto de la inteligencia de la naturaleza, un prodigio de ingeniería biológica.

Claro que en ese momento no estaba de humor para apreciarlo. Empezando por las vértebras cervicales, empecé a encajar unas con otras aquellas piezas óseas de forma irregular.

No pude avanzar mucho.

Las vértebras cervicales que forman el cuello son de un tamaño menor que las vértebras torácicas y lumbares de la espalda. En total son siete, a contar a partir del cráneo, y todas encajan a la perfección tanto con la superior como con la inferior. Encajé las cinco primeras sin dificultad, pero no pude encontrar la sexta.

«Vamos, Hunter, concéntrate». Exasperado, volví a examinar las vértebras restantes, pero la única cervical que pude encontrar era de otro tamaño y forma. Sin duda era la séptima, no la sexta.

Faltaba una.

Pero eso era imposible. Aunque estuviera en estado de descomposición avanzada, el cuerpo de Noah Harper estaba intacto en el momento de la exhumación. De haberle faltado una de las vértebras cervicales, lo habríamos advertido enseguida.

Así que ¿dónde podía estar?

Llevado por una incomprensible certidumbre, me acerqué al microscopio que había sobre la mesa de trabajo. Tal y como esperaba, el hueso estaba colocado en el portaobjetos bajo la lente. Debería haberseme ocurrido antes, al preguntarme qué habría estado haciendo Tom en el momento de sufrir el infarto.

Ahora ya lo sabía.

Al mirar por el visor vi una imagen borrosa. Ajusté el enfoque hasta que la vértebra se hizo visible. Sus delicadas estrías y cavidades le conferían cierta similitud con un fragmento de coral, y, al ampliarlos, los poros de la superficie parecían cráteres.

Hasta la más pequeña fisura parecía profunda como una sima.

Me enderecé y saqué la vértebra de debajo del microscopio. A simple vista las fracturas eran casi invisibles. Había dos, una en cada una de las láminas, los finos huesos que unen el cuerpo principal de la vértebra con el arco neural, más delicado.

Poseído por una lucidez poco habitual, la dejé sobre la mesa y volví a salir al pasillo en dirección a la sala de Tom. Me fui directo hacia el esqueleto de Terry Loomis, cogí la sexta vértebra cervical y la levanté a la luz. Las fracturas de ésta eran aún menos evidentes que las de la lámina que acababa de observar. Y sin embargo ahí estaban.

«Conque era eso». No sentí ninguna satisfacción, sólo un repentino acceso de tristeza. En realidad, el descubrimiento era mérito de Tom, no mío. Saqué el teléfono y llamé a Paul.

—Ya sé cómo los mataron.

—Estrangulación, no cabe duda —dijo Paul sosteniendo las vértebras en la mano y observándolas impasible.

Nos encontrábamos en la sala de autopsias de Tom. Antes de llevarlo a examinar los huesos de Terry Loomis, le había enseñado las fracturas de la sexta vértebra cervical de Noah Harper para que viera que las fracturas coincidían.

—Si no, no se me ocurre de qué otro modo pueden haberse producido unas fisuras tan precisas —observé.

Un golpe propinado en la nuca podría haber fracturado la vértebra, pero el daño habría sido mucho mayor. La posibilidad de que un traumatismo hubiera podido causar heridas casi idénticas a dos víctimas distintas era demasiado remota para contemplarla siquiera. No, esas fracturas eran el resultado de una acción más precisa. Más controlada.

Esa palabra parecía encajar con York.

—Por lo menos ahora ya sabemos con certeza por qué Loomis y Harper tenían los dientes rosados —convino Paul—. Y eso explica qué hacía Tom en la otra sala de autopsias: descubrió las fracturas en la vértebra de Loomis y quiso comprobar si Harper también las tenía. ¿Estás de acuerdo?

—Más o menos.

Acto seguido, mientras observaba la vértebra al microscopio, habría llegado la llamada de York. Intuía que había cierta ironía en todo aquello, aunque no acababa de saber por qué.

—Cielo santo, me dan ganas de llorar —dijo Paul dejando el hueso.

Su voz denotaba el mismo cansancio que su aspecto. La muerte de Tom había supuesto un duro golpe para él, y la falsa alarma de Sam la noche anterior no ayudaba precisamente. Nada más llamarlo suspendió la reunión en la que estaba, y en cuanto lo vi entrar en la morgue me di cuenta de que estaba acusando el tráfigo de los últimos días. Las arrugas de sus ojos parecían labradas con un cincel, y en su pálido mentón mal afeitado se adivinaba ya una sombra negriazulada.

—Lo siento —dijo intentando disimular un bostezo.

—¿Quieres un café? —pregunté.

—Luego —respondió esforzándose por mantener la compostura—. ¿Qué hay de las vértebras cervicales de los restos del bosque? ¿También las has examinado?

—Sí, mientras venías. Faltan dos vértebras, pero las demás están intactas. Incluida la sexta.

No era ninguna sorpresa. Willis Dexter había muerto en un accidente de coche, y no asesinado como Noah Harper o Terry Loomis.

—Entonces recapitulemos: sabemos que el cuello de ambas víctimas se vio

sometido a una presión lo bastante fuerte como para fracturarles la lámina, pero sin romper el hioides —dijo Paul levantando las manos y mirándoselas—. ¿Recuerdas si York tenía las manos grandes?

—No lo bastante para hacer esto.

Lo único que podía recordar acerca de las manos de York eran sus dedos manchados de nicotina. Tanto Loomis como Harper eran tipos hechos y derechos; habrían hecho falta unas manos de un tamaño considerable para rodearles el cuello y fracturar la vértebra. Y con casi absoluta certeza, al hacerlo, les habrían roto también el hioides.

—Lo más probable es que empleara alguna especie de lazo, y no las manos —dijo Paul—. Fuera lo que fuera, debía de presionarles el cuello justo en el mismo punto, provocando en ambas ocasiones un daño idéntico en la misma vértebra. A saber cómo lo hizo.

—Tom lo sabía.

Paul me miró con cara de asombro.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas lo que le dijo a Mary cuando lo ingresaron en el hospital? «Español». En ese momento no sabíamos qué podía significar.

Que a Paul le llevara unos momentos caer en la cuenta de la conexión era un síntoma más de su agotamiento.

—El garrote español. Claro, cómo no se me había ocurrido.

Lo mismo podía decir yo. Enrólese una soga en torno al cuello de un reo, hecho lo cual colóquese un palo debajo y retuérzase. He aquí el mecanismo básico del garrote español. En definitiva no es otra cosa que un torniquete que puede apretarse o soltarse a voluntad, un instrumento bien simple con el que se han segado infinidad de vidas.

Esa había sido la técnica empleada por York.

Pensé en las fotografías que el TBI había encontrado en el garaje del enterrador. La expresión agónica de sus víctimas, sus rostros hinchados, teñidos de sangre a medida que York incrementaba la torsión del lazo, constriñéndoles el cuello hasta que expiraban el último aliento de vida.

Ése era el momento en que las fotografiaba.

Intenté apartar aquellas imágenes de mi mente.

—Es posible que York no fuera consciente de que al hacerlo dejaba pruebas visibles. No podía saber que había fracturado la lámina. Aun cuando hubiera notado la decoloración de los dientes hacia una tono rosado, es probable que no supiera la razón porque es un fenómeno poco conocido.

—Lo que nos devuelve a la sangre de la cabaña —dijo Paul—. Si Loomis fue estrangulado, es imposible que sea toda suya. Así que ¿de quién coño es?

—Puede que se trate de otro de los juegucitos de York —propuse.

Los análisis de ADN nos darían la respuesta, aunque intuía que no iba a ser necesario esperar tanto.

Paul se encogió de hombros.

—He hablado con Gardner —dijo—. No lo ha admitido abiertamente, pero es evidente que se están tomando en serio tu teoría de la cabina. El caso es que no pueden descartar que York intente cargarse a otro miembro de la investigación ahora que la ha cagado con Tom.

Supuse que esa posibilidad debería de haberseme ocurrido a mí, pero por alguna razón no había sido así. Me había ofuscado demasiado con lo que le había ocurrido a Tom como para llevar la idea hasta su conclusión lógica.

—¿Y qué piensa hacer Gardner?

—Aparte de recomendar que se extremen precauciones, no puede hacer gran cosa —respondió Paul—. No puede envolvernos a todos en algodón, y aunque quisiera, no tiene suficiente personal para hacerlo.

—Entonces me doy por avisado.

Paul sonrió, pero no había humor en su sonrisa.

—La cosa mejora por momentos, ¿eh? Menuda estancia de investigación estás teniendo.

Cierto, pero de todos modos me alegraba de estar ahí. Por nada del mundo me habría perdido la oportunidad de trabajar con Tom, fueran cuales fueran las consecuencias.

—¿Estás preocupado? —le pregunté.

—No exactamente —dijo Paul frotándose la sombra de barba—. York tenía de su parte el factor sorpresa, pero ahora ya no. No digo que no deba andarme con cuidado, pero no pienso pasarme el día mirando por encima del hombro por si al psicópata ese se le ocurre ir a por mí.

—A todo se acostumbra uno —dije.

Paul me miró con sorpresa y a continuación prorrumpió en una carcajada.

—Sí, supongo que sí. —Y adoptando una actitud grave añadió—: Escucha, David, si decides retirarte, nadie te culpará por ello. Esta historia no va contigo.

Sabía que lo decía con la mejor de las intenciones, pero la propuesta me sentó como una bofetada.

—Puede que no. Pero la he hecho mía.

Paul asintió; luego consultó el reloj y puso cara de espanto.

—Disculpa, tengo que irme. Otra maldita reunión de profesorado. En un par de días todo se habrá calmado, pero hasta entonces tengo que estar en dos sitios a la vez.

Cuando la puerta se cerró tras él, el silencio de la sala de autopsias cayó sobre mí como una losa. Bajé la mirada hacia el esqueleto medio restaurado que yacía sobre la

mesa de examen y pensé en Tom.

Luego intenté concentrarme y volver al trabajo.

Trabajé hasta más tarde incluso de lo que me había propuesto, en parte porque quería recuperar el tiempo perdido, pero también porque la idea de pasar la tarde solo en el hotel no me seducía en absoluto. En tanto que pudiera mantenerme ocupado, me permitiría posponer el momento de afrontar la muerte de Tom.

Pero no era eso lo único que me angustiaba. La sensación de opresión que había empezado a sentir tras la visita de Paul se negaba a remitir. Se diría que los sentidos se me habían agudizado. El olor a químico del depósito quedaba camuflado bajo una indefinible fetidez biológica que recordaba vagamente a una carnicería. La luz deslumbradora arrancaba gélidos destellos a los blancos azulejos y las superficies metálicas. Sin embargo, lo que mejor podía apreciarse era el silencio. A lo lejos, más perceptible al tacto que al oído, zumbaba un generador; un grifo mal cerrado goteaba cadencioso. Aparte de eso, nada. Por lo común, ni siquiera me doy cuenta del silencio. En ese instante podía palparlo.

Naturalmente, sabía demasiado bien a qué se debía. Hasta que Paul no lo había mencionado, ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que York pudiera ir a por otros miembros de la investigación. Mi única preocupación era Tom, y aun después de lo ocurrido con Irving, había dado por hecho que él era el único que corría peligro. Pero era de ingenuos creer que York se detendría con su muerte.

Alteraría su orden de prioridades y seguiría adelante.

Hasta entonces Paul no se había implicado en la investigación, pero había otras personas capaces de satisfacer el apetito de York por los peces gordos. Mi arrogancia no era tanta para pensar que yo me contaba entre ellos. Con todo, por primera vez en varios días me palpé el estómago en busca de la cicatriz bajo el uniforme de algodón.

Terminé pasadas las diez. Los huesos de Noah Harper no revelaron nuevos misterios, pero tampoco lo esperaba. Con la fractura de la vértebra cervical había suficiente. Me cambié y salí al pasillo principal del depósito. Daba la sensación de que tenía el recinto entero para mí solo. No había ni rastro de Kyle, claro que su turno debía de haber terminado hacía unas horas. Uno de los fluorescentes se había averiado, lo que dejaba el pasillo medio sumido en penumbra. Delante de mí, vi que por debajo de la puerta de uno de los despachos se derramaba un fino rayo de luz. Al pasar por delante, se oyó una voz en el interior:

—¿Quién anda ahí?

Reconocí al instante aquel intemperante bramido. Sabía que lo más sensato era seguir caminando. Nada de lo que pudiera decir serviría; nada podía devolverme a Tom. «Déjalo. No vale la pena».

Abrí la puerta y entré.

Encontré a Hicks sentado frente a su mesa en el acto de cerrar un cajón. Era la primera vez que lo veía desde el día del cementerio. Ninguno de los dos dijo nada durante unos instantes. La lámpara proyectaba un pequeño círculo de luz sobre el escritorio, dejando a oscuras el resto del despacho. El patólogo me dirigió una mirada ceñuda.

—Le había tomado por uno de los asistentes —murmuró. Vi que tenía delante un vaso medio lleno de un líquido oscuro y supuse que lo había interrumpido en el momento de guardar la botella.

Había entrado con la intención de decirle a Hicks lo que pensaba acerca de él, pero al verlo sentado tras aquella mesa mi sed de confrontación se evaporó y me di la vuelta para irme.

—Espere.

El patólogo movía la boca como si intentara pronunciar palabras en una lengua desconocida.

—Lamento lo de Lieberman. —Tenía los ojos fijos en el cartapacio de encima de la mesa, sobre el cual trazaba figuras abstractas con su rechoncho índice. Me fijé en que llevaba un traje de color crema arrugado y sucio, y de pronto caí en la cuenta que cada vez que nos habíamos visto llevaba el mismo—. Era un buen hombre. No siempre estábamos de acuerdo, pero era un buen hombre.

No dije nada. Si lo que pretendía era apaciguar su mala conciencia, no iba a ponérselo fácil. Pero no pareció importarle. Levantó el vaso y se quedó mirándolo con aire taciturno.

—Llevo treinta años en este trabajo, y ¿sabe qué es lo peor? Que cada vez que cae alguien a quien conoces, es como si te dieran un palo por la espalda.

Frunció los labios, como cavilando sobre sus propias palabras. Luego se llevó el vaso a la boca y lo apuró de un trago. Resoplando, se agachó para abrir el cajón y sacó una botella de bourbon casi llena. Por un segundo temí que me ofreciera una copa y propusiera un brindis sensiblero en honor a Tom, pero se limitó a rellenar el vaso y devolver la botella al cajón.

Aguanté ahí a la espera de si decía algo más, pero se quedó mirando al vacío como si se hubiera olvidado de mi presencia o como si deseara que me hubiera marchado. Fuera lo que fuera lo que lo había empujado a hablar, se había esfumado.

Lo dejé con sus meditaciones.

El encuentro había sido perturbador. Mi postura cómodamente maniquea con respecto a Hicks había quedado socavada. Me pregunté cuántas noches habría pasado sentada a solas en su despacho aquel hombre solitario sin vida más allá del trabajo.

Era una idea desoladora.

La pérdida de Tom me pesaba en el pecho al salir de la morgue e ir a buscar el coche. La noche estaba más fresca de lo habitual, lo cual me hizo pensar que a fin de

cuentas no hacía tanto que había terminado el invierno. Mis pisadas resonaron entre la oscuridad de los edificios. Los hospitales nunca están desiertos del todo, pero cuando terminan las horas de visita parecen lugares abandonados. Tanto más la morgue, siempre alejada de miradas indiscretas.

El aparcamiento estaba cerca. Había estacionado el coche en una zona bien iluminada en la parte central, y mientras encaminaba mis pasos hacia él no dejaba de repetirse en mi mente la advertencia de Gardner. Algo que a plena luz del día habría parecido un acto de lo más ordinario adquiría tintes muy diversos a esas horas. Los umbrales se transformaban en agujeros sombríos; los parterres de césped, tan elegantes durante el día, en descampados de un negro impenetrable.

Pese a mantener un paso constante y regular, negándome a ceder a las prisas que me dictaba el instinto, sentí un gran alivio al llegar junto al coche. Saqué las llaves y pulsé el botón de apertura cuando todavía me faltaban unos pasos. Al ir a abrir la puerta vi que había algo en el parabrisas.

Bajo una de las escobillas había un guante de cuero con los dedos extendidos sobre el cristal. Alguien debía de haberlo encontrado en el suelo y lo había dejado ahí para que el dueño lo viera, pensé al quitarlo. Una voz interior intentó advertirme de que en esa época del año nadie lleva guantes, pero antes de darme cuenta ya lo había tocado.

Estaba frío y tenía un tacto grasiento. Y sin duda era demasiado delgado para ser cuero.

Aparté la mano de golpe y me di media vuelta. La oscuridad del aparcamiento, silencioso y vacío, parecía burlarse de mí. Con el corazón a punto de salirse del pecho, volví a mirar el objeto del parabrisas. Me abstuve de tocarlo de nuevo. No era un guante, eso estaba claro. Y no era de cuero.

Era piel humana.

Gardner observó como el agente criminalista levantaba la escobilla del limpiaparabrisas y recogía el resto de piel con unas pinzas. Él y Jacobsen habían llegado veinte minutos antes, acompañados por la voluminosa furgoneta que servía de laboratorio móvil a los agentes del TBI. Habían hecho instalar reflectores en torno al coche y acordonar toda la zona.

—No debería haberlo tocado —dijo Gardner, no por primera vez.

—Si hubiera sabido lo que era, no lo habría hecho.

Mi irritación debió de reflejarse en mi voz. De pie junto a Gardner, Jacobsen apartó la vista del equipo de forenses que buscaba huellas dactilares en el coche. Me miró con un vago asomo de preocupación y arrugando levemente el ceño, pero no dijo nada.

Gardner también se quedó en silencio. Había traído consigo un gran sobre de papel manila, pero hasta el momento no había hecho alusión alguna a su contenido. Observó como uno de los agentes guardaba con cuidado la piel en una bolsa para pruebas. No era el mismo equipo de los otros días. Me pregunté si estarían ocupados en otro trabajo o si sencillamente tendrían la noche libre. En realidad daba lo mismo, pero era mejor pensar en eso que en lo que ese nuevo hallazgo podía significar.

El agente vino hacia nosotros sujetando la bolsa con cuidado con la mano enguantada. La levantó para que Gardner pudiera verla mejor.

—No hay duda, es humana.

Para mí la confirmación era innecesaria. La piel tenía un color marrón oscuro y una textura casi translúcida. Resultaba evidente que era demasiado irregular para ser un guante, pero el error era comprensible. Ya había visto antes esta clase de cosas.

Sólo que no en el parabrisas de mi coche.

—¿Significa esto que York despelleja a sus víctimas? —preguntó Jacobsen, que aunque hacía lo posible por mostrarse indiferente no podía disimular cierta agitación.

—No creo —respondí, y alargando la mano hacia la bolsa pregunté—: ¿Me permite?

Antes de entregármela, el forense miró a Gardner, quien asintió con un leve gesto de cabeza.

La levanté a la luz. La piel presentaba cortes y desgarros en varios puntos, sobre todo en el dorso, pero conservaba una vaga semblanza con una mano. Era blanda y flexible y desprendía un residuo oleaginoso que empezaba a acumularse en la parte inferior de la bolsa de plástico.

—No ha habido desollamiento —dije—. De lo contrario formaría una lámina lisa. Aquí en cambio, aunque está más o menos entera, se aprecian roturas. En mi opinión se desprendió de la mano por sí sola.

Ni Gardner ni el agente se sorprendieron al oír eso; Jacobsen, sin embargo, no acababa de comprender.

—¿Cómo que se desprendió?

—La piel se separa del cuerpo muerto por sí sola a los pocos días. Sobre todo en partes como el cuero cabelludo y los pies. Pero también las manos —dije levantando la bolsa—. Me juego lo que quiera a que esto es lo que ha pasado.

Jacobsen se quedó contemplando la bolsa; su habitual seguridad en sí misma había desaparecido.

—¿Quiere decir que procede de un cadáver?

—Más o menos. —Y volviéndome hacia el agente, que me observaba con semblante adusto, añadí—: ¿Está usted de acuerdo?

Asintió.

—La buena noticia —añadió— es que está en buen estado. Esto nos ahorrará tener que remojarla para sacar huellas.

Por la mirada de Gardner vi que sabía de qué estábamos hablando, pero Jacobsen seguía consternada.

—¿Se pueden obtener huellas con eso?

—Ya lo creo —dijo el agente—. La mayoría de veces la piel está seca, con el riesgo que eso conlleva de que se rompa, de modo que hay que ablandarla sumergiéndola en agua. Después basta con enfundársela como si fuera un guante y tomar las huellas.

Y al decir esto levantó la mano para ilustrar su explicación.

—No dejes que te entretengamos, Deke —dijo Gardner. El agente bajó la mano algo cariacontecido y volvió al coche. Gardner se dio unos golpes en la pierna con el sobre de papel manila y me dirigió una mirada un tanto airada—. Bien, ¿lo dice usted o lo digo yo?

—¿Decirme qué? —preguntó Jacobsen.

Gardner apretó los labios hasta que no se vio más que una fina línea.

—Dígaselo usted —dijo.

—Nos preguntábamos cómo se las ingeniaba York para dejar las huellas de las víctimas en los escenarios del crimen meses después de que éstas hubiesen fallecido —dije, y señalando el coche añadí—: Ahora ya lo sabemos.

Jacobsen dejó de arrugar el ceño.

—¿Quieren decir que ha estado utilizando la piel de sus manos? ¿Que la llevaba puesta como si fuera un guante?

—Nunca había oído que alguien se sirviera de este método para dejar huellas, pero eso es lo que parece. Seguramente por eso el cuerpo de Noah Harper estaba tan descompuesto. York necesitaba la piel de sus manos antes de cambiar su cuerpo por el de Willis Dexter.

»Luego esperó unos cuantos días más antes de regresar al bosque y hacerse también con la piel de las manos de Dexter. Los carroñeros no se habrían molestado en comerse aquellos restos de tejido reseco teniendo a su disposición un cuerpo entero. Y de no haber sido así...

Habría utilizado otro cuerpo.

Una rabia sorda me atenazó por no haberme dado cuenta antes. Mi subconsciente había hecho lo posible por ponerme sobre aviso con esa sensación de *déjà vu* al quitarme los guantes de látex y ver mis manos arrugadas, pero yo no había hecho caso. Tom tenía razón: debería escuchar más a mi instinto.

También debería haberle escuchado más a él.

Jacobsen me quitó la bolsa de pruebas de la mano para estudiar su contenido. Su expresión reflejaba una mezcla de asco y fascinación.

—Deke ha dicho que no estaba seca. ¿Significa eso que procede de un cadáver reciente?

Supuse que estaba pensando en Irving. Aunque nadie lo hubiera insinuado, todos sabíamos que a esas alturas el profesor ya debía de estar muerto. De todos modos, ni que lo hubiera asesinado el primer día, la piel habría tardado más tiempo en desprenderse. Fuera de quien fuese, aquélla no era su mano.

—Lo dudo —dije—. Parece que le han aplicado alguna clase de aceite para conservarla y mantener la piel flexible...

De pronto hice una pausa. Acababa de tener una idea. Observé el parabrisas del coche y las manchas oleaginosas que aquel pedazo de piel había dejado sobre el cristal.

—Aceite de bebé.

Gardner y Jacobsen se quedaron mirándome.

—La huella de la cajetilla de carrete que encontramos en la cabaña tenía aceite de bebé —dije—. A juicio de Irving, era una prueba de que los asesinatos tenían una motivación sexual, pero no es cierto. York utiliza el aceite para mantener la piel flexible. Los aceites naturales debían de haberse evaporado, y como él necesitaba que las huellas fueran bien visibles, la lubricó como se hace con el cuero viejo.

Recordé la sorna con que Irving había dicho: «A menos que al asesino le vayan los humectantes». Se había acercado a la verdad más de lo que él mismo creía.

—Si York se dedica a recolectar las huellas dactilares de sus víctimas, ¿por qué no se llevó también las de Terry Loomis? —inquirió Jacobsen—. En ese caso el cuerpo tenía toda la piel.

—Si lo hubiera hecho, nos habríamos dado cuenta y habríamos sospechado lo que estaba ocurriendo —dijo Gardner, quien por el tono de voz también debía de estar culpándose de su falta de perspicacia—. York quería tomarse su tiempo antes de revelarnos cuál era su verdadero propósito.

Vi que los forenses estaban empolvando otra parte del coche en busca de huellas. Estaban trabajando a conciencia. De nada iba a servirles.

—La cuestión es ¿por qué ahora? —pregunté.

Gardner miró a Jacobsen. Ésta se encogió de hombros.

—Se pavonea otra vez, nos dice que no tiene miedo de que lo atrapemos. Evidentemente cree que el hecho de que sepamos esto no va a servirnos de ayuda. Además, tarde o temprano lo habríamos averiguado. Es una forma más de seguir teniendo el control.

Había otra pregunta por contestar: «¿Por qué yo?». Aunque me temía que ya conocía la respuesta.

Gardner echó un vistazo al sobre de papel manila que sostenía en la mano. De repente pareció tomar una decisión:

—Diane lo acompañará al hotel. Quédese ahí hasta que yo lo llame. No deje entrar a nadie en su cuarto; si sube el servicio de habitaciones, asegúrese de que sean ellos antes de abrir.

—¿Qué pasa con el coche?

—Ya le diré algo en cuanto hayamos terminado con él. —Y dirigiéndose a Jacobsen añadió—: Diane, ven un momento.

Hicieron un aparte para que no pudiera oírlos. Sólo habló Gardner. Jacobsen asintió y se quedó con el sobre. Me pregunté qué habría dentro, pero tampoco le di mayor importancia.

Volví a mirar a las figuras de blanco que seguían procesando mi coche. El fino polvo que utilizaban para buscar las huellas atenuaba el color de la carrocería, con lo que también el coche adquiría cierto tinte cadavérico.

Mientras los observaba sentí un regusto amargo en la boca. Reseguí con el pulgar la cicatriz de la palma de la mano. «Admítelo. Estás asustado».

Ya había padecido una vez el acoso de un asesino. Si había viajado hasta ahí, había sido con la esperanza de dejar atrás aquella experiencia.

Pero la historia se repetía.

Mientras Jacobsen me llevaba al hotel se puso a llover. Los goterones se estrellaban contra el cristal del coche a rachas irregulares, de donde eran barridos por los limpiaparabrisas para reaparecer al instante siguiente. Se veía mucho movimiento en calles y bares. Las luces y el bullicio de la calle resultaban reconfortantes, pero me sentía incapaz de conectar con aquella normalidad. Sentía que algo más aparte de la ventanilla del coche me separaba de ella, y sabía que la seguridad que me ofrecía era ilusoria.

Apenas me fijé en Jacobsen. Sólo cuando se decidió a hablar logré alejarme de mis pensamientos y volver a la realidad.

—Dan dice que a Loomis y Harper los estrangularon con una especie de lazo — dijo.

Me revolví en el asiento, extrañado de que se hubiera decidido a romper el hielo.

—Probablemente por el sistema del garrote español. Es como una especie de torniquete.

Le expliqué cómo funcionaba.

—Encaja con lo que sabemos de York. Disfrutaría con el poder que le otorgaría un instrumento como ése. Podría decidir sobre la vida y la muerte, y el resultado sería más gratificante que asesinar a alguien por la vía directa. Le permitiría controlar el proceso, decidir exactamente cuándo ejercer la presión suficiente para matar a la víctima. —En ese momento me miró—. Lo siento, no ha sido muy delicado por mi parte.

—No pasa nada —dije encogiéndome de hombros—. Ya sé cómo actúa York. No voy a desmayarme porque nos haya declarado la guerra psicológica.

—¿Cree que ésa era la intención de lo sucedido esta noche?

—Si de verdad quisiera ir a por mí, ¿para qué iba a avisarme?

Pero nada más decir eso recordé que ya antes me había topado con un asesino que actuaba de ese mismo modo.

Jacobsen tampoco parecía muy convencida.

—York necesita afirmarse. Para un narcisista como él, lo ocurrido con el doctor Lieberman ha debido de ser como un jarro de agua fría. Su autoestima le exigirá algo todavía más espectacular para compensarlo. Poner sobre aviso a su próxima víctima podría ser la manera.

—De todos modos no veo por qué York habría de fijarse en mí. Tom e Irving eran conocidos. ¿Por qué cambiar los objetivos ilustres por un extraño recién llegado? No tiene sentido.

—Para él quizá sí —objetó Jacobsen con rotundidad, sin apartar los ojos de la carretera—. No olvide que él lo ha visto trabajar con el doctor Lieberman. Además es británico y está en el centro en calidad de invitado. Tal vez York piense que con alguien como usted el impacto sería mayor que con alguien del lugar.

No había caído en eso.

—Supongo que debería sentirme halagado —dije para quitarle hierro al asunto.

—Creo que no debería tomárselo a la ligera —repuso Jacobsen, a quien no le había hecho mucha gracia mi comentario.

«No me lo tomo a la ligera, créame».

—¿Puedo preguntarle algo? —dije por cambiar de tema—. ¿Han tenido noticias del laboratorio con respecto a las muestras de sangre de la cabaña?

Jacobsen tardó un poco en contestar.

—Un análisis completo de ADN tarda semanas.

No era eso lo que yo había preguntado, pero sus evasivas sugerían que iba por el buen camino.

—Ya lo sé, pero a estas alturas ya deben de saber si la sangre era humana o no. En otras circunstancias habría disfrutado viendo su cara de sorpresa.

—¿Cómo sabe eso?

—Digamos que es una suposición lógica. Entonces ¿era de animal?

Jacobsen asintió con un gesto hosco.

—Hemos recibido los resultados esta misma tarde, pero ya antes sabíamos que algo no encajaba. Los forenses no estaban muy convencidos de las salpicaduras de la cabaña, aunque York las había simulado con destreza. El laboratorio realizó una prueba preliminar que sugirió que la sangre no era humana, pero había que esperar a que extrajeran el ADN para confirmar esa suposición.

—¿Qué era? ¿Sangre de cerdo?

Sonrió, y pude ver sus blancos dientes a través de la oscuridad.

—¿Intenta impresionarme?

«Bueno, puede que un poco».

—Es más elemental de lo que parece —admití—. Una vez confirmado que Loomis murió estrangulado, era evidente que la sangre no podía ser suya. Por lo tanto, los cortes del cuerpo tenían que ser post mórtem, en cuyo caso buena parte de la sangre de la cabaña debía tener otro origen.

—Sigo sin comprender cómo ha sabido que era sangre de cerdo —dijo, pero acto seguido ella misma se dio la respuesta—. Ah, ya lo entiendo. Los dientes que había junto al cuerpo de Willis Dexter.

—Antes de eso ya se me había pasado por la cabeza que la sangre fuera de un animal, pero al ver los dientes me imaginé que también podía ser de cerdo —dije—. Parece que York se divierte con estos juegucitos.

Jacobsen guardó silencio. La lluvia que resbalaba por las ventanillas proyectaba en su rostro una textura marmórea. Bajo la sesgada luz amarillenta de las farolas, su perfil semejava el de una escultura griega.

—No debería compartir esta información con usted —dijo con voz pausada—, pero no sólo hemos recibido el resultado de las muestras de sangre de la cabaña. Noah Harper ha dado positivo en hepatitis C.

«Dios mío. Pobre Kyle». A diferencia de los tipos A y B, para la hepatitis C no existe vacuna. El virus no es letal por fuerza, pero su tratamiento es largo y desagradable. Y ni aun así hay garantías.

—¿Lo sabe Kyle? —pregunté, pensando que podía haberme ocurrido a mí.

—Aún no. Tardará todavía un tiempo en recibir los resultados del hospital, y Dan opina que no hay motivo para preocuparlo —dijo lanzándome una mirada fugaz—. Lo que le he dicho es estrictamente confidencial, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Por una vez estaba de acuerdo con Gardner. Existía la posibilidad de que Kyle no se hubiera contagiado, pero era tan mínima que yo no habría apostado mi vida por ella.

Habíamos llegado al hotel. Jacobsen encontró un hueco donde estacionar junto a la entrada. Al frenar vi que comprobaba el retrovisor por si alguien nos seguía.

—Lo acompaño a la habitación —dijo al tiempo que recogía del asiento trasero el sobre de papel manila que Gardner le había entregado.

—No es necesario.

Pero ella ya estaba bajando del coche. Nada más entrar en el hotel se puso alerta: sus ojos iban de un lado a otro, escrutando las caras de la gente en busca de una posible amenaza, y me fijé en que caminaba con la mano derecha cerca de donde guardaba la pistola bajo la chaqueta. Una parte de mí se resistía a tomarse en serio todo aquello.

Entonces recordé lo que me había encontrado en el parabrisas.

Una señora mayor nos sonrió al salir del ascensor. Adiviné su pensamiento: «Otra parejita de camino a la cama después de pasar el día en la ciudad». La realidad era tan distinta que casi resultaba gracioso.

Entramos y nos quedamos uno al lado del otro. Éramos los únicos dentro del ascensor, y la tensión entre nosotros parecía aumentar a cada piso. En un momento dado nuestros hombros se rozaron ligeramente y hubo un chasquido de electricidad estática. Ella se apartó, lo justo para evitar el contacto. Cuando se abrieron las puertas, fue la primera en salir. Se metió la mano bajo la chaqueta y, colocándola sobre la pistola, a la altura de la cadera, comprobó si el pasillo estaba vacío. Mi habitación estaba al fondo. Pasé la tarjeta por el lector y la puerta se abrió.

—Gracias por acompañarme.

Junto con el agradecimiento le ofrecí una sonrisa, pero Jacobsen se mantuvo impertérrita. La barrera que por unos instantes se había derrumbado en el coche había vuelto a alzarse.

—¿Me permite echar un vistazo a la habitación?

Le habría dicho que no era necesario, pero habría sido perder el tiempo, así que me hice a un lado y la dejé pasar.

—Usted misma.

Esperé junto a la cama mientras ella terminaba de registrar el cuarto. Como la habitación no era muy grande no tardó en concluir que, efectivamente, York no estaba ahí. Llevaba todavía el sobre de papel manila de Gardner, y cuando hubo terminado de buscar, se acercó adonde yo estaba y se detuvo a unos pocos pasos. Su rostro parecía una máscara.

—Una cosa más. Dan quería que le enseñara esto —dijo buscando algo en el

sobre—. El hospital tiene una cámara de seguridad al otro lado de la calle donde está la cabina. Hemos pedido las imágenes que corresponden a la hora en que el doctor Lieberman recibió la llamada.

Me entregó un pequeño fajo de fotografías. Eran instantáneas de una cámara de circuito cerrado: mala calidad, mucho grano, fecha y hora impresas en la parte inferior. Reconocí el tramo de calle donde se encontraba la cabina. En primer plano se distinguían, borrosos y desenfocados, un par de coches y una ambulancia blanca de caja cuadrada.

Pero lo importante era la oscura figura que se daba la vuelta para alejarse de la cabina. La calidad de la imagen era tan mala que resultaba imposible distinguir sus rasgos. Caminaba con la cabeza gacha y de la cara apenas se veía una media luna oculta bajo una gorra oscura.

El resto de las fotografías eran iguales, sólo que en ellas la figura cruzaba la calle a toda prisa encorvado sobre los hombros y con la cabeza gacha. Éstas, si cabe, aún eran más borrosas que la primera.

—Están intentando limpiar las imágenes en el laboratorio —dijo Jacobsen—. No podemos afirmar que se trate de York, pero por altura y constitución podría ser él.

—No me enseña esto por pura cortesía, ¿verdad?

—No —dijo mirándome impertérrita—. Dan cree que si ahora York va a por usted, debería saber cómo puede intentar acercársele. La ropa oscura y la gorra podrían ser una especie de uniforme. Y si se fija en la cadera, verá que hay un objeto que parece una linterna. Es posible que se haga pasar por agente de policía o de otro cuerpo de seguridad que... Doctor Hunter, ¿qué ocurre?

Al ver la fotografía me acordé: «La linterna...».

—Un guardia de seguridad —dije.

—¿Cómo dice?

Le expliqué que unas cuantas noches atrás alguien me había interpelado en el aparcamiento.

—Quizá no tiene nada que ver. Sólo me preguntó qué hacía ahí.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Jacobsen frunciendo el ceño.

Tuve que pensarlo.

—La noche anterior al secuestro de Irving.

—¿Pudo verlo?

—Me estaba apuntando con la linterna. No pude ver nada.

—¿Se fijó en algo? ¿Gestos, voz?

Sacudí la cabeza, intentando recordar.

—La verdad es que no. Aunque... bueno, su voz era... extraña, aunque no sé decir por qué. Como áspera.

—¿Como si fuera impostada?

—Es posible.

—¿Y no lo comentó con nadie?

—En su momento no me pareció sospechoso. Oiga, lo más seguro es que fuera tan sólo el guardia de seguridad. Si hubiera sido York, ¿por qué me habría dejado escapar?

—Usted mismo ha dicho que fue la noche antes de que secuestraran al profesor Irving. Puede que tuviera otros planes.

No supe qué decir. Jacobsen volvió a guardar las fotografías en el sobre.

—Hablaemos con el servicio de seguridad del hospital y comprobaremos si era alguno de sus hombres. Entretanto, mantenga la puerta cerrada con llave. Alguien se pondrá en contacto con usted mañana por la mañana.

—¿Tengo que quedarme aquí esperando a que me digan algo?

Jacobsen volvía a parecer dura como una roca.

—Es por su propio bien, créame. Hasta que sepamos cómo enfocar todo esto.

Me pregunté a qué se refería con eso, pero no dije nada. Por lo demás, la decisión no era suya sino de Gardner o de alguno de sus superiores.

—¿Le apetece tomar algo antes de irse? No sé qué hay en el minibar, pero puedo pedir un café o...

—No —dijo con una vehemencia que nos extrañó a ambos—. Se lo agradezco pero tengo que volver con Dan —añadió con más calma, aunque el rubor que nacía en la base de su garganta la delataba.

Fue hacia la puerta, me recordó una vez más que cerrara con llave y se marchó. «¿A qué ha venido eso?», pensé mientras me preguntaba si habría malinterpretado mi ofrecimiento, pero estaba tan cansado que no le di mucha importancia.

Me senté al borde de la cama. Parecía imposible que me hubiera enterado de la muerte de Tom esa misma mañana. Apoyé la cabeza entre las manos. «Dios mío, qué tragedia». A veces me daba la impresión de llevar siempre conmigo la desgracia y la mala suerte. Me pregunté si las cosas habrían seguido derroteros distintos de no haber estado yo involucrado, pero casi me parecía oír la voz de Tom: «Deja de martirizarte, David. Tenía que ocurrir. Si quieres echarle la culpa a alguien, échasela a York. Él es el único responsable».

Pero Tom estaba muerto. Y York seguía ahí fuera.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Mi respiración empañaba el frío cristal; al otro lado, el mundo exterior se convertía en una indistinta mancha amarilla en medio de la oscuridad. Froté el cristal con el puño y, a medida que la piel chirriaba contra el vidrio, el mundo reapareció ante mí. La calle era una brillante franja de neón, los faros de los coches se deslizaban por ella como si ejecutaran un ballet silencioso. Todas esas vidas, afanándose en pos de sus propios intereses, indiferentes las unas a las otras. Al verlas me di cuenta de lo lejos que estaba de mi casa y de lo ajeno que

me parecía todo.

«Ajeno o no, aquí es donde estás. Acéptalo».

Caí en la cuenta de que aún no había comido. Me aparté de la ventana y cogí la carta del servicio de habitaciones. La abrí, leí por encima las rimbombantes descripciones de aquellos platos de comida rápida y volví a dejarla. De repente, se me hacía imposible seguir encerrado en la habitación. York me traía sin cuidado, el caso es que no iba a esconderme hasta que Gardner decidiera qué hacer conmigo. Cogí la americana y tomé el ascensor hasta el vestíbulo. Lo único que quería era ir al bar de noche del hotel para saber si todavía servían comidas, pero cuando quise darme cuenta ya lo había dejado atrás. No sabía adónde me dirigía, sólo que necesitaba salir de ahí.

Fuera la lluvia había cesado, pero el aire aún estaba fresco. La acera estaba resbaladiza y brillante. Eché a andar, salpicando los charcos al pasar. Se me erizó la piel de la nuca, pero resistí el impulso de mirar a mi espalda. «Vamos, York. ¿Me buscabas? ¡Pues aquí me tienes!»

Pero mi coraje pronto se esfumó. Encontré una cafetería que todavía estaba abierta y entré. La carta consistía casi en exclusiva de hamburguesas y pollo frito, pero me daba lo mismo. Pedí un plato al azar y le devolví la carta a la camarera.

—¿Algo de beber?

—Una cerveza, por favor. No, no, espere... ¿Tienen bourbon? ¿Blanton's?

—Tenemos bourbon, pero sólo Jim o Jack.

Pedí un Jim Beam con hielo. Cuando me lo trajo lo sorbí despacio. El bourbon me quemó suavemente la garganta, deshaciendo el nudo que se me había formado. «Por ti, Tom. Pronto atraparemos a ese hijo de perra, te lo prometo».

Por un instante estuve a punto de creérmelo.

Las correas y los piñones brillan a la luz de la lámpara. Después de cada uso los limpias: enceras la piel para que se mantenga suave y flexible y bruñes la rueda de acero hasta que queda reluciente. En realidad no es necesario. Es pura afectación y lo sabes, pero el ritual te divierte.

A veces casi crees oler el cálido olor a cera de abeja de la grasa para cuero, y aunque probablemente no sea más que un vago recuerdo, te relaja. Aparte, hay algo en esos preparativos, en ese ceremonial, que te atrae. Te recuerda que lo que haces tiene un fin; que tal vez la próxima vez sea la definitiva. Y a buen seguro que la próxima lo será.

Lo presentes.

Sin dejar de dar lustre al cuero, te dices que no deberías hacerte muchas ilusiones, aunque no puedes evitar sentir el cosquilleo de la expectación. Lo sientes cada vez que te dispones a entrar en acción, cuando todo es posible, incluso el

fracaso. Pero en esta ocasión todo parece distinto. Más solemne.

Especial.

Lo del pellejo en el parabrisas del coche ha sido un riesgo calculado, pero ha valido la pena. Puesto que a fin de cuentas iban a descubrir tu proyecto, mejor que lo supieran por ti y dar un golpe de efecto. El control sigue en tus manos, y eso es lo principal. Cuando se den cuenta de lo que ocurre, ya será demasiado tarde, y entonces...

Entonces...

Pero mejor será no adelantar acontecimientos. No puedes hacer planes a tan largo plazo. Debes concentrarte en la misión que te espera, en tu objetivo inmediato.

Ya no falta mucho.

Giras con cuidado el dispositivo de rotación y observas como la correa de cuero se tensa a medida que los piñones giran despacio y los dientes engranan con un susurro mecánico. Con gran satisfacción, les echas una bocanada de aliento antes de frotarlos por última vez. Ves tu mirada reflejada en las piezas, distorsionada e irreconocible. Te quedas mirando y por un instante te acosa la turbia perturbación de unos pensamientos que nunca terminan de salir a la luz. Finalmente, pasas el trapo por encima del mecanismo y piensas en otra cosa.

Falta poco, te dices. Todo está listo y en su sitio. La cámara está preparada y en posición, a la espera de un motivo. El uniforme, limpio y cepillado. Bueno, limpio lo que se dice limpio, no del todo, pero sí lo bastante como para que no se note a primer golpe de vista. No hace falta más.

Sólo es cuestión de tiempo.

Cuando Gardner telefoneó, yo estaba tomando mi segundo café de la mañana en el restaurante del hotel.

—Tenemos que hablar.

Al recordar que me había ordenado que me quedase en mi cuarto, lancé una mirada de culpabilidad a las mesas de alrededor. Se me había cruzado por la mente pedir que me subieran el desayuno, pero hacía un sol radiante y lo juzgué innecesario. Si York era capaz de asaltarme en el hotel a plena luz del día, corría serio peligro hiciera lo que hiciese.

—Estoy en el restaurante —dije.

La desaprobación de Gardner era perceptible al otro lado del aparato.

—No se mueva de ahí. Voy de camino —dijo, y colgó.

Seguí sorbiendo el café ya casi frío, preguntándome si ése iba a ser mi último desayuno en Tennessee. Me había levantado con el pie izquierdo. Había dormido mal y al despertarme había sentido un peso cuya causa no sabía explicarme. De pronto me asaltó el recuerdo de la muerte de Tom y, al instante, el del pellejo encontrado en el coche.

No era la mejor manera de comenzar el día.

Gardner no podía andar muy lejos al llamar, pues se presentó en menos de veinte minutos. Lo acompañaba Jacobsen, fría e intocable como de costumbre. La pasada noche parecía no haberla afectado lo más mínimo. Si su vitalidad recordaba a Dorian Gray, Gardner era la viva imagen del retrato en el desván. El agente presentaba un aspecto deplorable, y su rostro semejava un entramado de surcos y arrugas. Las presiones para capturar a York no debían de ser la única causa de ese desmejoramiento: él y Tom también habían sido amigos.

Avanzó hacia mí muy erguido y a un paso por delante de Jacobsen.

—¿Les apetece un café? —pregunté cuando hubieron tomado asiento.

Los dos dijeron que no. Gardner echó un vistazo a las mesas circundantes para asegurarse de que nadie pudiera oírnos.

—Las cámaras de seguridad grabaron a alguien junto a su coche a las ocho y cuarenta y cinco de anoche —dijo sin mediar preámbulo—. La imagen es demasiado distante para apreciar detalles, pero la ropa oscura y la gorra parecen las mismas que las de la grabación de la cabina. También hemos hablado con el servicio de seguridad del hospital. El tipo con quien se encontró usted en el aparcamiento no era ninguno de sus empleados.

—York —dije notando en la boca un gusto amargo que nada tenía que ver con el café.

—No podríamos demostrarlo ante un tribunal, pero todo apunta a que sí. Todavía

estamos intentando identificar las huellas que hallamos en su coche, pero hay tantas que no es fácil. Además, es probable que York llevara guantes —dijo Gardner encogiéndose de hombros—. Tampoco ha habido suerte con los restos de piel. Las huellas no casan ni con las de Willis Dexter ni con las de Noah Harper. A juzgar por el tamaño, podrían ser de una mujer o un adolescente, pero eso es lo único que sabemos.

«Un adolescente. Dios bendito». En la superficie de mi café se había formado una capa de leche espesa. Aparté la taza.

—¿Qué hay de las fotografías que encontraron en casa de York? ¿Alguna idea sobre la identidad de las personas que aparecen en ellas?

—Estamos cotejándolas con la base de datos de personas desaparecidas —dijo Gardner mirándose las manos—, pero llevará tiempo. Además, compararlas no será fácil.

Al recordar las muecas de sus rostros tuve que darle la razón.

—¿Alguna idea de dónde puede andar York?

—Desde que facilitamos sus datos a la prensa ha habido unos cuantos avistamientos sin confirmar, pero nada definitivo. Está claro que dispone de un escondrijo. En principio parece que los asesinatos no se cometieron en su casa ni en Steeple Hill, así que tuvo que hacerlo en otra parte. Probablemente un lugar donde podía deshacerse de los cadáveres sin problemas, de lo contrario habríamos encontrado más cuerpos aparte de los de Loomis y Harper.

Viviendo al pie de las Smoky Mountains, debía de ser fácil deshacerse de los cuerpos de las víctimas.

—Según Josh Talbot, la ninfa de libélula hallada en el cuerpo de Harper sugiere que fue abandonado cerca de un estanque o un curso lento de agua.

—Eso reduce el terreno a casi todo Tennessee Este —dijo Gardner con un gesto de fastidio—. Hemos comprobado en qué lugares se ha registrado la presencia de libélulas de pantano, pero con eso no basta. Diane, ¿por qué no le cuentas al doctor Hunter lo que has averiguado?

Aunque intentaba disimularlo, era evidente que Jacobsen estaba tensa. A un lado del cuello se le marcaba una vena que latía de agitación. En cuanto empezó a hablar, dejé de mirársela.

—He echado otro vistazo a las fotografías que encontramos en casa de York —empezó—. Por lo visto fueron tomadas cuando las víctimas se hallaban muy próximas a la muerte, puede que en el momento máximo de su agonía. Al principio creía que para York sólo eran trofeos. Lo que ocurre es que en tal caso, y sabiendo que murieron estranguladas, sería de esperar que el cuello de las víctimas también apareciera en el encuadre. Sin embargo, no es así, en ninguna. Además, si lo que York quería era testimoniar sus asesinatos, ¿no habría sido mejor grabarlos en vídeo?

¿Por qué fotografiar el rostro de la víctima en primerísimo primer plano y en blanco y negro?

—A lo mejor le gusta la fotografía —sugerí.

—¡Exacto! —dijo Jacobsen inclinándose hacia delante—. Se creía muy listo cuando estampó la huella de Willis Dexter en la cajita del carrete, pero al hacerlo nos dio más información de la que creía. Esas fotografías no están sacadas porque sí. Según el laboratorio, fueron tomadas con poca luz y sin flash, con una película muy rápida. Para obtener una imagen de esa calidad en tales condiciones se necesitan conocimientos y un buen equipo.

—¿No había una cámara de treinta y cinco milímetros en su casa? —pregunté al recordar la caja con viejo material fotográfico.

—Las fotografías no fueron tomadas con esa cámara —dijo Gardner—. El equipo que había en la casa llevaba años sin utilizarse, por lo que es probable que fuera de su padre. A juzgar por los retratos que había en la casa, el padre de York también era aficionado a la fotografía.

Recordé las fotografías desvaídas de encima del aparador. Había algo inquietante en ellas, pero no acertaba a saber qué.

—Sigo sin entender cuál es la importancia de esto —admití.

—Lo que importa es que, para York, las fotografías no son meros recuerdos. En mi opinión son parte esencial de sus actuaciones —dijo Jacobsen—. Todo lo que sabemos de él sugiere que está obsesionado con la muerte. Su oficio, su forma de tratar los cuerpos de las víctimas, su fijación con un antropólogo forense como el doctor Lieberman. Si a eso sumamos las fotografías de las víctimas in extremis, todo confluye en un mismo punto: York es un necrófilo.

Admito que la afirmación me dejó perplejo.

—Creía que usted misma había desestimado la motivación sexual.

—Y no la hay. La mayoría de los necrófilos son varones con problemas de autoestima. Fantasean con la idea de una pareja incapaz de oponer resistencia, porque el rechazo los aterroriza. El caso de York es distinto: él cree más bien que la sociedad no lo aprecia lo suficiente. Dudo mucho que sienta atracción por sus víctimas, ni vivas ni muertas. No, diría que el suyo es un caso de tanatofilia. Una fascinación antinatural por la muerte en sí.

Estábamos adentrándonos en los dominios de lo escabroso. Empezaba a sentir un incipiente dolor de cabeza en las sienes.

—Si esto es así, ¿por qué no fotografiaba a sus víctimas una vez muertas en lugar de en el momento de matarlas?

—Porque eso no habría sido suficiente. Recuerde que, aparte y por encima de su necrofilia, York es un narcisista patológico. Está obsesionado consigo mismo. Casi todo el mundo teme a la muerte, pero para alguien como él la idea de su propia

desaparición debe de ser insoportable. Ha pasado toda la vida rodeado por la muerte. Ahora lo que necesita es comprenderla —dijo Jacobsen apoyándose en el respaldo con gesto solemne—. Creo que es por eso por lo que mata y fotografía a sus víctimas. Su ego no puede soportar la idea de que también él morirá algún día, así que busca respuestas. Podríamos decir que, a su manera, intenta resolver el misterio de la vida y la muerte. Y está convencido de que si logra sacar la instantánea definitiva, captar el momento exacto de la muerte en el negativo, todo se volverá diáfano.

—Eso es de chiflados —protesté.

—Me parece que la cordura no es un requisito para ser asesino en serie —comentó Gardner.

Tenía razón, pero yo no me refería a eso, sino a que en realidad no hay consenso acerca del instante exacto en que termina la vida. Si el corazón se para, puede reanimarse; ni siquiera la muerte cerebral es concluyente en todos los casos. La idea de que York se creyera capaz de capturar el instante preciso en que sus víctimas expiraban —no digamos ya de aprender algo con ello— me turbaba hasta extremos indescriptibles.

—Y aunque lo logre, ¿qué espera conseguir? —pregunté—. Una fotografía no resolverá nada.

—Eso es lo de menos —dijo Jacobsen encogiéndose de hombros—. Mientras lo crea, seguirá intentándolo. Ha emprendido una búsqueda, le da igual cuánta gente muera mientras dure. Por lo que a él respecta, sólo son cobayas de laboratorio.

Jacobsen se ruborizó al caer en la cuenta de su desliz.

—Lo siento, no quería decir...

—Olvídelo. —Mal que me pesase, yo sabía tan bien como ella cuál era mi situación—. Por lo que dice, es evidente que York lleva tiempo con esto. Años, quizás. A saber a cuánta gente ha matado sin que nadie supiera nada. Podría haber seguido matando indefinidamente, así que ¿por qué este cambio? ¿Por qué de repente quiere llamar la atención sobre su plan?

—Es difícil saberlo —dijo Jacobsen extendiendo las manos—, pero supongo que precisamente porque lleva mucho tiempo haciéndolo. Dice usted que lo que pretende es imposible, y podría ser que, a su manera, él mismo se hubiera dado cuenta. Quizás intenta compensar su error proyectando su ego en una dirección distinta. Por eso fue a por el doctor Lieberman, un experto de renombre en un campo que tal vez York considera suyo. En cierto modo, es un caso típico de desplazamiento: evita enfrentarse a su fracaso convenciéndose de que, pese a todo, es un genio.

El dolor de cabeza se había convertido en una jaqueca mortificante. Empecé a masajearme las sienes y deseé haber bajado alguna aspirina de la habitación.

—¿Por qué me cuentan todo esto? No pretendo parecer desagradecido, pero otras veces no se han dado tanta prisa en compartir su información. ¿Por qué este cambio

tan repentino?

Jacobsen intercambió una mirada con Gardner, que hasta el momento parecía cómodo dejando que ella llevara la voz cantante.

—Dadas las circunstancias, hemos creído que tenía derecho a saberlo —dijo Gardner, irguiéndose de forma casi imperceptible. Me observaba fríamente, como si todavía no tuviera muy clara su opinión respecto a mí—. Con usted se nos ha planteado un dilema, doctor Hunter. York nos estaba enviando un mensaje al dejar esa piel sobre su coche. No podemos pasarlo por alto. Ya ha secuestrado y, con toda probabilidad, asesinado a Alex Irving, y de no ser por el infarto es casi seguro que habría hecho lo mismo con Tom. No estoy dispuesto a permitir que se incremente la nómina de víctimas relacionadas con la investigación.

Eché un vistazo a mi café frío y, procurando conservar la calma en mi voz, dije:

—Si quieren pueden excluirme de la investigación —«otra vez»—, pero no pienso regresar al Reino Unido, si es eso lo que están tramando.

No era altanería. Quería quedarme al menos hasta el funeral de Tom. Pasara lo que pasara no iba a marcharme sin despedirme de mi amigo.

—Las cosas no funcionan así —dijo Gardner sacando barbilla—. Si nosotros decidimos que se vaya, se irá. Aunque para ello tengamos que escoltarlo hasta el avión.

—En tal caso, eso es lo que tendrán que hacer —repliqué, acalorándome por momentos.

Su mirada daba a entender que nada le habría gustado más que llevarme a rastras él mismo hasta el aeropuerto. Exhaló un largo suspiro.

—Con franqueza, lo mejor para todos sería que se fuera a casa —dijo con acritud—, pero no era eso lo que había pensado. Si se quedara, habría ciertas... ventajas. Por lo menos entonces sabríamos dónde centrar nuestros esfuerzos.

Tardé un instante en darme cuenta de qué quería decir con eso. Estaba demasiado estupefacto para decir nada.

—Estaría bajo vigilancia constante —continuó Gardner, esta vez en un tono eficiente—. No correría usted ningún riesgo. No le pediríamos que hiciera nada con lo que se mostrase en desacuerdo.

—¿Y si no me muestro de acuerdo con el plan en sí?

—Entonces le daremos las gracias por su ayuda y nos veremos en el avión.

Me entraron unas ganas absurdas de reírme.

—¿Conque éstas son mis opciones? ¿Puedo quedarme, pero sólo si acepto convertirme en el cebo para atrapar a York?

—Usted decide —sentenció Gardner—. Si se queda, necesitará vigilancia las veinticuatro horas. Para nosotros es imposible justificar un gasto como ése cuando tenemos la opción de ponerlo a salvo mandándolo de vuelta a casa. A menos que

haya un buen motivo. Pero la decisión es suya. Nadie le pone una pistola en la sien.

Aquello me hizo sentir cierto alivio, pero enseguida se evaporó. Gardner estaba muy equivocado: la decisión no me atañía en absoluto. Si yo desaparecía, York simplemente se buscaría otra víctima.

Y eso no podía permitirlo.

—¿Qué tengo que hacer?

De pronto fue como si la burbuja de tensión que nos envolvía hubiera estallado. Una mirada de satisfacción cruzó el rostro de Gardner, aunque Jacobsen seguía mostrándose igual de enigmática. Por un segundo me pareció que algo semejante al remordimiento nublaba su mirada, pero fue tan fugaz que pudo deberse a mi imaginación.

—Por el momento, nada. Compórtese como viene haciendo habitualmente —dijo Gardner—. Si York le sigue, no quiero que note nada. Seguramente espera que tomemos precauciones, así que no le defraudaremos. Colocaremos agentes en la puerta de la morgue y en el hotel para que los vea. Aparte, sin que lo sepa, asignaremos vigilantes de incógnito. Usted tampoco sabrá quiénes son.

Asentí como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—¿Qué pasa con el coche?

—Hemos terminado con él. Un agente lo devolverá al hotel y dejará las llaves en la recepción. Todavía estamos ultimando los detalles, pero a partir de mañana podrá moverse con absoluta libertad. Hará como los turistas, se paseará por el río o por caminos donde pueda ser presa fácil. La idea es que a York se le presente una ocasión que no pueda desaprovechar.

—¿No se dará cuenta de que le estamos tendiendo una trampa si de pronto ve que voy solo a todas partes?

—¿Quiere decir como anoche? —dijo lanzándome una mirada elocuente.

Tardé un segundo en comprender. No me había dado cuenta de que hubiera alguien siguiéndome al salir del hotel en contra de sus instrucciones, aunque era de esperar. «Premio a tu valor».

—Puede que al principio sospeche, pero seremos pacientes —continuó Gardner—. En cuanto asome la cabeza, ahí estaremos nosotros para detenerlo.

Dicho así parecía sencillo. Sin darme cuenta llevaba rato frotándome la cicatriz de la mano con el pulgar. Al ver que Jacobsen me miraba, dejé de hacerlo y puse las manos sobre la mesa.

—Necesitamos su colaboración, doctor Hunter —añadió Gardner—, pero si lo prefiere, podemos conseguirle un vuelo para esta misma tarde. Aún está a tiempo de recapacitar.

«No, ya no». Consciente de que Jacobsen no apartaba los ojos de mí, retiré la silla y me levanté.

—Si eso es todo, quisiera pasar por la morgue.

Pasé el resto del día tenso y de un humor extraño. Tenía demasiadas cosas que asimilar: la muerte de Tom, el hecho de ser el siguiente en la lista de York y la posibilidad de convertirme en chivo expiatorio al día siguiente bullían en mi cabeza. En cuanto me hacía a la idea de una cosa, recordaba la siguiente y las emociones volvían a desbocarse.

Por otra parte, tampoco había mucho que hacer en la morgue. El trabajo más urgente estaba terminado y ya sólo faltaba ensamblar las pocas partes del esqueleto de Willis Dexter recogidas en el bosque. Era puro trámite y no tenía por qué llevarme mucho tiempo. Los carroñeros se habían llevado la mayoría de los huesos, y los pocos que se habían recuperado estaban tan roídos que lo más difícil era identificar algunos de ellos.

No había, pues, nada que me ayudara a apartarme del círculo vicioso de mis pensamientos. Tampoco tenía a nadie con quien hablar. Summer no se había presentado esa mañana; claro que, después de la muerte de Tom, era previsible. En cualquier caso, no habría tenido gran cosa que hacer. A pesar de que habría agradecido un poco de compañía, debo decir que sentí el alivio de los cobardes cuando uno de los ayudantes de la morgue me dijo que Kyle tenía el día libre. Todavía no le habían dicho que Noah Harper había dado positivo en hepatitis C, así que me quité un peso de encima al saber que no iba a encontrármelo.

Tampoco Paul, ocupado con sus reuniones, se dejó ver durante la mañana. Cuando llegó ya casi era la hora del almuerzo. Todavía parecía cansado, aunque no tanto como el día anterior.

—¿Cómo está Sam? —pregunté al verlo entrar en la sala de autopsias.

—Bien. Por lo menos no ha habido más falsas alarmas. Tenía pensado ir a ver a Mary esta mañana. Por cierto, si no estás ocupado, ¿por qué no vienes a cenar esta noche?

En otras circunstancias habría aceptado de buen grado. Mi agenda social no estaba a rebosar precisamente y el pronóstico de pasar otra noche solo en el hotel era de lo más desalentador. Pero si York me estaba vigilando, lo último que quería era implicar también a Paul y a Sam.

—Gracias, pero esta noche no me va bien.

—Como quieras —dijo tomando una vértebra torácica muy desgastada y haciéndola girar entre los dedos—. He hablado con Dan Gardner. Me ha explicado lo de la piel que apareció anoche en tu coche. Y que te has ofrecido voluntario para ayudar a atrapar a York.

Yo no habría empleado el término «voluntario», pero en cualquier caso me alegraba de que Paul lo supiera. Me ahorraba tener que decidir hasta qué punto debía

contarle la verdad.

—Era eso o subirme al primer avión.

Lo solté como para quitarle importancia al asunto, sin éxito. Paul depositó la vértebra sobre la mesa de examen y dijo:

—¿Seguro que sabes dónde te estás metiendo? No tienes por qué hacerlo.

«Sí, lo sé».

—Estoy seguro de que todo saldrá bien. Pero comprenderás que no es una buena idea que vaya a cenar hoy.

—Tampoco es una buena idea que te quedes solo. Además, Sam tiene ganas de verte. —Y con una sonrisa agrídulce, añadió—: Créeme: si tuviera miedo de ponerla en peligro, no te lo diría. No digo que York no sea peligroso, pero no creo que esté tan loco como para intentar algo en estos momentos. Seguro que lo del pellejo de tu coche era una bravata sin mayores consecuencias. Tuvo la oportunidad con Tom, pero la desaprovechó.

—Espero que tengas razón. Aun así, creo que deberíamos dejarlo para otra ocasión.

—Bien, como prefieras —dijo suspirando.

Cuando se hubo marchado me sentí profundamente abatido. Estuve a punto de telefonarle para decir que había cambiado de opinión, pero me contuve. Paul y Sam tenían ya bastantes preocupaciones. Lo último que quería era causarles más problemas.

Debí imaginarme que Sam no aceptaría un no así como así.

Cuando me llamó, yo estaba en la cafetería del hospital, comiendo con desgana una insípida ensalada de atún mientras pensaba qué hacer el resto del día.

—Y bien —dijo sin rodeos—, ¿qué problema tienes con mis habilidades culinarias?

—Estoy seguro de que cocinas de maravilla —respondí con una sonrisa.

—¿Entonces es la compañía?

—Tampoco es la compañía. Os agradezco mucho la invitación, de veras. Pero esta noche no puedo.

Detestaba escabullirme con evasivas, pero no sabía hasta qué punto Sam estaría informada de la situación. Enseguida vi que no era necesaria tanta cautela:

—No pasa nada, David. Paul me ha contado lo que ha ocurrido y nos gustaría verte de todos modos. Es muy considerado por tu parte mostrarte tan precavido, pero no puedes enclaustrarte hasta que atrapen a ese indeseable.

Eché un vistazo por la ventana. La gente pasaba por delante, absorta en sus vidas y sus problemas. Me pregunté si York andaría cerca. Espiándome.

—Sólo serán unos días —dije.

—¿Y si fuera al revés? ¿Nos evitarías?

No supe qué contestar.

—David, somos tus amigos —continuó Sam—. Todo esto es horrible, pero no tienes por qué pasar el trago tú solo.

Tuve que aclararme la garganta antes de responder.

—Gracias, pero creo que no es una buena idea. Al menos por el momento.

—Entonces hagamos un trato. ¿Por qué no dejas que decida el tipo del TBI? Si opina como tú, te quedas en tu cuarto viendo la tele por cable. Si no, esta noche vienes a cenar. ¿De acuerdo?

Vacilé.

—De acuerdo. Le telefonaré a ver qué dice.

Casi pude sentir su sonrisa al otro lado de la línea telefónica.

—Te ahorro la molestia. Paul ya lo ha consultado con él. Dice que no tiene nada que objetar.

Hizo una pausa, durante la cual me di cuenta de que me había estado tomando el pelo desde el principio.

—Ah, y dile a Paul que traiga mosto a la vuelta, ¿te acordarás? Se nos ha acabado —añadió con voz dulce.

Cuando colgué el teléfono todavía no se me había borrado la sonrisa de la cara.

El tráfico estaba imposible para salir de Knoxville, pero se agilizó a medida que nos alejamos de la ciudad. Seguí a Paul, intentando no perder de vista su coche en medio de los congestionados carriles. Encendí la radio y me abandoné a su música anodina, lo cual no quiere decir que mi inquietud se hubiera aplacado ni que hubiera dejado de mirar a mi alrededor cada pocos minutos para ver si había alguien siguiéndome.

Antes de salir había llamado a Gardner. No es que no me fiara de Sam, pero quería hablar con él en persona.

—Siempre y cuando vaya en su coche y no salga a caminar solo, no veo ningún inconveniente —había dicho.

—Entonces ¿no cree que vaya a ponerlos en peligro?

El agente suspiró. La exasperación era palpable en su voz.

—Oiga, doctor Hunter, queremos que York lo vea comportarse de forma normal. Eso no significa que tenga que pasarse las noches encerrado en el hotel.

—¿Y piensa mandar a alguien para que me siga?

—Deje que yo me encargue de eso. Como le he dicho, por el momento compórtese de manera corriente.

«De manera corriente». El problema era que la situación tenía bien poco de corriente. Pese a las tranquilizadoras palabras de Gardner, salí de la morgue por la

puerta trasera en vez de por la entrada principal. Luego recorrí en coche el recinto hospitalario para reunirme con Paul en una salida distinta a la habitual. Aun así, no conseguí liberarme de la sensación de que algo no iba bien. Mientras salíamos del hospital no dejé de mirar por el retrovisor, pero no detecté nada. Si el TBI o quien fuera me estaba vigilando, yo no me daba cuenta.

No empecé a aceptar que nadie me seguía hasta que nos sumimos en el flujo del tráfico vespertino y nos confundimos con aquella riada metálica.

Paul hizo una parada en una tienda de las afueras de Knoxville para comprar el mosto de Sam. Sugirió que esperase en el coche, pero no quise. Entré con él y compré una botella de Napa Valley Syrah con la esperanza de que combinara con la cena de Sam. De vuelta al coche, noté que el aire olía a gasolina y humos de escape, pero hacía una tarde deliciosa. El sol empezaba a ponerse y sus rayos de oro se extendían por todo el horizonte. Las boscosas laderas de las Smoky Mountains se hundían en una sombra violácea.

Paul me sobresaltó al darse un golpe en la nuca.

—Bichos del demonio —masculló.

Él y Sam vivían en una urbanización de nueva planta junto al lago, a caballo de Knoxville y Rockford, al sur. Como aún no estaba terminada, la entrada estaba llena de pilas de tierra y madera. Algo más adelante empezaban a verse parcelas de césped bien cortado y parterres de flores recién plantadas. La casa quedaba en una calle lateral que rodeaba el lago serpenteando entre las fincas, lo que transmitía una agradable sensación de espacio e intimidad. Pese a estar en obras, se veía que la urbanización estaba bien planificada: muchos árboles, césped y agua. Un buen lugar para formar una familia.

Paul giró en la entrada a una finca y aparcó justo detrás del viejo Toyota de Sam. Yo estacioné en la calle, salí del coche y fui con él.

—Todavía estamos decorando el cuarto del crío, así que no te asustes por el desorden —dijo mientras recorríamos la senda hasta la entrada.

No iba a asustarme. Empezaba a alegrarme de haber ido, llevaba días sin sentirme tan a gusto. Como la casa quedaba algo más retirada que las demás, el jardín era más grande. En una atípica muestra de ecologismo y sentido común, los constructores habían respetado un precioso arce adulto, rodeándolo de césped a modo de pilar decorativo. Recuerdo que al pasar por su lado pensé que sería ideal para colgar el columpio de un niño.

Es curioso cómo nos fijamos en ciertas cosas.

—¿Paul? ¡Espera un segundo!

El grito provenía de la casa de al lado. Una mujer bronceada y esbelta de cabellos rubios y exageradamente brillantes recogidos en un elaborado moño cruzó el césped corriendo hacia nosotros. A primera vista aparentaba unos cincuenta y bastantes años,

pero según se acercaba revisé mis cálculos al alza: primero sesenta, luego setenta, como si a cada paso envejeciera más y más.

—Genial —dijo Paul entre dientes al tiempo que forzaba una sonrisa de compromiso—. Hola, Candy.

Aunque era un nombre raro para alguien de su edad, había que reconocer que parecía acertado. La mujer avanzó hasta nosotros; tenía todo el aspecto de una modelo avejentada que no se da cuenta de que su década ha terminado.

—Cuánto me alegro de verte —dijo exhibiendo unos dientes de una blancura exagerada que imprimían un ligero silbido a sus palabras. Al llegar junto a nosotros posó sobre el brazo de Paul una mano salpicada de lentigos fruto de la edad; su piel venosa tenía un tono marrón, como de mocasín viejo—. No esperaba volver a verte tan pronto. ¿Qué tal se encuentra Sam?

—Muy bien, gracias. Una falsa alarma —dijo Paul, e intentó presentarme—: Candy, te presento a...

—¿Una falsa alarma? —dijo consternada—. Ay, Señor, otra vez no. ¡Cuando he visto la ambulancia he pensado que esta vez era la buena!

Por un instante fue como si el tiempo se hubiera detenido. Había podido oler la frescura de las flores y la hierba recién cortada, sentir el fresco de primera hora del atardecer bajo el calor primaveral. El leve peso de la botella de vino que llevaba en la mano encerraba en sí la promesa de la normalidad.

De pronto, aquel instante se rompió en mil pedazos.

—¿Qué ambulancia? —preguntó Paul, más confuso que preocupado.

—La que ha venido antes. Debían de ser las cuatro y media aproximadamente. —La sonrisa se desvaneció en los labios pintarrajeados de la mujer, que se llevó la mano al cuello—. ¿Nadie te ha dicho nada? Creía que...

Pero Paul ya había salido corriendo hacia la casa.

—¿Sam? ¡Sam!

—¿A qué hospital se la han llevado? —pregunté sin perder tiempo a la vecina.

La mujer desplazó la mirada de la puerta por donde Paul había desaparecido hacia mí, intentando encontrar las palabras.

—Yo... No se lo he preguntado. El paramédico la ha sacado en silla de ruedas, con una de esas máscaras de oxígeno en la cara. No he querido estorbar.

La dejé donde estaba y me fui a por Paul. La casa olía a yeso y pintura fresca, a alfombras y muebles nuevos. Lo encontré de pie en la cocina, rodeado de electrodomésticos todavía relucientes.

—No está aquí —dijo sin dar crédito—. Dios mío, ¿por qué nadie me ha llamado?

—¿Has mirado si tienes algún mensaje en el móvil?

Esperé mientras lo hacía. Pulsó las teclas con la mano temblando, escuchó y

finalmente sacudió la cabeza.

—Nada.

—Prueba en el hospital. ¿Sabes adónde tenían que llevarla?

—Iba al Centro Médico de la universidad, pero...

—Llama.

Se quedó mirando el teléfono, pestañeando como si acabara de despertarse.

—No tengo el número. ¡Joder, debería sabérmelo de memoria!

—Llama a información.

Pasado el sobresalto inicial, Paul parecía empezar a pensar con claridad otra vez. Me quedé a su lado mientras telefoneaba al hospital, yendo de un lado para otro durante las agónicas transferencias entre departamentos. Al oírlo deletrear el apellido de Sam por tercera o cuarta vez, noté que el presentimiento que llevaba todo el día hostigándome crecía e imponía su presencia en la habitación. Paul colgó.

—No saben nada —dijo con voz serena, aunque por debajo se adivinaba el pánico—. Incluso he hablado con urgencias. No consta que la hayan ingresado.

En ésas, volvió a pulsar las teclas con fuerza.

—Paul... —dije.

—Tiene que haber algún error —murmuró como si no me oyera—. Se la habrán llevado a otro hospital...

—Paul.

Dejó lo que estaba haciendo. Sus ojos se cruzaron con los míos y descubrí en ellos el temor, la sospecha de algo que deseaba negar a toda costa, algo que ninguno de los dos podíamos permitirnos el lujo de seguir ignorando.

El objetivo de York no era yo. Nunca lo había sido.

Sólo me había utilizado como señuelo.

La noche que siguió fue una de las más largas de mi vida. Telefoneé a Gardner mientras Paul llamaba al resto de hospitales de la zona. Sospechaba sin duda que Sam no estaría en ninguno, pero aceptar la alternativa lo llenaba de pavor. Mientras quedara alguna posibilidad, por remota que fuera, podría mantener la esperanza de que todo aquello fuera un malentendido, de que su mundo volviera a la normalidad. Pero eso era imposible.

Gardner tardó menos de cuarenta y cinco minutos en llegar. Para entonces ya estaban con nosotros dos agentes del TBI. Se habían presentado en la casa a los pocos minutos, vestidos ambos con mugrientos monos de trabajo como si vinieran de una obra. Tanta rapidez me hizo suponer que debían de formar parte del dispositivo de seguimiento que me habían prometido. Tanta vigilancia para nada.

Gardner y Jacobsen entraron en la casa sin llamar, ella con su gesto inescrutable, él con expresión sombría y adusta. Gardner cruzó unas palabras con uno de los agentes y a continuación se dirigió a Paul.

—Dígame qué ha ocurrido.

Paul se lo explicó con voz temblorosa.

—¿Hay algo fuera de lugar? ¿Signos de forcejeo? —preguntó Gardner.

Paul negó con la cabeza.

Gardner se fijó en las tazas que había encima de la mesa.

—¿Alguno de ustedes ha tocado algo?

—Yo he preparado un poco de café —respondí. Con la mirada me dio a entender que no debía haber tocado nada, pero no le dio tiempo a decir nada al respecto.

—A la mierda el puto café, ¿y ahora qué? —estalló Paul—. ¡Ese hijo de perra se ha llevado a mi mujer y nosotros aquí de cháchara!

—Estamos haciendo todo cuanto podemos —dijo Gardner con una contención desacostumbrada—. Hemos dado parte a todos los departamentos de policía de Tennessee Este para que busquen una ambulancia.

—¿Que han dado parte? ¿Por qué no bloquean las carreteras, por el amor de Dios?

—No podemos parar a todas las ambulancias. Además, de nada serviría bloquear las carreteras teniendo en cuenta que nos lleva varias horas de ventaja. A estas alturas podría haber llegado a Carolina del Norte.

Paul dejó de mostrarse irascible y se hundió en su asiento. Estaba lívido.

—Puede que no tenga nada que ver, pero he estado pensando en lo de la ambulancia —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. En la grabación de la cámara de seguridad aparece una, ¿verdad? Al lado de la cabina desde la que York llamó a Tom.

En la cinta apenas se distinguía una forma blanca en primer plano. En otras circunstancias no le habría concedido mayor importancia, y ni siquiera entonces estaba seguro de que pudiera tenerla, pero prefería decir una sandez a guardar silencio y arrepentirme más tarde.

Gardner, por supuesto, no compartía mi parecer.

—En los hospitales suele haber ambulancias.

—En urgencias tal vez sí, pero no en la morgue. Al menos no frente a la entrada principal. Los cuerpos no entran por ahí.

Gardner se quedó callado un instante y a continuación se dirigió a Jacobsen.

—Dile a Megson que lo compruebe y me mande las imágenes. —Y mientras la agente se iba corriendo, añadió—: Ahora debería hablar con su vecina.

—Voy con usted —dijo Paul poniéndose en pie.

—No hace falta.

—Quiero ir.

Advertí la reticencia de Gardner al respecto, pero acabó asintiendo. Todo un gesto por su parte.

Yo me quedé solo en la casa. Me corroía pensar que nos habíamos dejado engañar como chorlitos. Mi noble gesto al ofrecirme como cebo se me antojaba ahora un acto de soberbia. «Maldita sea, ¿tan elevada opinión tienes de ti mismo?» Debería haberme dado cuenta de que York no tenía por qué molestarse conmigo teniendo al alcance objetivos mucho más jugosos.

Como Sam.

La cocina estaba prácticamente en penumbra; el sol ya casi se había escondido. Encendí la luz. Los flamantes electrodomésticos y las paredes recién pintadas emanaban un optimismo casi sarcástico. Yo había pasado ya por lo mismo que estaba pasando Paul, pero con una diferencia crucial: cuando secuestraron a Jenny sabíamos que su captor mantenía a sus víctimas con vida durante tres días. En este caso, sin embargo, nada sugería que York mantuviera con vida a las suyas más tiempo del necesario.

Podía ser que Sam ya estuviera muerta.

Desasosegado, salí de la cocina. Había una unidad forense en camino, pero nadie tenía excesivas esperanzas de que pudieran encontrar algo. Aun así, me abstuve de tocar nada y pasé al salón. La estancia era cálida y alegre: un cómodo sofá, unas cuantas sillas, una mesita de centro con unas cuantas revistas. La personalidad de Sam traslucía mucho más que la de Paul; pese a su meticuloso diseño, la sala invitaba más al disfrute que a la admiración.

Al darme la vuelta para salir, me llamó la atención una fotografía enmarcada que había sobre una vitrina de cristal ahumado. Era una imagen casi abstracta a base de manchas blancas y negras, pero al verla sentí un golpe en el estómago.

Era una ecografía del bebé de Sam.

Volví al vestíbulo y me detuve ante la puerta principal intentando visualizar lo ocurrido: «Llaman a la puerta. Sam va a abrir y ve a un paramédico. Titubea, convencida de que ha habido una confusión. Tal vez sonrío e intenta aclarar el malentendido. Y entonces...». ¿Entonces qué? Aunque la puerta principal quedaba escondida tras unos arbustos y el arce del jardín, York no podía arriesgarse a ser visto, de modo que habría entrado en casa, convenciéndola o por la fuerza. Luego la habría reducido y atado a la silla de ruedas.

A continuación se la habría llevado a la ambulancia.

Me di cuenta de que había algo en la pared, junto al zócalo: unas manchitas blancas sobre la moqueta beige. Me agaché para observarlas mejor, pero en ese momento se abrió la puerta.

Jacobsen se quedó quieta al verme de cuclillas en el suelo. Me levanté y señalé las manchitas blancas.

—Parece que York tenía prisa. Y no, no he tocado nada.

La agente observó la moqueta y el zócalo. En la madera se veían unas rozaduras.

—Es pintura. Debe de haber rayado el zócalo con la silla de ruedas —dijo—. ¿No nos preguntábamos cómo se las había ingeniado para sacar del bosque al profesor Irving? Había ochocientos metros largos hasta el aparcamiento más próximo. Demasiada distancia para llevar a un adulto a cuestas, sobre todo si está inconsciente.

—¿Cree que usó la silla de ruedas también entonces?

—Eso explicaría muchas cosas —dijo sacudiendo la cabeza enfadada por no habersele ocurrido antes—. Encontramos una especie de surcos de bicicleta cerca del lugar donde desapareció Irving. Como por ahí circulan muchos ciclistas, no lo consideramos relevante. Pero las sillas de ruedas usan unos neumáticos similares.

Aunque York se hubiera cruzado con alguien mientras deshacía el sendero con Irving inconsciente, ¿quién habría sospechado algo? Cualquiera lo habría tomado por un cuidador sacando a tomar el aire a un inválido.

Volvimos a la cocina. Jacobsen se quedó mirando la cafetera medio llena. Sin decir nada, le serví una taza y volví a llenar la mía.

—Entonces ¿qué le parece? —pregunté con voz queda mientras le alargaba la taza.

—Todavía es demasiado pronto... —empezó a decir, e hizo una pausa—. ¿Puedo serle sincera?

«No», me dije mientras asentía con la cabeza.

—Creo que durante todo este tiempo hemos ido dos pasos por detrás de York. Nos ha engañado haciéndonos creer que usted era su objetivo y se ha presentado aquí mientras nosotros mirábamos hacia otro lado. Ahora Samanta Avery pagará nuestro error.

—¿Cree que es posible encontrarla a tiempo?

Observó el café como si fuera a hallar la respuesta en su interior.

—No creo que York esté dispuesto a perder tiempo. Sabe que lo estamos buscando y eso debe de provocarle excitación e impaciencia. Si todavía no la ha matado, la matará antes de que acabe la noche.

De repente me entraron náuseas y bajé la taza.

—¿Por qué Sam? —pregunté, aunque sospechaba el motivo.

—York necesitaba reafirmar su ego tras fracasar con el doctor Lieberman. Por lo menos en eso estábamos en lo cierto —dijo con amargura—. Samanta Avery tenía todos los números: es la mujer del probable sucesor del doctor Lieberman y está embarazada de casi nueve meses. Eso la hace el doble de atractiva. Le garantiza los titulares y, si nuestra apreciación acerca de las fotografías es cierta, encaja con la psicosis de York. Está obsesionado con captar en película el instante de la muerte y tiene el convencimiento de que eso, de alguna forma, le revelará las respuestas que anda buscando. En ese sentido, ¿quién más indicado que una mujer embarazada, alguien literalmente lleno de vida?

«Por todos los cielos». Era demencial, pero lo peor de todo era que encerraba una retorcida lógica. Una lógica fútil, obscena y, no obstante, cristalina.

—¿Y luego qué? Matando a Sam tampoco hallará las respuestas que está buscando.

El rostro de Jacobsen expresaba una desazón insólita.

—Entonces resolverá que no era la persona adecuada y volverá a las andadas. Aunque su orgullo le diga lo contrario, sabrá que el tiempo se le echa encima, y eso puede hacer que actúe a la desesperada. Quizá la próxima vez elija a otra embarazada, o incluso a un niño. Sea como sea, no se detendrá.

Recordé los rostros atormentados de las fotografías y de repente vi la imagen de Sam sometida al mismo martirio. Me froté los ojos, intentando quitármelo de la cabeza.

—¿Y qué hacemos ahora?

Jacobsen miró por la ventana; fuera, la noche avanzaba.

—Esperemos encontrarlos antes de que amanezca.

Menos de una hora después, el silencio del atardecer quedó hecho añicos. Los agentes del TBI tomaron el apacible vecindario y empezaron a llamar a todas las puertas con la esperanza de hallar nuevos testigos. Muchos vecinos recordaban haber visto una ambulancia aquella tarde, pero nadie había advertido nada fuera de lo corriente. Las ambulancias no tienen mucho misterio: cuando aparecen provocan una curiosidad morbosa, pero casi nadie se plantea el motivo de su presencia.

Por lo menos no los vecinos de Sam y Paul.

Gardner no había logrado sacarle nada más a Candy. Todo lo que ésta había

podido decirle era que se trataba de un varón de edad indeterminada vestido con uniforme de paramédico. O, bien pensado, un atuendo similar a un uniforme: pantalón oscuro, camiseta con insignias y una especie de gorra que le tapaba buena parte de la cara. Un tipo corpulento, añadió, no sin titubear. Blanco. O tal vez hispano. En cualquier caso no era negro. A ella al menos no le había dado esa impresión...

Ni siquiera le había parecido extraño que el conductor de la ambulancia fuera solo. En cuanto al vehículo en sí, la información era, si cabe, más exigua. No, por supuesto que no había anotado el número de la matrícula. ¿Por qué iba a hacerlo? Era una ambulancia.

—Aparentemente no ha habido forcejeo, lo cual indica que Samantha debía de estar drogada o inconsciente —dijo Gardner mientras Paul hablaba por teléfono con la madre de Sam—. Es posible que haya utilizado algún tipo de gas, pero en mi opinión lo de la mascarilla de oxígeno ha sido una artimaña para evitar la intervención de los vecinos. Con el gas no es muy fiable, sobre todo si la víctima opone resistencia, y a York le convenía dejarla fuera de combate sin perder tiempo.

—Tampoco creo que haya utilizado la fuerza bruta —dijo Jacobsen—. Cuando se deja a alguien sin sentido de un golpe, se corre el peligro de provocarle una conmoción o daños cerebrales, y York no querría eso. Necesita que sus víctimas sean perfectamente conscientes de que van a morir. No se arriesgaría a golpearlas en la cabeza.

—Pues fue lo que hizo con el perro de Irving —le recordó Gardner.

—Lo del perro fue accidental. A quien quería era al dueño.

Gardner se pinzó el puente de la nariz. Parecía exhausto.

—Da igual, el caso es que de alguna manera ha conseguido que Samantha Avery pierda el sentido. Al menos, si tiene que esperar a que vuelva en sí, puede que ganemos algo de tiempo.

Muy a mi pesar, creí conveniente disipar aquel filo de esperanza.

—No necesariamente. Sólo necesita que las víctimas estén inconscientes hasta introducirlas en la ambulancia. Luego ya no importa. Ignoro cómo lo hace, pero debe de dejarlas inconscientes sólo unos minutos, no creo que tarden mucho en recuperarse.

—No sabía que era usted un experto —dijo Gardner con aspereza.

Pude haberle dicho que había ejercido como médico de familia o que también a mí me habían drogado en una ocasión. Pero ¿para qué? Todos estábamos bajo presión, y Gardner de los que más. Después de lo ocurrido, ninguno de nosotros podía colgarse ninguna medalla, pero en tanto que agente especial al frente de la investigación, en última instancia la responsabilidad era suya, y a mí no me apetecía hacerle más pesada la carga.

Y menos con la vida de Sam en juego.

El propio Paul parecía haber superado ya la fase del miedo y el pánico para sumirse en un estado de apático aislamiento. Cuando volvió de hablar por teléfono con los padres de Sam, se sentó sin decir nada, con la mirada perdida en esa imposible pesadilla que acababa de abatirse sobre su vida. Los padres de Sam llegarían en avión desde Memphis al día siguiente, pero no se había molestado en llamar a nadie más. Lo único que quería era recuperar a Sam; todo lo demás le daba igual.

Yo me debatía sobre qué hacer. Por una parte no me necesitaban, pero por otra no podía dejar solo a Paul y marcharme al hotel sin más, así que me senté a hacerle compañía en el salón mientras los gentes del TBI cumplían con su labor, la casa se llenaba de olor a café y las últimas horas y minutos del día avanzaban inexorables hacia su fin.

Justo pasadas las once, Jacobsen entró en el salón. Paul levantó rápidamente la mirada, pero la esperanza se desvaneció en sus ojos al ver que la agente sacudía la cabeza.

—No hay novedades. Sólo quería preguntarle al doctor Hunter un par de cosas acerca de su declaración.

Paul volvió a su letargo, y yo me levanté para ir con ella. Vi que llevaba una carpeta en la mano, pero no la abrió hasta que estuvimos en la cocina.

—No quiero que el doctor Avery se preocupe más todavía, pero creo que usted debería saberlo. Hemos revisado la grabación de las cámaras de seguridad del hospital a la hora en que York telefoneó al doctor Lieberman desde la cabina. Usted tenía razón en lo de la ambulancia.

Me alargó una fotografía en blanco y negro de la carpeta. Era la imagen de circuito cerrado que ya había visto antes, en la que se veía la figura de York bajando de la acera junto a la cabina. La parte trasera de la furgoneta estacionada era visible a la izquierda del fotograma. Era difícil asegurarlo, pero podría ser que estuviera dirigiéndose hacia ella.

—La ambulancia apareció diez minutos antes de que York utilizara el teléfono y desapareció siete minutos más tarde —dijo Jacobsen—. No se ve quién conduce, pero la hora coincide.

—¿Por qué esperaría diez minutos a hacer la llamada?

—Puede que hubiera gente cerca, o que quisiera saborear el momento. O quizá necesitaba calmar los nervios. En cualquier caso, a las diez en punto hizo la llamada y luego siguió esperando. El plan era que el doctor Lieberman saliera corriendo a los pocos minutos. Al ver que no salía, debió de pensar que algo no iba bien y desapareció.

Intenté reconstruir la escena en mi cabeza: York vigilando nervioso el reloj, su

confianza desmoronándose por momentos al ver que la víctima no aparece: «Un minuto más, sólo uno más...». Luego huye, furioso, para planear su próximo movimiento.

Jacobsen sacó otra fotografía de la carpeta. Había sido tomada en una zona del hospital que no pude reconocer. En el centro de la imagen se veía una ambulancia, borrosa por el movimiento.

—Esta fue tomada en otra zona del recinto minutos antes de que la ambulancia se detuviese delante de la morgue —dijo la agente—. Hemos reconstruido su ruta a partir de las otras cámaras de seguridad. Sin duda es el mismo vehículo. Es la mejor imagen que hemos encontrado.

Lo cual tampoco era para lanzar las campanas al vuelo. La instantánea había sido ampliada al máximo y, como suele ocurrir con las fotografías extraídas de vídeos, estaba desenfocada. El ángulo no permitía ver quién iba en el habitáculo y, a primer golpe de vista, la ambulancia no presentaba ninguna característica especial: una furgoneta blanca con los distintivos naranjas característicos de los servicios de emergencias de Tennessee Este.

—¿Cómo pueden estar seguros de que es la misma que usa York? —pregunté.

—Porque no es una ambulancia de verdad. Las marcas parecen auténticas, pero sólo hasta que se comparan con las de verdad. No sólo eso, sino que además el modelo tiene más de quince años. Demasiado antiguo para seguir en servicio.

Examiné la fotografía con mayor detenimiento. A decir verdad, el vehículo parecía algo anticuado, pero casi nadie lo habría notado. Ni siquiera en un hospital. ¿Quién iba a sospechar?

—Da el pego —dije devolviéndole la fotografía.

—Hay empresas especializadas en la venta de ambulancias de segunda mano. York podría haber comprado un modelo antiguo como éste por cuatro centavos y a continuación pintarlo con los colores adecuados.

—Entonces ¿es posible averiguar de dónde ha salido?

—Será difícil, pero sí, aunque no estoy muy segura de que pueda servirnos de mucho. York debió de pagarla con la tarjeta de crédito de alguna de sus víctimas. Y aunque no fuera así, dudo que nos ayudara a dar con él. Es demasiado listo para eso.

—¿Qué hay de la matrícula? —pregunté.

—Estamos trabajando en ello. Las placas son visibles en algunas tomas, pero se ven demasiado borrosas. Podría ser intencionado, pero se observan salpicaduras en los laterales del vehículo, así que sabemos que hacía relativamente poco que había conducido sobre barro.

Recordé las palabras de Josh Talbot al identificar la ninfa de libélula del féretro: «Lo más probable es que el cuerpo se encontrara cerca de un estanque o un lago. Posiblemente en la orilla misma. Por algo las llaman libélulas de pantano».

—Al menos ahora tenemos una idea más clara de qué estamos buscando —continuó Jacobsen guardando las fotografías de nuevo en la carpeta—. Aunque no tengamos la matrícula, podemos difundir la descripción de la ambulancia. Eso acota un poco el terreno.

«No lo suficiente». York había tenido tiempo de sobra para llegar a su destino. Aunque no hubiera cruzado la frontera estatal, había cientos de kilómetros cuadrados de montaña y bosque donde podía esconderse.

Y esconder a Sam.

Miré a Jacobsen y leí en sus ojos que estaba pensando lo mismo. Ninguno de los dos dijo nada, pero nos entendimos. «Demasiado tarde». El momento no se prestaba a ello, pero de pronto me fijé en lo cerca que estábamos, en cómo su ligero perfume se rendía al olor de su cuerpo al final del largo día. La repentina tensión que se creó entre nosotros me confirmó que ella sentía lo mismo.

—Será mejor que vuelva con Paul —dije mientras me apartaba.

Ella asintió, pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, la puerta de la cocina se abrió y apareció Gardner. Por su expresión supe que algo había ocurrido.

—¿Dónde está el doctor Avery? —le preguntó a Jacobsen como si yo no estuviera ahí.

—En el salón.

Sin decir una palabra, volvió a desaparecer. Jacobsen fue con él, procurando evitar que las emociones aflorasen a su rostro. Cuando salí tras ella, fue como si el aire se hubiese enfriado de repente.

Paul parecía no haberse movido desde que me había apartado de su lado. Seguía sentado en su silla, inclinado junto a una mesita de centro donde reposaba una taza de café intacto, ya frío. Al ver a Gardner se puso rígido, como quien se prepara para encajar un golpe en las costillas.

—¿La han encontrado?

Gardner sacudió la cabeza.

—Todavía no. Pero nos han informado de un accidente en el que se ha visto implicada una ambulancia en la carretera 321, unos cuantos kilómetros al este de Townsend. —Conocía el lugar de nombre, una pequeña y agradable ciudad sita en las estribaciones de las montañas. Gardner vaciló—. Todavía no está confirmado, pero creemos que es York.

—¿Accidente? ¿Qué clase de accidente?

—Una colisión con otro vehículo. El conductor dice que la ambulancia ha tomado una curva a demasiada velocidad y lo ha barrido desde el sentido contrario. Ambos han dado unos trombos y la ambulancia se ha estrellado contra un árbol.

—¡Dios mío!

—Luego ha arrancado otra vez, pero, según el conductor del otro coche, tiene

roto el parachoques delantero y al menos uno de los faros. Por el ruido que hacía, cree que también podría tener algún problema mecánico.

—¿Le ha tomado la matrícula? —pregunté.

—No, pero una ambulancia abollada no pasa desapercibida. En todo caso ahora sabemos hacia dónde se dirigía York.

—Entonces ¿bloquearán ahora las carreteras? —preguntó Paul, que había saltado como un resorte de su asiento.

—No es tan sencillo —respondió Gardner incómodo.

—¿Qué coño quiere decir con eso? Por el amor del cielo, ¿tan difícil es dar con una maldita ambulancia abollada sabiendo adónde se dirige?

—El problema es que el accidente ha ocurrido hace cinco horas.

Sus palabras fueron acogidas en silencio.

—El conductor no ha dado parte enseguida —prosiguió Gardner—. Al parecer ha creído que era una ambulancia de verdad, y tenía miedo de meterse en un lío. No ha sido hasta más tarde que su mujer lo ha convencido de que se pusiera en contacto con la policía para saber si tenía derecho a alguna indemnización.

Paul se quedó mirándolo fijamente.

—¿Cinco horas?

Volvió a sentarse, como si las piernas no pudieran sostenerlo en pie.

—No deja de ser una buena pista —insistió Gardner, pero Paul ya no escuchaba.

—Se ha escapado, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz—. Podría estar en cualquier parte. Puede que Sam ya esté muerta.

Nadie osó contradecirlo. Se quedó mirando a Gardner con tal intensidad que hasta el agente del TBI pareció estremecerse.

—Prométame que lo atraparán. No dejen que este hijo de puta salga impune de ésta. Al menos prométame eso.

Gardner no sabía qué decir.

—Haré todo lo que pueda.

Pero lo dijo sin mirar a Paul a los ojos.

A la mañana siguiente encontraron la ambulancia. Yo me había pasado la mayor parte de la noche en un sillón, dormitando a ratos. Me pareció que pasaba una eternidad. Cada vez que me despertaba consultaba el reloj y me daba cuenta de que apenas habían transcurrido unos minutos. Cuando miré por la ventana y vi un resplandor dorado rompiendo el horizonte, fue como si por fin el tiempo se hubiera puesto de nuevo en marcha.

Al mirar hacia el otro sillón vi que Paul estaba totalmente despierto. Parecía no haberse movido en toda la noche. Aunque estaba entumecido, intenté levantarme.

—¿Quieres un café?

Negó con la cabeza. Flexioné los hombros y el cuello y fui a la cocina. El café había seguido calentándose toda la noche y en la habitación flotaba un rancio olor a quemado. Lo tiré por el desagüe y preparé una cafetera nueva. Apagué la luz y me quedé de pie junto a la ventana. Fuera, el mundo empezaba a cobrar forma a través de la penumbra del amanecer. Más allá de las casas de enfrente, sólo alcanzaba a divisar el lago, su oscura superficie difuminada por una bruma blanca. Habría sido una estampa matutina de lo más apacible, de no ser por el coche patrulla estacionado delante, como un rotundo golpe de realidad en medio de aquel pacífico amanecer.

Sorbí el café sin moverme de la ventana. Fuera, un pájaro se puso a cantar. A su voz solitaria se unieron otras, formando un coro de trinos cada vez más enérgico. Recordé el aciago pronóstico de Jacobsen: «Si todavía no la ha matado, la matará antes de que acabe la noche». Como si hubieran estado esperando el momento oportuno, los primeros rayos de sol tocaron el lago.

Se preveía una mañana magnífica.

Hacia las ocho empezaron a llegar los primeros equipos de televisión y periodistas. El nombre de Sam no había trascendido a la prensa pero, como de costumbre, que se filtrase era sólo cuestión de tiempo. Los agentes de uniforme del coche patrulla se aseguraron de que los medios se mantuvieran a cierta distancia de la casa, pero en cuestión de minutos la calle se llenó de vehículos y equipos de reporteros.

Paul parecía no enterarse de nada. Presentaba un aspecto lamentable, tenía la piel de la cara gris y arrugada y estaba cada vez más encerrado en sí mismo, como extraviado en su sufrimiento. Sólo volvía a la realidad cuando sonaba el teléfono. Entonces lo descolgaba, tenso y expectante, y al momento volvía a hundirse al oír la voz de algún amigo o algún periodista insistente. Tras decir unas palabras, colgaba el aparato y volvía a retraerse en su caparazón. Yo sufría por él, porque sabía muy bien por lo que estaba pasando.

Sin embargo, nada podía hacer por ayudarlo.

Las cosas cambiaron justo antes de mediodía. A nuestro lado, en un plato, se secaban los restos de unos bocadillos. El mío, a medio comer; el de Paul, intacto. Pensé que ya iba siendo hora de volver al hotel. No estaba ayudando en nada, y en apenas unas horas llegarían los padres de Sam. El teléfono volvió a sonar y Paul descolgó, pero por la forma en que hundió los hombros supe que no era Gardner.

—Hola, Mary. No, no lo he... —Se interrumpió y de pronto todo su cuerpo se puso en tensión—. ¿En qué canal?

Dejó caer el auricular y cogió el mando del televisor.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Creo que ni me oyó. En cuanto la pantalla se encendió, comenzó a pasar canales, creando una cacofonía de ruidos e imágenes hasta que de repente se detuvo. Una mujer joven con el pelo lacado y unos labios demasiado rojos hablaba enfáticamente ante la cámara.

—... «noticia de última hora, acaba de saberse que ha aparecido una ambulancia abandonada en la zona de Gatlinburg del Parque Nacional de las Great Smoky Mountains».

Paul se quedó atónito al oír aquellas palabras.

—... «la localización exacta no ha trascendido, y las fuentes del TBI se niegan a confirmar si se trata del mismo vehículo utilizado ayer en el secuestro de Samantha Avery, la mujer embarazada de treinta y dos años de Blount County. Todavía se desconoce el paradero de la desaparecida, pero según datos que no hemos podido contrastar la ambulancia habría podido resultar dañada en una colisión...»

La reportera continuó hablando con voz entrecortada de excitación mientras en pantalla aparecía una fotografía de York. Paul se abalanzó sobre el teléfono, pero éste se puso a sonar antes de descolgarlo. «Gardner», pensé, y mi sospecha se vio confirmada por el rostro de Paul.

—¿La han encontrado? —inquirió.

Al oír la respuesta de Gardner pareció desinflarse. Se hizo un silencio tal que hasta podía oír la voz metálica e indistinta del agente del TBI.

—¿Y deja que me entere por la televisión? Por el amor de Dios, me dijo que me llamaría en cuanto tuviera noticias... Me da lo mismo, pero llámeme, ¿de acuerdo?

Colgó y se quedó dándome la espalda, intentando recuperar el control sobre sí mismo antes de hablar.

—Han encontrado una ambulancia hace media hora en un área de picnic cercana a la interestatal 40 —anunció sombrío—. Creen que York la ha abandonado ahí y ha robado otro coche antes de llegar a la interestatal. Podría estar en mitad de Carolina del Norte. O haberse dirigido hacia el oeste. O incluso estar de camino a México. A saber, puede estar en cualquier parte.

Paul arrojó el teléfono, que se hizo pedazos contra la pared, proyectando trozos de plástico por toda la habitación.

—¡Dios mío, no puedo aguantarlo más! ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme aquí sentado?

—Paul...

Pero ya se estaba dirigiendo hacia la puerta. Salí corriendo hacia el vestíbulo.

—¿Adónde vas?

—A ver la ambulancia.

—Espera un segundo. Gardner...

—¡A la mierda con Gardner! —gritó mientras abría la puerta principal. Yo le corté el paso con la mano—. ¡Quítate de en medio, David!

—Haz el favor de escucharme. Si te marchas ahora tendrás a los equipos de televisión siguiéndote hasta que llegues. ¿Es eso lo que quieres?

Mis palabras lo hicieron reflexionar.

—¿Hay carretera en la parte de atrás? —continué, una vez captada su atención.

—La calle gira entre las casas de atrás, pero no puedo...

—Voy a por mi coche. A mí la prensa no me seguirá. Tú sal por detrás y cruza los jardines, nos encontraremos al otro lado.

Acabó aceptando que mi propuesta era más razonable y, aunque a regañadientes, consintió.

—Dame un par de minutos —dije, y me fui antes de que pudiera cambiar de opinión.

Al salir, la luz del sol me deslumbró. Fui directo hacia el coche, procurando ignorar el clamor suscitado por mi aparición. La prensa se abalanzó sobre mí formando una muralla de cámaras y micrófonos, pero la agitación se desvaneció enseguida.

—Éste no es Avery —dijo alguien, y fue como si se hubiera apagado un interruptor.

Me hicieron unas cuantas preguntas sin mucho entusiasmo, pero su interés se disipó al ver que yo no contestaba. Para cuando subí al coche y lo puse en marcha, los periodistas y equipos de televisión habían vuelto a centrar su atención en la casa.

La calle describía una curva pronunciada y continuaba por detrás de la casa de Sam y Paul. Aparte de él, la calle estaba vacía. Vino corriendo hacia mí y abrió la puerta antes de que me hubiera dado tiempo a detenerme por completo.

—Vuelve a la carretera principal y conduce en dirección a las montañas —dijo sin aliento.

Abandonamos la urbanización sin que nos siguiera ningún vehículo de la prensa. Una vez en la carretera, la ruta estaba bien señalizada, así que, a excepción de alguna que otra indicación sucinta por parte de Paul, condujimos en silencio. Las brumas

Smoky Mountains surgían frente a nosotros en el horizonte. Su imagen perdiéndose en la distancia sugería que cualquier búsqueda había de resultar infructuosa.

El sol brillaba en lo alto, y la temperatura era propia de un día de verano. Recorridos unos kilómetros tuve que activar el limpiaparabrisas para quitar los insectos muertos del cristal. La tensión aumentó al alcanzar las estribaciones y atravesar Townsend. No muy lejos de ahí York había impactado contra aquel coche y se había estrellado contra un árbol. A pocos kilómetros de la ciudad, la carretera pasaba junto a un gran roble rodeado con precinto policial. En el tronco podían verse claramente unas muescas irregulares de color blanco. Paul se quedó mirándolo con ojos sombríos.

Ninguno de los dos dijo nada.

Unos kilómetros más adelante, me indicó que tomara un ramal de la carretera que se encaramaba en las montañas. Las laderas nos rodeaban y a ratos sumergían en las sombras el sinuoso trazado de la carretera. Vimos algún que otro coche, pero la estación estaba principiando y todavía no había muchos. Todo respiraba primavera. Los bosques estaban alfombrados de flores silvestres de color azul, amarillo y blanco que moteaban la hierba joven y pujante. En cualquier otro momento la belleza de los Apalaches habría sido imponente; aquel día, parecía una mofa cruel.

—Gira por la próxima a la derecha —dijo Paul.

Era una vía estrecha cubierta de grava, como tantas pistas y carreteras menores del país. La pendiente era lo bastante pronunciada como para forzar la transmisión automática del coche. Pasado kilómetro y medio, se niveló. Al final de una curva nos encontramos con un coche patrulla que bloqueaba la carretera. Detrás de éste, antes de que los árboles interrumpieran la vista, había unas cuantas mesas de picnic de madera y varios vehículos de policía.

Bajé la ventanilla y un agente de uniforme se acercó al coche. No tendría ni veinte años, pero caminaba con la arrogancia de un veterano. Me miró por debajo de la amplia ala de su sombrero y se llevó una mano a la funda de la pistola.

—Vuelva por donde ha venido. No se puede pasar.

—¿Puede avisar a Dan Gardner de que el doctor Hunter y...? —empecé a decir, pero entonces oí que se abría la puerta del acompañante.

Volví la cabeza y vi a Paul saliendo del coche. «Oh, cielos», pensé, mientras el agente salía a toda prisa para cortarle el paso.

—¡Alto ahí! ¡Maldita sea, he dicho que alto!

Bajé del coche y fui corriendo tras ellos. Agarré a Paul justo en el momento en que el agente se cruzaba en su camino y desenfundaba el arma. Hasta entonces nunca había pensado en lo poco que me gustan las armas.

—De acuerdo, de acuerdo —dije obligando a retroceder a Paul—. ¡Vamos, tranquilízate!

—¡Vuelvan al coche! ¡Ahora! —gritó el agente, que aferraba la pistola con ambas manos, apuntando a la porción de suelo que lo separaba de nosotros.

Paul no parecía dispuesto a moverse. El sol se reflejaba en sus ojos, que parecían no mirar a ninguna parte. La impotencia lo estaba consumiendo. Si en ese momento no hubiéramos oído una voz familiar, no sé qué habría podido ocurrir.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

Jamás habría creído que me alegraría de ver a Gardner. Llegó dando grandes zancadas y con los labios muy apretados. El joven agente seguía con los ojos clavados en Paul y la pistola desenfundada.

—Señor, les he dicho que no podían pasar, pero no...

—No pasa nada —dijo Gardner, sin entusiasmo. Su traje parecía más arrugado que nunca. Me dedicó una gélida mirada antes de interpelar a Paul—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Quiero ver la ambulancia.

Hablaba con ese tono monocorde de quien no está dispuesto a ceder. Gardner se quedó mirándolo un momento y luego soltó un suspiro.

—Acompáñeme.

Lo seguimos por una pista. La zona de picnic se encontraba en un claro de hierba desde el que se dominaban las estribaciones de las montañas. Kilómetros de picos y depresiones arboladas se extendían a nuestros pies: un océano de verdor congelado. A esa altura el aire era algo más fresco, pero todavía templado, oloroso de pino y píceo. A un lado del claro había un grupo de vehículos de policía estacionados delante de unos cuantos turismos civiles.

Algo más lejos, aislada tras un precinto policial, se encontraba la ambulancia.

Incluso a esa distancia podía apreciarse el daño provocado por la colisión. Uno de los laterales presentaba varias muescas en paralelo, y el guardabarros izquierdo se había arrugado como papel de estaño en la zona que debía de haber impactado contra el árbol. No era de extrañar que York se hubiera deshecho de ella; había tenido suerte de llegar tan lejos.

Paul se detuvo ante el precinto y observó el interior de la ambulancia. Las puertas traseras abiertas dejaban a la vista una litera y varios armarios medio desvencijados. Dentro había un técnico forense trabajando. De una de las camas de la litera colgaban unas correas que parecían haber sido desabrochadas a toda prisa.

Noté una presencia a mi lado y al darme la vuelta vi que era Jacobsen. Me lanzó una mirada solemne. Tenía unas gruesas ojeras, lo que me hizo suponer que Paul y yo no éramos los únicos que habíamos pasado la noche en vela.

El rostro de Paul era como una máscara.

—¿Qué han encontrado?

Gardner titubeó, pero Paul pareció no darse cuenta.

—En una de las camillas había cabellos rubios. Habrá que compararlos con muestras de cabello de su esposa, pero diría que no hay duda. Aparte de eso, al parecer York se llevó un buen golpe en la colisión.

Nos acompañó a la parte delantera. La puerta del conductor estaba abierta, dejando a la vista el viejo y mugriento habitáculo. El volante estaba deformado y ligeramente inclinado hacia un lado.

—Si pegó contra el volante con la fuerza suficiente para hacer eso, es probable que se llevara un golpe considerable —dijo Gardner—. Debió de romperse un par de costillas, al menos.

Por primera vez, el rostro de Paul se iluminó con algo semejante a la esperanza.

—¿Entonces está herido? Eso es una buena señal, ¿no?

—Es posible —dijo Gardner evitando pronunciarse.

Algo en su voz sonaba poco convincente, pero Paul estaba tan preocupado que tampoco esta vez notó nada.

—Quisiera quedarme aquí un momento.

—Cinco minutos. Luego tendrá que irse a casa.

Gardner, Jacobsen y yo nos retiramos y dejamos a Paul a solas. Esperé hasta asegurarme de que no pudiera oírnos.

—¿Qué es lo que le están ocultando?

Gardner apretó las mandíbulas, pero fuera lo que fuese lo que iba a decir no llegó a hacerlo, pues justo en ese instante una voz procedente de la unidad móvil de la policía científica reclamó su presencia.

—Dígaselo, a estas alturas qué más da —dijo a Jacobsen antes de marcharse.

Las ojeras de Jacobsen le conferían un aspecto más solemne, si cabe, de lo habitual.

—Había manchas de sangre en la ambulancia. En la litera y en el suelo.

Recordé a Sam tal como la había visto la última vez. «Madre de Dios».

—¿Y no cree que Paul tiene derecho a saberlo?

—Sí, el problema es que no todas las manchas son recientes y no podemos certificar si alguna se corresponde con su mujer —dijo lanzando una mirada hacia el lugar donde Paul velaba la ambulancia—. Dan no cree que saberlo le sirva de gran cosa en estos momentos.

Había que admitir que llevaba razón en eso. No me gustaba la idea de esconderle información a Paul, pero su imaginación debía de estar ya bastante desbocada.

—¿Cómo han dado con la ambulancia? —pregunté.

Jacobsen se apartó un mechón de cabello que le cubría parte de la cara.

—Nos han avisado del robo de un coche, un Chrysler todoterreno de color azul. A medio kilómetro hay unas cabañas de alquiler, pero la carretera no llega hasta ahí. Los clientes dejan el coche aquí y continúan a pie. Seguramente York eligió este

lugar por eso: lo normal es que a principios de temporada ya estén alquiladas una o dos cabañas. Cualquiera que conozca la zona sabe que aquí hay coches.

Eché un vistazo a la ambulancia accidentada. Estaba estacionada bien a la vista, a pocos metros de unas tupidas matas de laurel.

—York no se ha molestado mucho en borrar su pista.

—Ni falta que le hacía. A veces los coches se quedan aquí varios días mientras sus dueños juegan a ser Robin de los bosques. Debía de contar con que nadie echaría de menos el coche hasta esta mañana por lo menos, y seguramente más tarde. Fue un golpe de suerte que el dueño se diera cuenta tan rápido.

«Suerte». No era algo de lo que hubiéramos ido sobrados hasta el momento.

—Pensaba que la habría dejado en un lugar donde los desperfectos fueran menos evidentes.

Jacobsen se encogió de hombros con aire cansado.

—Supongo que tenía cosas más importantes en que pensar. Tenía que meter a Samantha Avery en el coche, y no debió de resultarle fácil si también él estaba herido. Lo último en que debía de pensar sería en esconder la ambulancia.

Supuse que tenía sentido. York sólo necesitaba que el vehículo pasase inadvertido hasta que le diera tiempo de llegar al lugar a donde se dirigía. Después, daría lo mismo.

—¿Cree que se dirigía hacia la interestatal? —pregunté.

—Es lo que parece. Queda a pocos kilómetros, y, una vez ahí, podría adentrarse en las montañas, volver hacia el oeste o poner rumbo a otro estado.

—De modo que podría estar en cualquier sitio.

—Digamos que sí —dijo levantando la barbilla. Luego se quedó mirando a Paul y la ambulancia—. Debería llevárselo a casa. Esto no le hace ningún bien.

—No debería haberlo sabido por la televisión.

Jacobsen encajó mi reproche con un gesto de asentimiento.

—Dan tenía pensado llamarlo en cuanto tuviera un momento. En caso de que surgieran más novedades, lo primero que haríamos sería avisar al doctor Avery.

Advertí que hablaba en condicional, no en futuro. A medida que pasaba el tiempo las posibilidades de encontrar a Sam disminuían.

A menos que York quisiera que la encontrásemos.

Jacobsen se fue con Gardner a la unidad móvil de la policía científica, y yo volví junto a Paul. Su figura resultaba patética junto a la ambulancia; no dejaba de escrutarla, como si con ello hubiera de adivinar el paradero de su esposa.

—Deberíamos irnos —dije con delicadeza.

La agresividad demostrada momentos antes parecía haberse consumido. Siguió mirando la ambulancia durante uno o dos segundos más, luego se dio la vuelta y nos fuimos juntos al coche.

Cuando pasamos por delante de él, el joven agente lanzó una mirada acerada a Paul, pero éste no pareció percatarse de nada durante el trayecto entre la zona de picnic y el coche.

Llevábamos varios kilómetros conduciendo cuando por fin abrió la boca.

—La he perdido, ¿verdad?

No sabía qué contestarle.

—Eso no lo sabes.

—Sí lo sé. Y tú también. Y ellos también lo saben. —Las palabras manaban de sus labios como el agua en un vaso rebosante—. Intento recordar qué fue lo último que le dije, pero no puedo. Llevo rato dándole vueltas y no hay manera. Sé que no debería importarme, pero me importa. No puedo creerme que la última vez que la vi fuera un momento vulgar y corriente. ¿Cómo es posible que no lo viera venir?

«Porque nunca se ve venir», pensé, pero no lo dije.

Después de esto quedó en silencio. Yo observé la carretera con la mirada vacía. «Santo cielo, esto no puede estar sucediendo». Pero sí, estaba ocurriendo y el silencio del bosque no brindaba ningún consuelo. Los insectos revoloteaban bajo los intermitentes haces de luz, motas insignificantes frente al colosal tamaño de los robles y los pinos que se alzaban desde mucho antes de que yo naciera. En una grieta de la ladera se había formado un pequeño salto de agua que cubría de espuma blanca las negras rocas de la montaña. Pasamos junto a troncos caídos cubiertos de musgo y otros enhiestos rodeados de hiedra. A pesar de su belleza, los seres que habitan el bosque viven en una lucha constante por sobrevivir.

No todos lo consiguen.

No sé en qué momento cobré conciencia de mi malestar. Parecía surgido de la nada, y el primer síntoma fue un picor en los antebrazos. Bajé la mirada y vi que tenía los pelos como escarpas; noté un cosquilleo similar en la nuca, y sentí que ahí también se me erizaba el vello.

Como obedeciendo a una señal acordada, mi inquietud se convirtió en una incontenible sensación de angustia. Mis manos se aferraron al volante. «¿Qué? ¿Qué es lo que pasa?» No lo sabía. A mi lado, Paul seguía sumido en su agobiante silencio. Frente a nosotros se veía la carretera, despejada y vacía, a lo largo de la cual se alternaban los rayos de sol y las sombras de los árboles. Miré por el retrovisor. Nada a la vista. A nuestra espalda se extendía el bosque con su indiferente monotonía. La sensación, no obstante, se negaba a remitir. Volví a mirar por el retrovisor y de repente di un respingo al ver que algo se estrellaba con un ruido sordo contra el parabrisas.

Un insecto de grandes dimensiones acababa de estamparse contra el cristal y se había convertido en una maraña de patas y alas. Me quedé mirándolo y sentí que mi angustia empezaba a cobrar forma. Sin saber muy bien por qué, pisé a fondo el freno.

Al verse proyectado contra el cinturón de seguridad, Paul clavó las manos en el salpicadero. A continuación el coche se detuvo y él se quedó mirándome atónito.

—¡Por Dios, David! —dijo mirando alrededor, intentando comprender por qué nos habíamos detenido—. ¿Se puede saber qué pasa?

No respondí. Me quedé sentado, con las manos pegadas al volante y con el corazón golpeándome las costillas. No podía apartar la vista del parabrisas. Era una libélula casi del tamaño de mi dedo. Estaba hecha una plasta, pero todavía podían distinguirse las listas atigradas del tórax. Los ojos eran inconfundibles, tal como había dicho Josh Talbot.

El mismo azul eléctrico de la *Epiaeschna beros*.

Una libélula de pantano.

Paul me miró como si me hubiera vuelto loco cuando embragué la marcha atrás.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto?

—No estoy seguro.

Me revolví sobre mi asiento para mirar por la luna trasera y observé los árboles que pasaban por nuestro lado mientras retrocedíamos por la carretera. Según Talbot, las libélulas de pantano buscan habitats húmedos y boscosos. Entre los insectos de los árboles había brotado un chispazo azul, pero en su momento no lo había advertido. Por lo menos no de forma consciente. «¡Fíjense en los ojos! ¿A que son increíbles? Podrían verse a un kilómetro».

Tenía razón.

Paré junto al arcén y, sin apagar el motor, bajé y me quedé frente a la linde del bosque. Me envolvió un silencio verde y salvaje. Los rayos de sol penetraban entre los troncos y las ramas de los árboles, iluminando las flores silvestres que despuntaban entre la hierba.

No vi nada.

—David, por el amor Dios, ¿no piensas decirme qué está pasando?

Paul estaba de pie junto a la puerta del acompañante. Noté en la boca el gusto amargo de la expectativa frustrada.

—El insecto del parabrisas es una libélula de pantano, como la ninfa que encontramos en el féretro de Harper. Me ha parecido...

Avergonzado, no dije más. «Me ha parecido ver más». De pronto, todo aquello se me antojaba un despropósito.

—Lo siento —dije y di media vuelta para volver al coche.

Al hacerlo vi un destello azul entre el follaje.

—Mira —dije extendiendo la mano y con el corazón al galope—. Al lado del pino caído.

La libélula zigzagueaba entre los haces de luz veteada; sus ojos azules relucían como neones. Como si se hubieran puesto de acuerdo, al instante aparecieron otras de entre los árboles.

—Ya las veo —dijo Paul mirando hacia el bosque, parpadeando como si acabara de despertarse—. ¿Crees que es importante?

Había en su voz un eco vacilante, casi de súplica, y yo me culpé por haberle dado esperanzas. Al margen de las libélulas, York nunca habría abandonado el cuerpo de Harper tan cerca de una carretera, y aunque lo hubiera hecho, no acertaba a entender qué relación podía tener eso con el paradero de Sam. Lo que sí sabíamos era que York había pasado por ahí con la ambulancia y que ahora también aparecían las libélulas. No podía tratarse de una simple coincidencia.

¿O sí?

—Talbot dijo que les gusta el agua estancada, ¿verdad? —afirmó más que preguntó Paul con una impaciencia producto de su desesperación—. Por aquí cerca debe de haber un lago o un estanque. ¿Llevas algún mapa en el coche?

—No de las montañas.

—¡Tiene que haber algo! —dijo pasándose las manos por la cabeza—. Tal vez un arroyo o un riachuelo...

Empezaba a desear no haber dicho nada. Las montañas cubrían doscientas mil hectáreas de terreno. ¿Cómo saber que las libélulas no estaban migrando? Podía ser que estuvieran a varios kilómetros de su lugar de origen.

Pero aun así...

Miré a mi alrededor. Algo más adelante vi lo que parecía un desvío hacia una pista.

—¿Por qué no echamos un vistazo por ahí? —propuse.

Paul, que se habría aferrado a un clavo ardiendo, asintió, y yo, consciente de que estábamos dando palos de ciego, volví a sentir una punzada de remordimiento. Al regresar al coche, retiré la libélula del parabrisas. Luego puse en marcha las escobillas y los chorros de agua y fue como si nunca hubiese estado ahí.

El desvío era poco más que una pista de tierra entre los árboles. Como ni siquiera estaba asfaltada, tuve que reducir para avanzar por la superficie llena de rodadas y barro. Las ramas y los arbustos arañaban las ventanillas. A cada metro ganaban espesura, hasta que al final me vi obligado a parar el coche. Delante de nosotros el camino estaba completamente bloqueado, y los arces y los abedules se disputaban el espacio con las salvajes matas de laurel. Adondequiera que condujera aquella pista, no había forma de seguir adelante.

—¡Maldita sea! —gritó Paul soltando un puñetazo contra el salpicadero.

Se bajó del coche y yo hice lo mismo, empujando la puerta contra las ramas. Miré a mi alrededor con la esperanza de encontrar otra libélula, algo que me confirmase que aquello no era una pérdida de tiempo.

Con los hombros caídos, Paul observaba con actitud derrotada la maraña de árboles que nos cerraba el paso. La esperanza que por unos momentos había prendido en él acababa de extinguirse.

—Esto es inútil —dijo con arrugas de desesperación en el rostro—. Estamos a demasiados kilómetros de donde York ha dejado la ambulancia. Joder, pero si casi hemos vuelto al lugar del accidente. Estamos perdiendo el tiempo.

Cuando dijo esto, estuve a punto de renunciar y volver a meterme en el coche admitiendo que me había dejado llevar por un palpito. Pero de pronto recordé las palabras de Tom: «Tienes buen instinto, David. Deberías aprender a confiar más en él».

Aunque albergaba mis dudas, el instinto me decía que aquella pista era importante.

—Dame sólo un minuto.

La brisa movió las ramas más altas, que dejaron escapar un susurro y al momento volvieron a quedar en silencio. Me acerqué a un tronco de árbol podrido del que nacían unos hongos blancuzcos con forma de plato y me encaramé a él. Pese a mi posición elevada, no se veía gran cosa: a excepción de la pista por donde habíamos llegado, sólo se veían árboles. Estaba a punto de bajarme cuando la brisa agitó e hizo crujir de nuevo las ramas.

Entonces lo percibí.

El olor débil, casi dulce, de la carne descompuesta.

Volví la cara hacia la brisa.

—¿Puedes...?

—Sí, lo huelo.

Había tensión en la voz de Paul. Ambos estábamos demasiado familiarizados con ese olor como para confundirlo. De pronto cesó la brisa y el aire recuperó el olor habitual del bosque.

—¿Has notado de dónde venía? —preguntó Paul mirando frenético a su alrededor.

Señalé una ladera situada en la dirección de donde parecía proceder la brisa.

—Creo que de ahí.

Sin mediar palabra, Paul se adentró en el bosque. Yo eché un último vistazo al coche y, acto seguido, salí corriendo detrás de él. La marcha no fue fácil. No había camino ni senda, y ninguno de los dos íbamos vestidos con la ropa apropiada. A cada paso por el desigual terreno chocábamos con las ramas, y los matorrales nos impedían avanzar en línea recta. Durante un trecho, el coche nos sirvió de referencia para no desorientarnos, pero en cuanto lo perdimos de vista no tuvimos más remedio que confiar en nuestra intuición.

—Como sigamos avanzando, nos perderemos —dije jadeando cuando Paul se detuvo para desenganchar la chaqueta de una rama—. De nada sirve dar vueltas sin saber adonde vamos.

Paul se mordió el labio entre resuellos y escudriñó los árboles que nos rodeaban. Aunque estuviera desesperado por dar con York y Sam, era consciente de que lo que habíamos oído podía no ser más que carroña.

Antes de que pudiéramos decir nada más, se levantó de nuevo la brisa y las ramas se estremecieron a nuestro alrededor. Volvimos a sentir el olor, esta vez más intenso, e intercambiamos una mirada.

Si era carroña, pertenecía a un animal de tamaño considerable. Paul recogió un puñado de pinaza y la lanzó al aire para ver de qué parte caía.

—Por ahí.

Nos pusimos en marcha de nuevo, esta vez con más confianza. El olor a descomposición seguía siendo perceptible al remitir la brisa. «No hace falta ningún detector para oler esto, Tom». Como para confirmar que íbamos en la dirección correcta, advertí entre los árboles el destello metálico de una libélula.

Luego vimos una valla.

Estaba hecha con listones de madera de unos dos metros y medio rematados con alambre de espino y quedaba parcialmente oculta entre pinos y arbustos. Los listones estaban podridos, y la alambrada que la recubría por fuera, oxidada y medio suelta.

Cuando empezamos a rodear el perímetro, una energía febril pareció apoderarse de Paul. Un poco más adelante había una verja flanqueada por un par de viejos pilares y atrancada con maderos. El suelo estaba cubierto de maleza, pero todavía podían distinguirse dos profundos surcos paralelos.

—Rodadas —dijo Paul—. Si hay una entrada, tuvo que haber una carretera o algo parecido. Quizá fuera la pista por la que hemos venido.

De ser así, llevaba mucho tiempo sin utilizarse.

El olor a descomposición era mucho más fuerte ahí, pero ninguno de los dos comentó nada. No era necesario. Paul pasó por encima de la alambrada medio caída y asió uno de los listones de madera. De repente se oyó un crujido y el madero quedó hecho astillas en sus manos.

—Espera, tenemos que avisar a Gardner —dije sacando el teléfono.

—¿Y qué le decimos? —dijo resoplando mientras intentaba arrancar el resto de tablones—. ¿Acaso crees que lo va a dejar todo para venir corriendo sólo porque hemos olido a muerto?

Empezó a soltar puntapiés contra uno de los tablones hasta romperlo y, acto seguido, tiró con furia del siguiente, que acabó desgajándose del clavo que lo mantenía sujeto con un sonoro crujido. Por la abertura asomaron unos arbustos que había al otro lado. Mientras arrancaba los últimos tablones, Paul me lanzó una breve mirada.

—No tienes por qué acompañarme.

Se introdujo por la abertura de la valla y, a los pocos segundos, en su lugar ya no había más que ramas.

Vacilé. Nadie conocía nuestro paradero y no teníamos la menor idea de qué había al otro lado de la valla, pero no podía dejar que fuera solo.

Me introduje por la abertura y fui tras él.

El corazón me dio un vuelco al notar que algo me agarraba por la chaqueta. Tiré de ella presa del pánico, pero entonces vi que sólo era un tornillo. Me desenganché y acabé de cruzar. Al otro lado de la valla, los arbustos no dejaban ver nada. Delante de mí, podía oír cómo crujían y chasqueaban a medida que Paul se abría camino entre

ellos. Lo seguí como pude, protegiéndome la cara con una mano para evitar que las espinas se me clavasen en los ojos.

Cuando salí de la maleza, por poco me doy de bruces con él.

Llegamos a un amplio jardín. O, mejor dicho, lo que en tiempos había sido un jardín, pues en ese momento era terreno salvaje. Setos y árboles ornamentales habían crecido sin control, ocupando los unos el espacio de los otros. Nos encontrábamos a la sombra de un enorme magnolio cuyas flores blancas desprendían un perfume dulce y empalagoso. Justo delante de nosotros se alzaba un viejo codeso de pesadas ramas cargadas de racimos amarillos.

Al pie de éste, había un estanque.

En tiempos debió de ser el elemento central del jardín, pero en ese momento no era sino un depósito de aguas estancadas y fétidas. Los bordes estaban resecos y cubiertos de juncos, y el agua viscosa tenía una capa de verdín. Un enjambre de insectos con apariencia de mosquito danzaban sobre la superficie como motas de polvo bajo la luz del sol.

Las libélulas intentaban cazarlos.

Las había por docenas. Cientos. El zumbido de sus alas hacía vibrar el aire. Aquí y allá se distinguían los colores iridiscentes de otras especies más pequeñas, pero las más numerosas eran las libélulas de pantano de abdomen atigrado, cuyos ojos, relucientes como zafiros, destellaban cada vez que sobrevolaban el agua como ejecutando una intrincada coreografía.

Di un paso adelante para ver mejor y noté un chasquido debajo del pie. Al bajar la vista vi un palo de color blanco verdoso entre la hierba. No, dos palos. Y entonces, como una fotografía que va ganando nitidez, la imagen cobró el aspecto de un radio y un cubito humanos.

Retrocedí despacio. El cuerpo estaba medio oculto bajo el sotobosque. Sólo quedaban los huesos, y entre el musgo que los cubría empezaban a crecer nuevas briznas de hierba.

«Mujer negra, adolescente»: la descripción acudió a mi mente de forma automática. Como si hubiera estado esperando ese momento, el olor a descomposición se impuso por encima del intenso aroma de las magnolias.

—Oh, Dios mío —susurró Paul a mi lado.

Poco a poco levanté la mirada. Las libélulas no eran los únicos habitantes de aquel lugar.

El jardín estaba lleno de cadáveres.

Los había en la hierba, bajo los árboles, en el sotobosque. Algunos no eran más que huesos descarnados esparcidos entre la vegetación, pero otros eran más recientes y en ellos todavía podían verse moscas y gusanos colonizando intestinos resecos y cartílagos. Entonces comprendí por qué las anteriores víctimas de York no habían

aparecido.

Había creado su propia granja de cuerpos.

—Mira, ahí hay una casa —dijo Paul con voz temblorosa.

Al otro lado del estanque el terreno describía una elevación y daba paso a una loma arbolada. Cerca de la cima, entre las ramas, acertaban a distinguirse las angulosas líneas de un tejado. Al ver que Paul echaba a andar hacia ahí, lo tomé del brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Puede que Sam esté ahí! —dijo soltándose.

—Lo sé, pero tenemos que avisar a Gardner...

—Pues avísalo tú —dijo, y salió corriendo.

Solté una blasfemia con el teléfono en la mano. Había que avisar a Gardner, pero también tenía que evitar que Paul cometiera una estupidez.

Eché a correr tras él.

Había cadáveres por todas partes. Parecían abandonados sin orden ni concierto, como si York se hubiera limitado a dejar que se pudrieran ahí. Las libélulas caían en picado o se mantenían suspendidas en el aire a mi paso, indiferentes a la muerte que todo lo rodeaba. Vi que una de ellas agitaba delicadamente las alas para posarse sobre una falange, en una bella aunque siniestra maniobra. De pronto, otra libélula se puso a revolotear junto a mi cabeza y la alejé con asco de un manotazo.

Paul, que seguía delante de mí, iba directo al edificio que habíamos visto entre las ramas, una formidable construcción de madera de tres pisos que se alzaba sobre la cuesta como un acantilado. Al verlo de cerca me di cuenta de que era demasiado grande para ser una casa, parecía más bien una especie de hotel. Antaño debió de haber sido una mansión imponente, pero los años transcurridos la habían podrido tanto como los cuerpos esparcidos por el terreno. Los cimientos habían cedido, y las paredes estaban ladeadas y torcidas. El tejado de madera estaba lleno de agujeros, y las ventanas cubiertas de telarañas observaban sin ver desde la gris fachada castigada por los elementos. Inclinado como un borracho contra una de las esquinas, había un viejo sauce llorón cuyas ramas recubrían las paredes como si pretendieran disimular su decadencia.

Paul había llegado a una terraza llena de hierbajos que ocupaba todo ese lado del edificio. Yo ya estaba cerca, pero no tanto como para evitar que se acercase a un par de puertas francesas aseguradas con tablones y tirase del picaporte. No pudo abrirlas, pero el traqueteo quebró el silencio del jardín.

—¿Qué estás haciendo? —dije apartándolo—. Por Dios, ¿es que quieres que te maten?

Bastaba ver la expresión de su cara para saber que ya no esperaba hallar a Sam con vida. Si estaba muerta, le traía sin cuidado lo que pudiera ocurrirle.

Me apartó de un empujón y corrió hacia la esquina del sauce. No podía perderlo de vista, pero tampoco me atrevía a demorar más la llamada a Gardner. Marqué mientras corría, aliviado al ver que había una débil señal de cobertura. Era más de lo que esperaba, pero maldije al ver que el teléfono del agente del TBI me pasaba directamente al buzón de voz. No tenía tiempo para intentar llamar a Jacobsen; Paul había desaparecido ya entre la lánguida enramada del sauce. Con voz entrecortada, describí tan bien como pude el lugar donde estábamos, colgué y salí corriendo a por Paul.

A esa distancia, la podredumbre del edificio era evidente. El revestimiento exterior era blando como madera de balsa, estaba combado y tenía pequeños agujeros. Pensando en el enjambre de insectos que servían de alimento a las libélulas, recordé las palabras de Talbot: «A las libélulas de pantano también les gustan las termitas aladas».

En aquel lugar habían encontrado una fuente de provisión inacabable.

Pero en esos momentos mis preocupaciones eran otras. Paul corría delante de mí por un sendero lleno de maleza que rodeaba el edificio. El pecho parecía a punto de estallarme, pero haciendo un postrer esfuerzo logré atraparlo antes de que llegase al final del camino.

—¡Suéltame!

Al revolverse me propinó un codazo en el ojo, pero ni siquiera entonces lo solté.

—¡Piensa un poco! ¿Y si tiene una pistola?

—¡Me da igual! —gritó mientras intentaba liberarse de mí.

Yo hacía lo posible por seguir sujetándolo.

—¡Si Sam está viva, somos su única esperanza! ¿Quieres arruinarlo todo?

Aquello pareció convencerlo. El frenesí desapareció de sus ojos y noté que dejaba de oponer resistencia. Con cuidado, lo solté.

—No pienso esperar a que llegue Gardner —murmuró.

—Ya lo sé, pero no podemos entrar al asalto. Si York está dentro, no se lo pongamos fácil.

El instinto lo impelía a arrasar las paredes hasta dar con Sam, pero en el fondo Paul sabía que yo tenía razón. Aunque York supiera que estábamos ahí, quizás ignoraba que sólo éramos dos. Tal vez no supusiera una gran ventaja, pero si le anunciábamos nuestra presencia no podríamos aprovecharla.

Con más cautela que hasta entonces, avanzamos hasta el final del sendero.

Era evidente que habíamos llegado al edificio por la parte trasera y que acabábamos de ganar la fachada. El sol primaveral estaba demasiado bajo para rebasar el alto tejado, que proyectaba una profunda sombra. Entrar en ella fue como sumergirse en agua fría. Incluso los árboles parecían más oscuros en aquella zona, poblada de pinos y arces de gran altura en vez de las especies ornamentales de la

parte trasera. El bosque reclamaba para sí el antiguo jardín, y las ramas cubrían la senda de la entrada, convirtiéndola en un oscuro y claustrofóbico túnel que terminaba perdiéndose de vista.

A un lado había un letrero de madera alabeada. La inscripción, rotulada en un azul fantasmal que insinuaba un optimismo pretérito, apenas era legible: «¡Respiren hondo! ¡Bienvenidos al Balneario Sanatorio de Cedar Heights!». Parecía datar de los años cincuenta y, a juzgar por su estado, debió de caer en el olvido poco después.

Mas no para York.

En la entrada, estacionados sin orden, había varios coches, sustraídos al mismo tiempo que las vidas de sus propietarios. La mayoría presentaban signos de no haberse movido en años: techos y parabrisas cubiertos de moho, excrementos de pájaro. Sólo dos estaban más limpios. Uno era una enorme camioneta de color negro con las ventanas tintadas.

El otro era un Chrysler todoterreno azul.

Cuando comprendí hasta qué punto York se había burlado de nosotros, sentí la bilis subirme a la garganta. En el momento del accidente, ya casi había llegado a su escondite. Por eso, para evitar que la investigación que inevitablemente seguiría se acercase demasiado a Cedar Heights, había seguido conduciendo durante varios kilómetros antes de abandonar la ambulancia.

Luego había robado un coche y había deshecho el camino.

El todoterreno estaba aparcado al pie de unos peldaños irregulares que conducían a una veranda. En lo alto había una doble puerta que en tiempos debió de haber sido majestuosa, pero que en ese momento estaba tan destartalada como el resto de la casa.

Una de las puertas estaba abierta.

Mientras subíamos los escalones, Paul cogió un puntal de madera de la veranda que había quedado suelto. A través de la puerta se veía un amplio vestíbulo en penumbra del que partía una gran escalinata. Paul alzó la mano para abrir del todo la puerta.

En ese momento sonó el teléfono.

El timbre fue ensordecedor. Saqué el aparato del bolsillo y vi el nombre de Gardner en la pantalla. «¡Por Dios, ahora no!» El timbre era insoportable y los segundos que tardé en contestar fueron agónicos.

—¿Hunter? ¿Dónde coño anda? —inquirió Gardner, cuya voz crepitaba.

No había tiempo para contestar. No había tiempo para nada, pues justo en ese momento se oyó un grito en el interior de la casa. Sólo fue un segundo, pero bastó para acabar con la contención de Paul.

—¡Sam! ¡Aguanta, ya estoy aquí! —gritó, y cruzó la puerta.

«Maldita sea». No tenía elección. Haciendo caso omiso de las preguntas de

Gardner, corrí detrás de Paul hacia el interior del sanatorio.

Ladeas la cabeza para escuchar. Pronto estarán aquí; sólo dispones de unos minutos. Notas el hormigueo de la adrenalina, aunque lo peor ya ha pasado y puedes volver a pensar con claridad. Cuando has oído que había alguien delante de las puertas francesas te has quedado de piedra. Creías que dejando la ambulancia a varios kilómetros los despistarías y podrías relajarte. Tenías que habértelo esperado.

Tu primer impulso ha sido salir corriendo, pero eso es imposible. Has hecho un esfuerzo por calmarte, ¡por pensar! Poco a poco el pánico ha remitido lo suficiente para permitirte ver lo que tienes que hacer. Eres mejor que ellos, recuérdalo. Eres mejor que nadie.

Todavía pueden volverse las tornas.

Pero para eso debes darte prisa. Mientras te aseguras de que la mordaza no vuelve a caerse, los ojos de la persona que tienes atada te observan desorbitados y llenos de pavor. No quieres que siga gritando y acaben encontrándote, al menos no todavía. Nada más empezar ya tienes la sensación de que el plan se ha echado a perder. Ahora que estás tan cerca, las cosas no están saliendo como esperabas. Pero no hay tiempo para lamentarse. No hay tiempo para nada.

Haz lo que tienes que hacer.

Nada más terminar observas tu obra con desagrado. Los ojos ya no te miran; de hecho, ya no miran nada. Al oír que los intrusos se acercan se te entrecorta la respiración. Que se acerquen. Ya casi has terminado. Un último detalle y la sorpresa estará lista.

Te enjugas el sudor de la frente y coges el cuchillo.

Paul cruzó corriendo el vestíbulo.

—¿Sam? ¡Sam!

Sus gritos resonaron entre las paredes desnudas. El interior del sanatorio estaba oscuro y vacío, sin muebles ni accesorios de ningún tipo. Las ventanas estaban cerradas y apenas dejaban pasar pequeñas grietas de luz. Mientras corría detrás de Paul, con el teléfono aún pegado al oído, noté una sensación de espacio, ruina y polvo.

—¡Contésteme, Hunter! ¿Qué está pasando? —preguntaba Gardner, y sus palabras iban y venían en función de la cobertura.

—Hemos encontrado a York —dije jadeando—. Estamos en un viejo sanatorio en las estribaciones de la montaña, a unos veinticinco o treinta kilómetros de la ambulancia. Hay... —Pero no sabía cómo describirle la pesadilla del jardín. Empecé a indicarle cómo llegar hasta donde habíamos dejado el coche, hasta que de pronto su silencio me dejó helado—. ¿Gardner? ¡Gardner!

La conexión se había cortado. No tenía la menor idea de hasta dónde había oído, si es que había llegado a oír algo, pero no había tiempo para telefonarle. Paul se había detenido en el centro del vestíbulo.

—¡Sam! ¿Dónde estás? ¡Sam!

—¡Paul! —dije agarrándolo del brazo.

—Ya sabe que estamos aquí —dijo soltándose—. ¿Verdad que sí, hijo de puta? —gritó—. ¿Me oyes? ¡Voy a por ti, York!

Su desafío no obtuvo respuesta. Nuestra respiración sonaba hueca en aquel tenebroso vestíbulo. Los cimientos se habían desplazado por culpa de las termitas o algún hundimiento, y el suelo se decantaba hacia un lado como en las casas de los parques de atracciones. El polvo lo cubría todo, como un paño de mugre. En las paredes el papel desgastado colgaba como si fueran guirnaldas, y los pasamanos de la antaño señorial escalinata que ocupaba el centro de la estancia habían sido arrancados, por lo que los balaustres se alzaban en el vacío como dientes sueltos. Al lado de la escalera había un ascensor antiguo que había hecho su último viaje varias décadas atrás; la caja metálica estaba oxidada y llena de escombros. Todo olía a humedad y a viejo, a musgo y madera podrida. Pero también a algo más.

Aunque débil, también ahí podía percibirse el olor nauseabundo y dulzón de la carne descompuesta.

Paul corrió hacia la escalera y sus pasos resonaron sobre el suelo de madera. El tramo que conducía al primer piso había cedido, dejando un gran agujero negro y un montón de cascotes. Paul empezó a subir, pero lo detuve y señalé el boquete. Uno de los lados del edificio parecía al borde del derrumbe; en el otro había una puerta de

servicio en la que ponía: «Privado». Sobre los plafones de parqué que la separaban de la entrada se veían unas huellas y dos finos surcos de neumático que bien podrían haber sido de una bicicleta.

O de una silla de ruedas.

Paul agarró con fuerza el puntal de madera, se abalanzó sobre la puerta y la abrió de un tirón. Frente a nosotros apareció un oscuro pasillo de servicio iluminado tan sólo por un ventanuco situado al final.

—¡Sam! —llamó.

El grito se ahogó en el silencio. En el pasillo había varias puertas. Paul empezó a recorrerlo, abriéndolas una por una. Éstas golpeaban contra la pared con un ruido similar a un escopetazo, pero detrás todo eran trasteros y despensas donde no había sino telarañas. Lo seguí hasta la última puerta. La abrió de un tirón, y la repentina luminosidad de la estancia me hizo parpadear.

Era una cocina vacía.

El sol de la tarde entraba de través por las mugrientas ventanas, sumiendo la estancia en una luz verde y turbia como de acuario. En una esquina había un catre con un saco de dormir arrugado; sobre la cabecera, unas estanterías de madera sin tallar sujetas entre bloques de cemento y combadas por el peso de unos libros viejos. Al lado, una cocina de carbón repleta de sartenes usadas y dos fregaderos rebosantes de platos por lavar. El centro de la estancia lo ocupaba una mesa de pino rayada. Los platos que había encima habían sido apartados para poder colocar un botiquín del que todavía colgaba un trozo de venda. Al verlo me acordé del volante deformado de la ambulancia y sentí una cruel satisfacción.

Fue al apartar los ojos de la mesa cuando me fijé en que una de las paredes estaba empapelada de fotografías.

York había creado un montaje con sus víctimas: rostros agonizantes en blanco y negro, como los que había visto en su casa. Eran demasiados para distinguirlos a primer golpe de vista, hombres y mujeres de todas las edades y razas, clavados en la pared a modo de grotesco collage. Con el tiempo algunas de las fotografías habían empezado a doblarse y amarillear. Debajo, colocados en una estantería, había un montón de billeteras, bolsos y joyas, apilados con el mismo desorden con que el asesino elegía a sus víctimas.

Sentí de improviso que algo ligero y pegajoso me rozaba la cara. Al retroceder por poco vuelco una silla, pero resultó no ser más que una tira para cazar moscas. Atrapada en ella, había una libélula que pese a estar viva no podía escapar, pues a cada sacudida no hacía sino enredarse más todavía. Me di cuenta de que la cocina estaba llena de tiras rebozadas de moscas e insectos muertos. Por lo visto, en lugar de sustituirlas York se limitaba a colgar otras nuevas, con lo que apenas quedaba espacio libre.

Paul se acercó a la cocina, cogió un cuchillo de filo largo y, sin mediar palabra, me entregó el puntal que hasta entonces le había servido de arma. Parecía carcomido y poco sólido, pero lo cogí de todos modos.

A la cocina daban otras dos puertas. Paul intentó abrir la primera, pero se había alabeado dentro del marco. La golpeó con el hombro y ésta cedió con un sonoro crujido. A punto de perder el equilibrio, Paul se precipitó hacia el interior y chocó contra un cuerpo pálido colgado del techo.

—¡Dios!

Retrocedió a trompicones, pero no era más que un cerdo abierto en canal y suspendido por las patas traseras de un gancho para carne. La pequeña habitación, del tamaño de un armario, era una antigua cámara de frío, pero por el repugnante olor y las moscas del interior se diría que no cumplía muy bien su propósito. En los estantes había bolsas con trozos de carne y, sobre una bandeja manchada de sangre, una cabeza de cerdo a modo de ofrenda sacrificial.

«Dientes y sangre de cerdo». York no desperdiciaba nada.

Paul se quedó mirando el animal respirando afanosamente y a continuación probó la segunda puerta, que se abrió sin problemas. Contuve la respiración hasta que vi que conducía a una pequeña escalera que descendía hacia la oscuridad.

Luego vi la silla de ruedas arrinconada al pie de la escalera.

Estaba vieja y abollada, y a pesar de la penumbra vi que sobre el asiento había unas manchas húmedas. Recordé lo que Jacobsen me había dicho acerca de las manchas de sangre de la ambulancia y miré a Paul con la esperanza de que le hubieran pasado inadvertidas. Pero no.

Bajó los escalones de tres en tres.

A pesar del crujido y el balanceo de la endeble escalera, fui tras él. Al fondo se abría un oscuro y estrecho corredor, apenas iluminado por los resquicios de luz procedentes de unas ventanas atrancadas con tablones y un par de puertas francesas, las mismas que habíamos tratado de abrir desde fuera. El sanatorio se había construido en la ladera y en ese momento nos encontrábamos en la planta baja. El olor a descomposición era ahí más intenso, más aún que en el exterior. El corredor, no obstante, estaba vacío, a excepción de una puerta situada al fondo.

En ella había una placa metálica donde se leía: «Balneario».

Paul estaba dirigiéndose ya hacia ella cuando un ruido repentino quebrantó el silencio. Sonaba como una válvula al perder aire, una especie de gemido agudo, inhumano y, a la vez, agonizante. Se apagó igual que había empezado, pero no cabía duda acerca de su origen.

Procedía del balneario.

—¡Sam! —gritó Paul embistiendo la puerta.

Aunque hubiera querido no habría podido retenerlo, de modo que aferré el

madero con tal fuerza que me dolía la mano y crucé la puerta tras él. Apenas me había dado tiempo a ver que se trataba de una gran habitación con azulejos blancos en las paredes cuando una figura apareció por otra puerta situada justo delante de mí.

Por un momento creí que se me salía el corazón del pecho, pero en seguida me di cuenta de que era mi propio reflejo.

En la pared opuesta había un espejo de grandes dimensiones con la superficie sucia y resquebrajada, y delante de éste, una hilera de fuentes con los grifos secos y cubiertos de polvo. A través de una serie de ventanas llenas de telarañas se filtraba una luz turbia, gracias a la cual vi que la habitación estaba alicatada desde el suelo hasta el techo. Unos letreros en los que ponía «Salas de tratamiento», «Sauna» y «Baño turco» señalaban hacia unas habitaciones oscuras contiguas a la sala donde nos encontrábamos. No le dimos mucha importancia.

Y es que la sala en la que nos encontrábamos también estaba llena de cuerpos.

En una esquina, junto a un arco oscuro, había una pequeña piscina que York había convertido en fosa común. Estaba a rebosar de cuerpos. A simple vista parecían encontrarse en distintos estados de descomposición, aunque ninguno tan avanzado como los cuerpos de fuera.

El hedor era indescriptible.

La imagen turbó a Paul, pero sólo un instante. En seguida se encaminó hacia las puertas de las salas de tratamiento y abrió la primera. Dentro había una cámara que en otros tiempos debió de ser para masajes y que York había transformado en cuarto oscuro. La habitación olía a productos químicos. Había una vieja mesa de trabajo atestada de cubetas de revelado y frascos de reactivos fotográficos, y sobre ésta pendía un cordel en el que había colgadas más fotografías.

Paul me apartó a un lado y corrió hacia la siguiente habitación. Por la peste podía adivinarse qué había dentro; comparado con aquello, el corrosivo olor químico del cuarto oscuro parecía agua de rosas. De repente, algo me impidió mirar, un súbito miedo a lo que pudiéramos encontrarnos. Paul también parecía sentirlo. Vaciló. Estaba lívido.

Finalmente abrió la puerta.

Sobre el suelo embaldosado yacían más cadáveres, apilados unos sobre otros como leños. Estaban vestidos, y todo indicaba que York se había limitado a abandonarlos ahí, como si hubiera perdido el interés en ellos y los hubiera dejado en el primer lugar que había encontrado a mano.

El cuerpo situado en lo alto del todo parecía estar durmiendo. Bajo la tenue claridad que entraba por la puerta, su mano extendida y sus mechones de pelo rubio traslucían una vulnerabilidad patética.

Oí que Paul dejaba escapar un sonido a medio camino entre un sollozo y un grito. Acabábamos de encontrar a Sam.

Fue como si me hubieran dejado sin respiración. Me había dicho a mí mismo que Sam podía estar muerta, que York no tenía motivos para dejarla vivir, pero aun así me resistía a aceptarlo.

Al ver que se adelantaba, intenté retenerlo.

—No lo hagas, Paul.

Había visto las fotografías de las víctimas de York. Lo último que Paul necesitaba era ver a Sam en ese estado. Se resistió, pero de pronto le fallaron las piernas. Dio un paso atrás y resbaló por la pared hasta el suelo.

—Sam... Oh, Dios mío...

«Muévete —me dije—. Sácalo de aquí». Se había desplomado como un juguete roto. Intenté ponerlo en pie.

—Vamos, tenemos que irnos.

—Estaba embarazada. Quería un niño. Oh no, por Dios...

Me dolía la garganta. Pero no podíamos quedarnos ahí, tanto menos porque no sabíamos dónde estaba York.

—Levántate, Paul. Ya no puedes hacer nada por ella.

Pero no me escuchaba. Me disponía a repetírselo cuando de repente el pequeño cuarto se quedó a oscuras. Me di la vuelta y vi que la puerta se había cerrado tras nosotros. Corrí a abrirla, pese al temor de encontrarme frente a frente con York. No había nadie, pero cuando la luz gris de la puerta alcanzó el cuerpo de Sam vi algo.

Un destello plateado bajo su revuelta cabellera rubia.

Sentí que algo me oprimía el pecho al acercarme a la pila de cuerpos. La opresión aumentó cuando le aparté el pelo con cuidado. Cuando vi su rostro, el mundo pareció tambalearse. «Dios bendito».

Detrás de mí, oí que Paul rompía a llorar.

—Paul...

—Le he fallado. Debería...

—Escúchame —dije agarrándolo por los hombros—. ¡No es Sam!

Paul me miró con la cara arrasada de lágrimas.

—No es Sam —repetí mientras lo soltaba. El pecho me dolía sólo de pensar lo que estaba a punto de decir—. Es Summer.

—¿Summer?

Se puso en pie y yo me hice a un lado. Se aproximó al cuerpo temeroso, como si no acabara de crearme.

Los pendientes de la oreja y las tachuelas de la nariz bastaron para convencerlo de que aquella no era su esposa. Se quedó de pie, sosteniendo el cuchillo sin fuerza junto al costado y observando el pelo rubio teñido que nos había llevado a engaño. La

estudiante yacía boca abajo con la cabeza vuelta hacia un lado. Tenía la cara horriblemente congestionada, y el único ojo que le quedaba a la vista, apagado y perdido en el infinito.

Había creído que Summer no se había presentado en la morgue porque le había afectado la muerte de Tom, cuando la realidad era bien distinta: York se había cobrado otra víctima.

—Oh, Dios mío... —murmuró Paul echándose a temblar.

Las lágrimas le corrían por la cara. Podía imaginarme el torbellino de emociones que estaba sintiendo: alivio, pero también culpabilidad. Yo sentía lo mismo.

Me apartó a un lado y salió de la habitación.

—¡Sam! Sam, ¿dónde estás?

Su voz reverberó entre las paredes alicatadas del balneario.

—Paul... —dije llegándome a su lado.

Pero ya no podía seguir controlándose. Se quedó en el centro de la estancia con el cuchillo aferrado en la mano, gritando con el rostro descompuesto:

—York, ¿qué has hecho con ella? ¡Sal de una vez, jodido cobarde!

No hubo respuesta. El eco se apagó y el silencio pareció condensarse en torno a nosotros. El lento goteo de un grifo escondía el tiempo como un latido distante.

De pronto oímos algo. Era un sonido débil, apenas intuido, pero inconfundible.

Un gimoteo ahogado.

Venía de otra de las cámaras de tratamiento. Paul salió corriendo y abrió la puerta. En las paredes había una serie de faroles a pilas, y aunque ninguno de ellos estaba encendido, la luz que entraba por la puerta bastaba para distinguir a la inmóvil figura que ocupaba el centro del cuarto.

—¡Sam! —gritó Paul dejando caer el cuchillo al suelo.

Palpé la pared y encendí el farol más próximo. La repentina claridad me cegó por un instante. Sam estaba atada a una vieja camilla de masajes. Junto a su cabeza había una cámara con el objetivo apuntándole directo a la cara; al lado, una silla de madera, en la misma posición que la de la cabaña de la montaña. Cuatro grandes correas de cuero inmovilizaban sus muñecas y tobillos, y otra más estrecha le ceñía el cuello con tanta fuerza que se le hundía en la carne. La correa en cuestión estaba conectada a un complejo sistema de piñones de acero terminado en una manivela de madera.

El garrote de York.

Bastaron unos pocos segundos para captar todos esos detalles. «Demasiado tarde», pensé al ver lo tensa que estaba la correa del cuello, pero entonces Paul se hizo a un lado y pude darme cuenta de que, pese al pánico que transmitían sus ojos desorbitados, Sam estaba viva.

Tendida en esa postura, su vientre sobresalía de forma grotesca. Tenía la cara roja y llena de lágrimas, y una mordaza de caucho en la boca. Cuando Paul se la quitó

empezó a dar boqueadas, pero la correa del cuello seguía dificultándole la respiración. Intentó hablar; el pecho se le movía arriba y abajo mientras intentaba coger aire.

—Ya ha pasado. Ya estoy aquí. No te muevas —le dijo Paul.

Al ir a desabrocharle las correas de los tobillos, pisé algo mojado. Miré abajo y vi que unas salpicaduras oscuras manchaban las baldosas de color blanco. Al recordar las manchas de sangre de la ambulancia sentí un escalofrío, pero entonces me di cuenta de que aquello no era sangre.

Sam había roto aguas.

Desabroché las correas a toda prisa. A mi lado, Paul puso la mano sobre la manivela del cabrestante.

—¡No la toques! —alerté—. No sabemos en qué sentido gira.

Era preciso sacar a Sam de ahí lo antes posible, ya que la correa comenzaba a clavársele en la garganta, pero si la tensábamos por error, podíamos matarla.

Paul, sin saber muy bien qué hacer, se puso a palpar el suelo.

—¿Dónde está el cuchillo? Podemos cortar la...

Un chillido ensordecedor ahogó sus palabras. Provenía de detrás de nosotros, de más allá del oscuro arco de al lado de la piscina. El grito se agudizó hasta extremos inhumanos antes de que su eco se extinguiera entre las paredes.

El grifo seguía goteando en medio del silencio. Paul y yo nos miramos. Parecía querer preguntarme algo.

Pero entonces York apareció bajo el arco.

El enterrador estaba casi irreconocible: su traje oscuro estaba lleno de mugre y tenía el pelo revuelto. Volvió a gritar y los tendones se le marcaron en el cuello, gruesos como lápices. Blandía un cuchillo de filo largo con ambas manos. Desde mi posición, y a pesar de la tenue luz, vi que estaba manchado de sangre y que ésta le teñía las manos de negro.

Al volver a agarrar el puntal de madera, me noté los miembros pesados y entumecidos.

—¡Sácala de aquí! —le dije a Paul con voz temblorosa, y me coloqué frente a York.

El enterrador se abalanzó sobre mí arrastrando los pies entre alaridos y dando salvajes estocadas en el aire. En mis manos, aquel miserable puntal parecía un arma de goma. «Dales tiempo. Olvida todo lo demás».

—¡Espera! —grité, o eso me pareció, ya que después no supe con seguridad si había llegado a articular la orden.

—¡Suelta el cuchillo!

El grito procedía del corredor que conducía a las escaleras. Una sensación de alivio se adueñó de mí al ver aparecer a Gardner por la puerta y, detrás de él, a

Jacobsen. Tenían las pistolas desenfundadas y apuntaban a York con ambas manos.

—¡Suelta el cuchillo ahora mismo! —repitió Gardner.

York se volvió hacia ellos resollando con la boca abierta. Por un instante pareció que iba a entregarse, que aquello iba a terminar ahí.

Entonces, profiriendo un alarido incoherente, se precipitó sobre Jacobsen.

—¡Atrás! —gritó Gardner.

York berreó algo ininteligible, pero no se detuvo. Jacobsen parecía paralizada. Noté que su rostro inmóvil demudaba al ver que York se abalanzaba sobre ella cuchillo en mano, pero no retrocedió.

Hubo dos detonaciones.

El eco retumbó ensordecedor entre las paredes alicatadas de la sala. York pareció tropezar con algo, se tambaleó hacia un lado y, tras estrellarse contra un gran espejo que colgaba en la pared, se desplomó sobre un grifo levantando una lluvia de trozos de yeso y cristales rotos.

El eco de los disparos y del cristal hecho añicos se desvaneció lentamente.

Me pitaban los oídos. En el aire flotaba una ligera neblina azulada y el olor a pólvora quemada ocultaba el hedor de la descomposición. York no se movía. Gardner se acercó a él y, sin dejar de apuntarle, le dio un puntapié en la mano del cuchillo para desarmarlo, luego se agachó y le tomó el pulso.

Ya sin prisa, volvió a levantarse y enfundó la pistola en el cinto.

Jacobsen seguía empuñando el arma, si bien apuntaba al suelo.

—Lo... lo siento —tartamudeó, mientras sus mejillas recuperaban el color—. No he podido...

—Luego —dijo Gardner.

De repente se oyeron unos sollozos en la sala de tratamientos. Me di la vuelta y vi que Paul ayudaba a Sam a sentarse e intentaba calmarla mientras ella tosía y pugnaba por recuperar el aliento. Había cortado la correa del cabrestante, pero una línea de color rojo pálido rodeaba el cuello de Sam como una quemadura.

—Oh, Dios mío, pensa... pensaba... pensaba que...

—Ya está, ya ha pasado, ya no puede hacerte daño.

—No podía pararlo. Le he dicho que esta... que estaba embarazada, y él me ha dicho que mejor, que esperaría hasta... que esperaría hasta que... ¡Oh, Dios mío!

En ese momento se dobló a causa de una contracción.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Gardner.

—Se ha puesto de parto —dije—. Necesitamos una ambulancia.

—Está en camino. Estábamos regresando a Knoxville cuando he recibido su mensaje. Nada más colgar he pedido refuerzos y un equipo de paramédicos. Por Dios bendito, ¿en qué estaban pensando?

Pero no había tiempo para las recriminaciones de Gardner ni para preguntarle

cómo se las habían arreglado para encontrarnos a partir de mis confusas indicaciones. Sam se retorció de dolor.

—Sam —dije poniéndome a su lado—, la ambulancia está en camino. Vamos a llevarte al hospital, pero necesito que me digas si tienes más heridas o lesiones aparte de la de la garganta.

—No, creo... creo que no. ¡Me ha atado aquí y se ha ido! Oh, Dios mío, todos esos cuerpos ahí fuera, están todos muertos...

—No te preocupes por eso. ¿Puedes decirme cuándo han empezado las contracciones?

Intentó concentrarse mientras procuraba tomar aire.

—No lo sé... en la ambulancia, me parece. Cuando lo he visto en la puerta he pensado que era una confusión. Me ha dicho que era mejor llamar a Paul, pero cuando me he dado la vuelta me ha... me ha rodeado el cuello con el brazo... y ha empezado a apretarme...

Por lo visto había intentado un estrangulamiento. Realizado de la manera adecuada, puede provocar la pérdida de sentido en cuestión de segundos, sin efectos secundarios duraderos. En caso contrario, puede resultar letal.

Claro que a York eso debía de traerle sin cuidado.

—¡No podía respirar! —dijo Sam entre sollozos—. Todo se ha vuelto negro y luego me he despertado en la ambulancia con estos dolores... Madre de Dios, ¡cómo me duele! Voy a perder el bebé, ¿verdad?

—No vas a perder el bebé —repuse con más seguridad de la que en realidad sentía—. Ahora vamos a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? Tú aguanta un par de minutos.

Salí a la sala principal del balneario y cerré la puerta de la cabina de tratamientos detrás de mí.

—¿Cuánto tardarán los paramédicos? —le pregunté a Gardner.

—¿En llegar aquí? Quizá media hora más.

Demasiado tiempo.

—¿Dónde ha dejado el coche?

—Aparcado aquí delante.

Con aquello tampoco había contado. Creía que habrían llegado a través de la ladera como nosotros, pero estaba demasiado preocupado por Sam como para hacer preguntas.

—Cuanto antes saquemos a Sam de aquí, mejor —dije—. Si la subimos en su coche, podemos encontrarnos con la ambulancia a medio camino.

—Bajaré la silla de ruedas —propuso Jacobsen.

Gardner asintió con un leve movimiento de cabeza y la agente salió a toda prisa. Él, en cambio, se quedó mirando los cuerpos de la piscina con gesto adusto.

—¿Y dice que fuera hay más?

—Y aquí.

Con una punzada de remordimiento, le expliqué lo del cuerpo de Summer tendido en la otra sala de tratamiento.

—Madre de Dios —exclamó Gardner atónito, y se pasó una mano por la cara—. Le agradecería que se quedase. Necesito que alguien me explique qué ha ocurrido.

—¿Y quién se la lleva?

Teniendo en cuenta el estado de Sam, Paul no estaba en condiciones de conducir.

—Diane puede hacerlo. Conoce la carretera mejor que usted.

Eché un vistazo a los cuerpos que yacían en el suelo de la sala. No me apetecía quedarme más tiempo ahí dentro, pero a fin de cuentas mi formación era la de un médico generalista, no un obstetra. Lo mejor era que Sam se fuera con alguien que pudiera llevarla hasta la ambulancia lo antes posible.

Mi lugar estaba ahí.

—De acuerdo —dije.

Jacobsen se marchó con Sam y Paul, y Gardner y yo nos quedamos junto a las puertas francesas, ahora abiertas. Decidimos que lo mejor era que salieran por ahí en vez de arriesgarse a volver a subir por la escalera carcomida. Gardner había telefoneado para confirmar la situación de los refuerzos y la ambulancia, y acto seguido había ido a comprobar si existía otra salida del balneario. Volvió diciendo que las habitaciones que quedaban del otro lado del arco estaban bloqueadas.

—Eso explica por qué York no ha escapado —dijo sacudiéndose el polvo de las manos—. Debía de estar aquí abajo cuando han llegado y no podía salir sin que lo vieran. Al parecer la mitad del piso superior se ha derrumbado de ese lado. La casa entera es pasto de las termitas.

Que a su vez habían atraído a las libélulas. El escondrijo de York se había convertido en su propia trampa. Un acto de justicia poética, pero en ese momento yo estaba demasiado agotado como para caer en ello.

Jacobsen no dijo gran cosa antes de marcharse. Supongo que seguía reprochándose el no haber sido capaz de abatir a York. Dispararle a alguien debe de ser duro, pero titubear en momentos como ése puede ser fatal para una agente de campo. En el mejor de los casos, puede suponer una lacra en su expediente.

De no ser por Gardner, ese día el desenlace habría sido mucho más grave.

Cuando se hubieron marchado, ni el agente ni yo hicimos amago de querer volver adentro. Después de los horrores presenciados en el balneario, salir a la luz del día era como sentirse renacer. La brisa se llevó los malos olores y el aire quedó perfumado de hierba y flores. Inspiré hondo, intentando limpiar la suciedad de mis pulmones. Desde nuestra posición, los árboles tapaban el jardín. Viendo las verdes montañas perderse en el horizonte cualquiera habría creído que era un día de primavera normal

y corriente.

—¿Quiere echar un vistazo ahí abajo? —pregunté viendo cómo relucía el estanque entre los árboles.

Gardner no se mostró muy entusiasmado con la propuesta.

—Todavía no. Esperemos a que llegue la unidad móvil.

Aún no parecía dispuesto a volver adentro. Se quedó contemplando la ladera en dirección al estanque con las manos hundidas en los bolsillos. Me pregunté si se las guardaba para que no le temblasen. Acababa de matar a un hombre y, aunque había sido inevitable, no debía de ser fácil de asumir.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

De repente fue como si un telón cayera sobre su rostro.

—Sí —dijo sacando las manos de los bolsillos—. Todavía no me ha dicho qué coño creían que estaban haciendo presentándose aquí los dos solos. ¿Tiene la más remota idea de la estupidez que han cometido?

—Si no lo hubiéramos hecho, Sam estaría muerta.

Eso lo aplacó un poco. Dejó escapar un suspiro.

—Diane cree que York quería esperar hasta el último minuto, justo hasta que fuera a dar a luz. Querría aprovechar al máximo la ocasión: dos vidas por el precio de una.

«Madre de Dios». Miré hacia las montañas intentando apartar las imágenes que empezaban a formarse en mi cabeza.

—¿Cree que se salvará? —preguntó Gardner.

—Eso espero. —En el supuesto, claro está, de que llegasen a tiempo al hospital y no se presentasen complicaciones durante el parto. Era mucho pedir, pero era posible—. ¿Cómo han conseguido llegar tan rápido? Ni siquiera estaba seguro de que hubiera oído mis instrucciones.

—No las hemos oído, y lo poco que hemos oído no tenía sentido —dijo recuperando parte de su sarcasmo habitual—. Pero tampoco nos hacía falta. Cuando York dejó la piel en el parabrisas instalamos un chivato en su coche.

—¿Un qué?

—Un dispositivo de seguimiento por GPS. Sabíamos dónde había dejado el coche, pero la pista por la que se ha metido no figura en los mapas, así que he tomado la que parecía más próxima y nos ha conducido hasta la puerta principal.

—¿Han puesto un chip en mi coche? ¿Y ni siquiera se han molestado en decírmelo?

—No tenía por qué saberlo.

Eso explicaba por qué no había visto a nadie siguiéndome la noche anterior y por qué los agentes del TBI se habían personado con tanta celeridad en casa de Paul y Sam. Me irritó que nadie se hubiera dignado a ponerme sobre aviso, pero dadas las

circunstancias no podía quejarme.

Podía dar gracias de que lo hubieran instalado.

—¿Y cómo han sabido que estaban en el lugar adecuado? —pregunté.

Gardner se encogió de hombros.

—No lo sabíamos. Pero hemos visto que aunque la puerta era vieja el candado era nuevo, es decir, que alguien quería evitar que la gente entrara. Llevaba unas tenazas en el maletero, así que he roto el candado y he entrado a echar un vistazo.

Al oír eso no pude por menos de enarcar las cejas. Irrumpir en una propiedad privada sin una orden es pecado capital, y Gardner era de los que observan con celo el protocolo. El rostro se le ensombreció.

—He considerado que su llamada constituía una causa probable. —Y levantando la barbilla añadió con suavidad—: Vamos, volvamos adentro.

Al regresar al corredor volvió a envolvernos el empalagoso olor a descomposición. La luz de las puertas francesas no llegaba hasta el balneario y, por contraste con el sol radiante del exterior, las sombrías cámaras parecían aún más tétricas que antes. No por saber que estaban ahí dejé de impactarme la imagen de los cuerpos amontonados como basura en la piscina.

El cuerpo de York seguía donde lo habíamos dejado, inmóvil como sus víctimas.

—Por todos los demonios, ¿cómo podía soportar este olor?

Entramos en la pequeña cámara donde habíamos encontrado a Sam. Los cabos de la correa que Paul había cortado de su cuello reposaban como una serpiente sin vida sobre la vieja camilla de masajes. El cabrestante sujeto junto a la parte superior había sido diseñado con el máximo esmero. Los cabos de la correa iban unidos a un intrincado mecanismo de piñones operado por medio de una manivela de madera pulida. Al girarla, se incrementaba la tensión de la correa; los piñones impedían que se destensase al soltar la manivela.

Artefactos mucho más sencillos habrían resultado igual de efectivos, pero York habría creído que no estaban a su altura. Su narcisismo no le habría permitido contentarse con una cuerda enrollada en torno a un madero.

Era la obra de su vida.

—Menudo trasto del demonio —dijo Gardner casi con admiración. De pronto se quedó rígido, ladeó la cabeza y preguntó—: ¿Qué es esto?

Escuché, pero no se oía más que el persistente goteo del grifo. Gardner salió a la sala de tratamientos con la mano en la pistola. Yo le seguí.

En el balneario todo estaba igual. York seguía inmóvil, tendido sobre un charco de sangre negra y espesa como la brea. Gardner lanzó un vistazo a través del arco que conducía a las habitaciones bloqueadas. Tras esta comprobación se relajó y dejó caer de nuevo la americana por encima de la pistola.

—Parece que no ha sido nada...

Detecté en él cierto embarazo, aunque no podía culparle por su nerviosismo. Tampoco yo veía el momento de que llegaran los refuerzos.

—Será mejor que me muestre los otros cuerpos —dijo Gardner recuperando su habitual gravedad.

No quise entrar con él en la pequeña sala donde Paul y yo habíamos encontrado a Summer. Ya había visto más de lo que quería, así que esperé en el balneario, junto al cuerpo de York. Yacía esparrancado de lado entre los restos del espejo roto, cuyos fragmentos irregulares destacaban como islas de plata en medio de la sangre.

Observé aquel bulto inerte, asombrado por el contraste entre su absoluta inmovilidad y la arrolladora energía que poseía un momento antes. Me sentía demasiado vacío como para sentir odio o piedad hacia él. Todas las vidas que York había sacrificado habían sido un intento fútil por hallar respuesta a una única pregunta: ¿esto es todo?

Por fin había encontrado la respuesta.

Iba a darme la vuelta pero algo me retuvo. Volví a mirar a York, creyendo haber visto visiones. Pero no. Había algo extraño en sus ojos.

Procurando no pisar la sangre, me agaché junto al cuerpo. Sus ojos sin vida estaban inyectados en sangre como si los hubieran escaldado. En torno a ellos, la piel estaba visiblemente inflamada. También la boca. Me acerqué un poco más, pero retrocedí al notar un vapor acre y escozor en los ojos.

Reactivos químicos.

Con el corazón latiéndome desbocado, puse el cuerpo de York boca arriba. Al voltearlo, la mano ensangrentada del cuchillo cayó a peso contra el suelo. Recordé que Gardner le había dado un puntapié antes de comprobar el pulso, pero el cuchillo seguía apretado en su puño muerto. Entonces vi por qué.

Los dedos de York, sucios de sangre coagulada, estaban clavados al cuchillo.

Todo encajaba. Los aullidos agónicos y los gritos ininteligibles; su salvaje forma de blandir el cuchillo. Estaba agonizando, los reactivos tóxicos le habían quemado la boca y lo habían cegado al intentar quitarse los clavos de la mano. Habíamos visto lo que esperábamos: el ataque enloquecido de un desequilibrado, pero York no pretendía atacarnos.

Nos estaba pidiendo ayuda.

«Oh, santo cielo».

—¡Gardner! —grité mientras me ponía en pie.

Lo oí salir de la cámara detrás de mí.

—Por el amor de Dios, ¿qué coño está haciendo?

Lo que ocurrió a continuación sucedió con la despaciosa inevitabilidad de un sueño.

Delante de mí, clavados en la pared, estaban los restos del gran espejo que York

había roto. En su superficie resquebrajada vi a Gardner pasando por delante de la piscina. Justo en ese momento, uno de los cuerpos empezó a moverse. Al ver que se separaba de los demás y se ponía en pie me quedé sin habla.

El tiempo recuperó su ritmo normal. Di un grito de aviso, pero era demasiado tarde. Se oyó un gemido ahogado y cuando me di la vuelta vi a Gardner intentando deshacerse de un brazo que le rodeaba la garganta.

«El estrangulamiento», pensé en silencio. De pronto, la figura que había detrás de él cambió de posición y la sucia luz de las ventanas cerradas iluminó un rostro que reconocí con estupor.

Kyle respiraba entrecortadamente con la boca abierta. Sus facciones redondas eran las de siempre, pero aquél no era el amistoso ayudante al que yo recordaba. Tenía el pelo y la ropa pringado de fluidos procedentes de los cuerpos en descomposición, y su rostro evidenciaba una palidez mórbida, cadavérica. Pero lo peor eran sus ojos. A falta de una sonrisa que los disimulase, había en ellos la mirada superficial y vacía de los muertos.

—¡No te muevas o lo mato! —dijo entre jadeos apretando la presa.

Gardner tenía la cara congestionada e intentaba clavar sus dedos en el brazo que lo constreñía, pero no lograba aferrarlo para soltarse. Sentí renacer la esperanza al ver que bajaba una mano hacia la pistola, pero estaba empezando a perder el conocimiento y su coordinación disminuía a medida que su cerebro acusaba la falta de sangre y oxígeno. De pronto, la mano quedó colgando como un peso muerto.

Tambaleándose bajo el peso del agente, Kyle hizo un gesto en dirección a la sala de tratamiento donde habíamos encontrado a Sam.

—¡Adentro!

Yo no sabía qué hacer. ¿Cuánto había dicho Gardner que faltaba para que llegaran los primeros agentes del TBI? ¿Media hora? ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde entonces? No me acordaba. Como un autómatas, me encaminé hacia la pequeña sala aplastando pedazos de espejo roto al pisar. Entonces vi la camilla de masajes con las correas a punto.

Me detuve.

—¡Entra! ¡Vamos! —rugió Kyle—. ¡Voy a matarlo!

Tuve que humedecerme la boca antes de poder contestar.

—Vas a matarlo de todos modos.

Se quedó mirándome como si le hubiera hablado en otro idioma. La palidez de su rostro era cada vez más evidente, en abierto contraste con la barba mal afeitada y la piel amoratada de debajo de sus ojos. Una película de sudor le recubría la piel como si fuera vaselina. Llevaba puesto lo que parecía un uniforme de paramédico, aunque estaba tan sucio que apenas se distinguía.

Habría sido fácil confundirlo con un guardia de seguridad.

—¡He dicho que entres! —gritó mientras tiraba del cuello de Gardner, bamboleándolo como un monigote. No sabía si seguía respirando, pero como siguiera ejerciendo presión mucho más tiempo, aunque sobreviviera sufriría daños irreversibles en el cerebro.

Me agaché y recogí un pedazo de cristal roto. Era largo y fino, como un cuchillo. Al apretarlo en la palma de la mano, sentí que los bordes me cortaban la piel. Era de esperar que Kyle no percibiera mi temblor.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mirándome turbado.

—Déjalo respirar.

Hizo un ademán desdeñoso, tan frágil como aquellos pedazos de cristal.

—¿Crees que puedes hacerme algo con eso?

—No lo sé —admití—, pero si quieres podemos averiguarlo.

Se pasó la lengua por los labios. Kyle era un tipo corpulento, de constitución recia y pesada. «Como York». Como le diera por soltar a Gardner y acometerme, seguramente sería mi fin, pero sus ojos seguían clavados en el cristal y reconocí en ellos el brillo de la duda.

Aflojó su presa lo suficiente para que Gardner pudiera dar unas sonoras bocanadas y luego volvió a apretar. Vi que lanzaba una mirada fugaz hacia la puerta.

—Suéltalo y te prometo que no intentaré detenerte.

Kyle soltó una risotada sibilante.

—¿Detenerme? ¿Acaso me estás dando permiso?

—Los refuerzos llegarán en cualquier momento. Si te marchas ahora, puede que...

—¿Y dejar que les digas quién soy? ¿Me tomas por idiota?

Podía ser muchas cosas, pero no idiota. «¿Y ahora qué?» No lo sabía. Al menos, parecía que él tampoco. Respiraba afanosamente, y el peso de Gardner hacía que cada vez estuviera más rojo y encorvado. Por el rabillo del ojo podía ver la pistola en el cinto del agente. Por lo visto Kyle no había reparado en ella.

De lo contrario...

«Sigue hablando con él».

—¿Te has divertido mutilándolo? —pregunté señalando el cuerpo de York.

—No me habéis dejado elección.

—¿Lo has hecho sólo para despistar? ¿Para que no te descubriéramos? —Ni siquiera tenía que esforzarme por hablarle con desprecio—. Ni eso te ha salido bien, ¿verdad que no? Todo para nada.

—¿Te crees que no lo sé? —gritó cerrando los ojos, como si algo le doliera. Bajó la vista hacia el cuerpo del enterrador y añadió—: Dios mío, ¿tienes la más mínima idea de la cantidad de tiempo que he invertido en esto? ¿Sabes la de planes que ha requerido? ¡Esto no había de terminar así! ¡York era mi vía de escape, el puto final

feliz! Debíais encontrarlo junto a la mujer de Avery y creer que el pobre idiota había preferido suicidarse a dejarse atrapar. ¡Fin de la historia! Después yo me habría marchado de Knoxville para empezar de cero en otro lugar. ¡Y ahora mira! ¡Todo para nada, joder!

—Nadie se lo habría creído.

—¿Ah, no? —respondió—. ¡Pues bien se creyeron las fotografías que dejé en su casa! ¡Se han creído todo lo que he querido hacerles creer!

Noté que el pulso se me había acelerado al oír que nombraba a Sam.

—Y si se lo hubieran creído, ¿entonces qué? ¿Habrías seguido matando a embarazadas?

—¡No habría hecho falta! ¡La mujer de Avery rebosaba vida! Ella era la definitiva. ¡Tenía un presentimiento!

—¿Como con los demás? ¿Como con Summer? —grité, a punto de perder el control.

—¡Era la perrita faldera de Lieberman!

—¡Le gustabas!

—¡Irving le gustaba más!

No supe qué decir a eso. Todos habíamos dado por supuesto que Irving se había convertido en objetivo a raíz de la entrevista en televisión. Sin embargo, Kyle estaba presente el día que el profesor había flirteado con Summer. Al día siguiente, Irving desaparecía.

Al final, también Summer había caído.

«Sólo le devolvió la sonrisa. No hizo nada». Al parecer, para el ego de Kyle bastaba con eso.

Sentí un mareo. Durante ese rato, Kyle se habría distraído lo suficiente como para relajar la presión sobre Gardner. Al ver que el agente empezaba a abrir los párpados, dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Y por qué Tom? ¿De veras representaba una amenaza?

—¡Era un farsante! —gritó Kyle retorciendo el gesto de forma espasmódica—. ¡El gran antropólogo forense, el experto! Regodeándose en su gloria, escuchando jazz en el trabajo, ¡como si estuviera en una *pizzeria*! ¡Hicks era un soplapollas, pero Lieberman se lo tenía muy creído! ¡Tenía el gran misterio del universo bajo las narices y nunca se le ocurrió mirar más allá de la podredumbre!

—Tom era lo bastante inteligente como para no malgastar su tiempo buscando respuestas imposibles. —Podía oír de nuevo el resuello de Gardner, pero no me atreví a mirarlo—. Pero si ni siquiera sabes qué es lo que buscas, ¿verdad que no? Con toda la gente que has matado, con todos los cuerpos que has... amontonado, ¿y todo para qué? No tiene ningún sentido. Eres como un crío que se entretiene pinchando un animal muerto con un palo...

—¡Cállate! —gritó soltando escupitajos por la boca.

—¡Seguro que ni sabes cuántas vidas has arruinado! —grité—. ¿Y para qué? ¿Para sacar fotos? ¿Creías que así ibas a descubrir algo?

—¡Sí! ¡Los elegidos pueden! —dijo retorciendo la boca—. Eres tan mediocre como Lieberman, sólo ves la carne muerta. ¡Pero hay más! ¡Y yo soy más! La vida es binaria: ¡se enciende y se apaga! Yo he mirado en los ojos de esa gente y he visto cómo desaparecía la vida, ¡como si se apagara un conmutador! ¿Y adónde va? ¡Algo ocurre justo entonces, en ese preciso instante! ¡Yo lo he visto!

Hablaba como un desesperado. De pronto me di cuenta de que precisamente eso es lo que era. Esa era la clave de todo. Nos habíamos equivocado de sujeto, pero Jacobsen había dado en el blanco en cuanto a todo lo demás. Kyle estaba obsesionado con su propia condición de mortal. «No, obsesionado no», pensé al mirarlo.

Aterrorizado.

—¿Qué tal tu mano, Kyle? —pregunté—. Seguro que fingiste lo del pinchazo con la aguja. Tom creía estar haciéndote un favor al pedirte que ayudases a Summer, pero tú sólo estabas ahí para ver si alguno de nosotros se pinchaba, ¿verdad? ¿Qué pasó, perdiste los nervios?

—¡Cállate!

—Claro que si fingías, ¿por qué te quedaste tan pálido? Entonces te pregunté lo de las vacunas, ¿verdad? Hasta ese momento no se te había ocurrido que la gente a la que matabas podía tener infecciones, ¿verdad que no?

—¡Te he dicho que te calles!

—Noah Harper dio positivo en hepatitis C. ¿Sabías eso, Kyle?

—¡Mentira!

—Es la verdad. Deberías haber aceptado cuando el hospital te ofreció realizar el tratamiento postexposición. Aunque no te pinchases con ninguna aguja, seguía siendo una herida abierta. Y con toda esa sangre en el guante. Claro, supongo que pensabas desaparecer en breve. Era mucho más fácil esconder la cabeza en la arena que aceptar que podías haberte infectado con una de tus propias víctimas.

Kyle estaba cada vez más pálido. Con la cabeza me indicó de nuevo la sala de tratamiento.

—¡No pienso repetirlo! ¡Entra ahora mismo!

Pero yo no me moví. Cada minuto que lo mantuviera hablando era un minuto ganado para los refuerzos. Al ver su extrema palidez y su afanosa forma de respirar, se me ocurrió otra idea: ¿por qué había preferido esconderse y confiar en poder huir mientras York nos distraía, en vez de darse a la fuga cuando había tenido la ocasión? «A lo mejor por la misma razón por la que no ha matado a Sam. La misma razón por la que todavía no ha estrangulado a Gardner ni ha embestido contra mí».

Porque no podía.

—Menudo golpe te has llevado en el accidente, ¿no? —dije, esforzándome por mantener un tono desenfadado. Kyle me miró como si se sintiera acorralado; su pecho se agitaba de forma irregular—. He visto el volante de la ambulancia. Me extrañaría que no te hubieras roto una costilla. ¿Sabías que es una de las causas más frecuentes de muerte en los accidentes de coche? Las costillas se parten y perforan los pulmones. O el corazón. ¿Cuántas veces has visto lesiones de éstas en la morgue?

—Cállate.

—¿Sabes qué es ese dolor que sientes cada vez que inspiras aire? Son las astillas de hueso que laceran el tejido pulmonar. Te cuesta respirar, ¿verdad? Y más que te costará, porque los pulmones se te van a llenar de sangre. Te estás muriendo, Kyle.

—¡Que te calles de una puta vez! —gritó.

—Compruébalo tú mismo, si no me crees —dije señalando el espejo roto de la pared—. ¿Ves qué pálido estás? Es porque tienes una hemorragia. Si no te ve un médico pronto, morirás desangrado o te ahogarás con tu propia sangre.

Kyle se quedó contemplando boquiabierto su fragmentario reflejo. En realidad yo desconocía si sus lesiones eran graves, tan sólo me había limitado a alimentar su imaginación. Para alguien como él, tan obsesionado consigo mismo, bastaba con eso.

Parecía haberse olvidado de Gardner. El agente del TBI parpadeaba y empezaba a volver en sí. Me pareció que se movía, como buscando un punto débil en su atacante. «No, ahora no. Que se quede quieto, por favor».

—Entrégate —añadí enseguida.

—Te lo he advertido...

—Sálvate, Kyle. Si te entregas ahora, podrás recibir la atención médica que necesitas.

Por un momento no dijo nada. Para mi sorpresa, me di cuenta de que estaba llorando.

—Me matarán de todos modos.

—No, no te matarán. Para eso están los abogados. Y los juicios duran años.

—¡No puedo ir a la cárcel!

—¿Prefieres morir?

Él no dejaba de sorberse las lágrimas. Yo intenté que no se me notara el repentino optimismo que sentí al ver que le flaqueaban las fuerzas.

En éstas, la mano de Gardner empezó a acercarse a la pistola, pero Kyle le vio las intenciones.

—¡Cabrón! —exclamó, y apretó con fuerza la garganta del agente, que dejó escapar un grito ahogado y se tanteó sin fuerzas el cinto mientras Kyle le apartaba la mano del arma. Fue entonces cuando decidí arremeter, aun sabiendo que no lograría hacerlo a tiempo.

Se oyó un ruido en la puerta.

Jacobsen apareció bajo el dintel, pálida ante aquella inesperada escena. Acto seguido se llevó la mano bajo la chaqueta para desenfundar.

—¡No lo hagas! —gritó Kyle, dándose la vuelta para escudarse tras Gardner.

Jacobsen se quedó quieta, con la mano en la culata de la pistola. Kyle tenía la pistola de Gardner a medio desenfundar, pero para empuñarla tenía que rodear con el brazo el cuerpo del agente. Sólo su respiración atropellada rompía el silencio. Gardner había dejado de moverse y pendía como un saco del brazo de Kyle, con el rostro más sombrío que nunca.

Kyle se relamió los labios y clavó los ojos en la cartuchera de Jacobsen.

—¡Aparta la mano de la pistola y suéltalo! —ordenó ella en tono autoritario, aunque con cierto temblor en la voz.

Kyle lo percibió. La adrenalina le había insuflado fuerzas renovadas. Sonrió y movió de un lado a otro su cara de pan. Volvía a tener el control y eso le gustaba.

—Oh, ni hablar. Eres tú la que va a soltar el arma.

—De eso nada. Última oportunidad...

—¡Chist! —Inclinó la cabeza hacia Gardner como si aguzara el oído—. Apenas oigo latir el corazón de tu compañero. Suena cada vez más débil. Más lento... y más...

—Si lo matas, nada impedirá que te dispare.

A Kyle se le acabó la insolencia. Sacó la lengua rosada para humedecerse de nuevo los labios y justo entonces llegó un ruido de pisadas procedente del piso de arriba. Kyle abrió mucho los ojos y, al ver que Jacobsen dividía su atención, aprovechó para hacerse con la pistola de Gardner y disparar.

Vi que Jacobsen se tambaleaba, pero también ella había desenfundado y abierto fuego. Kyle soltó a Gardner, sonaron otras dos detonaciones, parte del espejo explotó y se produjo una lluvia de cristales. Kyle dejó caer la pistola al suelo y al instante se desplomó como si le hubieran cortado los hilos.

Los oídos me pitaban por segunda vez aquella tarde. Corrí hacia Jacobsen. Había caído contra el marco de la puerta, pero seguía apuntando la pistola con firmeza en dirección a Kyle. Su rostro, blanco como el yeso, contrastaba con la reluciente mancha oscura que empezaba a extenderse por el lado izquierdo de su chaqueta, entre el cuello y el hombro.

—Me estoy... Creo que... —balbució mientras parpadeaba.

—Siéntese. Procure no hablar.

Mientras le desgarraba la chaqueta eché una ojeada fugaz al cuerpo inmóvil de Gardner. No sabía si respiraba, pero la situación de Jacobsen presentaba mayor urgencia: si la bala le había perforado una arteria, podía desangrarse en cuestión de segundos. En las escaleras y el corredor sonaban pisadas, pero yo apenas prestaba atención. Terminé de retirarle la chaqueta en la zona del hombro herido y contuve la

respiración al ver lo ensangrentada que tenía la camisa. En ese momento, unas figuras aparecieron por la puerta y en pocos segundos la estancia se llenó de gritos.

—Rápido, hay que... —empecé a decir, y de pronto sentí que alguien tiraba de mí y me tendía bocabajo en el suelo. «¡Oh, por el amor de Dios!»». Hice ademán de levantarme, pero entonces recibí un fuerte golpe entre los omóplatos.

—¡Al suelo! —gritó una voz.

Grité que no había tiempo, pero nadie me escuchaba. En esa postura no podía ver más que una confusión de pies.

Pasó una eternidad hasta que me reconocieron y me permitieron levantarme. Preso de la indignación, me sacudí de encima las manos de quienes intentaban ayudarme. Un grupo de personas estaba de cuclillas junto a Gardner, al que habían colocado en posición de defensa. Seguía inconsciente, pero comprobé que al menos respiraba. Me di la vuelta para mirar a Jacobsen y vi que había dos agentes atendiéndola. Le habían retirado la blusa en la parte del cuello y el hombro donde había recibido el disparo. Su sujetador deportivo blanco estaba manchado de color carmín. Había tanta sangre que ni se veía la herida.

—Soy médico, déjenme examinarla —dije arrodillándome junto a ella.

Jacobsen todavía tenía las pupilas dilatadas por el efecto del shock. Sus ojos grises transmitían juventud y miedo.

—Creía que estaba hablando con Dan...

—No pasa nada.

—La... la ambulancia estaba a menos de un kilómetro, por eso he vuelto. Presentía que algo no iba bien... —La voz le temblaba del dolor—. York no se había llevado las fotografías de la casa. Sus padres, todo su pasado. Él nunca las habría dejado allí...

—No hable.

Me sentí aliviado al ver el surco que tenía en el trapecio, el músculo que conecta el cuello con el hombro. La bala había atravesado la parte superior, pero a pesar de la hemorragia no era grave. Un par de centímetros más abajo o más a la derecha y la cosa habría sido distinta.

De todos modos, seguía perdiendo sangre. Sirviéndome de su blusa, apliqué presión sobre la herida hasta que uno de los agentes llegó con un botiquín.

—Apártese —me dijo.

Me hice a un lado para dejarle espacio. Sacó una gasa estéril y presionó la herida con tanta fuerza que Jacobsen tuvo que ahogar un gemido; luego empezó a vendarla. Como era evidente que sabía lo que se hacía, fui a ver cómo estaba Gardner. Seguía inconsciente. Mala señal.

—¿Cómo está? —le pregunté a la agente que estaba arrodillada a su lado.

—Es difícil de decir —contestó—. Los paramédicos están en camino, pero no

esperábamos necesitarlos. ¿Qué demonios ha pasado?

No tenía fuerzas para explicárselo. Me di la vuelta y vi a Kyle tumbado boca arriba. Tenía el pecho y el abdomen bañados en sangre, y los ojos clavados en el techo con la mirada perdida.

—No tema, está muerto —me dijo la agente al ver que le palpaba el cuello.

Pero no lo estaba, todavía no. Bajo la piel palpitaba aún un debilísimo pulso. Me quedé con los dedos ahí, mirándolo a los ojos mientras su corazón daba sus últimos latidos. Cada vez eran más débiles, y el intervalo entre uno y otro, más largo. Al fin, cesaron.

Lo miré a los ojos, pero si ahí había algo, no fui capaz de verlo.

—Está herido —dijo la agente que estaba al lado de Gardner, mirándome la mano.

En efecto, manaba sangre. Debía de haberme cortado con un pedazo de espejo roto sin darme cuenta. El corte se extendía a lo largo de la cicatriz de la palma como una fina boca de labios goteantes de sangre.

Hasta entonces ni me había percatado, pero en ese momento empecé a sentir un dolor frío y limpio.

—Sobreviviré —dije cerrando el puño.

Epílogo

Llovía en Londres. Después del sol y la exuberancia de las montañas de Tennessee, Inglaterra se me antojaba gris y desabrida. En el metro se hacinaban los últimos viajeros de la hora punta de la tarde, esos trabajadores que todos los días vuelven a su casa de las afueras extenuados y apiñados los unos contra los otros. Yo leía por encima el periódico que había comprado en el aeropuerto y tenía esa sensación de extrañamiento que me invade cada vez que leo sobre las cosas que han ocurrido durante mi ausencia. Volver a casa tras un largo viaje es como encontrarse trasplantado unas semanas hacia el futuro, un viaje en el tiempo de estar por casa.

El mundo había continuado girando sin mí.

El taxista era un sij educado que no tuvo ningún problema en conducir en silencio mientras yo, sucio y desorientado después del largo vuelo, contemplaba la ciudad a la caída de la tarde. Mi calle presentaba un aspecto un tanto distinto. Tardé un momento en saber por qué. Al marcharme, las ramas de los tilos empezaban a verdear, mientras que ahora rebosaban de hojas nuevas.

La lluvia había remitido y apenas chispeaba; al bajar del coche e ir a pagar, me di cuenta de que el agua hacía relucir la acera con un brillo oscuro. Recogí la bolsa de viaje y la maleta y las acarree hasta la puerta principal. Al descargarlas flexioné ligeramente la mano. Me había quitado el vendaje varios días antes, pero la palma todavía estaba un poco tierna.

El ruido de la llave girando en la cerradura resonó en el pequeño vestíbulo. Pese a haber dado aviso al servicio postal para que me retuvieran el correo, al entrar me encontré con un montón de folletos esparcidos sobre las baldosas blancas y negras. Los aparté con el pie para introducir las maletas y cerré la puerta detrás de mí.

El piso estaba igual que lo había dejado, sólo un poco más apagado por el polvo acumulado a lo largo de varias semanas. Me detuve ante la entrada un instante y sentí la punzada familiar de aquel vacío, aunque no con la agudeza que había esperado.

Dejé caer la maleta al suelo y la bolsa sobre la mesa. Al contacto con ésta, un fuerte ruido me hizo recordar lo que contenía y solté un exabrupto. Abrí la cremallera convencido de encontrarme con una vaharada a whisky derramado, pero comprobé que no se había roto nada. Coloqué sobre la mesa la peculiar botella, con su diminuto *jockey* a lomos del caballo paralizado a medio galope encima del tapón. Estuve tentado de abrirla en ese momento, pero todavía era temprano. Mejor dejarlo para más tarde.

Fui a la cocina. En el piso se notaba fresco, lo cual me recordaba que, aunque fuera primavera, había vuelto a Inglaterra. Encendí la calefacción central y sólo entonces caí en llenar la tetera.

Hacía semanas que no tomaba una taza de té.

En el teléfono parpadeaba el icono de los mensajes. Había más de dos docenas. Como en un acto reflejo, alargué la mano para escucharlos, pero de repente cambié de idea. Si alguien hubiera necesitado ponerse en contacto conmigo de forma urgente, me habría llamado al móvil.

Además, ninguno de los mensajes sería de Jenny.

Preparé una taza de té y me la llevé a la mesa. En el centro había un cuenco de fruta vacío, y en el fondo, un trozo de papel. Al leerlo, vi que era una nota que me había dejado antes de marcharme: «Confirmar hora de llegada con Tom».

Mi vida anterior me reclamaba. Tennessee parecía enterrada ya en el pasado, y el recuerdo de aquel jardín lleno de libélulas y cadáveres y de las escenas de pesadilla en el sanatorio empezaban a adquirir la textura irreal de los sueños. Y sin embargo, todo aquello había sido real.

En Cedar Heights se recuperaron cuarenta y un cuerpos; veintisiete de ellos en el terreno, el resto en el balneario y las salas de tratamiento. Kyle no hacía distinciones. Había víctimas de todas las edades, sexos y etnias. Algunas de ellas llevaban casi diez años muertas, y las tareas de identificación seguían en curso. Las carteras y tarjetas de crédito conservadas habían agilizado el proceso hasta cierto punto, pero no tardó en evidenciarse que había más cuerpos que documentos identificativos. Muchas de las víctimas eran vagabundos y prostitutas cuyas desapariciones a menudo pasaban inadvertidas y rara vez eran denunciadas.

De no haber sentido la necesidad de significarse, Kyle podría haber seguido matando indefinidamente.

No todas las víctimas eran anónimas. El cuerpo de Irving apareció en la misma cámara que el de Summer, y entre los que habían podido identificarse, destacaban tres nombres. Uno de ellos era Dwight Chambers. Su cartera y permiso de conducir se hallaban en la cocina del sanatorio y su cuerpo fue encontrado en el balneario, lo cual confirmaba el testimonio de York en relación al trabajador temporal de Steeple Hill.

El segundo nombre que suscitó voces de alarma fue el de Carl Philips, un esquizofrénico paranoide de cuarenta y seis años que había desaparecido de un hospital psiquiátrico estatal hacía más de una década. No sólo sus restos eran los más antiguos hallados en el sanatorio, sino que su abuelo había sido el fundador de Cedar Heights. Philips había heredado aquella finca en ruinas y nunca se había molestado en remodelarla. Con el tiempo había quedado olvidada y, exceptuando termitas y libélulas, deshabitada.

Hasta que Kyle le encontró un nuevo uso.

Fue, no obstante, el descubrimiento de un tercer documento identificativo el que causó mayor consternación. Perteneecía a un ayudante de morgue de veintinueve años de Memphis, cuyo permiso de conducir medio ilegible se encontró en la salita de

revelado, debajo de las fotografías de las víctimas. Sus restos se habían recuperado entre la maleza junto al estanque y habían sido identificados gracias al historial dental.

Se llamaba Kyle Webster.

—Llevaba muerto dieciocho meses —me había dicho Jacobsen, cuando la llamé tras oír la noticia en televisión—. La gente querrá saber cómo es posible que un impostor haya podido conseguir un puesto de trabajo en la morgue, pero la verdad es que toda la documentación y las referencias eran auténticas. Además, su parecido con el auténtico Webster era suficiente como para embaucar a cualquiera sin más elementos de juicio que viejas fotografías.

Supongo que en el fondo era de esperar teniendo en cuenta su historial. El hombre al que habíamos conocido como Kyle Webster se había complacido en dejar pistas falsas desde el principio. No debía sorprendernos que hubiera suplantado a una de sus víctimas con la misma facilidad con que se enfundaba la piel de sus manos.

—Entonces, si no era Kyle Webster, ¿quién era? —pregunté.

—Su verdadero nombre era Wayne Peters. Treinta y un años, natural de Knoxville, aunque había trabajado como ayudante de morgue en Nashville y en Sevierville antes de desaparecer del mapa hace dos años. Pero lo más interesante es su historial familiar: de padre desconocido, la madre murió cuando era apenas un bebé, así que se crió con los tíos. Era un niño brillante en todo, sacaba buenas notas e incluso solicitó el ingreso en la facultad de medicina. A partir de ahí las cosas se tuercen. Hacia los diecisiete años las notas demuestran que ha perdido el interés. Como sus calificaciones no eran lo bastante buenas, acabó trabajando en el negocio familiar hasta que quebró con la muerte del tío.

—¿El negocio familiar?

—El tío tenía un pequeño matadero. Especializado en cerdos.

«Cerdos», pensé cerrando los ojos.

—La tía era el último pariente vivo, pero murió hace años —continuó Jacobsen—. Causa natural, por lo que sabemos. Ahora a ver si adivinas dónde los enterraron a ella y al tío.

Sólo podía ser un lugar.

Steeple Hill.

Jacobsen me reveló una última información. Al examinar el historial médico de Wayne Peters habían descubierto que de adolescente había sido operado varias veces para extirparle pólipos nasales. Las intervenciones habían sido un éxito, pero las repetidas cauterizaciones terminaron provocándole un síndrome conocido como anosmia. Insignificante en sí mismo, el dato respondía a la pregunta que Gardner se había hecho en el balneario de Cedar Heights.

Wayne Peters no tenía sentido del olfato.

El operativo de recuperación seguía trabajando en el sanatorio, cuyos terrenos estaban siendo levantados para cerciorarse de que no quedaban restos escondidos, pero después de ese primer día yo ya no tenía nada que hacer ahí. Para entonces no sólo se habían unido al equipo otros miembros del Centro de Antropología Forense, sino que, dada la magnitud de la operación, se había requerido la intervención del DMORT regional, el Equipo Operacional Mortuorio de Respuesta ante Desastres, que había acudido con una morgue móvil plenamente equipada. Menos de veinticuatro horas después de que Paul y yo hubiésemos atravesado la verja, el sanatorio y sus alrededores se habían convertido en un hervidero de actividad.

Tras prestar declaración, recibí un cordial agradecimiento por mi ayuda y me dijeron que se pondrían en contacto conmigo en caso de que se requiriera mi presencia. Al pasar en coche junto a filas de unidades móviles de televisión y prensa acampadas a las puertas del sanatorio, sentí una mezcla de alivio y arrepentimiento. Abandonar una investigación a esas alturas no me parecía lo correcto, pero me recordé a mí mismo que en realidad aquella investigación no era la mía.

Nunca lo había sido.

Estaba dispuesto a prolongar mi estancia en Tennessee para asistir al servicio en recuerdo de Tom, o incluso a volver al país más adelante en caso necesario. Al final no hizo falta. Dejando a un lado los factores que habían contribuido a su muerte, Tom había fallecido en el hospital por causas naturales, de modo que se evitaron las formalidades de una indagación. Me alegré por Mary, aunque me dio la sensación de que algo quedaba inacabado. Claro que ¿no ocurre lo mismo siempre que alguien muere?

No se celebró funeral. Tom había donado su cuerpo a la investigación médica, aunque no al centro. Habría sido demasiado traumático para sus colegas. Mary sobrellevó el servicio con dignidad y sin derramar una lágrima junto a un hombre rechoncho de mediana edad vestido con un traje immaculado y que a primera vista no reconocí como su hijo. Durante todo el tiempo mostró esa actitud ligeramente irritante de quien tiene mejores cosas que hacer. Cuando me lo presentaron una vez terminado el responso, me estrechó la mano sin fuerza ni ganas.

—Trabaja en seguros, ¿verdad? —pregunté.

—En realidad soy suscriptor.

No sabía muy bien cuál era la diferencia, pero me pareció que no merecía la pena preguntar. Volví a intentarlo:

—¿Y va a quedarse mucho tiempo en la ciudad?

Consultó el reloj y frunció el ceño como si ya llegase tarde a alguna parte.

—No, vuelvo a Nueva York en avión esta tarde. Dada la situación, he tenido que retrasar unas cuantas reuniones. Todo esto me ha pillado en muy mal momento.

Me mordí la lengua recordándome que, pese a todo, no dejaba de ser el hijo de

Tom y Mary. Nada más despedirme de él, volvió a consultar la hora.

Tanto Gardner como Jacobsen asistieron a la ceremonia. Jacobsen ya estaba reincorporada al servicio y el vendaje del hombro resultaba invisible bajo la chaqueta. Gardner seguía oficialmente de baja. Había sufrido un accidente isquémico transitorio —una pequeña embolia— provocado por la duración del estrangulamiento. El resultado había sido una ligera afasia y déficit de sensibilidad en un lado del cuerpo, pero era temporal. Cuando lo vi, la única secuela perceptible eran los surcos de la cara, que se habían hecho más profundos.

—Me encuentro bien —me dijo, algo tenso, cuando me interesé por su estado—. No hay nada que me impida trabajar. Médicos del demonio.

Jacobsen mostraba el mismo aspecto distinguido y distante de siempre. De no ser porque intentaba no utilizar el brazo izquierdo, nadie habría dicho que le habían disparado.

—He oído por ahí que van a concederle una distinción —le dije a Gardner cuando Jacobsen fue a darle las condolencias a Mary.

—Se está discutiendo.

—A fe que se la merece.

—Amén a eso —dijo relajándose un poco.

Me fijé en Jacobsen mientras hablaba solemnemente con Mary. Tenía un cuello precioso. Gardner carraspeó.

—Diane está pasando una época difícil. Rompió con su pareja el año pasado.

Era la primera información de tipo personal que oía acerca de ella y me sorprendió que Gardner la compartiera conmigo.

—¿También era agente del TBI?

Gardner fingió limpiarse la solapa de la americana, llena de arrugas.

—No. Era abogada.

Antes de marcharse, Jacobsen vino a despedirse. Tenía un apretón fuerte, y al estrecharme la mano pude sentir su piel seca y cálida. Sus ojos grises parecían algo más afables que en los días pasados, pero quizá fuera sólo producto de mi imaginación. Mi última imagen de ella fue mientras se dirigía al coche con Gardner, destilando porte y vigor al lado de la abatida figura del agente.

La ceremonia en sí fue sencilla y emotiva. No hubo himnos, sólo dos de los temas de jazz favoritos de Tom, uno al principio y otro al final: *My Funny Valentine* de Chet Baker y *Take Five* de Brubeck. Sonreí al oírlos. Entre uno y otro, hubo unas cuantas lecturas a cargo de amigos y colegas, pero de pronto el llanto de un niño rompió la solemnidad del momento. Thomas Paul Avery lloraba con ganas, a pesar de los denodados esfuerzos de su madre por calmarlo.

Había nacido poco después de que Sam llegase al hospital, perfectamente sano y llorón como el que más. Al principio la presión sanguínea de la madre fue motivo de

preocupación de los médicos, pero después del parto recuperó los niveles normales con una rapidez notable. Dos días más tarde ya estaba en su casa, y aparte de la palidez y las ojeras, cuando la visité no presentaba signos visibles del trance vivido.

—Me parece más un mal sueño que otra cosa —admitió cuando Thomas se quedó dormido después de darle el pecho—. Es como si se hubiera corrido una cortina. Paul teme que me refugie en la negación, pero no es eso. Es más bien como si lo ocurrido en el pasado hubiera perdido importancia, no sé si me explico. —Hasta entonces había hablado sin apartar la vista de la carita arrugada y sonrosada de su hijo, pero antes de continuar levantó la mirada con una sonrisa tan franca que me llegó al corazón—. Es como si lo malo no tuviera importancia. Como si todo lo demás se hubiera borrado.

De los dos, el que estaba encontrando más dificultades para asimilar lo ocurrido era Paul. Durante los días inmediatamente posteriores era frecuente detectar una sombra que le nublaba el rostro. No hacía falta ser psicólogo para saber que los hechos se repetían en su cabeza, que no lograba aceptar ni lo poco que les había faltado ni lo que podría haberles ocurrido. No obstante, en compañía de su mujer y su hijo, la sombra desaparecía. Sólo habían pasado unos días, pero al verlos juntos supe que las heridas terminarían restañando.

Con el tiempo, casi todo se cura.

El té se me había enfriado. Suspirando, me levanté y me acerqué al teléfono para escuchar los mensajes.

«Doctor Hunter, usted no me conoce, pero el superintendente Wallace me ha dado su número. Me llamo...»

El timbre de la puerta impidió que oyera el resto. Detuve la grabación y fui a ver quién era. Los últimos rayos de sol inundaban el vestíbulo con un brillo dorado, como un prelude del verano. Al ir a abrir la puerta principal, me envolvió una repentina sensación de *déjà vu*. «Una mujer joven con gafas de sol aguarda ante la puerta bajo la luz de la tarde. Su sonrisa se transforma en una mueca en cuanto introduce la mano en el bolso y saca el cuchillo...»

Sacudí la cabeza intentando liberarme de aquella imagen. Levanté los hombros, di la vuelta a la llave y abrí la puerta de par en par.

Una mujer mayor me sonreía desde el umbral.

—¡Ah, doctor Hunter, es usted! He oído que había alguien en el piso de abajo y he querido asegurarme de que no pasaba nada.

—Todo en orden, gracias, señora Katsoulis.

Mi vecina vivía en el piso de arriba. Apenas había hablado con ella antes del ataque del año anterior, pero desde entonces le había dado por hacer las veces de vigilante. A ella, que apenas levantaba metro y medio del suelo.

Antes de marcharse, echó un vistazo en dirección al salón, donde estaba el

equipaje aún por abrir.

—Ya sabía yo que llevaba un tiempo sin verlo. ¿Ha ido a algún sitio bonito?

Se quedó mirándome expectante. Noté un ligero temblor en los labios y reprimí las ganas de echarme a reír.

—Sólo un viaje de trabajo —dije—. Pero ahora ya he vuelto.

Agradecimientos

El susurro de los muertos es una obra de ficción, pero el Centro de Investigación Antropológica de Tennessee es real. Le debo, pues, un agradecimiento al profesor Richard Jantz, director del Centro de Antropología Forense de Knoxville, por permitirme hablar de las instalaciones y por su ayuda con los aspectos más técnicos. El doctor Arpad Vass contestó con su celeridad habitual a mis consultas en materia forense y permitió que Tom Lieberman tomara prestado su tema de investigación. Por su parte, Kristin Helm, agente de Información Pública de la Oficina de Investigación de Tennessee, fue una mina de informaciones valiosas.

Gracias a mis agentes, Mic Cheetham y Simon Kavanagh, a Camilla Ferrier y a la plantilla de Marsh Agency, Simon Taylor y el equipo de Transworld, Caitlin Alexander de Bantam Dell, Peter Dench, Jeremy Freeston, Ben Steiner y SCF. Quisiera expresar mi agradecimiento también a mi hermana Julie y a Jan Williams, sin quienes la escritura de este libro me habría llevado sin duda mucho más tiempo: totalmente recuperado del síndrome de fatiga crónica, recomiendo el Lightning Process a quienes todavía no lo hayan probado.

Por último, como siempre, un millón de gracias a mi esposa, Hilary. Sin ella, habría sido imposible.



SIMON BECKETT. Escritor y periodista, nació en la localidad de Sheffield, Inglaterra, en 1968. Licenciado en Filología inglesa, durante un tiempo fue profesor en España, además de percusionista en diversas bandas musicales, antes de dar inicio a su carrera como periodista freelance. Ha publicado su trabajo en medios como *The Times*, *The Independent on Sunday Review*, *The Daily Telegraph* y *The Observer*.

Publicó su primera obra, *Fine line* en 1994. En 2006, con la publicación de *La química de la muerte* (novela finalista del Duncan Lawrie Dagger Award), obtuvo un éxito que superó todas las expectativas: fue traducida a veintidós idiomas, vendió más de un millón de ejemplares en todo el mundo y mereció el aplauso de la crítica especializada.

En la actualidad, Beckett reside en su Sheffield natal, junto a su esposa.

Notas

[1] Siglas en inglés de Tennessee Bureau of Investigation. (*N. del T.*) <<

[2] Nueva alusión al episodio que casi cuesta la vida al personaje de David Hunter y que transcurre en la novela *Entre las cenizas* (N. del T.) <<